





# III Antología de NARRATIVA

---

## *Entre Eros y Tánatos*

de la Asociación de Escritores de Mérida  
Venezuela. 2006



**Asociación de Escritores de Mérida**  
Fondo Editorial "Ramón Palomares"

República Bolivariana de Venezuela



Instituto Autónomo  
**Centro Nacional**  
de l i b r o

**III Antología de Narrativa**  
***Entre Eros y Tánatos***  
**de la Asociación de Escritores de Mérida**

© Asociación de Escritores de Mérida, Venezuela. 2006  
Fondo Editorial Ramon Palomares  
info\_escritoresmerida@yahoo.es  
www.escritoresmerida-ve.com

Cofinanciado por el Centro Nacional del Libro (CENAL)

Hecho el Depósito de Ley  
Depósito legal LF07420068005059  
ISBN 980-6679-16-4

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley.  
No puede ser reproducida, ni registrada o transmitida  
por cualquier sistema de recuperación de información,  
sea mecánico, fotoquímico, electrónico o fotocopia,  
sin el permiso previo, por escrito, del autor o de los editores.

*Diseño e ilustración de carátula y diagramación interna:*

Reinaldo Sánchez Guillén  
reijosheg@yahoo.com

*Maquetación e impresión:*

Edikapas C.A. Mérida  
edikapas@yahoo.com

Impreso en Venezuela / *Printed in Venezuela*

# ÍNDICE

Alcocer Fernández Luis Alfredo (España) .....	7
Andrade Raiza (Venezuela) .....	12
Arroyo Rosa M. (España) .....	15
Barroso García Natividad (Venezuela) .....	19
Bedoya Madrid José Iván (Colombia) .....	23
Belandria Margarita (Venezuela) .....	27
Bertrand Lola (España) .....	30
Bianchi Roberto (Uruguay) .....	35
Cantalapiedra María Ángeles (España) .....	41
Casas Tere (Venezuela) .....	46
Cobas Cati (Argentina) .....	51
Coelho Fabián (Venezuela) .....	57
Coraspe Teresa (Venezuela) .....	62
Díaz Ambrona Lola (España) .....	67
Di Donato Dinapiera (Venezuela) .....	74
Dublé Laín Pilar (Venezuela) .....	82
Ekman Ortega Chjalmar José (Venezuela) .....	85
Estrada Martha (Venezuela) .....	89
Fernández Riolama (Venezuela) .....	92
Garcés Luciana (España) .....	99
Garrido Sylvester Diana (Venezuela) .....	102
Gil Otaiza Ricardo (Venezuela) .....	108
Herrera Colina Elly Cristina (Venezuela) .....	117
Krís-pin Mireya (Venezuela) .....	121
Lázzaro María Luisa (Venezuela) .....	132
Lozada Carolina (Venezuela) .....	140

Lugo Añez José Luis (Venezuela) .....	148
Llano Mariana (Perú) .....	155
Mármol Brís María Socorro (España) .....	164
Martínez y Andrade Don Rodrigo (Venezuela) .....	178
Montoya Víctor (Bolivia) .....	181
Ochoa Díaz José (Venezuela) .....	191
Pacheco de Balbastro Graciela (Argentina) .....	193
Padrón Alejandro (Venezuela) .....	198
Parada José Gregorio (Venezuela) .....	201
Pintó Juan (Venezuela) .....	209
Plata Ramírez Enrique (Venezuela) .....	211
Plata Ramírez José Miguel (Venezuela) .....	220
Poreda Doris (Venezuela) .....	224
Ramírez Mariela (Venezuela) .....	231
Rangel Mora Pedro (Venezuela) .....	239
Rondón María Iholanda (Venezuela) .....	245
Santiago Aletse (México) .....	254
Siso Freddy (Venezuela) .....	261
Uzcátegui Gómez Georgina (Venezuela) .....	265
Vega Olivencia Carmen Amaralis (Puerto Rico) .....	272
Walle Ricardo (Venezuela) .....	277
Zerón Lina (México) .....	285
Zuluaga Miranda Aymer Waldir (Colombia) .....	288
Zurlo Andrea (Italia) .....	293

# LUIS ALFREDO ALCOECER FERNÁNDEZ

fatuorloxvi@yahoo.com

Nació en Madrid, España, 1941. Escritor, lector empedernido, consultor en una multinacional. Ha sido galardonado con: II Premio Concurso Internacional de Cuentos del Diario Regional y Caja de Ahorros de Salamanca 1969. Finalista del Premio Jauja de Cuentos 1970. Finalista Concurso de Relatos, Diario “El mundo”, Feria del Libro 2002. Ganador Concurso de Poesía, Diario “El mundo”, Feria del Libro 2002. Ganador II Concurso de Poesía Generación del 27, Premio “Rafael Alberti” (Argentina) 2002. Finalista V Premio de Poesía “Leonardo Cercós” 2003. Finalista Concurso “Carta a un maltratador” 2003. Mención de Honor 2º Concurso Internacional Poesía ICL (Argentina) 2003. Mención de Honor 2º Concurso Internacional Cuentos ICL (Argentina) 2003. Finalista Premio Faroni de Relatos Hiperbreves, España, 2003. 2º Premio X Concurso de Poesía “Puig de Missa”, España, 2003. Finalista Premio Poesía CIPL, 2003. Finalista Premio Relato Breve “Ciudad de Viladecans”, España, 2003. Finalista II Certamen Relato Breve Almiar, España, 2003. Medalla de Mérito, Premio de Poesía “Lincoln-Martí”, Florida-USA, 2003. Distinción Especial al Mérito Literario, II Certamen “Mis Escritos”, Argentina, 2003. Finalista Premio de Relatos “Juan Martín Sauras”, España, 2003. 2º Premio XXVII Certamen de Cuentos “Benigno Vaquero”, España, 2003. 2º Premio de Poesía “Rincón de Ronda”, Granada, 2003. Accésit III Concurso de Relato Corto Leopoldo Alas, “Clarín”, España, 2003. Finalista Concurso Poesía Cadena-100, España, 2003. Finalista Concurso de Cuentos “Yo Escribo”, 2005.

**OBRA LITERARIA:** *Relatos desde la paranoia* (Orense, Galicia, Alternativa Editorial, 2004). De poesía y relato: *La Luna se ha ido con otro* (Madrid, Premura, 2007). Tiene inéditos cuatro libros de poesía y otros cuatro de cuentos. Ha sido publicado en diarios y revistas españolas, venezolanas, portuguesas y africanas; en diversos Foros de Internet y en varios números de la Antología Internacional Sensibilidades (Madrid, 2003, 2004, 2005), donde ha sido autor invitado. Textos de su autoría aparecen en la II Antología de Narrativa “Relatos de humor sin extrema-unción”, de la Asociación de Escritores de Mérida, Venezuela (AEM /Consejo Nacional de la Cultura, 2005).

## VICIO ANUAL

El primer verano que salimos fuera, mi mujer se acostó con un alemán, alto, rubio y completamente estúpido. Naturalmente, tuve que asesinarla... La ahogué un día que nos alejamos juntos mar adentro.

No hubo ni investigación policial, se archivó como un accidente.

Al año siguiente, también en el verano, desde que llegamos y mi suegra vio el mar, no había un minuto en que no recordara lo que pasó:

“A mí no me engañas, asesino, canalla, la has matado tú”.

La envenené con una ensaladilla rusa que dejé una semana al sol. “Pica un poquillo, pero está muy sabrosa”, dijo antes de irse al otro mundo.

El otro verano, para no ser menos, fue mi suegro el que quiso jorobarme las vacaciones: “Te voy a sacar de mi negocio y te vas a quedar sin trabajo. La pobre de mi mujer ya me avisó cómo eras... Y estoy seguro de que su muerte tuvo que ver contigo”.

Le provoqué una insuficiencia respiratoria mientras dormía, apretando la almohada contra su cabeza.

Fue mucho más duro el año pasado, lo de mis dos hijos: “Papá, te vimos cargarte a los abuelos y nos hemos callado hasta hoy... Pero hemos pensado que deberías ir a que te viera un médico, no estás bien”.

Sólo tuve que dejar el gas abierto mientras dormían, cerrar todas las ventanas e irme a pasear un par de horas.

Este año estoy muy solo y, además, creo que he cogido vicio... Ahora que he encontrado esta sogá, voy a probar si la viga del techo aguanta el peso de mi cuerpo...

## CONVENIO

Ella podía haber elegido otro momento cualquiera. El accidente fue terrible. Tengo la cabeza destrozada... No lo puedo ver, pero creo que me faltan los brazos y las piernas, debo tener todas las costillas rotas... El dolor es espantoso...

—No sirve para nada operar. No le den calmantes, da igual. Le quedan segundos de vida... Oigo decir.

Se equivocan, voy a morir, de hecho casi estoy muerto, pero no sé cuándo. Sólo yo he visto a ese horror, un esqueleto con guadaña y manto negro, acercarse a mi cara y decir:

—Lo siento por ti, pero empiezo mis vacaciones ahora mismo. Lo dice mi convenio.



## NIÑOS

Era un animal, un auténtico animal...

Esta Nochebuena, mientras tragaba, casi sin masticar, los restos de un cordero al horno, señaló a la televisión: pasaban un reportaje sobre unos niños africanos, famélicos, con enormes ojos plagados de tristeza, con cientos de moscas sobre sus cuerpecitos llagados...

—Mira las barrigas hinchadas que tienen, seguro que es de una indigestión, no pasarán tanta hambre, digo yo. Esto lo ponen sólo para sacarnos dinero con las oenegés y los curas...

No le dejé seguir, empujé el hueso de la paletilla que tenía en la boca hasta que le asomó por la nuca... Y me quedé a esperar a la policía, mientras lloraba mi pena por los pobres niños hambrientos.

## HERMANOS

—Le acompaño en el sentimiento.

El hombre me abrazó y palmoteó mi espalda.

—Gracias, muchas gracias.

Se acercó otro, amenazando con sus brazos abiertos y gesto compungido. Al anterior las solapas le olían a fritura rancia de pescado, a éste el aliento le apestaba a alcohol:

—No somos nada.

—No.

Siguieron pasando de uno en uno, hombres y mujeres. Ellos me rodeaban con sus brazos, ellas se limitaban a darme la mano y luego un par de besos. Unos soltaban sus frases, “originales” todas, otros callaban; éstos, los callados, si eran hombres me hacían crujir los huesos de la espalda o el cuello con sus abrazos; si, por el contrario, pertenecían al sexo opuesto, se quitaban unas falsas lágrimas con el pañuelo o aprovechaban para sonarse los mocos:

—¿Quién lo iba a decir?

—...

—Ayer mismo hablé con él por teléfono. Estaba tan normal.

—Los buenos se van siempre los primeros.

—Sí, siempre.

—Era un bendito..., aunque, a veces, tenía sus momentos malos.

—Claro, pero eso es normal; igual que todos.

—Claro.

—...

—Dios llama antes a los que más quiere.

—Sí.

—Mira, parece que está dormido..., tan tranquilo.

—Ahora nos estará viendo desde allí arriba.

—Cierto.

—Consuélate, más tarde o más temprano todos deberemos pasar por esto.

—Un santo era, un santo.

—Más que un santo, mírale parece un ángel.

—Sí, un ángel.

Mi madre me había dicho que yo tenía un pronto muy malo, que debía aprender a callarme en ciertos momentos, pero esta vez no lo hice:

—Vamos a ver, mi hermano, al que yo quería más que cualquiera de ustedes, era cualquier cosa menos un ángel o un santo; de hecho, era un perfecto cabrón. Un egoísta, golfo, bebedor, soberbio y casi nadie le podía ver. Engañaba a su mujer, no atendía a sus hijos y, resumiendo, no se quería más que a él mismo. Yo agradezco sus palabras, pero me gustaría que...

A medida que hablaba, la gente se había ido marchando murmurando entre ellos:

—¡Qué vergüenza, hablar así de su hermano!

—¡Calla, hija, calla...!

—¡Ni a los muertos se respeta!

—Seguro que lo hace para ahorrarse la copa y las pastas.

—Seguro, siempre ha sido un racán, como su hermano.

—Sí, porque ese, muerto o no, era fino...

—Bien muerto está.

Me quedé sólo ante el féretro... Prendí una vela que se había apagado... Miré a mi hermano, la muerte no le había borrado la cara de mala persona que le había acompañado toda su vida...:

—He sido algo intolerante, ¿verdad, Manolo?

No os lo vais a creer, pero creí oír su voz, salida de no sé donde:

—Has hecho bien..., ¡que se jodan!... Yo también empezaba a estar harto de tanta mentira, tanto lugar común y tanta idiotez.

Le cerré un ojo que estaba entreabierto, tal parecía que me estaba haciendo un guiño de complicidad...

Y ahí me quedé sentado, más unido a él que nunca y pensando que, tal vez, había juzgado mal a mi hermano durante toda su vida.

# RAIZA ANDRADE

raizandrade@yahoo.com

Nació en Caracas, Venezuela, 1945. Narradora y cineasta. Socióloga, Doctora en Educación. Directora y guionista de teatro y cine. Profesora Titular de la Universidad de Los Andes. Coordinadora del Postgrado en Propiedad Intelectual EPI/ULA. Fundadora y Coordinadora del Diplomado Internacional en Creatividad y Liderazgo. Tutora de los Cursos de la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (OMPI). Directora y Productora de Arcania: Territorio del Arte Breve, Mérida (Venezuela).

**OBRA LITERARIA:** *Venus pubísima* (relatos, Prólogo de Rubén Monasterios, Mérida, Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano, Capítulo Mérida, 1998). Ha publicado en las revistas *Solar*, *Actual*, en la *I Antología de poesía y de narrativa de la AEM* (Mérida, 2004), *II Antología de Poesía "Larghetto ma non troppo"* y *II de narrativa "Relatos de humor sin extrema-unción"*, de la *Asociación de Escritores de Mérida* (AEM / CONAC, 2005). Tiene inédito un libro de relatos eróticos *Venus castísima* (2003-2005).

## HELENA

Tengo miedo de esta cita que nos toma por sorpresa no quisiera sentir que rompo las reglas que estableciste para nuestros encuentros amorosos desde tu decisión en tu tiempo con la media luz de los velones del altar de la Virgen del Carmen iluminando nuestros silenciosos encuentros furtivos tu en tu cuarto y yo en el mío cubierta por esa bata blanca de sonrisa vertical perfectamente calculada para la entrada de tus manos y tu sexo yo cuerpo inerte despertando por asalto entre tus manos nunca un beso más allá del breve saludo matutino en el desayuno y ahora aquí contigo desnudo tú a plena luz del día ino sé qué hacer Ramón! ¡No sé si mirarte! ¡No sé ni siquiera qué se espera de mí! estamos solos Ramón solos tú y yo en esta habitación impersonal donde viniste a calmar carencias que no me enseñaste a colmar si apenas tenía trece años Ramón cuando me sacaste de la casa de mi padre dispuesta a ser la madre de tus hijos a servirte a cuidar de tu casa y de tus cosas ¿por qué Ramón? ¿Por qué pasó la vida sin apenas darnos cuenta? ¿Por qué nunca pude hablarte como lo hago ahora? ¡Ay Ramón se nos fue la vida en un instante! déjame acariciarte no te resistas eres tan hermoso déjame besar tus ojos beber de tu boca ¿sientes el agua Ramón? va-

mos a bañarnos juntos toca mis senos dame tu mano para que puedas abrazar mi cuerpo si cierro los ojos te recuerdo Ramón adivino cada milímetro de tu cuerpo pero si los abro me sorprenden tus paisajes la suavidad de tu piel la dureza de tus músculos hermosos dame tu boca aún húmeda déjame sentarme sobre ella mientras aliso tus cabellos ofréceme tus dedos Ramón tus hermosos dedos con los que rozo mi clítoris acaricia mis senos con ellos y péntrate Ramón así así amado mío hasta la eternidad siémbtrate en mis memorias antes de partir porque se acerca el final de nuestro ritual secreto debo entregarte Ramón a esos extraños seres de negro que esperan afuera para conducirte a la capilla funeraria

## **REINA**

Cuando me lo trajeron a la casa ya había presentido la víspera que la tragedia tocaría a nuestra puerta porque Julián nunca se había ido antes de aquel día sin despedirse no importaba si el llamado del cuartel ocurría de madrugada o si la misión tenía la condición de secreta Julián siempre decía adiós dejaba la bendición para los muchachos el dinero del diario hasta uno o dos peones con instrucciones de hacerme caso de servirme bien advertidos de una evaluación a su regreso pero la noche de anoche se me vino de pronto a la consciencia todo lo sucedido con una culpa inmensa me desperté de golpe clara la visión de lo ocurrido por culpa de mis afanes digo yo porque a pesar de tener más de cuarenta años nueve hijos y tres pérdidas nunca había estado completamente desnuda frente a Julián hasta aquella noche antes de su partida lo cierto es que en mi cabeza no cesaba el run run de una letanía en mi corazón las temidas palabras oscuras de Julián diciéndome ¿qué pasó Reina? ¿Es que se me metió a mujer fácil? ¡Qué vaina es esa de querer amar a luz encendida después de vieja! ¡no repita nunca más esas porquerías! todo ello unido a la imagen desolada de esa yo bajo el dintel de la puerta muda de mí en su desnudez como una aparecida a la espera de una señal del cielo que la obligara a desaparecer a no regresar más nunca y al día siguiente después de lo ocurrido él se me va sin despedirse he debido rezar pedir perdón por mis atrevimientos sentir

al menos culpa porque no pasados tres meses perdí al crío concebido en esa noche de putas tenía que pensar en un castigo de Dios pero no me arrepentí todo lo contrario bruta y rebelde me decía una y otra vez que ya teníamos nueve hijos que quizás el del placer no mereció vivir por culpa de otros designios no por mis pecados quizás no venía bien desde entonces continué regodeándome en el recuerdo del cuerpo de Julián sus músculos tensos yo haciendo aguas allá abajo los pechos a reventar como dispuesta a amamantar a Julián mi lengua seca húmeda y otra vez seca mis manos febriles aprendiendo a leer el cuerpo conocido de Julián pero de otra manera a leer con luz no a tientas a leernos el uno al otro porque la protesta de Julián vino después él se dejaba hacer dejaba que mis manos hurgaran en cada oquedad de su cuerpo mis manos adentro entre sus nalgas mis manos acariciando su espalda su cuello mis manos tomando su bandera lamiendo el mástil erguido mi fuente en su boca mi boca en su fuente y Julián enfebrecido besando lamiendo tocando como no había hecho en la novena previa de cada hijo amasando mi cuerpo a punta de saliva y besos mis tetas hinchadas en la boca de Julián lugares nuevos en mi cuerpo sintiendo cosas que no conocía de ese Julián que como un toro bravío encajaba su cuerno entre mis nalgas Julián quejándose aullando llamándome con nombres que no conocía un nuevo Julián en cada intento los mil y un hombres en una sola noche para mostrar la vida de ese Julián que alcanzaba a cantarle himnos a su estandarte para rituales deslumbrantes que parecían inventados para mí en ese instante hasta el desmayo de los dos con las luces del alba y luego abruptamente su voz seca quebrando el día marcándolo por siempre ieselas son vainas de putas Reina! y ino me había llamado Reina desde el petitorio! ahora comprendo todas las señales que se me agolpan de pronto clarísimas ante estos ojos que miran a ese otro Julián que ya no es el mismo escoltado por soldados que lo traen a lomo de caballo ese mi Julián agujereado inerte abrazado a los peones que lo colocan en el medio de la cama advirtiéndome que debo arreglarlo para el rito funerario

# ROSA M. ARROYO

soulmefree3@yahoo.es

Nació en Madrid, España, 1963. Actualmente compagina el cuidado de la familia con los estudios universitarios de Filología Hispánica y la creación literaria. Es miembro activo del Foro Literario Iceberg nocturno <http://www.iceberg-nocturno.org/2.1.%20Rosa.htm> Ha recibido: el Primer Premio del Certamen de Cuentos BESANA, en Madrid (España, 1981), Primer Premio Relato Corto y Segundo Premio Poesía EA “Aluche” (Madrid, España, 2005). Primer Premio de Poesía de Society Poetry of Virginia (USA, 2006), Finalista Certamen de Poesía Jirones de Azul (Sevilla, España, 2006). Tiene varias publicaciones en la Web, entre otras, Revista Literaria *Sensibilidades*.

**OBRA LITERARIA:** Ha sido publicada en la revista literaria impresa de creación poética *Prometeo*, de Barcelona, España). En la Antología del Centro de Estudios Poéticos de Madrid, *Estrella fugaz* (Madrid, 2003), en *La Antología Internacional Sensibilidades de Oro* (Madrid, Alternativa Editorial, 2005), y en la Antología Premiadados Jirones de Azul *con buenas palabras* (Sevilla, Editorial Jirones de Azul, 2006). Tiene inédito el libro de Prosa poética: *Pequeño libro de horas*.

## LA MUERTE CANSADA

Pasa. No te quedes ahí quieta como si fueras tímida. Sé que vienes a contarme historias de otros con pálida lengua; que solicitarás quedamente el cuenco de mis manos, porque nunca huyen de ti.

Ven, siéntate a mi lado. Noto en tu semblante el cansancio eterno pidiendo a gritos un hombro y los tres clavos salvadores que existen para días así.

Pero hoy déjame compartir contigo la fatiga de tanto desahogo. Como tú, también necesito los dedos para sostener el cáliz de tu voz mientras en mi frente murmuras tus encuentros hasta dormirte con inquietud, el tiempo que dura un bostezo.

No temas. Te seguirás despertando como siempre para cumplir el pacto con la vida y hacer profundo el dolor, y más grande la Luz que habita detrás de tu sombra.

## **LA MADRE**

Estiró temblorosas las manos. Diez dedos, como garfios de vida, desearon atrapar un aire vacío, intentando inútilmente, traer de nuevo a su vientre a la carne de su carne. La oscuridad que nublaba sus ojos formó con las lágrimas lagunas negras, allí donde el dolor espeja otros ojos ya dormidos.

Todos los caminos se cartografiaron en las arrugas que surcaban su rostro, y tal como los terremotos cambian el paisaje, así su expresión contorsionó el gesto marcado, acentuando la súplica vana al sentir el golpe inacabable de la falta del hijo, también padre.

Acabada la esperanza, sus adentros se rompieron en minúsculos pedazos, en gotas sangradas de llanto; en partículas amargas que, en esa hora primera, acrecentaron el sordo momento del tiempo efímero, alcanzando el horizonte de ocasos enlutados donde, ya para siempre, ese infinito indefinible asoló de sufrimiento el fondo de madre, sin la posibilidad de mecerlo en su pecho en la despedida, ni ocasión de escuchar su última canción de cuna.

Un grito desesperado se ahogó sin fuerza en su garganta, y la voz fue incapaz de arrancar tanto dolor acumulado. Apenas fue un quejido inerte en los labios que acompañarían el silencio de la vida arrancada y los futuros amaneceres de luto.

Luego, el aire se apiadó de la madre y, condensado en un engañoso abrazo, le besó sumiso las ajadas manos ya sin el hijo muerto, y ella, susurrando al contacto de la piel, dijo:

—¿Por qué él y no yo, Muerte?

## **SI VES QUE ESTOY DORMIDA, SÁCAME A BAILAR**

(a Rosario Paniagua)

Allí estaba ella, con su traje blanco inmaculado de exteriores: sencillo tejido de noches y descanso, flotando en el espacio de la habitación del hospital.

Al levantarse del sillón, vi por primera vez cómo sus alas se quedaban pegadas a la pared, justo al lado de ese cuadro en el que un velero



lejano se hallaba suspendido en un océano pacífico y callado, envuelto en un arrullo marino. Se extendían de lado a lado: por uno, hasta la esquina del ventanal, desde el que un Madrid avejentado de agostos intentaba colarse a hurtadillas; por el otro, hasta el sofá-escuchante en el que, sentadas a horcajadas, la emoción y yo respirábamos un aire cargado de complicidad.

Tenía la profunda mirada suspendida en un más allá, agolpándose, en su iris verde, la luz que segrega el sufrimiento tamizado: la expresión honda del que ha visto el abismo y ha sido retirado de él, haciendo de esa luminosidad, cercano lo lejano.

Se levantó serena, una vez más. Con pasos lentos se acercó a la mesita, y estiró las manos desvalidas, y cansadas, hacia el agua. Durante ese movimiento de pies rendidos, percibí que las alas, esta vez, como silentes brazos protectores, se movían en su misma dirección.

Alguien abrió la enorme ventana, y durante unos minutos nos inundó una bocanada de realidad en la que se mezclaban el olor a geranios del balcón de enfrente, con el chirriante tráfico de la calle San Bernardo...

Cuando la tarde se acercaba al último hilo, y la penumbra tomaba posesión de la habitación, comenzó, entonces, a “desenvolver” un regalo para mí:

—Chely, cantemos para Rosa las favoritas de papá y mamá —dijo con voz suave.

De su garganta, una manifestación de hondura y don, brotaron notas que sonaron a paseo sin pies sobre mares azules; a música en vuelo rasante de ocaso, plagado de inmensos nidos de algodón con su juego de matices y colores, como un pentagrama en Sol-menor; sonando a ese rayo de luz curioso que, a través del hueco de un cristal opaco, se posa victorioso en el suelo, con sus diminutas motas de polvo en viaje dentro de su círculo dorado, danzarines de una melodía que sólo ellas conocen...

Me pareció que su voz llenaba el aire de templo y piedra, de musgo y siglos...

“Caeli”. Así decidí llamar a Chely después de oírla cantar, siguió a su hermana. María, a mi lado, absorbía el momento con su recogimiento de siempre; y yo, después de escuchar las canciones, me pregunté,

en una décima de segundo, y con el pecho hinchado como un globo de helio, qué más necesitaría la emoción para que, sin despegarme del suelo, me poseyera hasta dejar de ser yo.

.....

De pronto, sentí un tacto sin manos, un abrazo callado... Las alas estaban ahí, justo delante de mí, sosteniendo los ríos interiores que se desbocaron al escuchar de nuevo su voz, esta vez sin compañía y sin previo aviso, que entonaba apacible:

.... *Señor, si ves que estoy dormida, sácame a bailar.*

# NATIVIDAD BARROSO GARCÍA

nbarroso@cantv.net

Nació en Santa Cruz de Tenerife, en 1937. Venezolana desde niña. Tiene una vasta experiencia en promoción de la lectura, cultura y educación. Licenciada en Letras, Universidad Central de Venezuela, Summa cum laude. Postgrado en Folklorología, Fundación de etnomusicología y folklore (FUNDEF-CONAC) y UCV, Summa cum laude. Prepara su tesis para la Maestría en Literatura Comparada, Facultad de Humanidades de la UCV. Es Profesora de varias materias universitarias en sus áreas de interés. Investigadora de lingüística, literatura, antropología y folklore. Traductora. Escritora, colaboradora de diarios de Barquisimeto y otros del interior del país, y revistas nacionales. Durante más de cuatro años mantuvo la columna de opinión “Eros y sociedad”, en diario *El Impulso*, Barquisimeto. Creadora de una investigación-programa de animación de la lectura “La hora de la resonancia”. Miembro fundador de la Asociación de Escritores del Estado Lara (ASELA) y del Ateneo “Ciudad de Barquisimeto”. Asistente, ponente y organizadora de Jornadas, Encuentros y Debates relacionados con sus intereses profesionales y artísticos. Ganó el concurso de ensayo para autores inéditos de la Editorial Monte Ávila 2004, que incluyó la publicación de la obra premiada *Cuatro ensayos desde los crepúsculos*. Finalista en poesía y narrativa en Certamen del 2004 de Córdoba, Argentina.

**OBRA LITERARIA:** *Cuatro ensayos desde los crepúsculos* (Caracas, Monte Ávila 2004), *Prosas inconsciente* (ASELA, 2005). Está antologada en: *Imaginar la distancia. Poesía larense del siglo XX*, e *Imagen poética de Barquisimeto*; en *La fiesta de los zaragozas en el estado Lara*; y seleccionada para *Floriscanto: 58 poetisas larenses* (en imprenta). Aparece en la *Antología Conjugando las artes* (Córdoba, Argentina, 2005); y en *Our Voice/Nuestra Voz/Notre Vois* del Pen Club International (2006). Aparece en la Tercera Edición del Diccionario *Quienes escriben en Venezuela* de la Universidad de Los Andes. Tiene unas 20 obras inéditas.

## QUERIDO VOLKI

Querido Volki:

¡Cómo te recuerdo todavía! ¡Qué triste no haberte podido conservar por más tiempo!

El primer día que fui tu dueña estrellé champaña contra tu cuerpo y el último día, el del cataclismo, te estrellé contra un autobús.

Recuerdo cuando te bautizamos con champaña como a los grandes transatlánticos. Claro, el líquido nos lo tomamos las celebrantes y estrellamos contra tu cuerpo fuerte, blanco y brillante (para entonces) la

botellita vacía pero, sí tuviste tu ceremonia con siete sacerdotisas enamoradas de ti: siete compañeras de trabajo y estímulo para la vida.

Celebrábamos el gran acontecimiento de tu llegada a mi vida. Fuiste la solución para tremendos problemas. A partir de ahí, la vida de abandono y trabajo forzado se me facilitó. Los dos bebés, mi mamá y yo pudimos cumplir con la orden del médico de ir todos los domingos a la playa, sin tener que madrugar tanto y permanecer horas y horas en las colas para tomar los autobuses de ida y vuelta a Catia La Mar, cargadas de pañales, teteros, termos, compotas, almuerzitos y alguno que otro libro. También pudimos ir de vez en cuando a las montañas.

Y, lo más importante, ya no tuve que bajar (como lo había hecho durante un largo año), de lunes a viernes, las escalinatas desde el Bloque 20 hasta el 16, cargada con la cartera y bolsas de toda la muda de ropa y teteros en forma doble, con un bebé en los brazos y el otro agarradito de la mano, esconderlos detrás de una columna hasta que abría la puerta del por puesto, meternos rápidamente atrás antes de que el chofer arrancara porque no querían niños pequeños en sus vehículos (especialmente cuando llovía); bajarnos unas veinte cuadras más abajo, en la Avenida Urdaneta y repetir todo el proceso para meternos en otro por puesto hasta Sabana Grande, donde dejaba a los bebés. Tomar entonces un por puesto más hasta mi trabajo en Los Ruices y, luego, por la tarde, rehacer todo al revés.

Otro momento fundamental fue cuando el terremoto: fuiste nuestro refugio durante más de doce horas.

Además, luego, cuando se presentó mi segundo noviazgo, fuiste mi alcahuete silencioso y complaciente para los avances, sumamente lentos y controlados, de los escarceos del largo cortejo de año y medio, mientras, desde algunas de las colinas citadinas esperábamos a que se aflojara el tráfico por las autopistas, a la salida del trabajo.

También recuerdo lo orgullosos que desfilamos, junto con cientos como tú, por varias avenidas de Caracas, al salir del Autocine, después de ver la película de “Cupido motorizado”.

Luego, te convertiste en la incansable nave terrestre del nuevo matrimonio y del nuevo retoño —ya tres—, todos viajeros incansables, para recorrer casi todo el país: las playas de Oriente, los Andes, Lara, parte de los Llanos, Maracaibo, Coro y sus médanos. Posteriormente para

los viajes quincenales (a veces semanales) al paradisíaco Buchuaco de Paraguaná donde fuimos construyendo una casita cerca de la playa.

Una vez nos llevaste, a los tres niños –uno de dos meses– y a mí, toda la noche y madrugada, lloviendo, en un viaje fantasmal, de Acari-gua a Caracas cuando tuve que regresarme intempestivamente.

Años después y durante dos seguidos, fuiste mi compañero, animalito manso, resistente, sin quejarte, para mis viajes nocturnos de fines de semana, desde el trabajo y la universidad, de Caracas a Barquisimeto y viceversa, para visitar al esposo y al niño más pequeño y para ayudar a sacar adelante el negocio que nos permitiría establecernos en aquella ciudad crepuscular.

Finalmente, serviste de mula de carga para las eternas mudanzas de mis gigantescas bibliotecas (con estantes y archivos incluidos): de Caracas a Barquisimeto, de Barquisimeto a Las Playitas (por otro cataclismo) y, finalmente, de Las Playitas a Caracas, para mi renacimiento.

Pero, aquel desafortunado día, por estar haciendo otro de los tantos favores, cuando llevabas al lado mío, a otra madre, embarazada en sus últimos meses, al hospital de Duaca, ocurrió el cataclismo del que fuiste protagonista y víctima mayor.

Sin embargo, hasta ese mismo momento me fuiste fiel porque no te rendiste en las peligrosas curvas de la carretera, sino que aguantaste la ruptura de uno de tus tubos arteriales hasta la gran avenida del pueblo para que yo pudiera estrellarte contra la parte de atrás de un autobús estacionado en un garaje de una esquina. Así, sólo tu parte delantera quedó toda arrugadita pero a nosotras, la mamá joven con su valioso vientre y a mí, no nos pasó nada.

Y, aun más, me transmitiste tanta suerte que el día en que te estrellé, en ese pueblo tranquilo y bastante remoto, encontré a un suizo extraordinario que se había quedado allí desde hacía más de cuarenta años, prendado de una atractiva criollita que le había dado una hija (habitante ahora de su Suiza natal), que tenía un taller de latonería. Era tan buena persona que se hizo cargo, con todo cariño, de llevarte consigo. Poco a poco te fue reconstruyendo la parte delantera y, al cabo de unos meses, te consiguió un nuevo dueño que pudiera pagarle el costo de los repuestos y, además, darme a mí una cantidad de dinero que fue muy útil en aquellos momentos de fin de mundo para mí.

No quise verte cuando renacistes. Sólo supe que tu cuerpo ya no era blanco sino azul. Imaginé que estás en un cielo despejado.

Volki, inigualable escarabajo alemán, Volkswagen 1964, siempre estarás en mi corazón, en el de mis hijos, en el de mis nietos (por las fotos en nuestro álbum familiar) y en el de mis mejores amigos. Por más de treinta años fuimos la pareja inseparable.

Todavía, hoy, mis lágrimas mojan estas páginas por ti.

*Tu amiga para siempre*

Postdata: ¡Increíble! En este instante, hoy, a las siete de la tarde, ME ACABA DE LLAMAR por teléfono un señor desde Quíbor, a unos 500 kilómetros de distancia, para preguntarme sobre cómo localizar al segundo dueño de ti, Volki querido, porque este señor –tu tercer dueño después de mí– te había comprado hace cierto tiempo, en una agencia de carros usados y, al tratarte de vender ahora a otra persona, como no le habían hecho el traspaso correspondiente, el cuarto comprador no te acepta sin que se den todos los pasos legales correspondientes. Y, me dijo que ahora tu cuerpo es de color blanco otra vez. (Empecé a escribir esta carta, a mano, en hojas sueltas, esta mañana cuando iba a dar mi primera clase del día y la terminé de igual modo cuando regresaba después de dar la última, aproximadamente a las cinco de la tarde. El señor llamó cuando la estaba pasando a la computadora en mi casa. ¡¡¡Después, dicen que no existen comunicaciones inexplicables!!!!)

# JOSÉ IVAN BEDOYA MADRID

jbedma@hotmail.com

Nació en Medellín, Colombia, 1949. Es Licenciado en Filosofía y Letras (Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín), Magíster en Investigación Socioeducativa (Universidad de Antioquia, Medellín), Profesor titular en la Facultad de Educación (Universidad de Antioquia, Medellín).

**OBRA LITERARIA:** En *Letralia*, revista digital, edición 145 y 149, 2006, tiene: *Entre Silva y Rousseau, Del libro como obra de arte y de la poesía*. Ha publicado también: *El saber pedagógico y las condiciones de enseñanza de las ciencias*, en Acevedo, J. y otros. *Cuatro ensayos sobre pedagogía y saber* (Medellín, Lealon, 1986), *Comenio Pampedia* (Reseña crítica), *Educación y pedagogía* (1992/93) Medellín, Facultad de Educación, Universidad de Antioquia, 8/9: 294-296. *Epistemología y pedagogía* (En colaboración con M. Gómez), 4a. ed. Bogotá, Ecoe, 2004 *Pedagogía: ¿Enseñar a pensar?* Bogotá, Ecoe, 2005.

## FABIOLA

1991/My 25

Hace algunos días conocí a Fabiola. Todo ha cambiado en mí desde el día en que hable con ella por primera vez. Todavía me parece estar viéndola cuando me hablaba un tanto curiosa y sorprendida. He pensado mucho en ella. La imagino, me parece conversar con ella cuando sé que está muy lejos.

Quiero tener una relación de amistad lo más satisfactoria posible con F. Me ha ayudado muchísimo. Me ha dado una nueva luz sobre la vida. Creo que la *amo* porque sufro mucho cuando no la veo, cuando no puedo conversar con ella. Quiero relacionarme con F. con éxito, pero veo en mí muchas dificultades para realizar este diálogo creador. En primer lugar, debido a mi educación y por provenir de un hogar en que no se ha sabido dar una acertada educación (moral, sexual, disciplinaria, etc.) tengo una serie de inhibiciones y prejuicios que me impiden seriamente entablar una relación cuya base sea la confianza. Me encuentro esclavizado de mí mismo, del pasado que me trae mis defectos como una corriente de aire fétido cuando sale de una pieza oscura. Tengo que aceptar y asumir mi pasado, mi herencia tal como es. Aceptarme y construir mi ser a partir de mí mismo.

Además, hay otra cosa muy importante: mediante el diálogo sincero con F. puedo tratar de asumir y corregir mi situación e iniciar una etapa de creación de cara al porvenir. Pero tengo que preparar este diálogo y crear el ambiente propicio por medio de una mayor confianza y así hacer más fuerte el amor. Tengo que alimentar esta atracción: tengo que cultivar esta relación e ir creando cada vez más lazos: irme acercando a ella poco a poco, crecer en intimidad para amarla cada vez más plenamente. En una palabra, nos tenemos que domesticar más. Debo tener en cuenta que me estoy entrenando para amar. Por eso tengo que crecer todos los días en mi afecto hacia ella.

He de preguntarle a Ángela, su hermana, muchas cosas sobre F., no para conocer su vida íntima sino para poder comprenderla mejor:

—“Ángela, tú que ya has tenido tanta experiencia, por la vida conyugal que tienes, crees que F. pensará casarse algún día, pronto, o ella se salió de la comunidad para vivir más plenamente una vida de hogar, en medio de su familia, *liberándose* así de unas estructuras caducas como son, en este momento, las de una comunidad religiosa?”

—“Ángela, ¿tú que la conoces más qué piensas de ella? ¿Crees que sí podré amarla? Me tiene loco con su conducta, con su amabilidad y condescendencia. Es una gran persona. Me ha enseñado mucho acerca de todo. Dialogando con ella me he enriquecido mucho. Es como si empezara una nueva vida, llena de luz, de emociones intensas, de una gran intimidad. Quiero comprenderme muy bien con ella. Quiero amarla. Necesito su amor. Me hace falta. Es la persona con quien puedo realizarme. Quiero entregármele”.

Desde que la conocí he conversado de manera frecuente con ella. He entendido que no le *caí* del todo mal. Desde que la vi, un íntimo deseo de conocerla, de hablar con ella, me inundó. Quiero verla todos los días. Me ha vencido, me ha herido profundamente. Me ha hecho convencer que soy incompleto, irrealizado. Estoy en proyecto: me ha hecho ver que no puedo destruirme en mi egoísmo. Que mi vida tiene que realizarse en una huída de sí misma para encontrar al otro, a la otra persona que me espera de manera impaciente.



## My 2

Tengo que ir creando cada vez más nuevos lazos con ella. Tengo que ir creciendo en intimidad para que aumente así nuestra confianza en el trato. Me da realmente gran dificultad comunicarme con F. sobre algunos temas. Creo que se debe más que todo a que he sido educado en un ambiente en el que me he *encerrado en mi torre de marfil*. Casi no me advertían sobre la necesidad de relacionarme con los demás y durante el bachillerato el estudio era mi exclusivo interés. Ahora es cuando estoy sintiendo esta carencia. No sé cómo remediarla. En todo caso me voy a empeñar en forma seria para que en mi vida entre más el humor y el ambiente de charla informal. Quiero llenar mi vida de amor. Tengo que abrirme al mundo maravilloso de los otros. Estos me llaman. Debo salir de mí mismo e iniciar el diálogo enriquecedor. Debo prepararme a amar. No consigo esto de manera fácil pues debo estar en continua disposición de entrega y de recepción. Debo abrirme a los otros sin tapujos, sin tabúes e inhibiciones, y estar dispuesto a aceptar al otro tal como es en sí mismo, con sus sentimientos, deseos y necesidades. En una palabra, el *juego* se basa en el equilibrio entre actividad-pasividad, receptividad-apertura, dar-recibir. Para amar necesito ejercitarme, prepararme. Me ensayo amando, decidiéndome a correr el riesgo de salir de mí mismo.

He bosquejado un posible diálogo con F.:

—“F., sabes, tú eres la primera mujer con quien entablo realmente una amistad. No sé cómo lo verás, pero algo inesperado e indecible ha sucedido en mí desde que te conocí. Deseo afianzar más lo que pueda haber entre los dos.

Antes veía lo *romántico* como un valor o dimensión vital deseable o inconcebible de realizarse en una persona como yo. Me parecía que sólo cabía en las novelas donde se idealiza y se da una imagen falseada del amor. He cambiado de manera profunda de parecer desde que te conozco. Me has hecho comprender que el amor es muy humano, más aún, lo que nos muestra lo más esencial del hombre”.

Cuando dos personas se enamoran todo cambia radicalmente para ellas. Se comprenden y se dan sin reservas. Se sienten unidos en la inmensidad del universo. Hay una gran armonía fruto de la compren-

sión. Se degusta la paz. Pero este letargo, esta ensoñación en que caen los amantes tiene que ser encauzada para garantizar y perpetuar este mismo amor.

He comprendido que tenemos un lado o rasgo romántico en el que o por medio del cual vemos todo de un modo diferente con los ojos del corazón. Nos dejamos conmover por los sentimientos más íntimos y extraños no experimentados de manera frecuente. La razón, en este punto, ha quedado vencida o por lo menos, desplazada. Surge sin recelo y con poder creador el sentimiento libre. La afectividad se manifiesta sin restricciones. Nos parece que el universo entero, el sol, el cielo, el aire, los árboles, girasen alrededor nuestro.

Sentimos cruelmente la separación del ser amado. Es como si nos destrozaran la parte más preciosa de nosotros mismos. El universo entero se ha descompuesto. Está presente en la imaginación. Sentimos un gran vacío cuando no está a nuestro lado.

Es más cruel la desazón y el desconsuelo cuando no somos capaces de expresarle todo cuando sentimos por ella. Hay una barrera que impide alcanzarla. Pero qué amor, qué felicidad y satisfacción demuestran sus ojos cuando se dirigen a nosotros. Presentimos que hemos sido aceptados pero no estamos completamente seguros. Creo que el amor se basa en esta íntima ambigüedad que no se descubre en forma abierta y completa. En un momento nos parece que solo existimos para ella, que somos también su alegría, pero en otros nos parece que ya todo se hubiera derrumbado porque ya no somos el foco de su atención. Exigimos exclusividad en su atención y dedicación a nosotros. Esta es la fuente de los celos que son muy humanos porque se dan o aparecen en todo amor que sea sincero, pero deben ser orientados y, dado el caso, ser aniquilados, porque nos hacen perder lo más hermoso del amor: su espontaneidad y generosidad.

# MARGARITA BELANDRIA

belan@ula.ve

Nació en Canaguá, Mérida, Venezuela, 1953. Escritora (miembro de la Asociación de Escritores de Mérida-Venezuela), Abogada y Magíster en Filosofía. Profesora de la Universidad de Los Andes en el área de Lógica, Hermenéutica Jurídica y Filosofía del Derecho. En el 2004 clasificó en el Programa de Promoción del Investigador (PPI Nivel I). Desde 1997 se desempeña como Coordinadora del «*Grupo Investigador Logos: Filosofía, Derecho y Sociedad*», adscrito al Centro de Investigaciones Jurídicas, Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, y al Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico (CDCHT-ULA). Desde 1998 es Directora fundadora de la Revista *DIKAIOSYNE*, [Revista de filosofía práctica, arbitrada e indexada en REVENCYT /RVD-005 (y otros Índices internacionales), de periodicidad semestral, editada por el Grupo Logos y el CDCHT]. Participó en el Recital Poético de la VI Bienal de Literatura “Mariano Picón Salas” (Mérida, 8 a 11 de marzo de 2005). Asimismo, ha sido Ponente Invitada en Congresos nacionales e internacionales e invitada de honor al *V Encuentro Internacional de Escritores en el Caribe* (México 2003). Miembro del Foro “Sensibilidades” de Madrid, 2003-2005.

<http://webdelprofesor.ula.ve/cjuridicas/belan>

**OBRA LITERARIA:** Es autora de la novela *Qué bien suena este llanto*, el poemario *Otros puntos cardinales* (Libro bifronte publicado por la Asociación de Escritores de Mérida, AEM, 2006, quien otorgó Mención de Honor a estas obras). Tiene inédito el libro de cuentos *En el pozo*. Una selección de sus poemas fue publicada por la AEM en “*Al Pie de la Letra*” (*Diario Frontera*, 12.6.2004). Otros poemas han sido publicados en la *I, II y III Antología de Poesía y Narrativa* (AEM 2004, 2005, 2006). Ha publicado diversos ensayos en revistas impresas y electrónicas. En la revista *La Palabra* del Instituto Barinés de la Cultura (Barinas 2006, No.8) y en el N° 1 de la revista *Palabrasdiversas* (España, 2006) <http://www.palabrasdiversas.com>

## EN TOTUMOS

Cuando su cabeza rodó por el suelo moviendo los ojos hacia arriba y hacia abajo para cerrarse pensativos ya no fue posible percibir que la amenaza del amo y señor de los ejércitos no había sido apenas una metáfora como les dijo que era a los sufridos habitantes del pueblo de Totumos que asentían con la cabeza taciturna escuchando las exégesis de los vocablos proferidos por el amo, el redentor sacrificado, enviado por la divina providencia para salvarlos de las garras imperiales del vecino norteño de Caretas que robaba con voracidad nunca antes

suscitada hasta las aguas subterráneas y todo cuanto se producía, empezando por los huevos, y todo lo que crecía y se movía en el territorio sufrido de Totumos. Qué va, el amo era un elegido y como el divino Jesús se sacrificaba para salvarlos expresándose en pura alegoría cuyos secretos designios sólo él como intermediario podía explicar a aquellas mentes mentecatas que habían perdido la esperanza y la memoria desde la horrible peste que durante cuarenta años arrasó a sus habitantes con vómitos de sangre y calenturas que achicharraban la mano a los curanderos isleños cuando la colocaban en la nuca de los enfermos para saber de qué mal se estaban muriendo. Qué va, hacer una fritanga de cabezas como dijera el redentor sacrificado no quería decir eso sino todo lo contrario y en el más peor de los casos era apenas mandar al cipote a los culpables de tantos desafueros que habían construido puentes y carreteras para que se cayeran no antes ni después sino justo en el momento en que el amo estaba en su gobierno y habían cuidado con esmero el cerro más alto del pueblo para que se desmoronara como un aluvión endemoniado no antes ni después sino justo cuando el amo estaba en su gobierno y habían criado vacas para que se volvieran machorras y en el puro hueso no antes ni después sino justo cuando el amo estaba en su gobierno y qué otra vaina se podía hacer con esas pérfidas cabezas, marrulleras, que desde antes de nacer el redentor ya lo andaban persiguiendo y desde antes de nacer ya estaban conspirando para derrocarlo su gobierno, pero una fritanga de cabezas, qué va, eso no quería decir eso. Después rodaron por montones pero ya más nadie supo que la suya había de ser la cabeza venidera porque en ese pueblo sufrido de Totumos nadie sabía nada de nada y para que supieran algo de algo el redentor sacrificado hubo de pedir ayuda a una isla cercana donde la sabia conducción de su patriarca había forjado la más avanzada civilización que se hubiese conocido sobre la faz de la Tierra, y de allá iban llegando por tandas bandadas de curanderos que curaban todos los males incurables y maestros que sabían enseñar la historia como era y enseñaban a leer hasta a los burros que era lo que más abundaba en aquella desolada podredumbre que era el pobre y sufrido pueblo de Totumos, y enseñaban a meterle el dedo en el culo a las gallinas para saber si tenían huevo pa hoy o pa mañana y cómo rendir la renta carbonera del pueblo de Totumos que tenía minas de

carbón suficientes para calentar a todos los emparamados del planeta. Iban llegando por tandas curanderos prodigiosos que con una sola píldora curaban todos los males y nunca el pueblo fue más saludable y la gente nunca más sufrió de infartos ni de esas tremendas arrecheras porque hasta entonces las rastras de maldades venían empaquetadas con precintos del vecino macabro de Caretas. Iban llegando por tandas ingenieros que en una sola espabilada levantaban puentes descomunales y autopistas gigantescas que nunca más se fueron contra el suelo, y para completar la hartura de la dicha y nada más faltase vinieron las putas más sabias de todas la putas de la Tierra que sabían todo lo que había por saber y hacían en la cama o el baño o donde fuera los números nunca jamás por nadie imaginados, qué bendición, y entonces por fin el pobre y sufrido pueblo de Totumos vio a la felicidad en plenitud erguida y solemne como el resplandor de una espada que no sólo la podían lambar y manosear con todos los dedos de la mano y enrollarla y metérsela en el bolsillo o donde fuera sino hacer regueros de ella hasta en los más recónditos extremos de todos los dominios territoriales donde quedaron abolidos para siempre todos los dolores y hasta la mierda dejó de oler a mierda y ser lo que era para mudarse en terroncitos de oro que se precipitaban como ventarrones sobre los techos de las casas que antes fueran de cartón y barro. No habiendo más nada por hacer porque ni una pajita más de felicidad cabía por las rendijas de ninguna parte, hacían concentraciones en la plaza donde las muchedumbres fervorosas aclamaban al amo y señor de los ejércitos a quien hubo que coserle de emergencia unos gruesos calzoncillos impermeables para sujetar los enormes chorros empinados que ensapaban sus calzones con cada tanda de aplausos y aullidos de gozo enfebrecido cuyo estruendo hacía volar a las palomas espantadas. Y como único medio de atajar las fuerzas malignas alborotadas a mansalva por el vecino norteño de Caretas y no ver a la felicidad en plenitud descuartizada, ofrendaban en altares a los más tiernos inocentes cuya sangre derramaban piaches y babalaos sobre el inmenso cuerpo sediento del redentor sacrificado.

# LOLA BERTRAND

lolabert2004@yahoo.es

Nació en Gijón, Asturias, España, 1950, ciudad costera del norte de España. Su gran pasión es la escritura. Sus prioridades no están en publicar sino en escribir, por eso se autoedita de manera artesanal sus propios libros.

**OBRA LITERARIA:** Sus textos han sido recogidos en seis libros colectivos, uno con el *Círculo de lectores*, y los otros cinco en las antologías del extinto foro Sensibilidades. También tiene parte de sus trabajos repartidos en múltiples páginas personales de la red de Internet. Entre su bibliografía inédita tiene las novelas: *O somos gafes... o somos idiotas* (2002), *Ula, corazón de selva* (1993) y *Kabula, la isla de mis sueños* (1992), dos libros de poemas: *Cuatro páginas de niebla* (1998) y *Tres ráfagas de aire* (2005) y siete libros de relatos y prosas poéticas: *Historias de no se sabe dónde II III IV V VI VII* (2000-2005). Web: <http://niebla.atspace.com> Algunos de sus poemas han sido incluidos en *La II Antología de poesía erótica: larghetto ma non tropo* de la Asociación de Escritores de Mérida (AEM/ CONAC, Venezuela, 2005) y en la *II Antología de narrativa (relatos de humor sin extrema-unción)* de la misma Asociación (AEM/ CONAC, Mérida-Venezuela, 2005). Ha escrito prólogos y epílogos, como los del libro de relatos de viajes *Ditirambos: entre viajes y fantasías* (Madrid, 2005) del médico-escritor, madrileño, Luis E. Prieto Vázquez, y de la novela *Marta se realiza* (2005), de la escritora sevillana Marila López. Fue miembro del Consejo Editor de la revista virtual *Sensibilidades* y, actualmente, de la *Revista digital Palabrasdiversas*.

## EL TEMBLOR

Aunque solamente tus dedos rozaron los botones de mi blusa, sentí el temblor de tus deseos traspasándome la piel.

Únicamente nuestros ojos estaban fundidos en un mudo abrazo, dialogando esas palabras secretas, que tantas veces se habían quedado prendidas en el borde de nuestros labios...

Aún no me has tocado, y... ya soy tuya, -pensé.

Lo sabías desde siempre, desde que nos soñamos distantes y atrevidos; hemos estado jugando a un escondite de almas y de pieles, durante los fugaces huecos del sueño...

Pero ese día..., ese día fue real nuestro encuentro, ya no quedaban botones en mi blusa que pudieras desprender... Tu dedo índice recorrió la curva de mis pechos con una lentitud que me llenó de an-

sias, florecieron mis pezones bajo la anhelada caricia; vi amanecer la sorpresa en tus pupilas al atrapar la turgente redondez de mis senos: parecían haber nacido para dormir en el hueco de tus manos...

Un círculo de calor intenso recorrió el contorno de nuestras figuras silenciosas; el ahogo de nuestras respiraciones fue tan ardiente y asfixiante como un beso... Sé que temblaba a través del temblor que percibía en ti...

Estábamos atrapados en la tela de araña que habíamos ido tejiendo con nuestras palabras llenas de intenciones ocultas; con nuestras miradas cargadas de fuego, que habían conseguido hasta detener las notas de un clarinete danzando en el aire de la noche...

Los pensamientos se retiraron de nuestras mentes; se licuó el tiempo a nuestro alrededor. No existía nada, ni antes, ni después, que no estuviera contenido en este momento, largo y fugaz, que atrapaba la intensa atracción que nos envolvía...

¿Era amor..? ¡Claro que era amor!, el amor doloroso de dos ríos que solamente tenían el instante de la cascada para amarse...

Mis manos se convirtieron en pétalos al acariciar tu espalda.

Tatué, con gotas salinas, en el borde de tus párpados, palabras secretas que nunca volverías a escuchar. Atrapé la sangre que recorría tu cintura con mis dedos; sentí el temblor que te invadía y el calor que te galopaba en lo más íntimo.

Las palmas de mis manos dibujaron una lenta caricia que te llenó de urgencia...

¡Fuimos dos mariposas acariciándonos con las puntas de nuestras alas...!

No supimos quién desnudó a quién, cuando nuestros cuerpos fueron atrapados por la calidez de la alfombra...

Por primera vez nos sentimos enteros, incontrolados, animales... Ninguno de los dos pudo detener el volcán de fuego que nos latía furioso por las venas ¡Teníamos un hambre feroz y acuciante el uno del otro!

No hubo rincón de nuestra piel que nuestras bocas no transitaran; tú dejaste que la humedad de tu lengua penetrara en cada uno de los poros de mis rincones secretos, y yo... te arranqué acordes ocultos y olvidados, al acoger en el fondo de mi garganta la dureza de tu sexo...

Tu primera palabra fue un aullido: “para..., para, por favor...”

La mía un ronroneo: “hummmm...”

Sabía que estaba traspasando las puertas de la irrealidad cuando abrí mis muslos para acogerte en la profundidad caliente y húmeda de mi cuerpo: el otoño floreció al impulso de tu violento esperma...

—Ahhhh... Un rugido fiero invadió por completo el aire, opacando cualquier otro sonido...

Fuimos por un instante UNO, y atesoraremos ese relámpago irrepitible en el fondo de algas de “nuestra cajita de secretos”.

—Seré tuyo cada vez que me recuerdes, -dijiste.

—Seré tuya...siempre, -pensé.

El temblor de tus dedos recorriendo mi mejilla fue un adiós... Ahora, cuando te siento lejano, percibo el latido de tu semilla recorrerme por dentro...

## **PUNTO DE ENCUENTRO**

Justo delante del cartel, se me paró el coche...

Llevaba unas tres horas viajando por una de las carreteras más transitadas del país, todo parecía marchar a la perfección, y, de pronto: aquel contratiempo...

Dirigí rápidamente la mirada hacia el panel que tenía frente a mí, con gran extrañeza, comprobé que la aguja de la gasolina marcaba cero...

Al levantar la cabeza mis ojos chocaron de frente con el cartel, decía así:

EL REFUGIO (pueblo vacacional), a 2 kilómetros.

Estaba enclavado al comienzo de una carretera vecinal, cuyo estado dejaba bastante que desear. Eran las cuatro de la tarde de un hermoso día primaveral. No encontré una opción mejor que coger una lata vacía de gasolina que siempre llevaba en el maletero del coche, y ponerme a caminar en busca del pueblo, o lo que fuera: allí esperaba encontrar ayuda y combustible para mi vehículo.



Llegué a la entrada del pueblo mucho antes de lo que había pensado, pero..., para mi sorpresa, se había hecho completamente de noche.

Ya no podía volverme atrás, así que me adentré por sus calles, limpias e iluminadas: aunque extrañamente no había farolas ni bombillas a la vista...

Una inquietante sensación empezó a nacer en mí: no había ni una sola persona en todo el perímetro que abarcaban mis ojos, las ventanas de las casas estaban todas a oscuras y .., los nombres de las calles por las que pasaba, eran de lo más insólito...

“Aquí se encuentra el olvido”, “Jamás volverás a pasar hambre”, “Los hijos quedaron atrás”.

El de la plaza de “Busca dentro”. El del parque” El parapeto de siempre”.

Yo me aferraba a la lata de gasolina, como si esta fuera el único punto de cordura en mi cabeza, mi mente giraba a una velocidad inusitada, y empecé a sentir miedo...

Realmente el pueblo, o lo que fuera, –que ya no estaba segura de nada–, no tenía un aspecto tétrico y amenazante, pero..., aquella soledad, aquel silencio...

No había tiendas, ni restaurantes, ni ningún tipo de comercio por pequeño que fuera; solamente casas y más casas, todas bastantes semejantes entre sí...: hasta esa uniformidad me inquietó también...

Me entraron unos tremendos deseos de gritar: ¿Hay alguien aquí...? Necesito ayuda...

Pero me callé, pensé que si aparecía alguien, en medio de tanto silencio y soledad, perdería los nervios definitivamente. Miré el reloj para orientarme sobre el tiempo que llevaba caminando, pero comprobé consternada que la esfera estaba en blanco: por alguna misteriosa razón los números y las manecillas habían desaparecido.

Estoy soñando –me dije–, esta situación en que me encuentro no tiene nada de real.

Pero no recordaba haberme dormido, ni tampoco era muy normal que lo hubiera hecho a la orilla de la carretera; recordé mi coche sin gasolina y ello me impulsó a seguir caminando hasta el final del pueblo. Cuanto antes resolviera mi problema, antes podría continuar el viaje.

De pronto lo vi. Era un edificio grande, lleno de ventanas iluminadas, y con un gran cartel sobre la puerta principal que decía: PUNTO DE ENCUENTRO.

Me dirigí hacia allí, esperaba aclarar, en aquel lugar, tan absurdo misterio...

El silencio se quebró en el mismo instante en que abrí la puerta: medio centenar de personas, sonrientes y vestidas de blanco, me dijeron todas al unísono:

—Bienvenida a tu nueva morada, Lucía, te estábamos esperando...

Dos kilómetros atrás se escuchó el ulular de una ambulancia: transportaban mi cuerpo al depósito de cadáveres...

# ROBERTO BIANCHI

bianched@adinet.com.uy    abraace@internet.com.uy

Nació en Montevideo, Uruguay, 1940. Exiliado y posteriormente residente en Argentina desde 1973 a 1995, retorna en 1996). Premio publicación en *El primer siglo*, muestra poética de la Municipalidad de Ceres, Santa Fe, Argentina. Primer Premio del Concurso Literario del Circulo Médico de Quilmes, durante los años '91 y '92. Primer Premio Publicación de la Editorial Nubla de Buenos Aires, con su libro *Lugar en marcha*. 2º Premio Cuento del Concurso Literario "20 aniversario de AUDA", 2004, con el auspicio de la Casa de los Escritores de Uruguay, por su trabajo: *Un sombrero negro de alas anchas*. Se desempeña como editor titular de Bianchi editores. Director del Movimiento Cultural aBrace, conjuntamente con la poeta Nina Reis, habiendo realizado a la fecha siete encuentros internacionales.

**OBRA LITERARIA:** Poemas: *Opinando* (1981), *Sumario* (1987), *Bordes* (1992), *Lugar en Marcha* (Editorial Nubla, 1993), *abro montevideo* (Antología poética, Ediciones Poramor, Colección Sur, La Habana, 1993), *Esto es Cuba* (poesía-ensayo, 1995), *montevideo-o-dios* (Editorial Graffiti, 1997); *Los amores son arcos formidables* (poesía bilingüe español-portugués, 1999), *Y sin embargo abren los jazmines*, (2003). Poemas y artículos suyos han sido publicados en numerosas antologías, revistas, periódicos y plaquetas en Argentina, Brasil, Cuba, España, Israel, México, Puerto Rico, Suecia y Uruguay. Ha participado en *Breve muestra de poesía contemporánea del Río de la Plata*, selecciones I y II, (1994), en *Letras Uruguayas*, muestra de poesía y cuento breve, 1997; en *Espejos de la Palabra*, poesía bilingüe español-portugués, 1998; en *Cuatro disparando lunares*, poesía y prosa /colectivo/ edición bilingüe portugués/ español, 2000; en *Agua en el 3er. milenio*, antología temática/2000, en *Letras de Babel*, antología multilingüe/2000, en *Tracción a 4 poemas y una cuerda*, colectivo de poesía bilingüe español-portugués, 2002; Sus epígrafes enhebran la obra *Letras derramadas, selección de poesía erótica y amatoria*, aBrace, 2002. *Casa do poeta Rio-Grandense, 38 años*, Editora Alcance, 2002; *La Cósmica vereda de un poema*, selección de Marietta Cuesta Rodríguez, Cuenca, Ecuador, 2003; Participó en *Latinidade III*, Coletânea Poética da Sociedade de Cultura Latina do Estado do Maranhão, Brasil, 2002; en *Lazos*, Montevideo, 2002, recopilación de textos poéticos por Artecyd, Centro de arte, cultura y desarrollo; en *Antología Poética Latinoamericana*, Casa de Horacio, Portoviejo, Ecuador, 2004, en *El carnaval cordial de las distancias (141 Poetas del Mundo)*, Casa del Poeta Peruano, Chiclayo, Perú, 2003. *En las líneas de la mano*, Bianchi-Reis-Zavala, *Tres poetas de América Latina* (Quito, Ecuador, 2004), *Trilogía-celada sobre encaje de guipur*, Nina Reis, Roberto Bianchi y José María Pinilla, ediciones Atenas, Barcelona (2005); en *CIRCULO DE NARRATIVA 2*, sello aBrace 2005; *HUELLAS/MARCAS*, Reis, Bianchi, Zavala, poesía bilingüe español portugués, Centro de Artes y Letras de Ecuador "Esmeralda Guzmán Carrera".

<http://www.abrace1.com>, <http://www.abracecultura.com>

<http://abraace-robertobianchi.blogspot.com/>

<http://movimientoabraace.blogspot.com>

## UN SOMBRERO NEGRO DE ALAS ANCHAS

A la memoria del poeta uruguayo Ángel Falco y de Ana Stotz

Ángel golpeó con fuerza sobre la mesa y un estruendo de aplausos coronó sus palabras. Acababa de declamar esos versos que había construido con la certeza que serían un estandarte, un credo. Las tertulias de los viernes en el Polo-Bamba eran una especie de escenario natural. Un espacio ineludible para los poetas que desafiaban la sociedad establecida y exhibían los frutos de sus ensoñaciones libertarias.

Tal vez no recordara después quiénes estaban esa noche en torno suyo, si Vicente, Roberto, el mismo Armando, pero fijó los ojos en Ovidio y recordó fugazmente cuando lo conociera en el Teatro Stella D'Italia. Fue la velada en que dijo el poema *Al cruzir de las horcas* en homenaje a los Mártires de Chicago. Al terminar, Ovidio se le había acercado y tomándole de un brazo, le había dicho, *fue un apóstrofe tremendo, mientras Ud. recitaba, invadió mi espíritu un escalofrío de tragedia...*

¿Trayectoria triunfal o soledad de madrigal galante? Ángel no titubeaba en acercarse al oído de una dama con amoroso acento y florecido elogio, ni en pronunciar un brillante discurso en el Solís, en homenaje al poeta Julio Herrera y Reissig, recientemente fallecido, ni en exigirle justicia, parado sobre un banco de la Plaza Independencia al presidente Batlle, que estando en el balcón, le contestara: *Unidos venceréis*.

Deambulaba por la calle Sarandí, envuelto en una amplia capa negra que daba sugestiva imponencia a su andar. Una silueta original de mostachos mosqueteriles, abundante melena negra, cuello alto y sombrero de alas anchas. Participaba de largas discusiones doctrinarias, mientras sonaba de fondo el ruido de los dados, el chocar de los vasos y envolvían el aire las palabras y el humo de cigarros. A veces un rosa, un lirio o una orquídea en el ojal, un guindado en lo de Pedemonte, alguna cita en esquinas de faroles de gas, mientras pasaban las volantas y las damas con sus largos vestidos y sombreros de tules, escondían entre abanicos las miradas fugaces.

Esos tiempos de romanticismo, protestas y rebeldías triunfales le daban a Ángel el paso desafiante. Su vida era una sucesión de episodios agitados.

La mesa todavía temblaba con el golpe de su puño, cuando extinguidos los aplausos, se produjo un silencio profundo. Aquellos hombres lo miraban con admiración y respeto. Entre aedas, caballeros andantes, siendo la palabra en imprenta tan escasa, había dejado claro con su voz, que no hay doctrinas para la libertad sobre la tierra, pero se puede dejar la sangre en la huella de un poema.

Esa tarde Ángel había vuelto a pasar cerca de la muchacha. La había visto ya varias veces con el estuche de su violín bajo del brazo. Con aquellos tristes ojos grises, como extraídos de un día de lluvia, que le parecieron parte de una melodía. La misma tal vez que hizo parar a ambos un tiempo atrás en la calle Juan Carlos Gómez, frente al Cabildo, mientras –durante los carnavales– desfilaba una estudiantina de violines. Las notas entonces habían quedado trepidando frente a sus ojos que se cruzaron y que ella se apresuró a bajar, mientras redoblaba el paso. Él la siguió con la mirada, mientras la veía alejarse con sus padres hacia la calle Cerrito.

Pensó que seguramente estudiaría en el Conservatorio La Lira. Que tal vez una tarde la iría a esperar. Que era un ensueño verla. Que los adoquines de las calles y las baldosas de las veredas de la ciudad, eran simplemente un marco de artificio, para aquellos pasos que merecían sedas y jardines. Para aquella joven que había despertado su amor.

Juró que el soneto que escribiera en la tarde del primer encuentro, ella lo escucharía, y que cuando lo oyera, los ojos tristes se iluminarían de ternura.

No se animó a preguntarle tampoco ahora, pero supo que se llamaba Ana y que siempre sería Ana, aunque nunca supiera su nombre verdadero.

Ángel salió del Polo Bamba, envuelto en su capa negra y rodeado de los poetas compañeros. Héroes del “sarandismo” caminaron firme por la estrecha vereda. Iban contándose de retos a duelo y aventuras. Roberto exhibía sin pudor los orificios de bala en su chaleco, recuerdo de un marido celoso. Iban sin ver que las ventanas se habían cerrado y apagado sus luces. La hora tardía no hacía mella en aquellos jóvenes trasnochadores cuya insolencia era tantas veces criticada y denunciada por los vecinos y comerciantes. Ángel reía sonoramente y trataba de

adivinar tras los visillos las caras de las dulces esposas, ardiendo de deseos presuntamente insatisfechos y languideciendo de amor por las estrofas de sus versos. Aquellos señores que encendían velas y rezaban plegarias, que las acompañaban a misa de 11 los domingos, no podrían nunca imaginar el fuego que despedían los ojos de sus mujeres, cuando lo veían pasar con sus compañeros por la puerta de sus casas.

Pero esa tarde Ángel había visto a Ana y ahora tenía su soneto dobladito en el bolsillo del chaleco. Cuando llegaron a la esquina del Cabildo cruzaron a la plaza y se sentaron en los bancos. La luz de luna llena pegaba entre los árboles e iluminaba las manos que desdoblaron la hoja de papel. El viento del sur, casi sin que lo notase, se la arrebató en el momento en que se la alcanzaba a Ovidio diciéndole, *es un secreto propio de un amigo*.

Ángel quiso retenerla en el aire, pero los remolinos en el espacio abierto, hicieron tomar vuelo al papel, testigo de sus delirios amorosos. Entonces la empezó a correr entre maldiciones y gritos, mientras su sombrero rodaba por el suelo.

El sábado por la mañana Ana salió rápidamente de su casa y caminó esas poquitas cuadras hasta la calle Sarandí. Pensaba que los brotes de las plantas eran dedos pequeños, muy sensibles, que empezaban a alzarse para alcanzar su cara. Que los trinos de los pájaros sobrevivientes a la civilización, internados en los edificios, creaban una melodía que ella jamás podría tocar en su violín.

La ciudad vieja de Montevideo se vestía con toda la energía de la creación artística los sábados. Contrastaba con la grisura de los otros días de semana de trajín bancario y comercial, tránsito de automóviles, ómnibus y todo tipo de ciclomotores, tejedores de una red intensa de otros intereses.

Llegó al Paseo Cultural cuando estaba en su esplendor. Metida en su vaquero, remangada su campera, buscó una vez más estar cerca de los poetas que leían en la calle. Le gustaba intercalar con ellos melodías, sin concertación determinada, envuelta en sus palabras.

De la mano del viento del sur, Ángel vivía uno de sus sueños utópicos ese sábado, en el centro de aquello que parecía ser un mundo imaginario. Una extraña gente exhibía sobre mesas, o directamente en

el suelo, los objetos salidos de sus casas. Sin embargo no podía reconocer a esos mercaderes de ropas imposibles. Vendedores callejeros, que en vez de vocear frutas o pescados, velas o pasteles como siempre, ofrecían su mercadería en la Plaza Matriz y sus alrededores. Lo que era su loza, sus vasos, libros, vestidos y sombreros, estaban allí y no en los clásicos comercios donde se venden esas cosas. Esto amenazaba de muerte su cordura.

Escuchaba voces muy fuertes, demasiado, como saliendo de gargantas profundas. Y veía gente, gente en todas partes, distinta, indescriptible, inmersa en aparatos nunca vistos.

Caminó entre ellos y nadie lo miraba. Podía tocarlos que permanecerían indiferentes. El viento lo empujaba todavía, apuraba su paso, levantaba su capa por los aires.

Entonces la vio. Sabía que era Ana, pero tan distinta...Primero escuchó la melodía. Era sin duda aquella melodía. La misma que los hizo parar juntos una noche, mientras desfilaba una estudiantina de violines. Sabía que era Ana que la ejecutaba dulcemente. Eran sus manos que elevaban el arco, que pulsaban las cuerdas en medio de la calle. Ana arrancaba aquellas notas más allá de sus conocimientos. Una melodía perturbadora y fugaz.

Cerca escuchó voces poéticas. Hombres y mujeres alternaban indistintamente sus lecturas de textos desconocidos, que sin embargo sonaban entre extraños y habituales, con un ritmo roto de rimas raramente construidas y a veces inexistentes, frente a una librería con enormes vidrios y pinturas, con un cartel que rezaba: Museo Torres García.

Ana acompañaba las lecturas que realizaban los poetas, pasándose un micrófono de mano en mano mientras mostraban sus libros, en una especie de ágora semicircular.

Entre las voces que encendían la sangre, Ana creyó escuchar un texto de otros tiempos, un soneto desnudo como un ángel. Velos de ternura que acariciaba su memoria, con un dejo de intimidad, que se desnudaba por los parlantes. Los mismos poetas que se buscaban las miradas, se asombraron escuchando aquel texto que sonaba en una voz inesperada, altisonante, heroica. Una voz inexplicable. Se miraron y gesticularon interrogándose sobre la procedencia y autoría de los

versos que nadie reconocía como propios.

Ni los magos, bailarines, malabaristas, músicos y artesanos, por una parte, ni la corriente de público que vestía la calle Sarandí, podían adivinar que entre ellos anduviera esa figura impresionante, envuelta en una capa desplegada.

Ana aún tocaba la melodía sin saber cómo se enhebraba con sus manos, cuando sintió la ráfaga imponente, el remolino que envolvió su cuerpo, amenazando su equilibrio.

Cuando abrió los ojos que mantenía entrecerrados escuchando poema y melodía, descubrió a sus pies, casi sin asombro, un antiguo sombrero negro de alas anchas.



# MARÍA ÁNGELES CANTALAPIEDRA

angeles\_cantalapiedra@yahoo.es

Nació en Madrid, España, 1960. Licenciada en Historia y Geografía de la Universidad de Valladolid. Ha sido galardonada con dos premios en la categoría de minificción en Ficticia.com, y fue ganadora del Concurso “Karma Sensual”, 2005, con el relato “El tren de las colinas del té”. Convocado por la argentina Marta Roldán y publicado por la Editorial Taller del poeta (Pontevedra, España) junto a otros textos eróticos. Figura entre los miembros fundadores del Forum de Letras Libres y creadora de las páginas “Sensillamente libre” en:

[http://es.groups.yahoo.com/group/forum\\_letraslibres](http://es.groups.yahoo.com/group/forum_letraslibres)

<http://sensillamente.diariogratias.com>, <http://laslolasdeidem.blogspot.com/>

<http://contartecosas.blogspot.com/> y en el foro <http://www.iceberg-nocturno.org/>

**OBRA LITERARIA:** Tiene varios relatos largos y breves, inéditos. La mayoría han sido publicados parcialmente en diversas antologías, revistas y foros de Internet. Ha colaborado en uno de finales de la novela Mudayyan, de Xabier González, editada por Alternativa Editorial (Ourense, Galicia, 2005). Una selección de su narrativa fue publicada en la Antología de Oro, de Sensibilidades (Galicia, Madrid, Alternativa Editorial, 2005), en la II Antología de Narrativa “Relatos de humor sin extrema-unción”, de la Asociación de escritores de Mérida (AEM / CONAC, 2005) y en la I Antología electrónica de Forum Letras libres (Pdf, 2005), fue colaboradora habitual en la revista electrónica Sensibilidades.

## ÁLBUM INACABADO

La mente humana es retorcida, sádica y sedienta de sangre ajena. Sólo cuando logras rozar su fibra más sensible, te das cuenta que, debajo de esas capas de alcachofa, late un corazón, sobreviven los restos de un naufragio humano.

Por encima de la mesa navegan retazos de vidas que me eran ajenas y, sin embargo, después de meses, ya son parte de mí. El bombero, el estudiante, la señora de la limpieza, la ucraniana en paro, el programador, la esposa, el marido, un ATS... me miran expectantes. Están convencidos que jamás acabarán sus historias particulares, pero depositan en mí como en otros muchos la responsabilidad de recordarles, de hablar de lo que pudo ser y no fue. Su sangre no ha de correr en vano, sus móviles no cejaran en su empeño de sonar mientras su recuerdo esté entre los vivos. Me pregunto por qué he de hablar de un dolor que muchos desean olvidar.

Juan me susurra que sintió rabia e impotencia pero que nunca se volverá a sentir tan cercano a otros como aquellos días en que se subía al metro y palpaba que la persona que estaba sentado a su lado, cuidaba y se preocupaba por él.

Jesús me mira de una manera rara; entre el dolor y la resignación. Me cuenta que una extraña se abrazó a él. Después, secó sus lágrimas depositadas en el rostro de él y dijo: “estás vivo”. Por lo visto le conocía; él jamás reparó en ella. Durante quince años había pasado por su lado sin fijarse en la mujer que fregaba el suelo por la mañana. Cuando acabó de hablar con ella, Jesús comprendió que todos formamos parte de la vida de otras personas, y que de alguna manera, somos necesarios para ellas.

Fernando busca algo en su cara que no encuentra. Desiste; está triste. Cualquiera ruido le estremece. Aquel día oyó un estruendo; creyó que él mismo había estallado pero aún tuvo tiempo para mirar hacia su derecha. Su hijo Julián dormía abrazado a su carpeta; por la nariz se escapaba un río rojo. Podía seguir hurgando en la herida pero no quiero.

Me llamo Daniel, cuenta cuentos de viajes. Siempre iba con mi fiel compañera, Macarena. A decir verdad, sólo existíamos en la imaginación de nuestra escritora. Ella decidió rendir tributo y desprenderse de mi adorada Macarena. Desde entonces, mi idiosincrasia personal ha cambiado. Soy viudo, sigo viajando y contando lo que mis sentidos expresan a mi corazón. Pero como muchos, aunque Daniel sea ficticio e imaginario, ya no ha vuelto a ser el mismo desde aquel día en que las entrañas de Madrid rugieron al espanto, al dolor sordo. Ahora, pienso que no siempre se ha de escribir del derecho, también del revés se leen las cosas, y a veces, con más claridad. Estoy seguro que en el dedo corazón tengo clavada una espina, que, al teclear duele. Sin embargo, es una tortura dulce y cadenciosa. Hogaño, mis viajes tienen un sabor especial entre el azahar y la lluvia, entre la nostalgia y la tristeza. Macarena ya no está aquí, aunque pienso que puede estar posada en una rama de un naranjo o, quizá, mirando tranquilamente las aguas del Guadalquivir mientras cae el sol sobre la Torre del Oro. No he podido evitar el recordar aquel soneto de Neruda que decía:

*“Desde hace mucho tiempo la tierra te conoce: eres compacta como el pan o la madera, eres cuerpo, racimo de segura sustancia, tienes peso de acacia, de legumbre dorada. Sé que existes no sólo porque tus ojos vuelan y dan luz a las cosas como ventana abierta, sino porque de barro te hicieron y cocieron en Chillán, en un horno de adobe estupefacto. Los seres se derraman como aire o agua o frío y vagos son, se borran al contacto del tiempo, como si antes de muertos fueran desmenuzados. Tú caerás conmigo como piedra en la tumba y así por nuestro amor que no fue consumido continuará viviendo con nosotros la tierra”.*

Mi álbum, como el de ciento noventa y dos personas más, se encuentra inacabado. Trescientas sesenta y cinco instantáneas le faltan a cada uno desde el 11 de marzo del 2004.

## **EN PRIMERA PERSONA**

El tiempo deja en la piel del alma unas muescas grabadas en fuego de sudor, lágrimas y vacíos. Es difícil superarlas. Tallan el carácter con el que te enfrentas a un futuro imperfecto. Modelan los gestos y expresiones del espíritu que baña tu conciencia y, la etiqueta que embala tu presentación ante el mundo, va ceñida a esas pequeñas muescas adheridas a las paredes del corazón...

José, mucho pienso en ti.

Tu recuerdo no hace daño, el tiempo posó toda sensación dolorosa, pero no borró esa pregunta que deambula, cuán fantasma, en mi cabeza a cada instante que vivo... ¿Por qué tú y no yo?

Tu partida fue un hecho, estaba cantada, pero no por eso menos brutal. Ese día, pensé cómo la justicia se evaporaba a mil abismos injustificables.

Como tú, todos los días se escapan centenas de vidas, pero esas existencias sin desearlas ningún mal, a mí no me importan, sólo tú.

Nueve meses separaban tu nacer del mío; nada más medía esa distancia si no fuera por nuestros destinos dispares.

Crecimos en aguas distintas, entre vivencias opuestas y eso nos marcó.

Quizá, el estigma decisivo fue aquella mañana de un invierno castellano, cuando tú corrías feliz y seguro ante un mundo nuevo lleno de posibilidades. Yo, sin saber por qué, amanecí más enferma de lo habitual en mí. Los médicos no acertaban a saber qué podía pasar a ese ser tan pequeño y frágil, pero de él la vida se escapaba.

Todo estaba preparado, billetes, maletas, todos en fila.

Tú mirabas ilusionado la partida de los demás, no volverías a ser un número más en una lista que se reproducía cada nueve meses.

A partir de aquel día crecerías arropado, lleno de ternura y calor. Tu ropa dispuesta cada mañana y la ducha al atardecer. Alguien te cogería cada tarde la mano en un apretón y, del colegio, te guiaría al hogar.

Pero fui yo quien torció tu destino. Mi billete al mundo de uno más fue, en cuestión de horas, designado para ti.

Tu llanto era imparable y, sin remedio, viste como se alejaba un sueño junto a tu bicicleta azul.

Volviste a la vida de siempre, yo a un mundo mejor.

Cada año, nos reencontrábamos, íbamos creciendo y cada vez algo más nos separaba.

Yo tuve todo, tú nada tuviste. Y, en esa nada, un buen día, te empeñaste en encerrar el resto de tus horas. Primero, dinero fácil, te gustaba dar y compartir. Luego, necesidad, no era sólo cuestión de monedas, sino de apetencias constantes, sensaciones que cada vez duraban menos. Así, un círculo vicioso en tu pasar, hundiendo vidas como la tuya.

Mientras, todo en mí sonreía al caminar, no sabía ni de dolores, penas o carencias.

Un día te encontré, tu mirar no era ya azul como el mío. Era turbio, huidizo y esquivo, pero fuiste capaz de agarrar mi mano con tal fuerza que transmitiste a mi corazón el silencio de tantos años. Volví a ver esos ojos que amaba. Una efímera sonrisa iluminó tu expresión... fue la última vez.

Una mañana de invierno, encontraron tu cuerpo entre cartón y basura; en la mano, tu última jeringuilla. El galope fue demasiado fuerte.

Hoy, mis pasos fueron por un camino de cipreses en tu busca.

Allí estabas acompañado de madre y María, nuestra hermana. Los tres silenciosos escuchasteis mis palabras reconciliándome con la fortuna que me tocó vivir frente a la muerte que te persiguió, José, hasta que te meció para siempre en sus brazos.

Pequeñas muescas en la piel del alma que, para unos, son el revulsivo para echar alas a la vida y, para otros, es cavar la fosa de la que no querrán emerger... Yo viviré por los dos.

Busqué la sombra de vuestra cama, me arrodillé y pedí perdón... Después, una lágrima resbaló.

Al fin estaba en paz.

# TERE CASAS

mateperez@cantv.net

Nació en Barcelona (España, 1946), desde muy joven vive en Venezuela. Sus cuentos han sido publicados en las revistas *The Cove Rincón International*, y *Nueva Musa* No. 1 Año 4 de Miami-EEUU, también en la página web [www.predicado.com](http://www.predicado.com). Ha recibido: Segunda Mención en IX Concurso de Poesía “Nuevo Milenio” Organizado por LiArt International, Inc. Miami-EEUU y Mención en el VIII Concurso Internacional de Cuentos “Ilusión”, Club Cultural de Miami “Atenea”, Miami-EEUU. Creadora del sitio web [www.cayomecenas.com](http://www.cayomecenas.com) dedicado al arte contemporáneo hispanoamericano

**OBRA LITERARIA:** Tiene inédito el libro de cuentos *Partículas*.

## COMPA'E CHUCHO

Así es, compa'e Chucho, he camina'o mucho pa'llegá hasta aquí y usted ahora me acompaña. Recuerdo cuando estaba en Tacarigua y un día vi pasar a mi Blasa por la plaza del pueblo, se me venía pa'encima, compa'e, sus pechos grandes me sonreían en aquel alegre bailotiá, así como sus labios grandes y carnosos, mostrándome esos dientes blanquitos que ella tiene. Usted la recuerda ¿no, compa'e? Cuando mi Blasa pasó por el frente mío la olí, y al verla pol detrás oiga usted, ahí me dije: esa mulata es mía. Y así jue, al día siguiente hablé con su taita y me dijo: como no, mijito, es suya la Blasa, pero antes debe montar-le un conuco, sin uno no hay Blasa. Ay, compa'e Chucho, corrí como endemonia'o pa' tenerle el conuco a la Blasa y ahí, tuvimos fiesta, yo me puse mi liquiliqui y mi Blasa, compa'e, estaba ese día hermosa, llevaba un vestio blanco y se le marcaba toitico el cuerpazo, su cabello ensortija'o, recogí'o con una cinta rosa, bella mi mulata. Nos vinimos pal conuco y ahí crecieron los muchachos, toiticos mulatos como mi Blasa. Yo? siempre trabajando pal musíu y cada tarde al regreso me paraba en la bodega de la carretera con los compañeros a tomarme una cerveza fría y sólo pensando regresá pa'la casa, pues me esperaba la doña con sonrisa y cuerpo ardiente. Las muchachas se casaron y se jueron, y quedaba sólo uno hasta que alguien le dijo: vente pa' la capita' y estudia pa'boga'o. Así nos volvimos a quedar solos los dos. Pero regresó la Carmencita, el mari'o le pegaba a mi muchacha, y le dije: vengase pa'la casa con sus tripones muchacha, usted no tiene porque

seguí con ese mal hombre. Y así compa'e, la Carmencita y sus muchachos se quedaron con nosotros. Sus tripones eran del mismo color que la tierra de mi conuco, y su cabello ensortija'o como el de mi Blasa. Fui feliz, compa'e, muy feliz. No me arrepiento de naitica, únicamente no poder llevarme a la Blasa conmigo y con uste', pero sé que pronto nos seguirá, verdad, compa'e?

## **LA BLASA**

Ay, coma'e, como van pasando los años y no nos damos cuenta, hace diez se me jue mi Julián, pensé que no podría superarlo y vea aun estoy aquí. Fuimos felices, el hombre me puso el conuco que mi taita le pidió y aquí han naci'o mis muchachos, tres hembras y el varón. Las muchachas to'as consiguieron mari'os, pero la Carmencita tuvo que venirse pa'ca porque su mari'o se tomaba los reales del trabajo en el burdel de la carretera, y después le pegaba a mi muchacha. Julián no pudo consentirlo y se la trajo pa'ca con sus tripones. Las otras dos tienen conucos, mari'os buenos y bellos tripones. El varón se me jue a la capita' y que pa'estudiá, después, con el tiempo, se casó con una catira y tiene ahora tres muchachos, ay coma'e, sus muchachos son blanquíticos y su cabello ensortija'o como el mío. Él nos puso la electricidad en el conuco, y me regaló nevera y televisión. Parece que le van bien sus negocios. Yo no podía seguir a mi Julián cuando se jue, porque quería ver a mis cuatro muchachos crecidos y bien encaminados, y sobre todo mi varón pues hacia mucho que no lo veía. Ahora ya puedo esperá que llegue mi Julián a buscame. Pero coma'e, diga usted, ahora mis cabellos están toiticos blancos y mi cuerpo no tiene el ardó de antes, ¿usted cree que mi viejo aun me quiera? Ah caramba, las noches se me hacen largas sin él, recuerdo como jugábamos los dos entonces, en esas noches de luna, parecíamos dos muchachos. Coma'e, váyase pa' su casa, está la noche puesta ya y usted esta mayó pa' pasarla aquí senta'a, yo estoy bien, mi cuerpo sólo se sentirá feliz cuando mi viejo venga a por él. Coma'e, sepa usted que siempre la aprecié, usted jue una buena amiga, como una hermana pa' mi. Cuide a su viejo, coma'e, y vengase a ve a mis muchachos de vez en cuando.

En la oscuridad de la noche sólo se oían los grillos y la luna llena brillaba con intensidad. Blasa se levantó de su cama cuando Julián llegó a buscarla, no despertaron a la comadre que dormía en una silla, ni a Carmencita ni sus muchachos, ambos se tomaron de la mano, salieron del conuco, sonriendo felices y se encaminaron hacia los maizales, donde el reflejo de la luna era más fuerte, ahí les estaba esperando el compadre Jesús, y los tres se perdieron en la noche barloventea.

## **EL ESCULTOR**

El encargo había partido del párroco de la iglesia. La Virgen de los Dolores debía ser de tamaño regular, el corazón con puñales lo harían en la orfebrería Ferrero, y llegaría en un mes.

Comenzó el artista la obra de tallado. Esta debería tener suavidad al tacto. La imagen tenía que ser pulida para luego ser pintada. Iba dándole la forma que deseaba, había dejado una pequeña hendidura en el pecho para colocarle el corazón. El manto la fue cubriendo poco a poco con delicadeza, cada pliegue caía con soltura sobre el frágil cuerpo de la virgen, abrazándola, cobijándola. Las manos en piadosa actitud de súplica. En el rostro, los ojos oscuros y profundos, reflejaban el lacerante dolor que sentía y su congoja, y su mirada parecía dirigida hacia su creador. De pronto, la imagen fue adquiriendo vida, sus facciones cada vez más suaves y dulces. El escultor pudo observar un diminuto punto de humedad sobre su mejilla derecha, acercó su índice y sintió como se desvanecía al contacto de su piel.

Pasó el mes y arribó el corazón, todo incrustado de rubíes rojos y sangrantes como el mismo corazón de la virgen. Clavados en él, estaban los siete puñales de plata. No podía ya permitir que se la llevaran. En las noches se sentaba a observarla, empapándose de la melancolía que emanaba de la imagen. Movi6 un camastro al taller, y allí pasaba los días con su obra. Llegó el momento de la entrega. No contestaba los llamados del cura.

El párroco golpeó furiosamente el port6n. Preguntaron a los vecinos si lo habían visto. ¡Nada! Tuvieron que entrar a la fuerza, con la



ayuda policíaca. Lo hallaron aferrado a la imagen. Se la arrancaron de las manos y se la llevaron.

La Virgen fue colocada, en un pedestal de mármol, al lado del altar mayor, cerca de su hijo el Crucificado. La gente rezó ese día con piadosa devoción, contagiados por los místicos efluvios que emanaban de la imagen. En la noche el párroco cerró los portones del templo y se retiró a sus aposentos. Al comenzar el nuevo día, fue el párroco al altar mayor, a encender los cirios, y observó con sorpresa y consternación, que al lado del Crucificado, sólo había un pedestal vacío, y sobre él, un corazón de rubíes y seis puñales.

La imagen había desaparecido.

En la primera página de los diarios vespertinos, salía con grandes titulares, la desaparición de la imagen de la Virgen de los Dolores, y a su derecha en letras pequeñas, informaban del asesinato de un escultor, un puñal de plata había atravesado su corazón.

## TRÁNSITO

Había tenido un aparatoso accidente al cruzar la avenida principal, pero parecía que el conductor del automóvil que la atropelló, disparándola a unos cuantos metros de distancia, se había hecho cargo de la situación.

Suponía que la suavidad del lugar donde reposaba su cabeza era su almohada por lo que no intentó siquiera levantarse y mirar a su alrededor, podía mover los miembros inferiores y superiores, así que todo funcionaba a la perfección. Por lo que siguió en ese relajamiento total de cuerpo y espíritu.

¿Cómo abandonar este estado de felicidad total? Lo tenía a él cerca, abrazándola, acariciándola suavemente, pronunciando palabras dulces. ¡Todo estaba bien! Así que siguió sumida en ese letargo adorable en el que se encontraba. Él podía mimarla, darle ese amor que había sido siempre suyo, sin ser compartido con nadie más. De esa forma podrían vivir de ahora en adelante.

Podrían viajar sin rumbo, hacia las altas montañas de la sierra, cuyas cúpulas tocaban las nubes; detenerse y nadar en el riachuelo de

aguas tranquilas que orillaba las laderas de sus simas, caminar tomados de la mano en los bosques de eucaliptos. Respirar profundamente al unísono y rescatar la paz interior y volver hacerla suya.

Por fin, lograba tenerlo completa y plenamente, sin dividirlo con nadie más. Había estado mucho tiempo pidiendo esa atención de su parte, pero siempre habían sido primero los negocios, luego la familia y por último ella. Ahora ya era completamente suyo. Bien valieron esos años de penurias, de negación, de esperas a altas horas de la madrugada. Esto debía ser la felicidad completa.

En esos momentos, ella no podía escuchar a quienes la rodeaban, estaba tan inmersa en su propia felicidad, que no quería integrarse a la conversación general. Los cirujanos decían a la familia que sólo había que esperar que ella decidiera volver, pues la contusión no había sido tan grave, pero en apariencia ella se negaba a regresar.

# CATI COBAS

cati\_cobas@yahoo.com.ar

Catalina Isabel Cobas, escritora y arquitecta, nació en Buenos Aires (Argentina 1949), de una familia mallorquina (abuelos inmigrantes de la Isla de Mallorca, Baleares, España). Graduada en la UNBA. Las artes plásticas, la artesanía y la escritura, han sido sus formas de crear más allá de la arquitectura. Ha realizado diversos seminarios y cursos: repujado en estaño, historia del arte español, sobre dietética y resiliencia. Se desempeña como arquitecta y en la Dirección del Centro Cultural de su barrio: “Una puerta al sol” para adultos y niños que se interesen en actividades artísticas de todo tipo; particularmente, plásticas y literarias. Comenzó a escribir sistemáticamente en el Año 2002. Obtuvo dos premios del Instituto Nacional Sanmartiniano por trabajos relativos al Libertador. Eligió Internet como medio expresivo, especialmente la página [www.Ficticia.com](http://www.Ficticia.com), allí, en su Puerto Libre, comenzó sus crónicas, bautizadas como Caticrónicas. Textos de la realidad, desarrollados en claves de humor, a veces de nostalgia: la crisis y sus efectos en nuestra sociedad, conflictos y alegrías femeninos, paseos por los barrios de Buenos Aires, relatos de vacaciones, evocaciones históricas. Asimismo escribe cuentos en los que el lunfardo (argot característico del tango) está presente en forma inequívoca. Uno de sus cuentos, “El vuelabajo” obtuvo mención en un concurso realizado en 2004 por la Junta de Estudios Históricos de Boedo. En 2004, ingresó a los Foros –desaparecidos- *Sensibilidades* y, a mediados de 2005 en el Foro *Archipiélago*. Actualmente está entre los miembros fundadores del Foro *Iceberg-Nocturno*.

<http://www.iceberg-nocturno.org/2.1.%20cati-cobas.htm>

<http://caticobas.blogspot.com/> “Las Caticrónicas”.

**OBRA LITERARIA:** Tiene inéditas sus Caticrónicas. Ha sido editada parcialmente en algunas antologías, como en la Sexta Antología Internacional de Sensibilidades presentada en 2005 en Madrid. Sus crónicas son leídas en el Programa “Desayuno Continental”, por AM 590 Radio Continental de Buenos Aires, y publicadas en los periódicos “Desde Boedo”, y “La Cita”.

## REQUIES

Ella está ahí, aparentemente, y sin embargo...

¿Cómo se dice la luz que se apaga lentamente? ¿Cómo se dibuja la voz que enmudece día a día? ¿A quién se canta la mirada que se desarraiga poco a poco?

Quiero huir de Aquella que ronda la casa, y nos cerca de a poquito. Quiero ser ciega para no darme cuenta de que el tiempo se termina. Preferiría un tajo certero a este desangrarse en nieblas infinitas.

Nos hemos dicho casi todo. Hemos tenido tiempo de reproches y de cuentos, de cantar la Marsellesa y soñar con un París inexplorado. Muy poco nos debemos, y sin embargo, lloro al escribirla, al pensarla cercenada de palabras (dolor inmerecido, si los hubo), al recordarla maestra, hija, mamá, vital y divertida, chispeante y cálida, trabajadora incansable, ávida de sol y de sonrisas.

Su mirada niña me dice “buenos días” y su abrazo es un “te quiero” empedernido que me pide respuestas que no tengo. Me hago la tonta, y me acorazo como puedo mientras doy gracias porque la vida vuelve hecha luz en nuestros hijos, en el mate caliente que unas manos compañeras me alcanzan cuando el transitar se hace difícil, en los sabios amigos que acompañan hechos risas o silencio, libro o canción, café o ternura contenida.

Y ruego a Dios porque ambas nos permitamos abandonar el miedo, porque avancemos, juntas, hacia el recodo del camino que nos está esperando.

## **EL HOMBRE QUE NO QUERÍA HACERSE VIEJO**

Hermes Temporoni se había sentido siempre muy buen mozo, y eso se notaba en su porte y elegancia. A pesar de haber doblado el codo de los cincuenta, mantenía una prestancia muy especial que lo distinguía de los otros gerentes de “La Empresa”. Tal vez, se debía a los entrenamientos en el Tiro Federal, ya que nadie le ganaba en los campeonatos, a pesar de que los años iban transcurriendo, el blanco era suyo, implacablemente. Pero ya sus articulaciones no eran las de antes, y lo mismo ocurría con la vista. Esos ojos azules, que habían seducido a tantas, estaban dejando de leer hasta los nombres de las calles. “Algo tengo que hacer para detener el tiempo”, pensó Hermes esa mañana de diciembre llegando, casi, casi, a fin de año.

Había sido siempre un poco -en realidad un mucho- terco y solitario, pero esa misma terquedad, complementada con su espíritu independiente, le había permitido alcanzar niveles muy altos en el organigrama de “La Empresa”.

Era cierto que la única compañía con la que contaba era la de Pancho, el Setter Irlandés, su inseparable camarada de tantas cacerías. “¿Para qué más?”, decía El Tano cuando le preguntaban por qué no tenía una pareja estable, ni tampoco hijos. “Con Pancho tengo toda la compañía que me hace falta y tiene la gran ventaja de que no habla, no pide, ni pregunta. Es perfecto”.

Por otra parte, Temporoni se consideraba “un hombre de recursos”, alguien que no se ahogaba en un vaso de agua, un tipo con agallas. Tendrían que venir por él; no se iba a entregar a la decadencia así como así. Lucharía, enfrentaría al enemigo. Si había podido con contrincantes de toda laya: los amigos del barrio, en el picado; los del secundario, en el Nacional Buenos Aires, que comenzaron menospreciándolo por no ser de la sociedad y todos esos que le habían hecho zancadillas en “La Empresa”. A él, al Tano Temporoni no lo iba a vencer ni la muerte. Faltaría más.

Aunque ahora era distinto; definitivamente: otra cosa. El vientre blando, los párpados caídos, los dientes, amarilleando tras siglos de nicotina y alquitrán, hacían un conjunto muy difícil de aceptar. Tanto, como el hecho de que esa chiquilina, la secretaria de Rolón, le hubiera dicho: “ni por todo el oro del mundo, Ingeniero”. A él no, a Hermes Temporoni nadie le negaba nada, y menos esa piba recién venida, una *chirusita* ordinaria y sin prosapia. Lástima que tuviera tan lindas piernas, que si no...

La colección de armas de Temporoni estaba guardada en un armario de roble de exquisita factura y mejor gusto. Cada pieza, lustrada y aceiteada para cumplir su cometido. Cada una, en su correspondiente estuche y a punto de ser utilizada. La Browning 1909, también, por supuesto. Al abrir la caja, forrada en terciopelo rojo, el Tano tembló por primera vez en muchos años recordando cuánto le había costado tener esa pieza que era igual a la que usara, presuntamente, Gavriilo Princip, para asesinar a los duques de Austria en Sarajevo 1914: mejor que el brillante de Topkapi para un tipo como él.

Sirvió el champagne en la copa de Baccarat que reservaba para las ocasiones especiales. Aunque estaba solo en ese enorme piso de la Libertador se sentía a gusto. No era hombre de aflojar cuando se proponía algo. ¿Qué importaba que pronto el reloj del Pilar diera las doce

campanadas? Ese era el momento preciso para detener el tiempo. Si él, con una Browning en la mano, era todopoderoso. Bastaría con apelar al ingenio.

Colocó el calendario del año que llegaba contra la puerta de entrada de la biblioteca, y por delante, el antiguo reloj de enorme esfera que había comprado a los Bullrich en el último remate. “Cuando den las doce: apunten... ¡fuego!”, pensó Hermes. “El tiempo se detendrá para siempre en este 2006 que comienza, el espejo no me va a volver a incomodar cuando me mire. Y Blanca no me va a poder decir lo que me dijo el otro día... ¿Se llamaba Blanca? No estoy muy seguro, lo que me gustaron son las piernas y no el nombre. Se va a arrepentir del desprecio, va a darse cuenta de quién es el Tano Temporoni”.

Las campanas de la Iglesia del Pilar, ahí tan cerca, resonaron para el hombre que quiso detener el tiempo, y ahogaron los lamentos de Pancho, que sangraba, herido de muerte, detrás de la puerta de la biblioteca.

## EL VELORIO DE LA ABUELA ÁNGEL

(Caticrónica)

La abuela Ángel había nacido en Uruguay, se crió en Argentina, pero siempre aferrada a las tradiciones milenarias de la cultura armenia. Ella vivía del arte de sus manos. Sabía preparar y vender esos postres almibarados a los que rellenaba con la misma generosidad con que entregaba su vida a los demás.

De esas manos prodigiosas salían, además de *baclava* y *kadaif* de sutiles sabores, abrigos calentitos para nietos propios y postizos, ropa para el conjunto de danzas de la colectividad, deliciosos manjares, que durante más de treinta años supimos saborear en las fiestas de familia, ya que era la mamá de uno de mis hermanos políticos, a la sazón, el que goza de mi afecto más profundo: mi cuñado Pablo.

Discreta, ubicada, gentil y generosa, no peleaba ni por lo que le correspondía a todas luces. Digno prototipo de la entrega y sumisión características de muchas mujeres de su estirpe y de su raza, a veces generaba en mí, un poco de rebeldía, bien típica de la sangre española

que corre por mis venas argentinas. Y conste que digo esto, desde la absoluta admiración que le profeso. Ella es para mis hijos, la abuela Ángel, la que ponía siempre un regalito para ellos en el árbol navideño y un dulce huevo de Pascua escondido en algún lugar del patio de la casa de Juanita, mi suegra, otra admirable mujer de la que hablaré algún día.

La abuela Ángel se fue y debe estar, seguramente, donde le corresponde, al lado de sus homónimos.

Claro que la historia no termina, porque quiero compartir con ustedes la paradoja y el contraste. Su despedida, es digna de esta crónica.

Mis lectores dirán: “esta mujer se volvió loca, hacer la crónica de un velorio”, pero es que en mi vida había asistido a un velorio como este. Y merece ser contado.

Ustedes no saben cuánto me costó en estos treinta años comprender a los armenios. Ese aferrarse a las tradiciones en la diáspora de un pueblo que conoció el genocidio, es algo que recién ahora, en mi madurez, comprendo en su verdadera dimensión. Los hijos de españoles e italianos, nos hemos vuelto criollos con mucha más facilidad en esta bendita tierra, aunque muchos conservemos un profundo amor por la de nuestros abuelos. En cambio, los armenios conservan vivas y fecundas todas sus tradiciones, que se manifiestan en cada celebración de la vida y también en este caso, de la muerte.

La abuela Ángel, ya les dije, pasó muchas noches de su vida silenciosa dedicada a bordar sobre las túnicas que vestirían las muchachas de un conjunto de danzas de un club de su colectividad, en recuerdo de aquella tierra lejana y cercana a la vez. Y ese mismo club, con sus vitrales franceses, vestigios de épocas de abundancia, fue la sede de su despedida de este mundo.

Desde la crisis, en Buenos Aires a los muertos no se los vela más toda la noche, un poco por los robos y, así lo siento yo, que los deudos me disculpen, un poco por comodidad y desamor. A mí me gustan los velorios. Poder llorar y convencerse de que la persona querida ya no está ahí, y ser confortado por los que nos quieren es muy sano. Eso fue lo que se hizo por la abuela Ángel y por todos los que la quisimos. Un velatorio con flores y cientos de personas: cada uno de los que reci-

bió su cordialidad serena, vino a despedirse de ella. Toda la noche fue un desfile de caras de piel aceitunada, que evocaban la vida de una mujer sencilla y buena: los chicos y chicas del conjunto, ahora señores y señoras grandes, con sus hijos; gente de cada escuela, cada club y cada iglesia. Ella, que vivió humildemente y sirviendo a los demás, partió de este mundo con honor y con gloria, pero además, con música.

La mañana del entierro comenzó con incienso, y un *hatchgard* (una cruz que recuerda las estelas de piedra que existen en Armenia) en las manos de la abuela Ángel.

El perfume penetrante de la madera que quemaba en brasa, se mezclaba con el de las flores, cuando, de pronto, comenzó a sonar una melodía ancestral en los *duducs* (flautas dulces típicas de Armenia). Esa melodía ritual y casi mágica nos trajo a cada uno de los que allí estábamos, los mejores momentos, las risas compartidas, el dulce sabor de las masitas de manteca. Y pudimos llorar dulcemente, evocarla y despedirnos. Pudimos dejarla ir.

Luego, una hermosa mujer cantó algo que pareció una elegía. El sacerdote oró, pero diciendo: “¡Aleluya! Ángela descansa en paz”. Sin duda, las civilizaciones tan antiguas saben cómo hacer las cosas.

Así termina esta crónica- homenaje. Con ella me reencuentro, desde el amor y la vida, no sólo con alguien muy querido, sino con una cultura, a la que muchas veces, desde mi alma de “gallega” a ultranza, me ha costado comprender. Aunque cada día que pasa, reconozco, un poquito más, como muy sabia.



# FABIÁN COELHO

fabiancoelhocastro@gmail.com

Nació en Caracas en 1985. Actualmente cursa sexto semestre de la Escuela de Letras, de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes. Ha participado en los Talleres de Narrativa de la Dirección de Asuntos Estudiantiles de la ULA (DAES) con el Profesor Enrique Plata. Obtuvo el Primer Premio en el Concurso Anual, de Cuentos, 2006, de la Dirección de Asuntos Estudiantiles de la Universidad de Los Andes (DAES), con el cuento: *La hondura del pozo*. Tiene en preparación su primer libro de cuentos.

## LA HONDURA DEL POZO

Y miró en su mano aquello que ya parecía apenas una sombra del lejano suceso, esa tierrita perturbadora, ese reclamo que en todo momento le hacía la vida. Y por un momento viajó al pasado y escarbó en su honda memoria, porque él sabía que para quien había sido vencido por el olvido, recordar era un pesar necesario. Rememoró como quien ve una fotografía aquellos lejanos días en que no necesitaba llevar la cuenta de los años ni saber qué día preciso de la semana era. Subió el ancla y se lanzó a ese constante naufragio de su memoria.

Vio frente a él la quebrada serpenteante que se derramaba con furia de aguacero por aquel cauce pedregoso del que emergían como panzas las rocas blancas y pulidas; vio el pozo en el que una pequeña cascada de no más de cinco o seis metros de altura vertía su torrente espumoso. Escuchó, pues siempre que recordaba le venían voces del pasado, las risotadas que alegraban la confluencia de los murmullos de la quebrada y del bosque. Se vio, entonces, a sí, y miró sus manos limpias y frágiles de mozuelo, y su piel blanda y lampiña de la que sobresalían apenas unas menudas costillas de su cuerpo delgado de no más de una década. Oyó la agitación de los árboles, el batirse de las ramas, y el susurro de las hojas, y miró el cielo, un cielo encapotado y cenizáceo, y recordó las palabras que su abuelo le profirió en una ocasión antes de que muriera, cuando, posando sus manos ásperas minadas de callos de agricultor sobre su hombro desnudo, le dijo proféticamente: *estos vientos fríos traen agua, se les puede oler la humedad desde aquí, y esas nubes de allá –señalando el cielo– están cargadas. A este paso*

*también vamos a perder las cosechas de este año. Las lluvias, mijo, pueden ser una bendición o una desgracia. Pero estas huelen a desgracia.* Al año siguiente murió el abuelo de pobreza, dicen.

Él volvió a la escena y escuchó las risotadas que bañaban esa tarde gris. Caminó hacia el pozo y se sumergió en el frío caudal hasta que las aguas le llegaron al cuello. De pronto un trueno inundó de ecos el bosque, y silenció por un momento risotadas y corriente y golpe de cascada, y los cinco intercambiaron miradas de pánico entre sí. Cuando llovía no se podía salir del bosque, en aquel momento todos se sintieron prisioneros.

Andrés detuvo la bola que volaba de mano en mano por el aire y dijo que debían regresar. Pero todos con una valentía absurda lo tildaron de gallina y le dieron continuidad al juego de pelota. Andrés se la lanzó a Juan, pero Pedro la interceptó, luego José, montado en una roca pidió que se la tiraran, para atajarla brincó de la roca y cayó en vertical en el pozo nuevamente. Tardó un segundo en emerger y después apareció, con una sonrisa de satisfacción por la acrobacia hecha, de entre las onduladas aguas, y le arrojó la esfera inmediatamente a Luis, quien la tomó con una seguridad de experto con una sola mano y dijo, *Andrés tiene razón. Puede que llueva. Deberíamos regresar.* Pero Pedro, con una seriedad desafiante los exhortó a todos a no irse del sitio hasta caída la noche.

\* \* \*

Hasta ahí aquello. Levantó una piedra del suelo, la limpió, y la lanzó hacia el pozo. Hizo un sonido de “glub” al hundirse, y unas lágrimas tibias se le asomaron con timidez por la comisura del ojo. Miró luego la roca más alta, aquella que usaban como trampolín para lanzarse al pozo, y vio en ella esa límpida mancha de sangre que persistía en el tiempo. Su memoria era a momentos una retrospectiva despiadada que no descuidaba detalles, y por si pasara, su entorno mágico, cargado de espejismos y fantasmas, no tardaba en recordárselos.

Su vida, desde aquella tarde de la infancia, se parecía, a su vez, a aquel pozo que a cada momento oscurecía más, que cada día se ahondaba más, pues el torrente de la cascada que golpeaba el fondo parecía

cavar siempre más abajo, y las rocas estáticas con su tono mate y con esa superficie pulida y resbalosa se mantenían allí, apenas erosionadas, como sus recuerdos. Y por ese pequeño sector de esa quebrada que descendía de las montañas, transitaban a diario galones de agua fría, ansiosos de llegar al mar, su destino inexorable, tal como la vejez para los hombres es un ocaso retardado que espera su noche, así también las moléculas de agua se retiran al mar.

\* \* \*

Y la pelota lo salpicó de agua con su caída, y aún inquieta, la recogió de la superficie acuosa donde se mantenía flotando. De cerca se desgañaba Juan: *Luis, pásala*. Él se la lanzó, y mientras los aires acariciaban la faz esférica de la pelota, otro trueno más desgarrador que el anterior hizo temblar el mundo, y en el corazón de todos se albergó el miedo como un huésped indeseable, excepto en el de Pedro, el más pendenciero, y quien sería el primero en irse.

Ahora todo se acelera, el miedo toma las riendas del pulso, y la respiración se agita a su merced. Todo se tiñe gris y como ligeras agujas caen las gotas heladas que hieren delicadamente las pieles juveniles de todos. Ahora Andrés, ya en pánico, va recordando los sermones y consejos de su madre y las historias trágicas de su padre de cuando la quebrada crecía y los caminos del bosque se obstruían por el lodazal, y va saliendo del pozo con actitud de marcharse. Ahora todo ennegrece y adentro de Pedro el vigor pendenciero se acrecienta mientras revive en su subconsciente una antigua disputa familiar con los deudos de Andrés. Y *¡qué te pasa imbécil!* Soltó, hecho un demonio, de su boca, y saltó del pozo hasta donde estaba Andrés, apretó los puños y se cuadró frente a él en posición de ataque. Andrés, en defensa, tomó una piedra mientras escuchaba a Pedro gritarle que los caballeros no se arman. Fue lo último que dijo antes de que una roca filosa de un palmo se le incrustara como un cuchillo entre las cejas y le hiciera torcer los ojos y desplomarse sin perder aun la ridícula pose de boxeador en guardia. Andrés, que miraba atónito el resultado de esa mezcla de ira y miedo que habitó su cuerpo por segundos, se llevó las manos a la cabeza mientras se ponía de cuclillas con cara de aún no poder creerlo.

Todos fueron a ver a Pedro, todos menos Andrés que permanecía pasmado, estaba asustado, temeroso, y como el niño que era, lloraba por la tragedia. Conforme a esto las aguas de la quebrada embravecían, y de entre el grupito que rodeaba a Pedro alguien tomó la secreta decisión de vengar su muerte.

Andrés, en medio de su perplejidad, alcanzó a captar algo, y como advertido por un ente sobrenatural, se puso de pie, tomó dos piedras más, e inició su huida trepando por las rocas que elevaban la cascada, pues, como todos, sabía que ese camino, el que bordea la quebrada cien metros arriba hasta la confluencia con otra quebrada, es el único transitable a esa hora menguada de la tarde con una lluvia apremiante.

Andrés, en su escapada, tiró hacia atrás, para que no lo alcanzaran, las dos piedras que había cogido, y se trepó con una habilidad de mono hasta la cima de la cascada, pero cuando llegó a la roca más elevada, de la que se tiraban en clavado al pozo, una piedra lanzada por alguno de los tres niños que estaban abajo le dio en la cabeza. Andrés resbaló, por un segundo quedó de rodillas, y cuando intentó pararse para aprestarse a correr volvió a resbalar y esta vez su nuca golpeó de lleno en una saliente de la roca y una tinta purpúrea la cubrió toda hasta que la crecida de la quebrada la lavó y echó el cadáver de Andrés al fondo del pozo, de donde nunca volvió a emerger.

\* \* \*

Ese niño nadando con una cicatriz en la cabeza lo miraba con inquietante recelo, y a cada parpadeo se desvanecía. Él observaba cómo articulaba injurias sin emitir sonido alguno. Sus ojos pardos lo escrutaban con resentimiento y de vez en cuando lo apuntaba con un dedo y brotaba de su rostro infantil una diabólica sonrisa.

Era Andrés, y él, hacía años se había acostumbrado a su fantasma que rondaba por los pasillos oscuros donde el silencio era como un silbido en los oídos, en los ríos lo veía a veces sentado en una roca, la más grande del lugar generalmente, o nadando en la orilla de una playa. Es por eso que no volvió nunca a entrarse al agua en un balneario o a nadar en el mar, porque sabía que entre las cosas que articulaban

los labios de Andrés, estaba dicho que si se metía al agua de nuevo en su vida lo ahogaría, y ya una vez había pasado un susto, pues en algún lugar del fondo de un río se le trabó el pie, y de no ser por su hijo mayor que lo rescató, no estaría vivo. *Las pirañas* –también le increpaba Andrés–, *yo soy las pirañas*. Pero no era temor lo que sentía, después de años en el reformatorio y una frustrada incursión en un monasterio de una orden poco conocida, aprendió a superar los miedos y a sentir un respeto atrevido por esos fantasmas de su niñez.

# TERESA CORASPE

teresacoraspe@cantv.net

Nació en Soledad, estado Anzoátegui, Venezuela (1940). Reside en Ciudad Bolívar, estado Bolívar. Es narradora, poeta, promotora cultural y tallerista de literatura a nivel comunitario. En 1987 recibió la Primera Mención del Concurso de Poesía “José R. Del Valle Laveaux”, de la Dirección de Cultura del estado Bolívar, con el libro *Este Silencio siempre*, y el Reconocimiento de la Industria Venezolana del Aluminio, VENALUM, por la labor en Pro de la Cultura Guayanesa. Decreto del Distrito Independencia, Soledad, Estado Anzoátegui donde se declara “A la ciudadana Teresa Coraspe, Hija Ilustre”, de esa Entidad, 1996.

**OBRA LITERARIA:** *Las fieras se dan golpes de pecho* (Ciudad Bolívar, Editorial Talaver, 1975). *Vuelvo con mis huesos* (Tipografía del Diario El Luchador, 1978). *Vértice del círculo* (Gobernación del Estado Bolívar, Impresos Copy flash, 1987). *Este silencio siempre* (Mérida, Editorial Venezolana, 1991). *Tanta nada para tanto infierno* (Ediciones al Sur, Dirección de Cultura del Estado Bolívar, 1994). *La casa sin puertas* (Ediciones de la Asociación de Escritores de Venezuela, Seccional Bolívar, 2005). Tiene inéditos: *Éxtasis del mar* (Poesía); *Autografía del recuerdo* (Narrativa); *Una mujer a la inversa* (narrativa).

## TARDES TRISTES AL SON DE LA HABANA

(Relatos autobiográficos)

- I -

Mi querida Isabel, hoy te dejo temprano porque a las cuatro debo ir donde la Odontóloga. Nada ha pasado; yo quisiera que algo sucediera dentro de mi que me hiciera olvidar; tres años día a día son demasiado tiempo, porque siempre la esperanza era la fe para esperar, y aún debo esperar. Hoy me llamó Annamaría, de Trieste-Italia, parece que la invitación va en serio; me volverá a llamar. Bonito este Fondo ¿verdad?, hoy desearía tener un amigo superdelcarajo, alegre e inteligente que le guste conversar y brindar vino y café a las mujeres y que no piense sólo en el sexo; creo que así olvidaría más; de repente deseo un cubano que esté solo y que desee quedarse en Venezuela; que sea cariñoso, leal y buen amigo para hacer una amistad con él, así recuerdo un poco el tono de la voz de Jorge. Las tardes sin Jorge no son nada agradables, nunca lo fueron, su silencio me hizo daño, pero había la oportunidad de que apareciera de repente, como siempre aparecía. Será que voy a

escribir un relato que se llamará: Tardes tristes sin Jorge al son de La Habana. Creo que esta carta puede ser el comienzo, como decir: confidencias a Isabel quien ayudó las tardes a vivir. Y de repente continuar con todo desde el principio cuando nos conocimos y los primeros poemas de Éxtasis del Mar, el año 2003 ,y la forma en que empecé a mirar el horizonte tras el mar y darme cuenta del tiempo que se me venía encima y yo mirándole a los ojos; ese tiempo que ahora se me anuda en la garganta, que él detesta porque va a vivir para siempre siendo joven y así debe ser, porque es mentira que “veinte años no es nada”, una mentira inventada para sobrevivir al rostro frente al espejo o una foto de los años noventa, en blanco y negro, una mujer vestida también de negro, con un morral al hombro y las huellas de un amor que fue muerto en una cárcel de una ciudad que vive recostada a la sombra de un río. Pero vino el habanero, inquieto y anacobero, marcando un sin fin de cartas todas llenas de flores y música, incoherente muchas veces, pero decidido otras, y así fuimos cambiándonos la vida, día a día, minuto a minuto en una dependencia devastadora a fuerza de costumbre, de amarlo yo, (de él nunca pude estar segura); hablaba a través de poemas, de metáforas sueltas que había que descifrar, y ancló en mi vida, al lado de la soledad más profunda, sin poderle mirarle el rostro jamás, ni saber el color de su sonrisa; ni el tiempo que debíamos esperar para un Viaje que nunca se dio porque se fue alejando tras la bruma de la tarde, acercándose hacia los arrecifes de un mar que mastica las rosas que le ofrendan.

*8 de noviembre del 2005*

- II -

Y las rosas se fueron hacia el mar una tarde cuando una mujer de espaldas, ajena a todo dio origen a fantasmas olvidados; hizo que un espejismo pareciera lo real de un amanecer que no lo era; y es que a veces las cosas no son tal como las imaginamos: no fue un amanecer, no fue una mujer, nada sucedió y sin embargo todo sucedió dentro, las sensaciones, los sinsabores, los reclamos, cartas entrecruzadas quizás violentas, quizás no pensadas y me llevaron hacia un abismo de la más profunda desesperación, por eso es que oyendo la vieja rockola de un bar de la esquina, en una casa en ruinas, cerca, muy cerca de las azules

aguas de una mar serena, porque los huracanes ya se han ido, me sigo preguntando: ¿de qué color serán sus ojos, grises, negros, marrón claro? ¿Cuál color tendrá su sonrisa y si sabrá besar? Nunca quiso responder esta pregunta; a veces pienso que debe haberse quitado un peso de encima cuando surgieron los celos y que la mujer de espaldas fue una salvación para no enfrentar la realidad; quizás una forma inconsciente de eludir un posible viaje; no era probable verlo afrontando dificultades más de las que ya tenía: el trabajo, la inconformidad, la soledad que tanto lo acompañaba pero que por demás, cansa. Yo sólo recordaba los momentos cuando nos conocimos, el mar era azul y crecían las rosas a su alrededor, así las vi antes de darme cuenta que no había rosas por ninguna parte; que el mar era una metáfora más de una mujer y el mar; un mar que se devolvía presuroso hacia un río apacible y triste; y comencé a ser mar multiplicando el ritmo de las olas; creí sentirme arena movediza entre los brazos de un río que no aparecía por ninguna parte y le gritaba desde la orilla de otro río muy lejano, cercado de piedras ante una ciudad que besaba su orilla y empecé no a ser mar sino mujer para besarle los pies y mirarlo cuando dormía y acercarme hacia el centro de su cuerpo para que sintiera que había una mujer y no un mar a su lado y construí una casa con las aguas por donde andan los gnomos y los duendes y los fantasmas andan por ahí sueltos y espero que nunca recuerdes cosas como esas porque no son de olvidos. Sé que alguna mañana al despertar de algún sueño soñará que ha soñado que una mujer existe, que es una mujer sin tiempo porque el tiempo de la soledad es eterno, y así va esta mujer de espaldas, no la que mira el vacío desde una ventana de algún hotel en alguna parte, sino esta que es real y que anda con los ojos vendados al amor porque en algún lugar del tiempo ella sabe que habrá una huella imborrable, no lo dudes, y que se quitará la venda cuando esté frente a él sólo para descubrir, sólo nada más para saber de qué color es el matiz que tiene su mirada; pero todo esto no es más que el ritmo de las tardes tristes, al son de las calles vacías mientras paseas tu sonrisa por los alrededores polvorientos de una ciudad que me niegas, porque se niega a sí misma, no porque ella quiere negarse, sino porque está obligada a cubrirse su verdadera mirada ,que es tan azul como el mar cuando las olas se alejan de los arrecifes y dejan oír el canto de los peces azules y escriben el alfabeto



del amor sobre las piedras y las arenas todas las tardes, todos los días, al paso vacilante de las estrellas nocturnas cuando el jazz es una melancolía en las voces quejumbrosas de sus habitantes. Yo te recuerdo, y es por eso este canto, que no es sino una catarsis para ahuyentar a los tristes que hacen una comparsa para estar a mi lado, con vino y cigarros negros, y bailan al son que se les toque porque a pesar de todo no han perdido la alegría que siempre, durante toda la vida los ha acompañado. Yo te recuerdo y escribo entretejido en el recuerdo, todo el derrumbe que causó una equivocación, porque los pilares de la iglesia más cercana eran falsos, y los cimientos falsos, porque cuando el amor se va ya no existe verdad, sino una mentira que el tiempo fabricó, porque si hubiese sido verdad, el amor que es la verdad más alta como la libertad, no hubiese caído en este abismo. Y así sin devolverme escribo tu nombre sobre la arena, no importa que lo borren las aguas, porque dentro de mi jamás podrá ser borrado por nada ni por nadie, lo mantiene la fuerza de un sentimiento que es verdad y es más fuerte que cualquier malentendido que por falta del otro lado del amor, sucumbió al más leve soplo del viento.

*10 de noviembre del 2005*

- III -

Creí que iba a caminar tal lo hice ayer bajo la lluvia para luego irme a sentar en un café, a mirar las gotas caer lentamente tras los cristales que daban a la calle; no fue así, me he instalado con la tarde por compañía para ir desnudando y con plena consciencia estos días borrascosos; he sido cruelmente egoísta, no con el egoísmo que se pudiera analizar de una manera diferente a como yo lo voy viendo desde mi entorno particular e íntimo: he abandonado desde hace tiempo las reuniones familiares, el encuentro afectivo y las conversaciones que giraban sin ninguna expectativa que no fuera el encuentro con los seres queridos; todos empezaron a darse cuenta de mi egoísmo, se criticaba en voz baja y algunas veces de frente, el que ella, la otra se quedara horas y horas fijada como una calcomanía o estampilla frente a una cámara vacía que recogía imágenes y letras sin parar; esto no es normal se decía pero la costumbre se volvió como un animal que se le enseña a quedarse quieto mientras llega alguien a quien no pueda morder. Y to-

dos se fueron acostumbrando y aceptando que la vida, la que hacía que respirara con un aire de felicidad, no estaba aquí, sino en otro lado, en una ciudad distante y que se le hizo necesaria; allí vivía él, esa persona ausente y presente, la que se quedó en forma permanente aquí, allá y en todas partes como un Dios que llevamos por dentro y no nos abandona; cree a un Dios dentro de mí, no sabía siquiera si éramos afines o no; al principio él decía que lo éramos; ahora se da cuenta que existen muchas diferencias y que No se puede; de mi parte la gran diferencia que existe es este inmenso sentimiento de soledad que sólo lo produce no saber el color de su sonrisa, ni el de sus ojos, ni si sabe besar, y la desesperanza de un viaje que la angustia de no poder verse realizado, volcó la copa tras el cristal de una ventana, donde la imagen de una mujer era ajena a lo que sucedía a su alrededor. Esa imagen tranquila y reposada pudo en un instante convertirse en un obstáculo entre ella y él. Y llegó un viento tan fuerte de repente, las olas ya no fueron las mismas, y enfurecidas golpearon los costados de una orilla, momentos antes apacible y silenciosa, y así las tardes que eran de por sí tristes, se fueron llenando de un vacío demoledor tras las esquinas rotas del tiempo que decía en medio de las aguas desbocadas: este es el tiempo, no existe otro, escúchalo y no lo dejes partir, porque si se devuelve nunca más volverá; no esperes por las hadas, ni por los gnomos, ni por los espantapájaros; esa ciudad existe y es eterna, queda frente del mar y rodeada de mar está, como la sonrisa de una silueta inmóvil más allá de las espumas y las rosas; una silueta de una mujer que espera y ha esperado desde siempre adivinar el color de la mirada del amor, en la mirada de alguien que se aleja sin darse cuenta y no se atreve a ver más allá de lo que significa el recorrido de las horas, por la calle de las tardes tristes.

# LOLA DÍAZ AMBRONA

loladiaz@gmail.com

Nació en Badajoz, España, 1952. Narradora y pianista. En 1980 se trasladó a Madrid donde vivió dos años. Actualmente reside en la Parroquia de Crendes, La Coruña, Galicia. A los catorce años ganó el Tercer Premio de narrativa en el Concurso de Redacción de Coca-Cola, con el texto “*Los Vuelos*”. En Sexto curso fundó junto con otras personas la revista *Alcazaba*, donde era “jefa de redacción”. Quiso estudiar periodismo, no obstante inició estudios de Derecho, en Sevilla, aunque no los concluyó. En 1996 ganó el Segundo Premio del IV Certamen Literario “Manuel Lueiro Rey”, organizado por el Iltmo. Concello de “O Grove”, con el cuento “*Gato y la sabiduría*”.

**OBRA LITERARIA:** Es autora del libro de relatos *Gato y otros 19* (Ourense, Galicia, Alternativa Editorial, 2004) y ha colaborado en diversas antologías de narrativa.

## HEAUTONTIMORUMENOS

Él mismo pide estar encerrado. Tras los barrotes, se hostiga y demanda sufrimiento. Si la ración diaria de dolor no es bastante, autolesiona. Clava las uñas félicas en su cuerpo peludo. Sangra.

Aúlla en doloroso placer hasta caer extenuado, mas para no gozar de sosiego alguno, abre los ojos redondos, vehementes; se levanta sobre dos de sus tres pies, dentellea el tercero que ya es lujo que no merece, sangra de nuevo y suplica. Quienes lo queremos le propiciamos tortura y él nos ama.

Con mi daga vació sus entrañas y siempre vuelven a crecer. Inventa pesadumbres, imagina amarguras. Se abstiene de condumios. Nunca muere porque de suplicios vive. Es el atormentador de sí mismo.

## EL NEURÓTICO

Las sábanas de hilo blanco que en otro tiempo fueran acogedor nido para el reposo, los sueños, el placer... incluso para insomnios pertinaces, dulces éstos en ocasiones, ahora se le antojan ásperas mortajas.

Se revuelve entre ellas buscando sosiego, pero el sosiego sólo tendría un nombre: muerte, y ni tales mortajas son capaces de convocarla.

Hace tiempo que los fármacos han dejado de surtirle efecto, “es producto de la adicción”, dijo alguien cualificado. Y allí lo dejaron: un ente desconectado de la vida. Arrinconado en el ostracismo de una habitación en la que ya nadie entra porque huele a sufrimiento. Apesta a enfermedad de la que no se muere, a llaga sin antiséptico.

La neurosis está adherida a las paredes, y las paredes blancas recogen esos odiosos puntos luminosos que siempre se filtran a través de la persiana a medio bajar: los cuenta compulsivamente, los vuelve a contar sin poder evitarlo. Nadie se lo manda, ni le importa cuántos hay, pero él los cuenta. Según se consume la jornada, como siempre, se desvanecen muriendo con la tarde: todo muere siempre, pero sólo un rato, “¡isi muriera para siempre! ¿Por qué tiene que amanecer de nuevo?, ¿por qué amanece siempre? ¿Por qué todo siempre?”.

Logra dormir unas horas, hasta que el alba, en la crueldad de su luz inmisericorde, lo arroja a la vida: entonces, otra vez lo mismo, siempre lo mismo, siempre vuelve, lo mismo puntos luminosos proyectados sobre la pared, sufrimiento, llanto inútil, cansancio, igual, sábanas calientes, sufrimiento.

Mira a la derecha en busca de la nada y no la encuentra. Sólo más ansiedad. Siete, ocho, nueve y otra vez cero, dice el reloj digital, imposible. Sin remedio, vuelve a empezar por el uno, y así desfilan guarismos fríos cero... hombre elevado a cero quiere ser, ciclo desesperante. Fantasías de muerte, sólo las fantasías intentan aliviarlo, pero no son más que fantasías.

El sonido de las tiendas al cerrar, porque a pesar de todo, afuera todo continúa: el viejo que vende cigarrillos en la esquina hasta pasada la madrugada, como si buscara evaporarse en la noche. Los escaparates de colores, ¡colores!, ¿todavía existen los colores? Niños que gritan como pájaros pletóricos, felices en una rutina amable y absurda.

A veces, se levanta de un salto casi ágil, parece una convulsión más bien. Mira por la ventana y, desesperado, constata que todo sigue allí, siempre. La muchedumbre pasea ajena a su dolor. Transcurre la vida sin él.

Sólo desea que no amanezca nunca más, que el sol que vuelva cómplice de los que sufren y se niegue a salir. Que estalle su cerebro, que los pensamientos lacerantes que lo parasitan huyan igual que ali-

mañas, que se limpie como una herida que drena el veneno.

Regresa a la cama desordenada. Mira la lámpara que cuelga del techo: cinco brazos; uno está torcido, siempre lo estuvo y siempre le molestó la falta de simetría. Ahora lo mira. Con indiferencia, pero lo mira.

El crucifijo en la mesilla, olvidado, perdido entre medicamentos inútiles y agnosticismos convencidos o sin convencer, qué más da. Un libro: aún sigue aquel principito de rizos dorados, está atrapado en la portada. Como él, que no puede escapar de sí mismo, de este sórdido planeta, el más extraño y triste de todos cuantos existan que es su propia mente.

¿Cómo se hace cuando no se quiere continuar con esto de vivir? No quiere la vida, cómo la va a querer. La tiene a la fuerza. El suicidio, una ilusión; la muerte, el espejismo de un oasis.

Esta noche han vuelto a borrarse los puntos de luz en la pared blanca, como siempre. Las horas han transcurrido, pero el sueño, hijo rebelde de la muerte esquivada, no acude. Una farola, ¿qué sabe ella? le regala sombras por la ventana; las sombras se unen a su sombra amarga.

Las tres de la madrugada, las neuronas le estallan de pensamientos, de dolor abstracto, pero dolor.

Las cuatro. Quiere gritar.

Las cinco. Pronto la alondra cantará que vuelve el alba, como siempre, otra vez.

Las seis. La alondra no canta.

Las siete. Sigue el silencio.

Las siete. No oye la vida.

El agua no corre por las cañerías. El tráfico parece estar detenido.

Se asoma a la ventana. El hombre que vende cigarrillos hasta pasada la madrugada, como si quisiera esfumarse, sigue sentado en su esquina, las farolas encendidas. Las ventanas del kiosco de prensa, cerradas a cal y canto.

Descalzo, baja a la calle. Se dirige al viejo. Éste, mira hacia donde debería estar el sol y no está, mueve la cabeza de un lado a otro, y dice:

—No, hoy no. Vamos.  
Juntos, emprenden camino a la libertad.

## EL IDEÓLOGO

—¡Siempre llega el último, ¿no te fastidia?  
—Pues esto tiene que echar a andar, que ya son las ocho.  
—Míralo, allí viene corriendo.

A lo lejos apareció “El Pollos” abriéndose paso precipitadamente entre la multitud ya dispuesta para la manifestación. Se acercó hasta la pancarta que abría la comitiva y, agarrándola entre sus manos peludas, a modo de adhesión ideológica, jadeante aún por la carrera, empezó a caminar entre los que encabezaban el cortejo.

—Pollos, joé, siempre llegas tarde.

—Es que la pollería... mi mujer empieza a hartarse de tener que cerrar ella cuando hay evento, dice que el enrejado pesa un huevo... por cierto, ¿por qué nos manifestamos hoy?— preguntó resollando aún mientras asomaba la cabeza por encima de la gran tela blanca para leer lo que sobre ella rezaba, escrito con trazos torpes de pintura roja. No había tenido tiempo de ponerse al tanto.

—Contra la entrada en la OTAN, Pollos. Podías informarte antes, ¿no?

—Ah, de eso de no unirse a los americanos para las guerras, sí, ya me acuerdo.

—Pollos, Organización del Tratado del Atlántico Norte.

—¡Ah, claro, de ahí viene lo de OTAN!

—Sí, curiosamente, sí.

Y la multitud anti OTAN comenzó a pasear por las calles con su eslogan: “OTAN, de entrada, no”.

Finalizado el recorrido, El Pollos llegó a su casa extenuado, como siempre, por la pasión derrochada en la empresa, aunque para su decepción, la policía no sólo no había actuado para disolverlos, sino que además, había tenido el amable detalle de escoltarlos a caballo para guarecerlos de los intolerantes, pero claro, cosas de la democracia. ¡Dónde quedaban los tiempos en que uno se batía el cobre corriendo delante de los grises!

Algún tiempo después, el partido en el gobierno sometía a referéndum la adhesión al Tratado. Hubo nuevas manifestaciones apoyando el “sí a la entrada en la OTAN”. “Era necesario alinearse”, se decía en algunos foros de discusión, en la calle, en diversos partidos políticos, y el Pollos, incansable activista, no dudó en volver a encabezar la movida con un nuevo lema: “OTAN sí”.

Manolito, que así se llamaba nuestro voluntarioso y comprometido ciudadano, como ya habrán adivinado vivía de un negocio de pollos, huevos, y a veces, por encargo, conejos de granja: “Pollería y Huevería Manuel”. De ahí le venía el apodo, aunque su verdadera pasión eran las manifestaciones y los futbolines.

Aquella vez que las mujeres se levantaron a favor del aborto libre, él, como siempre, era de los que portaba la pancarta con su eslogan: “Aborto libre y gratuito”. Había entonado cada consigna con enérgicos berridos, tan apasionado era Manolito El Pollos. Al llegar a casa, el tercero de sus siete hijos, uno de los gemelitos, niño él de inquietudes, le preguntó por qué habían protestado ese día. Él contestó:

—No lo entenderías; son cosas de la política.

Dos meses después, otro colectivo de mujeres cargadas con sus bebés, unos fuera de los vientres, otros aún nonatos, recorrían las calles manifestándose en contra del aborto. Manolito El Pollos iba en la presidencia acompañado de sus dos hijos menores y de los gemelos, por eso de que parecían como más representativos de la causa. Los clónicos sujetaban la pancarta. Y es que El Pollos era un político en la sombra, un ideólogo, un teórico; por eso “no quería cargos ejecutivo”s. Simplemente era un defensor de los derechos del pueblo. En fin, un sencillo estadista.

Había apoyado a los comunistas cuando reclamaban la legalización de su partido en los albores de la democracia, y un veinticuatro de noviembre, ocupaba el asiento número dos en un autobús que iba al Valle de los Caídos.

Preguntado por su tendencia, siempre unos vinos de por medio: que si de derechas, que si de izquierdas, que si monárquico, republicano, él solía contestar, mientras escupía con gran aparato el hueso de una aceituna sevillana:

—Pero si es que la cuestión no es ésta, no se trata de eso, no es esto ni aquello, simplemente que lo que no puede ser no puede ser, y si nos callamos, pues no hay nada que hacer.

—Venga, Pollos, tomemos otra copita, brindemos por tu ideología—le coreaban.

El ideólogo bebía orgullosamente su valdepeñas, se limpiaba los morros con la bocamanga y, con el dedo pulgar hacia arriba a modo de un “venceremos, no sé a quién, pero venceremos”, volvía a casa con una ligera merluza.

Su currículum era vasto: manifestación “apoyo a la Monarquía recién instaurada” (que no “restaurada”, rezaba la Constitución), “manifestación de apoyo al Partido Republicano”, “manifestación pro construcción de grandes bloques en zonas periféricas”, “manifestación en contra de la especulación del suelo”, en fin, de profesión: sus manifestaciones.

Corrían los últimos setenta y un accidente en la central nuclear de Three Mile Island, Pensilvania, encrespó los ánimos de los ecologistas, los “green peace” y de una amalgama de colectivos en general, algunos realmente temerosos de la radioactividad; otros, aburridos de la vida; los más, no sabían en qué radicaba el problema exactamente, pero les sonaba a polución, a truchas gigantescas, tomates mutantes y residuos de algo muy peligroso.

Manolito El Pollos, recientemente, había firmado en algún papel a favor de la instalación de un complejo industrial de semejantes características en su provincia, pues tenía un cuñado en paro y a buen seguro encontraría colocación; y él mismo, que si bien el negocio tiraba para adelante, ya estaba harto de vender aves desplumadas, huevos frescos y conejos desollados, cuando se terciaba. Además, sentía la llamada de la ciencia moderna, y las palabras “reactores”, “uranio” y “mutaciones” le sonaban a ciencia ficción, a alta tecnología, a cierto estatus, en cualquier caso, superior al de un pollero. No obstante, manifestante de profesión, acudió a una asamblea antinuclear en la cual deberían escoger el lema de la protesta. Él mismo, siempre bien mandado, se ocupó de llevar al linotipista el texto que iba a ser impreso en octavillas y distribuido por las calles de la tranquila ciudad.

Tras varias aportaciones por parte de los componentes más crea-



tivos de la asamblea, decidieron un escatológico pero impactante eslogan: “tras el pedo de Pensilvania, la mierda llegará a España”.

Todos estaban orgullosos del lúcido reclamo. Al día siguiente, El Pollos encabezaba la manifestación antinuclear, sus ropas cubiertas de solecitos con cara pícara que decían: “¿nucleares?, no gracias”.

Con el tiempo, motines y manifestaciones empezaron a escasear. Todo se llevaba a través del Parlamento. Si acaso, alguna protesta de los pequeños y medianos empresarios en contra de la apertura de tiendas en sábado por la tarde, o de agricultores enfadados por la caída de los precios y los tomates franceses, pero no era lo mismo. Lo suyo siempre fue la política, las cuestiones de ideologías, no problemas puntuales. De algún modo, se sintió innecesario en el sistema. Al fin y al cabo, analizando la cuestión en profundidad, sus ideologías no habían servido de mucho a la sociedad; de hecho, no llegaron a poner la central nuclear tan próspera; tampoco cerraron la de Pensilvania. Unas mujeres abortaban, otras no. La Monarquía estaba instaurada y reforzada, los republicanos reconocidos como partido, España había entrado en la OTAN, en fin, que todo un ideólogo en acción para que después ocurriese lo que tenía que ocurrir... “qué desastre”, se decía.

—Oye, Pollos, -le dijo un día un amigo-, ¿vienes a una manifestación?

Se le iluminó la mirada.

—Pero, ¿queda alguna todavía?

—Sí, los niños piden un McDonalds. Salen del Parque Infantil con globos de colores como protesta; el ayuntamiento no permite que lo instalen porque rompe no sé qué del entorno.

—Allí estaré— contestó nostálgico.

Pero no estuvo, y es que en realidad, cuando se es un ideólogo, se es: mientras concedían el permiso del concejo para la instalación del emporio de las hamburguesas, el había convertido su pollería en un Kentucky Chiken. Un gran pensador debe ser de mente abierta, y él siempre lo fue, trescientos sesenta grados de apertura: toda la circunferencia.

Ahora, donde antes decía con letras azules “Pollería y Huevería Manuel”, unas barras y unas estrellas rojas decoraban un gran rótulo: “El Pollos Fried Chiken”.

# DINAPIERA DI DONATO

dpdidonato@yahoo.com

Nació en Upata, Estado Bolívar, Venezuela (1957) y actualmente reside en New York (USA). Escritora, investigadora literaria y profesora del Departamento de Filosofía y Letras en la Universidad de Oriente, UDO (Cumaná, Venezuela), entre 1990 y 1999. Cursó estudios Hispanoamericanos en la Universidad de París VIII (París, Francia) obteniendo la licenciatura en 1980, la maestría (1984) y el diploma superior (DEA) en 1985. En Caracas, fue Tallerista del CELARG (1988-1989). Ha obtenido diversos reconocimientos en Venezuela: En 1986, su poemario *U-pata* es premiado por el Ateneo de Guayana, (estado Bolívar), en 1987, el relato *The prince of darkness*, ganó el Concurso “Miguel Otero Silva” de Maracaibo, Universidad del Zulia (LUZ). En 1989, *Mujeres con Siting y con sobri-lla*, fue premiado en la Bienal “Daniel Mendoza”, de la Dirección de Cultura de Calabozo, (estado Cojedes), publicado en la antología *Voces Nuevas, Narrativa* (Caracas, CELARG, 1989); en 1990, *Jueves de Anaísa* obtiene el Premio “Lola Fuenmayor”, de la Universidad Santamaría (Caracas). En 1991, *Mi primo de Yocoima* obtiene el Premio “Simón Barceló” de Ciudad Guayana (estado Bolívar). En 1988, en Caracas, obtuvo Mención en el Concurso de Narrativa de Fundarte con el libro *Noche con nieve y amantes* y en 1990, en Cumaná, el mismo libro se hace acreedor del Premio de Narrativa de la X Bienal “José Antonio Ramos Sucre”. En 1994, el libro *La Sonrisa de Bernardo Atxaga* recibe el Premio de Narrativa “Alfredo Armas Alfonso” en Caracas. En 1996 el Ateneo de El Tigre (estado Anzoátegui) le confiere el premio de la Bienal de Poesía “Tomás Alfaro Calatrava” al libro *Desventura del ocio: Libro de Rachid, avenida Paul Doumer*. También obtuvo varias menciones de honor entre ellas la del Concurso de Cuentos del diario *El Nacional* (Caracas, 2000).

**OBRA LITERARIA:** Ha publicado *Noche con nieve y amantes* (Caracas, Fundarte, Venezuela 1991); *La sonrisa de Bernardo Atxaga* (Upata, estado Bolívar, Predios, col Narrativa, Venezuela 1995). *Desventuras del ocio: Libro de Rachid, avenida Paul Doume*, (Cumaná, Fondo Editorial del Estado Sucre, col. “Los cielos de la albur”, Venezuela 1996). Sus narraciones y poemas han sido incluidos en diversas antologías y estudios: *Quaterni Deni* (Caracas, Editorial Nadja, Venezuela, 1991); *Colinas y colindante* (Upata, estado Bolívar, Predios, Venezuela 1993); *Primer Concurso Literario Día del Profesor Universitario* (Cumaná, APUDONS, Venezuela 1998); *Las Voces de la Hidra. La poesía venezolana de los años 90*. Caracas, CONAC. Mucuglifo. UCAB, Venezuela 2002). *Timor: Do Poder das Armas ã Força do Amor* (Lisboa, Universitária, Portugal 2002); *El hilo de la voz*. (Caracas. Fundación Polar/ Angria Ediciones, Venezuela 2003; *Antología Narrativa Cumanesa 1950-2004*. (Caracas, Ovación, Venezuela 20005); *Aquí me tocó escribir* (Uviéu, Trabe, España 2006).

## MONSEÑOR

Al amanecer, todavía oscuro, Sawäb avisó que estaban trayendo a un falangista del Opus y sin verlos sé que están arrugando la cara. Es el negociador. Apenas olió la calina rosada que empezó a frotarse en el celaje de las matas de los ñangaros usó la expresión *terruño natal* y eso se hubiera oído como una mala palabra sino fuera por el exagerado acento bogotano que frenó a tiempo las ganas de dispararle. Estaban hartos de las españoladas cureras de los copeyanos. Pero cuando pasó del acento paisa a una tremenda vulgaridad en voz de cotorra emulando esta vez a las imitaciones de pescaderas de tierra firme fue que rompieron a reír. Había sido una tradición del mercado de Carúpano donde ahora las finas colombianas se enganchaban una cayena en la cabeza pasándose por pescaderas de sainete para ganarse a los turistas. Pero a Sawäb y a mí nos incomodaban de igual manera tanto los chistes sexistas como la fanática desexualización de la vida, practicada por algunos compañeros. Al quitarle la venda a monseñor la linterna deja ver unos ojos de gato bosques de Noruega, después las manos finas con la amatista del anillo hacia adentro. Y las tetas al aire de Sawäb, para horror de la comandante que era la única pendiente de esas cosas.

—Ya nos vamos a dejar de cuquismos, se puso chocante, usando su dicción más usual y enderezando el anillo como si se preparara al besamanos. Todo lo que les mandó a decir el ministro Fernández es embuste. Al menos que aprovechen el terremoto para entrar al solar de Yuruari con la gente wayú que va a poner a raya a la guardia. En este punto ya monseñor sacaba la voz de las visiones. Se colocaba los lentes oscuros como si fuera mediodía y se servía un trago largo. Entonces ya nadie le podía hablar. La gema violeta relumbró como las doce moscates que nos regaló María Consuelo en el pueblo y que Sawäb y yo nos escondimos en la vagina ese 31 de diciembre, cada una comiendo en el sexo de la otra al compás de un deseo. Ese fin de año cuando sonaron los cohetes del hotel la compañera comandante habló de las supersticiones capitalistas que alienaban al pueblo y Sawäb se enteró de que existían granos de uva diferentes a las playeras y ramas de navidad que no se hacían con jabón azul batido y que le gustaba conmigo tanto como con el novio.

—Hay que llevarse a las muchachas, monseñor, opinó la comandante y me chillaron los oídos más que con las chabacanerías del negociador. Sawäb le echó en la hamaca a la vieja una culebra que según el monseñor impávido con una lata de baygón en la mano, se trataba de una mansa y rara boa tornasol, pero como la vieja era de Caracas, por más que fuera médica, se hizo encima.

Tres días después pasamos en camión por la alcabala de tierra firme, detrás del LTD negro de monseñor. Debajo de las cargas de trinitarios y las manos de topocho verde iban 6 morrocoyes y varias piernas de carameduro y al fondo las Ak-47. Sawäb y yo nos hacíamos las dormidas entre las frutas. Odié otra vez a la comandante porque nos hizo poner vestidos pero Sawäb me enseñó algo que había aprendido con el novio. Recuerdo que se vino mordiéndome en la nuca mientras hacía giros con la mano hasta lograr meterla entera en mi trasero, mientras yo chupaba un mango que chorreaba trementina color azafrán. La guardia decomisó el venado y todos los morrocoyes, como previsto.

En la pacificación de mi zona monseñor había logrado desviar el 80 por ciento del armamento y otro tanto de los hombres que se mezclaron en la toma de los terrenos de Yuruari, pero eso no lo viví porque una vez en tierra firme monseñor nos mandó para Cataniapo, no nos dijo que estaba harto de las quejas de la compañera comandante que empezó a regar que nos habían encontrado sin ropa y fumadas en el campanario de Juana la Loca las veces que bajamos a El Pilar de Zaragoza.

—El campanario se va a caer en el terremoto, fue lo que dijo.

Yo sabía de las visiones de monseñor desde su primera visita pastoral cuando yo tenía doce años. Recuerdo con Sawäb la indignación de Damari Araguache cuando las niñas más pálidas del cortejo de bienvenida, en uniforme de gala con sombrero blanco almidonado y la liguita estranguladora que bajaba por detrás de las orejas prensándonos el cuello, esperábamos desde hacía cuatro horas como unas estatuas a la entrada del pueblo. Fuimos cayendo como moscas sobre las calzadas blancas, porque el sol del mediodía se espolvoreó como el veneno sobre un bachaquero. Damari nos mandaba a recoger con las muchachas de servicio y una vez recobradas bajo la húmeda parra de su patio nos devolvía a la fila con un *ese fulano monseñor me va a oír*. Sawäb tenía

una foto de la segunda visita, en el almuerzo que ofreció a las que habían juntado donativos para la misión de los rápidos. La arañita Sawäb tejió banderines y yo le hacía los dibujos del cáliz y la inscripción *viva cristo rey*, que fueron los más vendidos, pero ganó el segundo puesto porque la sobrina del presidente Leoni, educada con ideas avanzadas, confundió el misticismo de la niña con santurronería y nuestros talentos con habilidades étnicas. Para quitarle el primer puesto a Sawäb le extendió un cheque a una niña mayor que odiaba las misiones, no podía tejer ni pintar pero adoraba a la sobrina. Le regaló además un alisador de pelo importado y una cruz de oro 24 mientras que Sawäb quedó impresentable. Más transparente que nunca, como si llevara un murciélago volando sobre la nariz, formado por las sombras de sus ojeras azulosas, y los ojos y las cejas azabache. No podía ser más turca. La monja encargada no ayudaba tratando de meterle la mata de pelo en una sola cinta y de aumentar su autoestima con aquello de que *tiene ojos de esclava*, y se refería a una ilustración bíblica, confundiéndola más. No hubo forma de que presentara una nuca clara y elegante como las demás menos la sobrina presidencial que llevaba el pelo al rape, las uñas cortas y no usaba uniforme sino vaqueros norteamericanos porque no era cursi. Pero la encargada le pidió a Sawäb que hiciéramos el dúo de “Hermosísimo valle” en pleno almuerzo. Monseñor apartó el asqueroso plato de paella y se sirvió un trago cuando terminó la parte del solo ronco de Sawäb. No pudo reprimir el impulso de tocarle la nariz de ñangaro y fue como si le pusiera un velo que para mi mala suerte ninguna siria usaba como esas afortunadas fundamentalistas que tienen el privilegio de su privacidad, creía yo entonces. Y allí donde nadie supo qué hacer con la garganta de Sawäb, costumbres de barcos, decretó la culta de Miraflores, que solamente toleraba canciones en inglés barbadiense. La encargada y monseñor secretaron algunos asuntos que oí al descuido. Monseñor opinó que podían mandar a la sobrina para su casa con un diploma de grado de regalo porque lo de la marihuana no le duraría mucho y menos lo de marimacho. Esto último lo dijo mientras me buscaba con la vista y me inquieté porque a pesar de mi moño perfecto y de que no me molestaran mis senos, yo admiraba el pecho plano y las ropas y la experiencia y el vocabulario de la sobrina. Monseñor se fue a mirar el río con el vaso en la mano y se

puso los anteojos como si el agua lo encandilara. Vio algo mío que me resultaba confuso. Y había una relación entre lo que oí en ese almuerzo y lo que había visto sin saber interpretar en casa de Damari Araguache tiempo atrás.

La señora Damari en lugar de devolverme a la calle, porque me empezó un calambre en el vientre que me dobló de dolor, me mandó para adentro. Fue un alivio quitarme la ropa almidonada, sobre todo el sombrero que le fui pasando a Damari a través del biombo mientras ella echaba chispas, un día de estos me van a oír. Damari no creía una sola palabra de los religiosos y los paisanos tampoco pero las muchachas de las misiones caminaban y mantenían conversaciones como unas reinas mientras que las otras decían groserías, tomaban ron y andaban medio desnudas y descalzas a toda hora, como si no hubiera horas para cada cosa. Ninguna de la misión se había ido con los que compraban menores, ni se dejaban tocar a cambio de un corte de tela o la promesa de un radio portátil. Yo, que me la pasaba mirando a las muchachas sabía que no siempre era así, que la señora Damari tenía la razón, que la sobrina del presidente también. Cuando las agujetas se me pasaron me puse a mirar un plato blanco con un paisaje nevado azul Recuerdo del Teleférico de Mérida 1970, que ahora sé que era de melamina, como ahora conozco qué era exactamente el idolillo de oro que exponían como La Pilarica en la iglesia de la zona donde operaría mi grupo en la clandestinidad. Iba a revisarme por quinta vez por miedo a mancharme y los baños seguían ocupados, y caminé al otro lado de la casa que daba para la entrada principal. Me aliviaba la fresca oscuridad. Solamente una lamparita iluminaba el cuadro Sor Sixta 1936, parecido a otras pinturas colgadas en la misión. Empujé una puerta y ahí estaba un hombre de espaldas con las piernas bañadas en sangre haciendo charcos en el mosaico mientras se inyectaba. No dijo una palabra pero me sintió detrás de él y cerré los ojos. Cuando los abrí ya se había vestido de sotana con refajo morado y se estaba colgando un pesado crucifijo. Me habló bajito mientras daba voces dictando instrucciones para la receta de la infusión de berenjenas tiernas para una colegiala que se estaba desangrando.

—No se meta, que es culpa suya, a quién se le ocurre usar a estas niñas como monitos amaestrados para sus payaserías. El cortejo que

lo esperaba en el zaguán se escandalizó con el tono de Damari y ella les dijo que ahora que se le había pasado la indisposición a su santidad les agradecía que terminaran de llegar de una buena vez, que no la hicieran hablar. A mí lo único que me dijo monseñor al oído fue que si alguna vez necesitaba parar una hemorragia lo mejor era la ampollita de un compuesto llamado K porque lo de las berenjenas tiernas solamente hacía efecto tomado 21 días de cada mes, en ayunas. Se fueron en el todo terreno a la calle del otro lado donde las columnas de niños arrancaron a cantar Santo padre desde Roma eres nuestra luz y guía, todo el orbe en ti confía, tú también puedes confiar. Y el solo de Sawab “juventudes, a millares”, “como otrora, los cruzados”. Y yo que llegaba corriendo para mi parte aguda, “hoy prometen ser soldados”, y todo el mundo cerrando con “al servicio del altar”, y Damari que cómo se me ocurría, que me fuera a acostar, que buscaran a mis representantes.

Han transcurrido treinta años y Sawad está enterrada en Tánger, en la Hermandad del silencio donde estuvo desmantelando bandas de pedófilos, contra obras de arte. Leo la carta de Francisco de Goya y Lucientes a Martín Zapater del libro que quiero regalarle al hombre que me espera en la penumbra: “Martín mío, con tus cartas me prevarico... me arrebataría a irme contigo porque es tanto lo que me gustas y tan de mi genio que no es posible encontrar otro y cree que mi vida sería el que pudiésemos estar juntos y cazar y chocolatear, y gastarme mis veintitrés reales que tengo con sana paz y en tu compañía me parecería la mayor dicha de este mundo”. Esta vez monseñor no hará chistes de maricones. “Me avivas los sentidos con tus discretas y amistosas producciones, con tu retrato delante me parece que tengo la dulzura de estar contigo, ay mío de mi alma, no creyera la amistad podía llegar al período que estoy experimentando... Ven, ven luego que ya he compuesto el cuarto que hemos de vivir juntos y dormir... no tengo el menor cuidado de nada más que de ti”.

Sawäb tenía diecisiete años y en la zona pensamos que la elegirían para la foto de chica con puño alzado que llevaría el afiche publicitario del partido socialista que se estaba fundando, porque ella había estado en la guerrilla cuando eran clandestinos. Se escogió a una francesa preciosa que había asistido a todas las reuniones de Caracas, podía leer tanto El Capital como El segundo sexo en el idioma original, practicaba

el amor libre y era atea confesa. Fue ella la que tradujo las discusiones caraqueñas sobre el posicionamiento cuando la invasión a Checoslovaquia para instruir a los camaradas del mundo sobre la verdad de Stalin mientras Sawäb llegaba cerca de Cataniapo con su AK-47 y los 8.000 bolívares que nos diera el partido para buscarle sedes en la zona minera. Sawäb estuvo feliz rindiéndolos porque su comida favorita era el mango verde y la catalina con queso y malta que nos regalaban en los botiquines por pintarles murales de paisajes de la costa con chicas en tanga y tejerles cortinas parecidas a lágrimas de san pedro. Después de la reunión en la casita de bloque que logramos para el partido se fueron todos a celebrar con las yanomami de ojos azules que eran la atracción del momento y nosotras nos quedamos a terminar el mural de la multitud de puño alzado que me permitieron hacer a mi manera. Al lado de la francesa pinté a María Consuelo, la amiga a quien su mamá solía vender a los del Paují desde chiquita y que siempre se las arreglaba para fugarse. También pinté a Mafalda, una muchacha morena caraqueña que parecía un racimo de uvas desde el pelo hasta los pies, hablaba como un profesor y despuntaba como líder, y cuando estaba terminando la silueta de Sawäb monseñor llegó de pantalón y camisa, y me pidió que bajara de la escalera. Se sirvió un trago largo y contó con esa voz de las visiones lo que sería la historia del partido en los años venideros. Al amanecer dejamos las llaves pegadas a la puerta, apestábamos a kerosén, no teníamos otro desmanchador. Sawäb se fue con él. Supe del terremoto y los lloré mucho tiempo porque se decía que los agarró en la iglesia de El Pilar.

La luz cegadora de la rue Ibn Sor me golpea como en la calle donde apareció por primera vez, con su juego de voces y los obligados machismos rurales. Después de bendecir los cortejos de las misiones que le presentaron actos culturales de las etnias ribereñas de las minas y hacerse besar el anillo por medio mundo, se dirigió en privado a su comitiva de alcaldes, caciques, curas y militares para hacer el chiste más citado por los cronistas populares, hasta hoy: Al fin voy a conocer una verdadera pepita de oro, pero no se preocupen, que no me pienso empear.

—Fuiste tú quien cambió el idolillo de oro macizo de la supuesta virgen del siglo XVI regalada por Juana la Loca junto con la campana



de El Pilar donde nos enconchamos porque no queríamos entregar las armas, ¿no es cierto? Alcanzo a decirle mientras le hago por primera vez un amor muy dulce y solamente ahora se deja mirar y me extasío con su clítoris inmenso, como esas orquídeas de los hormigueros de Cataniapo. Tiene ochenta años y está más bella que nunca pero tampoco me dice qué hizo con las AK-47. Lo de ella es el futuro, no el pasado.

—¿Hasta cuándo me seguirás llamando Monseñor?

# PILAR DUBLÉ LAIN

dublep5@cantv.net

Nació en Caracas, en 1958. Es Médico, actualmente trabaja en la Industria Farmacéutica–Investigación Clínica. En el 2004 fue finalista del Primer Concurso Literario La Belle Epoque, con el cuento *Sueño con Nefertiti*. Preseleccionada en el V Certamen Internacional de Cuento y Poesía Almafuerte con el cuento “Caserón”. Preseleccionada en el Certamen de Poesía y Narrativa Breve 2004 Argentina Escribe, con el cuento *Quimera*. En el 2005 recibió la Mención Especial del Primer Concurso de Cuentos Mensapiens con el cuento *Quimera*. Segundo lugar en el I Certamen de Cartas de Amor, Radio Almenara, Madrid, con el cuento *Bruja de la playa*. Finalista del Concurso “2001 palabras en el Ciberespacio”, de la *Revista Teina*, con el cuento *El Tarugo*.

**OBRA LITERARIA:** Tiene inédito: *Cuertos muentos* (narrativa breve) y *No fui yo* (novela).

## SEGUNDO ENTIERRO

Quince años tenía Epifanía Aguilar. La esperé durante meses, hasta que la Luna disparó una saeta para romper las aristas de piedra en su vagina dentada, que la hacían inútil para la unión. Sangró y se liberó su cuerpo para mí. Luego la Luna siguió dando orden a sus días.

Tanto en la vida como en la muerte hay que precipitar el suceder de las cosas. Hoy he dado el siguiente paso hacia mi consumación.

—Oiga, José Ángel, atiéndame: tomé la decisión. En sueños le hablé a mi hermana Perpetua Montiel. Pronto lo haré también con mis hijos mayores, Francisco y José de Jesús. La conversación desgranada entre tanta gente será difícil, pero sabrán que me cansé de estar en Jepirra, con las demás sombras, y de tener además un lugar aquí, en este cementerio que no es el de mi stirpe. Los diez años ya los cumplí, y hasta más. Les pedí mi segundo entierro y mi segunda muerte. En ellos confío.

Intercambiamos recuerdos de nuestro primer sepelio. Novenario, misa, las palabras del párroco, las flores escasas. El llanto de las mujeres agrupadas, en cuclillas ante el túmulo de cemento y cal, con sus caras cubiertas totalmente por un gran pañuelo que sujetan con ambas manos, sarmientos terrosos, secos de tantas jornadas.

—¿Se acuerda cuando trasladábamos el campamento por muchos días, a las salinas? Veníamos cargados con sal para largo tiempo, y hasta para comerciar. ¿Se acuerda del contrabando?

—Sí. Se compraba bien en Maicao, y se vendía rápido en Maracaibo. Por buenos cobres. Especialmente en diciembre.

—Añoro los cujies duros, el viento, los rebaños de chivos sobre la tierra chata y seca, Manuel. Bajo el hemisferio pleno de cielo ardiente.

—Yo me acuerdo todo el tiempo de Epifanía, pero de joven, ino como está ahora! Nuestras mujeres ostentan rostros anchos y bruñidos. Los ojos negrísimos, surcos reilones. Pero todo eso lo pierden antes de los veinticinco años, en esta tierra sin agua ni frutos.

—Sí, era agraciada Epifanía.

—¿Y qué tanto se acuerda usted del dominio de los vivos? La Península de La Goajira es toda igual.

—Pero usted sabe que no es lo mismo. *“La sombra de lo que fuimos en vida vaga en procura del olvido, al que no puede llegar sin la ayuda de los que viven. Después de la muerte del cuerpo, avanza muy largo y muy sola. Llega a Jepirra, la tierra de las almas, en la Alta Goajira.”* Nos lo explicaron de niños.

—Sí, y también: *“Cuando la Madre Tierra otorgó a cada mujer una porción de La Goajira y un nombre, el nombre de cada tribu Wayúu, e hizo a la mujer custodia de la cultura y matriarca, para que decidiera los destinos de cada familia.”*

—¿Usted recuerda, Manuel, el origen del nombre de las tierras del Este?

—Sí, lo recuerdo bien. Allá, en los inicios, Zulia murió una noche. El marido, gritando su nombre, corrió hacia el Este. Enloqueció bajo la Luna, perdiéndose para siempre. Toda esa región se llamó entonces Zulia.

—¿Cuántos chivos matarán en mi segundo entierro? Fueron catorce en el primero.

—¿Catorce? Ah, entonces se vino usted bien apertrechado. Tuvo buena posición.

—Sí, pero ya me cansé, José Ángel. Estar aquí es igual que estar vivo, los mismos problemas, y sin placeres. Ya no agunto más a Lucho

ni al primo Chalo. Ni a Camila Semprún, con sus cantaletas. ¿Como cuánta gente vendrá a su segundo entierro?

—Como doscientos o trescientos. De Urubá, de Maicao, de Maraibo, de Machiques. Pero yo aún no me voy. Cosas pendientes...

Se acerca el momento. Vienen a buscarme. La gente llegó casi toda al entierro, menos la de Cabimas, aún. Hamacas coloridas se tienden entre los cujíes. Las mujeres atareadas ondean por todas partes, con batas azules y negras, púrpura y amarillo, verde y blanco. Los Wayúu somos los únicos colores en este inmenso erial.

Despedazan mi sepulcro en la mañana. A golpes de mandarina lo convierten en una boca abierta. Destapan el ataúd y siento mi último día de los vivos. Mis hijos son ya hombres corpulentos, y están con mis nietos. Alguno se parece a lo que yo era. Aspiro el olor de los chivos que se asan, abiertos en canal. Epifanía me llora. Es la última vez que nos vemos.

Casilda Paz me manipula dulcemente. Siempre ha sido una mujer respetada. Ahora lo será más, pues ganó la querrela que presencié con frecuencia entre las viejas: el privilegio de separar lo percedero de lo noble. Desprende y descarta lo poco que resta de mi carne; limpia cada uno de mis huesos y los deposita en un saco de tela blanca. Si tuviera yo piel, creería que se eriza mi vello. La sensación es exquisita, electrizante, a pesar de los burdos guantes de goma que usa. Me mira con cariño. Soy un cráneo vacío, liviano, pero recuerda quién fui y me habla.

Me llevan a la tierra de mi madre, Maicao, a enterrarme de nuevo en el cementerio de mis parientes por línea materna. En un ataúd más pequeño cloquean mis huesos, lo último que entrego, por el camino áspero, el último que recorro.

Ahora todos podrán olvidar.

Cuando los míos dejen de nombrarme, moriré por segunda vez. Regresaré como lluvia, nube o viento para mi tercera muerte.

Me disolveré en el origen.

Y en ese lugar que está en todas partes, descansaré.

# CHJALMAR JOSÉ EKMAN ORTEGA

chjalmar@gmail.com

Nació en Caracas, Venezuela, 1980. Estudiante de Historia, Universidad de Los Andes, Mérida. En el 2005 fue acreedor de la Mención Especial en el XVII Concurso de Ensayo, convocado por la Dirección de Asuntos Estudiantiles de la Universidad de Los Andes, Mérida (DAES). En 2006, el Primer Premio de Ensayo y Mención especial en Cuento en el XVIII Concurso de DAES, Universidad de Los Andes, Mérida.

**OBRA LITERARIA:** Ensayo: *Acerca de una variedad peculiarísima del criollo* (Mérida, Ediciones del Área de Recreación de la Dirección de Asuntos Estudiantiles-DAES, 2006). Inédito: *La verdad y la mentira en la historia; un problema de método* (ensayo).

## ANGELITOS

*No debes encerrar en tu abrazo a la noche,  
sino sumergirla en la luz eterna.*

FRIEDRICH RÜCKERT

(Mús. Gustav Mahler), *Kindertotenlieder*

Es una casa muy pequeña, para tantos niños; los niños duermen en los techos, se salen por las ventanas, obstruyen las entradas de aire y de luz. Hay niños por todas partes, es imposible abrir o cerrar los ojos sin conservar, en la retina o en la rabadilla del ojo, la impresión de algún niño, distinto del anterior, en una posición y un traje distinto de cualquier otro niño, como si en la casa se dieran todas las combinaciones de infancia posibles en el universo. O al menos en el universo de la pobreza. Niños con todas las vestimentas posibles, pero rotas y desteñidas; niños con todos los juguetes posibles, de aquellos que en las urbanizaciones se desechan cuando llegan los nuevos, mutilados y silentes; juguetes de madera, improvisados, de latón, de trapo viejo; medias con botones y latas oxidadas, gaveras de refresco con rostros insinuados en pintura, palos rotos de escoba que sirven de espada fulgurante para combatir a los demonios, metras partidas o tetonas, balones de fútbol que parecen cabezas reducidas, muñecas de dantesca faz y cuerpo retorcido e incompleto, que hablaban pero ya no tienen voz,

que bailaban pero ahora permanecen quietas, a merced de la niña que las sienta en las piedras para servir el café, en tazas improvisadas con latas de diablito cuyo contenido ha alimentado a legiones enteras de niños durante innumerables mediodías. Juguetes que requerían de toneladas humeantes de imaginación para cobrar vida en cada mente, por un momento, y ser un sueño. Todos los juguetes descansaban, salvo muy pocos que seguían en movimiento, aquel día.

Los pequeños deambulaban por la casa en parte cobijados por la noche y en parte por otras densidades indecibles. El pequeño Antonio, por ejemplo, andaba por las cercanías de la puerta principal, con un pedazo de hilo colgando de la boca, amarrado de un diente a punto ya para salir. La otra mitad del hilo había quedado atada en la manilla de la puerta, cuando alguien dio el temido portazo, pero ningún diente salió despedido por el arte de esa vertiginosa magia. Así que Antonio seguía por ahí, pensando en cual sería el próximo paso, si es que habría una secuela. Mientras, mamá seguía como siempre en la cocina, en sus cosas.

La niña mayor, Argelia, resbalaba por la madera de un mueble viejo a manera de tobogán, lentamente y con la mirada perdida en la pared azul. Cuando sentía terminado el trayecto volvía hasta la cúspide, lívida, para volverse a lanzar; llevaba puesto un vestido de flores pequeño para su tamaño, y un morral a la espalda que dejaba asomar la cabeza de un oso de peluche sin cabeza. El oso despertaba silenciosas codicias en María Angélica, una niña pequeña y de cabello rojo, que rondaba siempre a pocos centímetros de la falda de mamá, tomándosela con una mano y succionando frenéticamente el pulgar de la otra. Su mirada era siempre brillante, con ojos que parecían demasiado grandes para su cabeza, y el dedo pulgar que se chupaba, sólo visible en determinados y casi imposibles momentos del sueño nocturno, tenía algunas llagas producidas por la fricción de los dientes contra la piel. Así, muchos otros niños, cientos de ellos, vagaban por distintos lugares de la casa aquel día, en completo silencio.

Los niños de la señora Trinidad siempre habían sido muy silenciosos, discretos; a pesar de ser muchos era casi imposible escuchar alguna gritería en la casa o en el patio, y los vecinos no sabían lo complacidos que estaban de aquello. Sólo la vecina más vieja, que casi no

tenía nombre de lo gastado que estaba, sabía lo que era aquello; siempre repetía: “son unos angelitos, los de Trinidad”. Antigua matrona, también de infinita descendencia, había traído al mundo a muchos de los de Trinidad, y desde entonces se había apercebido de su silencio, a pesar de las nalgadas y del baño y de todo. La señora Matilda, la del nombre gastado, se sentaba tantas veces a esperar, a tratar de escuchar algún ruido de aquella jauría de pequeños, cerrando los ojos con fuerza y aislándose del mundo, hasta que, cansada, se decía que tal vez habrían salido de la casa; al poco rato veía algunas pequeñas caras asomarse por la ventana, o veía moverse las cortinas, y recordaba que era imposible escuchar a los angelitos.

Trinidad sabía de aquel silencio, y de cómo inquietaba a las otras madres del barrio. Por eso muchas veces gritaba, regañaba a algún pequeño y movía los muebles y tiraba las puertas, para romper el silencio y ofrecer una canción a los vecinos. Algunos niños no entendían la ira de mamá y lloraban, pero su llanto era privado, de ese que marca el rostro de pena y abre la boca pero no hace ruido, y Trinidad miraba a los chicos y se lamentaba por no poder escuchar a sus hijos llorar como las otras madres, porque no podía recibir respuesta, escuchar un estribillo desafinado, un coro de padrenuestros a la hora de dormir. Así que dejaba sonar el silencio, apenas interrumpido por el choque entre los juguetes duros, y seguía en la cocina, preparando infusiones y cociendo ramas, en sus cosas, siempre en sus cosas.

Así que cuando llegaba la noche, los niños todavía andaban por la casa. Por todas partes. Antonio cerca de la puerta. Argelia deslizándose y María Angélica junto a su falda. Ramón dormido bajo el sofá y Roberto en el clóset, en el cuarto. Las gemelas, Sandra y Lucía, vestidas todas de blanco, en su lugar de costumbre en la pared, a los lados de una vieja cruz. Frente a la radio siempre sintonizada en la misma emisora, Julio, al que siempre le gustó tanto la música, escuchando una canción de Mahler que hablaba de él. Pero él no entendía alemán. Ninguno de los niños entendía alemán, ni español ni latín; no entendían el poema de Rückert ni sabían el padrenuestro porque nunca pisaron en su vida una iglesia, porque tampoco lo hizo nunca mamá. Nunca supieron lo que era el agua bendita, ni una bendición de nadie; nunca olieron el incienso. Eran todos calladitos y de todos colores, los niños

de mamá Trinidad y de sus miles de padres; eran unos angelitos, como decía doña Matilda, y por eso cuando cada uno de ellos salió de su madre dormido y nunca despertó, o se durmió una noche y se quedó así, callado, abrazando un juguete o la falda de mamá, no fue ninguno a parar a un cementerio. Todos se quedaron en casa, bajo la cama, bajo la cocina o bajo el mueble, algunos metros debajo del piso de tierra de la casa; algunos caminando por las paredes, adornando los muros de adobe viejo y pintura plástica azul. Los niños de Trinidad eran todos calladitos y andaban por la casa como si nada, halando la falda de mamá, asomándose de vez en cuando por las ventanas y escondiéndose de la luz de afuera. En casa, podían cuidar de mamá, y mamá de ellos, así que cuando mamá algún día como ése no pudiese sostener más el chorro de sangre y de niños que eternamente salía de su vientre, y se desplomara en medio de la sala, justo sobre la tumba del primero, del angelito Ernesto, todos los niños soltarían los juguetes y vendrían a abrazarla, a besar sus brazos y sus piernas, los niños a cruzar sus dedos sobre el pecho y las niñas a trenzar su cabello. Porque lo que mamá no sabía es que allá, en el sitio donde los niños dormían por las noches, alguien les había enseñado por fin el padrenuestro, para que vinieran a rezárselo ese día, para mandarla por otros caminos distintos, para poder despedirse de mamá.

Y esa noche, la señora Matilda por fin escuchó a los niños desde el patio de su casa. “Aquellos que ahora nos observan”, dijo, “no serán más que estrellas en la noche”. José Ortega

*“... Kindertotenlieder, o Canciones de los niños muertos, sobre poemas de Rückert, ligados a circunstancias ominosas. Mahler los Aca-  
bó en 1904, siendo padre de dos niñas pequeñas, y su esposa Alma se estremeció al oírle cantar a criaturas muertas cuando las suyas  
estaban bien vivas y felices. Tres años después, la difteria se llevaba  
a su hija mayor”*

LUCIEN REBATET, *Una historia de la música*



# MARTHA ESTRADA

mestrada\_1999@yahoo.com

Nació en Mérida, estado Mérida, 1952. Poeta, narradora, profesora Titular, jubilada activa del Departamento de Lingüística, de la Universidad de Los Andes de Mérida. Es Licenciada en Lenguas Clásicas, Summa Cum Laude, ULA. Tiene en su trayectoria docente y de investigación un DEA del Doctorado en Pragmática Lingüística, en la EHESS de la Universidad La Sorbonne, París, 1983.

**OBRA LITERARIA:** *Poemas del silencio* (Mérida, DIGECEX/ULA, 1996), *Tesoros del silencio* (Mérida, 1er Premio de poesía, APULA, 2000), y en narrativa *Cuentos para una velada* (Mérida, 1er Premio Narrativa, Seccional de Jubilados de APULA, 2003). Premios CONABA y CONADES, 1998; y Premio Estímulo Investigador (PEI), 2004. 1er. Premio Poesía APULA, 2001; 3er. Premio Poesía Jubilados APULA, 2003. Académicas: *Ortografía Esencial*, *Sintaxis Esencial*, *El Osito Ortográfico*, *Análisis Gramatical del Español* y 5 textos sobre *Pragmática Lingüística*. Textos de su autoría fueron publicados en la *I Antología de Narrativa de la Asociación de Escritores de Mérida*, Venezuela, 2004.

## EL VIAJE DE BROMIA

Existió, en un país imposible de ubicar hoy en el mapa, porque un tsunami y una guerra destruyeron las amorosas huellas que sus habitantes dejaban en la arena, una joven novicia de alta inteligencia, quien se complicó la vida, debido a una curiosidad excesivamente desbordada. Su nombre mundano era Bromia, aunque en el convento le asignaron otro más acorde con la tradición religiosa de tal recinto. Así que la llamaban: Tulipán, la novicia Tulipán, pues le fascinaba dicha flor y se dedicó a cuidar las plantas que de esta especie había en el jardín.

Bromia había ingresado ahí únicamente para descubrir los secretos bien resguardados en los devocionales claustros. Anhelaba poseer poderes que siempre la gente atribuía a algunos integrantes de las comunidades religiosas. La muchacha fue aceptada sin condiciones, ya que proyectaba, fácilmente, una vocación que no sentía. No tardó demasiado, esta joven curiosa y magnífica actriz, en recorrer hasta los más intrincados rincones de la antigua edificación religiosa. Fue así como encontró, entre polvo y telarañas, un libro antiguo, que pronto habría de revelársele irresistible. Estaba el ejemplar guardado en una funda de cuero, sobre la cual figuraba la palabra: *Prohibido*, escrita en tinta roja, ¿o en sangre?

La novicia lo llevó a su celda, oculto en una cesta de ropa que debía lavar esa mañana.

A partir de la tarde, comenzó a leerlo en soledad y a poner en práctica, por las noches, todas las instrucciones que iba encontrando en sus páginas. Días después de haber comenzado el aprendizaje, Bromia ya dominaba habilidades especiales que nadie, excepto ella misma, podía notar.

Algunas noches, mientras todas las habitantes del convento dormían, Bromia se iba en puntillas al jardín de tulipanes y alzaba vuelo, sin sentir ni el frío, ni la fuerza del aire en su cuerpo. Con gran asombro, recorría países y continentes, observando cómo el cielo cambiaba a día o noche según la región visitada. Sin embargo, ella no poseía la clave para descender en ningún lugar que no fuera el jardín de tulipanes del convento. Todo el viaje transcurría en pocos minutos del tiempo oficial del mundo. No obstante, para Bromia pasaban horas y horas en el aéreo recorrido.

Además de volar, la jovencita podía emborracharse sin mostrar ningún síntoma de su estado. Tampoco emanaba de su boca el tufto o apestoso vaho característico del aguardiente. Es más, no andaba con resaca al día siguiente.

Por fin llegó el día de ordenar a las novicias. Ellas esperaban en la capilla. Bueno, casi todas, pues faltaba Bromia, la querida Tulipán. Acudió rauda la madre superiora, a la celda de la novicia. Se asustó primero, al verla tirada en el piso como desmayada, y con un montón de hojas amarillentas, de algún libro viejo, esparcidas encima de su cuerpo. Después, con asombro y temor, presintiendo algo terrible, se le acercó. Pero apenas comprobó que estaba muerta, de inmediato se afanó en buscar por todas partes la página final de ese libro que ella, también en secreto, conocía. En ese pedazo de papel, único en el mundo, estaba escrito el conjuro para devolver de la muerte, al lector que hubiera tenido éxito en viajar a ese misterioso universo. El desenlace fatal fue el resultado de un descuido de Bromia, pues ella no leyó en el conjuro para morir, a pie de página, en letra diminuta una instrucción imprescindible. Tales letricas advertían que era necesario tener a otra persona cerca y preparada para que la devolviera del inerte estado. Sucedió entonces que, cuando la superiora logró hallar la ansiada hoja,

penetró a la celda un viento huracanado y le arrebató de las manos el papel, para llevárselo por encima del jardín de tulipanes, hasta que se perdió de vista en el horizonte, y fue, al final, entregado al mar, quien lo recibió a fin de ocultarlo para siempre.

Sabido es que no todo secreto logra permanecer sellado, pero el de la desaparición de Bromia, o la novicia Tulipán, sí lo alcanzó. Por eso, surgió una leyenda con diferentes versiones: que si la novicia se convirtió en hoja de tanto leer; que si un libro perverso se la tragó; que si fue raptada por un lujurioso viajero en una noche de luna llena; que si era sonámbula, se fue al monte y se la comió un tigre; que si era una chica tan pura que se fue en cuerpo y alma al cielo, lo cual llevaría a solicitar la beatificación a las autoridades superiores y demás hierbas.

No obstante, apenas tres personas del convento sellaron el pavoroso recuerdo del viaje de Bromia. La superiora y dos religiosas bastante ancianas sabían que la novicia Tulipán florecía en cada primavera en el jardín, desde el fondo de esa tierra donde aprendió a volar y a morir.

Del libro prohibido, cuyo título era: *Viaje de ida y vuelta a la Muerte*, aún existe otro ejemplar en el país del araguaney y el bucare. Pero el lugar exacto debe continuar sellado.

# RIOLAMA FERNÁNDEZ

riolamaf@cantv.net

Nació en Ciudad Bolívar, Venezuela, 1964. Licenciada en Biología, Mención Biología Experimental. Magíster en Ciencias Marinas (Instituto Oceanográfico de Venezuela, Universidad de Oriente (Cumaná, estado Sucre). Escritora. Evaluadora de estudios de impacto ambiental en el Ministerio del Ambiente. Presidenta de la Asociación de Escritores de Venezuela Seccional Bolívar desde 2004. Fue ganadora del III Concurso Literario “Esta Tierra de Gracia”, recibiendo el Premio de Narrativa, con el libro de relatos *Variaciones Desde El Sillón*. Otorgado por la Dirección de Cultura del Estado Sucre en 1994. Participó en los Talleres siguiente: Creación y Estudios Literarios (Centro de Estudios Literarios José Antonio Ramos Sucre, Cumaná, 1992-1994). Realización de Guiones Cinematográficos de Ficción (I nivel), CONAC / Dirección de Cultura del Estado Sucre (Cumaná, 22 al 25-09-1993). Realización de Guiones Cinematográficos de Ficción (II nivel), CONAC/ Dirección de Cultura del Estado Sucre (Cumaná, 21 al 24-10-1993). Taller de Creatividad Literaria (Universidad de Oriente (UDO) / Casa Ramos Sucre, Cumaná, del 24 al 28-04-1995).

**OBRA LITERARIA:** *Variaciones desde el sillón* (Upata, estado Bolívar, Fondo Editorial Predios, 2000). Ha sido publicada en diversas revistas literarias y turísticas del país como *Trizas de papel* (Cumaná, Centro de Actividades Literarias José Antonio Ramos Sucre. N° 8, 1994); *Predios* (Upata, estado Bolívar, Revista del Sur N° 8 Abril 1995), *Predios* (Upata, estado Bolívar, Revista del Sur N° 11 Año 4 Junio 1996); *Tropel de luces* (Asociación de Escritores del Estado Nueva Esparta Año 3 N° 10 Julio-Septiembre 2002); *Clase turista* (Ciudad Guayana, estado Bolívar, N° 1 y N° 2 año 2006). Tiene inéditos dos libros de narrativa: *Cuentos de Cerro Colorado y la situación de Ernesto*.

## EL OTRO RETRATO DE DORIAN GREY O HISTORIA DE VAMPIROS COMUNES

Hoy está sentada frente a él. Mira la protuberancia que sale de su mejilla izquierda que parece extraída del hueco en carne viva en que se ha convertido la derecha. Hoy lo mira y después de tantos años decide hablarle. Había jurado no hacerlo hasta ver como la maldad y su vileza afloraban para comerle la carne. No era la maldición familiar heredada por el incesto y la homosexualidad transmitida de generación en generación, tampoco la lepra y el Sida, que consumieron a los pocos talentosos de la familia. Era la falta de carácter y coraje que fue degradando su escuálida personalidad hasta la abyección. La incapacidad de

competir con cuerpos atléticos, bronceados y voluptuosos. La envidia, disimulada, de una personalidad creativa, activa y eficiente. Había recibido instrucción, sí, también había sido bello, más bien bonito, esa lindura que tienen los frasquitos de colección una vez que están vacíos, un muñequito de torta como le decían, tan bonito como Dorián Grey, que lo hace, ahora, con su nuevo aspecto, ser comparado con el retrato; pero le faltaba fuerza, espíritu, vitalidad, energía, todas esas cualidades que hacen a una mujer considerar que un hombre es hermoso. Le faltaba voluptuosidad, esa sensualidad intrínseca que emanan los dioses del Olimpo. A veces parecía sensual, mostrando una sensualidad copiada de los actores taquilleros de Hollywood. En fin, carecía de autenticidad. Para alimentar su ego, se había hecho a la tarea de conquistar a una rareza, una especie de Afrodita caribeña en cuyo rostro convergían todas las razas del planeta, una cara extraña, nada clásica, pero que nadie podía considerar fea, en un cuerpo mestizo y bien proporcionado, una india blanca con cuerpo atlético que al sol bronceaba como sólo lo hacen los esclavos. Ese fue su único logro personal, seducir y enamorar a la indiferente rareza. Admiraba en ella la voluptuosidad de la cual él carecía, esa sensualidad de luna plena, de sol, de planeta y de universo que sólo tiene lo redondo. Él era demasiado perfilado. Lo que le restaba belleza no era lo rectilíneo de su físico sino su falta de amplitud circular en lo que a conceptualización del mundo se refiere. En general, carecía de conceptos. Su mente era tan delgada como una aguja y eso lo hacía lindo en vez de hermoso. La delgadez de aguja no le hubiera restado cualidades si lo resaltante hubiera sido la agudeza en vez de la estrechez. Lo encogido de su ser buscaba desesperadamente ampliarse, por eso se esmeró en conquistar a la especie de Afrodita y una vez lo logró, se obsesionó con ella.

Colgaba espejos de las paredes y le hacía el amor, logrando así reproducir su voluptuosidad en todos los ángulos, lo cual le ampliaba los sentidos y lo hacía sentirse grande, pleno, desbordante de toda la vitalidad que la naturaleza había negado a su árbol genealógico. Por mucho tiempo se sintió redondo y flotó como una burbuja. Eso le añadió sensualidad a su semblante, e incluso, algunas veces logró decir y hasta escribir cosas que prometían ser interesantes. Se hizo profesor universitario y por imitación terminó una maestría. Su eterna bonitu-

ra con el nuevo toque sensual y social le proporcionó una cantidad de mujeres simples que lo admiraban, muy al estilo de colegialas *fans* del cantante de moda, lo cual alimentó su alicaído ego; pero estimularle el ego a un ser insignificante puede ser tan descabellado y desastroso como colocar el cerebro de Albert Einstein en una cucaracha, demasiado para un animalejo, sobre todo en esa ciudad.

Su ego llegó a ser más grande de lo que él mismo era y esa desubicación hizo que la voluptuosidad de su amante en vez de engrandecerlo como hombre le recordara su insignificancia. Entonces empezó a romper los espejos a escondidas haciendo ver que era accidental. Los espejos rotos era como haberle extraído los ojos a la amante, ya que el reflejo de su imagen en los vidrios era el único medio del que disponía la muchacha para tener conciencia de sí misma. No podía verse, tampoco podía verlo a él, pues siempre le hacía el amor desde atrás. Tenía que conformarse con ver partes de sus piernas y brazos, y empezó a sentirse aislada y sin amor. A veces se consolaba mirando fragmentos de su rostro en los pequeños espejos de los productos de maquillaje, entonces el se ponía furioso, le decía que no lo quería, que se amaba más a sí misma que a él y ella optó por regalar el maquillaje.

Quedó ella en una casa vacía, sin espejos que la llenaran y con un hombre sin substancia, es decir con nada. Pero como era redonda, vivía viajando en un universo que no se detiene mucho tiempo en la cotidianidad y por eso no lo notó.

Pasaron los años y cada instante pasado hacía sus pieles más lozanas, pero en las noches, ella sentía animales colgados de su cuello y todas las mañanas padecía un gran cansancio que no sabía explicar. A veces cruzando la calle se caía y lo atribuía a lo pequeño de su pie soportando su robusto cuerpo. Un pie de Geisha o cenicienta, un cuerpo de estatua que inhibe el ímpetu de ser tocado y una cabeza con una inteligencia difícil de ser soportada por seres comunes. El cuello le dolía inexplicablemente, sabía que tenía hematomas que no podía ver y su Dorián día a día le tomaba la barbilla, la miraba fijamente a los ojos y le aseguraba que la amaba. Ella creía firmemente lo que oía, pero siempre conservaba el sentimiento de desamor con el cual había crecido. Ella era culpable de no saber estar satisfecha con el amor que recibía de un hombre tan lindo y tan gentil. El dolor pasó del cuello a la espalda y se

caía más a menudo. Su piel estaba lozana y la de él también. Sus ideas descabelladas de colocar manzanas en el techo como adorno, poner la cama en el recibidor y pintar una pared con franjas de colores circulaban con ella por la calle como si se trataran de un atuendo de Madona. Entonces el beso, el beso de todos los días, el dolor en la espalda y un mareo como relámpago mostraron en fracciones de segundo un feo animal de largos colmillos que succionaban como movidos por una fuerza mecánica. Y el beso, el beso siempre demasiado fuerte porque es pasión, pasión después de cinco años debe ser un orgullo. Ella es la culpable de no sentirse satisfecha teniéndolo todo.

La insatisfacción la puso a pintar. Pintaba cosas que jamás mostró a nadie, pero que él hurgaba cuando ella no estaba, eso era amor. Entonces pintó por fin su insatisfacción, dos enormes hematomas al lado del animal que los ocasionaba, un Alién con dos bocas llenas de dientes, en tonos cardenal, azul, rojo y negro. Le pareció lo mejor que había hecho, le colocó un marco de plata, lo colgó en la pared principal del salón y se fue a dormir. Dorián regresó, miró el cuadro, pegó un grito, dijo que era una malvada, enloqueció, destrozó la casa y echó a correr. Jamás regresó. Nadie con un rostro hermoso soporta que lo fotografíen desde su peor ángulo.

Hoy, ella permanece con su mente y su cuerpo immaculados. Detesta la hipocresía y ama la sinceridad. A veces, se divierte viendo aflorar excrementos desde un rostro bello.

Se sentó frente a él, que dibujaba monstruos sobre una servilleta. Miró la protuberancia de su mejilla izquierda que parece extraída del hueco en carne viva en que se ha convertido la derecha. Lo miró y después de tantos años decidió hablarle. Dijo: “Hola”, mostrando su hilera de hermosos dientes.

No alcanzó a mirar la servilleta.

## **INFIDELIDAD CON EL SOL**

Le costó entender porqué el hombre que amaba se había alejado.

Los domingos, ella solía caminar sin rumbo fijo, para despejar la mente del trabajo y actividades de rutina de la semana. Caminar sin

destino en una Ciudad costera siempre lleva al mar. Toda costa tiene embarcaciones disponibles hacia otras costas cercanas o lejanas. No importa una costa particular. Es la textura de la arena, la densidad del agua, el sumergirse, los elementos aire, calor, arena, agua orquestados para producir melodías distintas para cada sentido. Los colores del trópico, el sonido del mar, la fuerza de la naturaleza y lo más parecido a la paz. Una mujer se incorpora como un ente que puede formar parte del paisaje o como una intrusa. En todo caso, los paisajes son capaces de asimilar cualquier cosa que al humano se le ocurra y por eso la mujer allí. No como una entidad foránea y ajena sino como parte de él, porque ella misma había hecho del paisaje algo propio.

Las olas van y vienen tranquilas, la arena se incrusta en las nalgas, el sol se siente suave en la piel y algún libro deja leerse. Niños descalzos y harapientos aparecen sonrientes y bronceados, llenando de voces el paisaje y el mar de piedras. Ella se levanta y lanza unas cuantas y los niños las llevan más lejos aún. Corren, nadan y atrapan caracoles, que son destrozados a pedradas y engullidos a mordiscos a pesar de la dureza. Los niños desaparecen del paisaje, de la misma manera como irrumpieron.

Envuelto en serenidad, de improviso, sin anunciarse, imponente, aparece en la distancia en el centro mismo del paisaje, como el dios que es, arrogante y viril. El mar se hace la mar.

Al atardecer el mar se hace hembra, abre sus piernas de aguas turbulentas y lo recibe rojo y ardiente, lanzando al cielo los colores con todas las gradaciones posibles, en un acto de magnífica belleza que ningún pintor logrará plasmar jamás. Sumergido, desde la profundidad, cubre los cuerpos cansados de metáforas repetidas. La mujer en la orilla recoge su bolso y camina de vuelta a su casa.

De regreso, el marido espera, busca en la mirada los signos de otro. La sonrisa simple y leve parece negar la posibilidad y ocurre el beso, pero la piel, el bronceado en ella indica que el sol estuvo en cada milímetro, penetró tan profundo que es insoportable el dolor al más leve contacto.

La piel poseída, la paz en el rostro y la mirada perdida en un horizonte inexistente en ese escenario, pero sobre todo el semblante de



satisfacción plena, rasgos insoportables para un marido que ha esperado todo el día.

Tal vez no era solamente el sol, y si sólo fuera, cómo competir, por eso se marchó.

Ella no supo por qué.

## VARIACIONES DE LA NECESIDAD

La había invitado por el placer de compartir un almuerzo con alguien, pero también porque sabía que así la ayudaría a resolver la comida del día. Ella estaba en la desesperación económica y aceptó gustosa, pero tenía tantos problemas que no pudo dejar de mencionarlos. Entonces él, siempre austero en sus gastos, conmovido le extendió unos billetes. Ella se puso tan feliz, que salió corriendo sin terminar la comida.

Era que no merecía compartir un plato de comida con él. Había alcanzado un grado de miserabilidad tan extremo que la hacía más feliz un billete de baja denominación que el placer de compartir un almuerzo con alguien.

Una invitación a almorzar tenía significación sólo por el hecho de resolver un problema momentáneo, no por la posibilidad de trascendencia de una buena conversación o amistad. Es que la situación del país lo plantea así. Las muchachas justifican su miseria con el hecho de no haber tenido suerte en encontrar a alguien lo suficiente noble para servir de hospedador gratuito. Está ausente la pregunta, qué aporte yo. Generalmente el aporte es una vagina bastante maltrecha que la necesidad hace parecer ardiente. El hospedador es un hombre pleno de logros sociales, pero solitario, con necesidad de desbordar su plenitud social.

Cualquier plenitud desbordada alcanza hasta para los miserables. Con frecuencia fragmentos caídos de plenitud son lanzados al aire como botín confiscado a un poderoso. Realmente la muchacha se cree lista por haber logrado recibir algo de alguien. La emoción reside en creer que lo han quitado y no en que ha sido dado. Lograr quitar es símbolo de astucia y astucia es signo de inteligencia. El hecho del regalo es brutalmente ignorado. Sucede que el hecho tiene un valor

simbólico y significativo mayor que el símbolo y que el signo, incluso el hecho de la miseria. Por eso la miseria siempre es perdonada. No hay preguntas sobre qué hago yo por mi persona, por la vida o por la vida de quienes me rodean y por eso la característica más resaltante de la miseria es el egoísmo. Todo lo requiere para sí y no debemos esperar nada de ella.

El hospedador entiende que la miseria es tan grande que alcanza para todos, por eso se resigna a recoger su cuota correspondiente. Sabe que la muchacha no merece compartir una comida con él, pero es el precio que debe pagar por comer acompañado. Entonces, consciente de la miseria, decide asumir la propia como lo que es, un acto egoísta. Desde entonces, día a día lo vemos en el restaurante degustar deliciosos platos en soledad y silencio.

# LUCIANA GARCÉS

Luci.garcés@lavo.es

Nació en Córdoba, España, 1949. Es periodista de La Voz de Galicia en A Coruña, A los tres años participó, recitando en Radio Chupete, un programa radiofónico en el que logró su primer y único premio de declamación (otros los obtuvo bailando...). En el Diario Córdoba publicó su primer relato a los cuatro años. A partir de ahí se dedicó a sus estudios alternándolos con recitales poéticos. En Madrid estudio varios años de Medicina y Teología y realizó la carrera de Periodismo, becada, en parte, por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En esa etapa trabajó en el periódico Informaciones. Como actriz semiprofesional, y en tareas de ayudante de producción, trabajó en una serie televisiva coproducida por España y Francia. Ha desempeñado tareas informativas en numerosos medios de comunicación: Avui, agencias de noticias Pyresa y Europa Press, Hermandad, Antena 3 Radio: Oasis (México). Durante más de 17 años jefe de área del Anuario de La Voz de Galicia.

**OBRA LITERARIA:** *Me basta con mirar* (Pontevedra, Taller del Poeta, 2002), *Versus perversus* (Ourense, Ourensedixital 2004), *De yantares y yaceres* (Ourense, Ourensedixital 2005), En prosa: *Callejón de las palabras* (Ourense, Editorial Mizares, 2002), *Elecciones Gallegas* (La Coruña, La Voz de Galicia, colección Biblioteca Gallega, 1987). Coautora de: *Galicia: Raíz y horizonte* (La Coruña, El Corte Inglés, 1987). Antologías en las que ha sido editada: *Letras de la Conjura* (poesía) (Buenos Aires, Editorial Dunken, 2002), *Poemas quietos* (Ourense, Editorial Mizares, 2002); en V Antología Internacional de Sensibilidades (2004) y en la Antología de Oro de Sensibilidades (2005), (Ourense, Editorial Ourensedixital). Sus libros fueron reseñados por varios autores en la página *Al pie de la letra*, de la Asociación de Escritores de Mérida, Venezuela (*Diario Frontera*, Año 1, No. 21, Mérida 29/05/2004) y fue publicada en la III Antología de Poesía y de Narrativa “Entre eros y tánatos” (Mérida, AEM/CENAL, 2006). Integra varios capítulos de la novela colectiva, con el personaje Ninfula: *La Memoria de los triángulos* (Ourense, Editorial Ourensedixital, 2004). Escritora invitada y creadora de uno de los finales alternativos de la novela *Mudayyan* (Ourense, Editorial Ourensedixital 2005).

## HOY LA MIRÉ CON OJOS DIFERENTES

Hoy la he mirado con ojos diferentes, con indiferencia incluso. Me estoy librando de ella con la misma implacable decisión con la que se engarza a mi vida. No podemos vivir así, al menos yo no puedo. Quiero independizarme, sin romper el espejo que nos refleja y que multiplicaría nuestra extraña y gemelar existencia.

Vivimos juntas desde hace casi una eternidad. Pero ella sigue con sus ocho años y su mirada sorprendida, su sonrisa eterna y ese aire entre pilluelo y canalla. Sé que soy yo, anclada en un pasado que deseo dejar de arrastrar, que me lastra. Deseo que muera, que se lleve nuestra memoria para que yo pueda renacer nueva.

Sé que no ocurrirá. Que seguirá su inocencia dentro de mis pupilas como un reto, que me obligara a sonreír aunque esté llorando, que seleccionará mis compañías con el me gusta-no me gusta de su invisible margarita. Cuando te bese ella te mirará como un escalpelo a punto de diseccionarte, y yo permitiré que nos contemple, que evalúe cada uno de nuestros deseos, que compare, que decida...

Pero, hoy encontré la solución. No más visitas al loquero. Ella y yo estamos frente a frente. Sonríe mientras el dedo aprieta el gatillo, y juntas vemos la redondez brillante y pulcra que llega, penetra y nos libera.

## **TENGO MIEDO A MORIR**

Recuerdo que me empezaste a llamar a horas intempestivas, aunque para mí normales con mis extraños horarios. “Tengo miedo a morir” –me decías– y yo me despertaba de golpe y te animaba. “No estás enferma, eres una abuela de 84 años, con una salud de hierro. Cocinas, paseas, vas a la iglesia, nos escribes, ahora poco, porque usas el teléfono”. Te reías y replicabas que la vejez te permitía utilizar y abusar del teléfono, que para ti era más barato que comprar sellos.

Hablabas de los hijos, de los nietos, me preguntabas si me había casado, “qué se que no me lo dirás hasta que no me presentes a tu marido...”, y finalmente volvías inexorablemente al “¿Sabes?, tengo miedo a morir”.

En poco más de un año te perdí sin poder evitarlo. Primero eran los taxistas que te llevaban a casa de alguno de tus hijos, en camisón y bata, pero con tu agenda en la mano. Te habían encontrado deambulando por calles que tenían historia para ti. El taller fotográfico donde conociste a papá. La casa aquella en Príncipe que dejasteis porque era

muy grande. Retrocedías en el tiempo y te desprendías de nosotros poco a poco...

Después fueron las peleas con tus nietos más pequeños, que te miraban sorprendidos porque les quitabas los cromos, los juguetes, cosas que te llamaban la atención. Establecieron turnos para no dejarte sola nunca, yo quedé fuera porque estaba lejos y había adoptado a tu primera biznieta. Después fue llevarte a la residencia de la tercera edad, pero no te importó, tú que habías querido ser siempre independiente y tener el hogar abierto para todos. Cada día iba alguno de nosotros a visitarte, incluso yo, que me hice traductora de tu pasado. Te vi descender a tus quince años, a los doce... los nombres que mencionabas los reconstruí para los demás, los paisajes que veías en ese país ya sólo tuyo. Pasé una semana de mis vacaciones contigo, y sólo me reconociste cuando ya me iba: "Niña, no te olvides de presentarme a tu marido si te casas".

Tuviste una embolia. Después otra. Los médicos nos llamaron. Podíamos conservarte así, vegetal, entubada, sobre tu colchón de agua tibia para que no tuvieras escaras, con las flores en la mesilla, renovadas todos los días aunque no las vieras, con uno de nosotros allí hablándote de lo que no entendías... Vivirías lo que tu corazón de campesina resistiese. Y resistió seis embolias en una semana.

Ahora estás en un cuarto piso en un viejo cementerio de piedra orientado hacia el mar, rodeado de árboles y flores, y sigues viva en nuestros corazones. Por eso te escribo, ahora, para decirte que yo también tengo miedo a vivir y que aceptaría la muerte como una liberación, pero debo vivir con mi miedo para poderles decir un día a mis hijas que: "Tengo miedo a morir".

# DIANA GARRIDO SYLVESTER

artemisa2965@yahoo.com.ar

Nació en Buenos Aires, Argentina en 1975, desde muy joven vivió en Mérida, Venezuela, donde obtuvo el título de Arquitecta y de Magíster Scientiae en Historia, Teoría y Crítica de la Arquitectura, en la Universidad de Los Andes. Actualmente se desempeña como Asistente a la Gerencia General de OPSIS (Oficina de Operación de Sistemas Interconectados-Edelca), es arquitecta del Plan Rector para la Remodelación y Ampliación de OPSIS, así como supervisora de las obras relacionadas que se encuentran en ejecución en Caracas. Ha sido Supervisora de Proyectos Integrales para la Unidad de Planificación Física 10, La Vega, y Administradora de los Contratos respectivos, en el Programa Caracas Mejoramiento de Barrios (Cameba), suscrito a Fundacomún y al Banco Mundial, Caracas (2004). Proyectista de la remodelación de la Emergencia del Seguro Social de Mérida (2003), y del Proyecto para vivienda unifamiliar, complejo turístico y unidades de producción agroindustrial en la Ciudad de Mendoza, Argentina (entre Enero y julio de 2003). Paralelo a su desempeño profesional dedica tiempo al dibujo, al origami y a la escritura, ensamblando sus dibujos y su creatividad en el área del diseño con la palabra poética. A la edad de 16 años fue acreedora del Primer Premio de Poesía Juvenil de la II Bienal Nacional de Literatura Mariano Picón Salas (Mérida-Venezuela) en 1991, con su libro *Faltan puertas por dibujar*. Primer Premio de la Crítica, en el concurso: 33 palabras: ni una más, ni una menos. Concurso de Cuento Breve. Página web: realizarte.com/ Comunidad: Cuentista. España. 4 de mayo de 2001. Participación con la muestra individual de dibujos, *Asímetra* (2001) en Galería La Otra Banda, Universidad de Los Andes, Mérida. Participación con dos tintas, formato de 35x45cm c/u, en la muestra *Iconografía Argentina* (1999) en Key Biscayne, Florida, Estados Unidos. Participación con una tinta en un formato de 40x55cm, en 1era Exposición de *Iconografía y Arte Religioso* (1999), en Parroquia Nuestra Señora de la Candelaria, Punta del Este, Uruguay.

**OBRA LITERARIA:** *Artemisa* (Poesía Ilustrada, edición bilingüe, dibujos y textos de Diana Garrido. Traducción de Eduardo Orive Ayllón y diseño gráfico de Fernando Florit Ajón (Mérida, Editorial Casa Blanca, 2001). *Lo que importa es el dobléz*, en *La era ecológica* (poesía), 2002; Fundación La Era Agrícola de Alfredo Lascoux. *Con la cama deshecha* (cuentos ilustrados con dibujos de José Alayón, Federico Silva-Pintos, Daniel Malnatti, Francisco Grisolia, Nelson Gómez Callejas, Celina Baldasarre y Diana Garrido (Caracas, La Galaxia, 2005). Tiene inédito el poemario: *Faltan puertas por dibujar*. Fue publicada en la *Antología para jóvenes "Deleite Literario I"* (Mérida, La Escarcha Azul, 2005).

## LA CAJA DE FÓSFOROS

Hace poco más de un mes compré una caja de fósforos largos. Larguísimos. Tiene 60 y son perfectos: de madera lisa y dura y con la punta bien redondeada y roja. Hace años me había comprado una con fósforos cuyos colores eran todos distintos y escandalosos. Todavía la guardo entre las otras cajas de mi colección incendiaria. En esa oportunidad, la vendedora me dijo que se usaban para prender las brasas de chimeneas y parrillas. Compré esta otra pensando en dársela a alguien. Cuando lo hice, no sé por qué, no pensé en incorporarla a la colección. Cumplía con todos los requisitos que debía llenar el resto de mis cajas: rara, bonita de algún modo, con cierto nivel de elegancia. Seguí muchos días sin saber cómo usarla. Revisaba en mi ordenada memoria cumpleaños recientes en la familia, entre amigos, conocidos, compañeros de trabajo. Nada. No había habido ni iba a haber cumpleaños que celebrar por un tiempo. Fulano usaría los fósforos en la cocina, lo que consideraba no podía ser el destino de tales piezas. Mengano no sabría dónde ponerlas. Sutano no entendería un regalo tan inútil a simple vista. Perencejo los perdería en medio de tantos adornos que tiene. En fin, nadie sabría valorar ese posible regalo. Pero tampoco era para mí.

Así pasaron más días y la caja seguía en un estante visible pero siempre oscuro de mi comedor, acumulando un polvillo que sólo se logra ver sobre la etiqueta opaca y ovalada que dice “Made in Taiwan”. Cuando paseaba la vista desde la mesa y la veía, pensaba de nuevo qué destino podría tener esa cajita de diseño moderno y base cuadrada. Ni tan sólo una idea al respecto. Mientras tanto, habías llegado tú. Contigo, llegaron mensajes al teléfono celular. Muchos mensajes. Tantos, tan poco previsibles, tan hermosos, que me vi en la obligación de transcribirlos uno a uno en la computadora, para saborearlos al menos dos veces: aquella en que los recibía, y luego, cuando los copiaba. Hace un mes que sólo prendo la computadora para transcribir tus mensajes. Llevo once páginas en letra times, con espaciado sencillo. Con tus mensajes, llegaron también tus visitas. Primero, diurnas, después de matiné entresemana, ahora nocturnas. Y empezaste a estar en todas partes. En los mensajes, nos disfrazamos de reyes y reinas, de amantes

fantasiosos y llenos de lujuria, de penélopes y ulises, de enfermos y enfermeras, de dioses del olimpo, de príncipes y princesas enkntados. Enkntados con k y otras abreviaciones, para ahorrar espacio entre las ciento y pocas letras que permite el servicio por cada mensaje, y para poder decirnos todo. Terminé llamándote “el rey dispuesto”. Tú a mí, “mi ángel”, siempre acompañando ese sustantivo con algún adjetivo divino por el que cualquier humano mataría o moriría. De vez en cuando, sin embargo, decides sorprenderme con un “mi vida”, “mi linda silueta”, “mi afrodita argentina”, “mi porcelana” o un “mi reina”. Pero siempre “mi”, siempre como si ya fuera tuya. No me molesta. Practico esa idea. Una noch, tndi2 en la cama, o en la kma, mi rey dispuesto, como prefieras, y con los cuerpos 1 al lado de otro pero nlazados por manos y piernas, me dijist q 1 relación era como una cajita d fósforos dond había q qmarlos uno a la vz para no prdr1 el gusto nunk y qdaran siempr otros por usar. Stuv d acuerdo. Me pareció 1 idea bonita. Al día siguiend, llené d plantas las jardineras secas dl frnt d mis vntanas y dcidí convrtirm, ade+, en tu jardinera personal. No les puse cualquier planta. No. Todas dan flores hermosas. Para la jardinera + visibl, busqué 2 de gardnias y 2 d jasmíns. Y fue así como mpzast a prguntarm por nuestro jardín y a pdirm q lo cuidara. Yo t contaba dl aroma olvidando siempr q no tiens olfato. Luego, dcidí agrgar trébols d 4 hojas y hiedras que le dieran 1 fondo a tal paisaj d amor. Y así pasó q comnzamos a hablar d viajs d ida y vuelta, d jardíns q crecn c/aromas dulces, d distancias y reencuentros, d reponr los fósforos q c usaran, haciéndole trampa a nuestra cajita, como si no fuera nuestra. Y entonces, la última vez q stuvist n mi kma, m lvant a buskr un vaso c/agua n la cocina y n el kmino vi la caja larga, elegante, de diseño moderno y perfecto, que no era para mí ni para otro. Y fue de esa manera q sup ntoncs, q ésa era nuestra cajita de fósforos.

*Tu reina dispuesta*



## DESAPARICIONES

*1. Que los trazados (...) son apariciones, bosquejos, ficciones. No son esquemas sino fantasmas. 2. Los trazados son similares a los rayos X, penetran internamente. 3. Las borraduras suponen existencias anteriores.*

JOHN HEJDUK

Verte dibujar, dibujarme, conforma hoy uno de mis mayores placeres. A veces te equivocas y te toca volver a empezar en otro lado. Eso no me gusta tanto porque vas esparciendo fragmentos de mí por todas partes, mientras se calienta tu mano. Igual debo decirte que contigo, de a poco, me acostumbro a todo, o casi todo.

Cada línea que trazas en el papel es una caricia bien dada, me construye la piel, me eleva en un orgasmo infinito. Cada raya que extiendes sin esfuerzo produce un residuo al contacto del lápiz con la hoja, sobre la mesa inclinada, que el grafito cae hasta mis pies por toneladas. Entonces, cuando me desplazo por la cocina, mis pisadas descalzas marcan el camino, siempre distinto al anterior.

Cuando me dibujas espero con calma tu lápiz de mina dura serpenteando alrededor de mi ombligo profundo. Entonces se producen las náuseas, el mareo, el deseo de que acabes tu tarea. Pero sobretodo el deseo.

Mientras me das volumen tu lápiz se acerca de a ratos a mi contorno. Una vez allí, se maneja con suavidad y penetra, de igual forma, el límite que existe entre el borde inferior del antebrazo y el borde exterior de la cadera.

Cuando borras con tu goma blanca, la alegría se desvanece. Claro está que depende mucho de qué zona del cuerpo hagas desaparecer, aunque luego nunca olvides trazarla de nuevo. Cuando reaparecen mis formas bajo tus nuevas rayas todo es raro: no siempre quedo igual, no siempre sé si soy yo. Igual me rehago, me dejo rehacer.

Si en cambio decides difuminar con un dedo algún exceso de grafito cercano a mis vértebras, tu dedo pasa como un masaje seguro, casi doloroso. Tu dedo viaja firme de un costado a otro, de arriba a abajo, deteniéndose en el medio. Y yo sigo dejándome.

Lo que no me está gustando nada es que cada vez que me acabes, luego me borres. Toda. No dejas nada. Así que la próxima vez te pido por favor me dejes dibujados un hombro, el ombligo, un pedacito de muslo, la nuca entera, los ojos. Quiero verme, saberme tocada y erotizada mientras no estés en el taller, aunque no seas tú quien me toque, aunque sólo sea yo o esto que se parece a mí, espectro resultante de tus borraduras.

## FEMINARIO INCONCLUSO CON LA CAMA DESHECHA

*“Ella no ha dado batallas de lanzas. Ha batallado con su propio corazón hasta extenuarse; hasta ver su paisaje interior sacudido por cientos de volcanes; (...). Yo, habitante callada de su cuerpo, la veo dirigir construcciones, sólidos cimientos de su propia sustancia. Ahora está de pie e irremisiblemente avanza allí donde la sangre encontrará su quietud“.*

GIOCONDA BELLI (*La mujer habitada*, 1996)

Completaba unas notas en mi desordenado feminario. La vi en una esquina, de pie sobre la tarde íntima como su cuarto con la cama deshecha. Tenderla, siempre pesó. Tratar de habituarme a esa regla última de la convivencia terminó por embriagarme con el aroma exquisito e irreplicable que dejaban las sábanas retorcidas y sin identidad, armando un nidito que, en vez de paja y hojas secas, tenía los libros que vaticinaban sueños espirales, novelitas rosa trasnochadas. Cuando están recién puestas, unas encima de otras, como capas geológicas, no tienen ninguna gracia. Las medias acumuladas desde quién sabe cuándo, completaron siempre la escena con su colorido, con su textura que se traspasa a mis pies para hacerme caricias. Tender la cama es inhabitar la noche. De pie, sobre la tarde crepuscular y mi nidito, ella grita ahora frases larguísimas con la lengua enredada, de espaldas a mí. Me parece conocida. No su voz. Quizá tengo tiempo sin verla y ya no la distingo. No estoy segura. Entre todas, me llamó la atención que gritara la palabra prematuro. Prematuro suena lindo pero siempre me habla de cosas terribles. No sé qué hace ella ahí pero está sobre mi nido.

El feminario exige atención en el capítulo de las guerrilleras, así que la dejo con sus gritos. Tengo días tratando de cerrarlo pero ningún final resulta creíble. Sin embargo, un feminario amerita unas guerrilleras tanto como otros femeniles grupos. Prematuro, nido, in-habitante, in-habitante, grita ella. La tarde sigue cayendo y, con menos luz, el cuarto se achata. Inhabitante. In-habitante. No habita. Habita en. Las guerrilleras no habitan. Ahora entiendo por qué no cierra. No puede una mujer vivir sin habitar algún lugar, algún sueño, alguna cosa. No puedo cerrar la historia porque yo ejerzo el morar en todo cuanto existe. Había logrado construir el feminario, esta suerte de libro de mujeres, sin problemas hasta el capítulo de las guerrilleras. Todas las mujeres antes descritas habitaban. Incluso las tristes y las suicidas. Es que la guerra es asunto de hombres y los hombres no necesariamente habitan. Pero hay hombres que son hijos y, quizá, las guerrilleras hayan dejado de habitar por cuidar a los propios en la guerra. Es posible. Y esa mujer sigue ocupando mi nido cada vez menos iluminado. Cada quien debería ocupar el suyo. Prematuro. Prematuro. ¿Prematuro el encuentro? No sé. Quién es. Podría ser mi guerrillera. Ahora gira sobre sí misma, flácida, esquelética, cansada. Soy yo. Es ella. Y el nido es mío, no de ella. Quiere recuperarlo pero lo perdió hace siglos. Optó por la guerra. No es mi problema si decidió no morar. No es mi problema. Yo puedo vivir otra vida si quiero. Puedo terminar el feminario. Y puedo borrarla. A ella. A las guerrilleras. Ese capítulo no va a cerrar nunca. No lo quiero. Lo borro y listo. Me elijo habitando. Escondiendo la certeza de que, en algún tiempo, la gente se besará de pronto contra la soledad de mis huesos y ya no ocuparé el nido. Ahora lo sé.

# RICARDO GIL OTAIZA

rigilo99@hotmail.com

Nació en Mérida, Venezuela, 1961. Farmacéutico (ULA). Diplomado Internacional Plantas Medicinales de México (Chapingo, México). Magíster en Educación Superior, Mención Docencia Universitaria (UFT). Magíster en Gerencia Empresarial (UFT). Doctor en Educación, Mención Andragogía (UNIEDPA) y Doctor en Ciencias de la Educación (URBE). Escritor. Autor de 17 libros, 2 inéditos. Investigador activo en las áreas de Etnobotánica (Plantas Medicinales) y Educación Superior, incluido en el SPI (PPI Nivel I en Ciencias Sociales). Columnista del diario local Frontera. Profesor Titular de la ULA. en el área de Farmacognosia. Ex decano de la Facultad de Farmacia y Bioanálisis de la ULA (2002-2005).

**OBRA LITERARIA:** *Espacio sin límite* (novela), Mérida, Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes (CODEPULA) y Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico (CDCHT), 1995). *Paraíso olvidado* (cuentos), Mérida, CODEPULA, 1996). *Plantas usuales en la medicina popular venezolana* (divulgación), Mérida, CDCHT, 1997). *Corriente profunda* (poesía), Mérida, Vicerrectorado Académico, ULA, 1998). *El otro lado de la pared* (cuentos), Mérida, Vicerrectora Administrativo y Secretaría de la ULA, 1998). *Breve diccionario de plantas medicinales* (divulgación), Caracas, Los libros de El Nacional, 1999). *Una línea indecisa* (novela), Caracas, Monte Ávila y CDCHT/ULA, 1999). *La universidad como proyecto de Estado* (ensayo), Mérida, Vicerrectorado Académico, ULA, 2000). *Manual del vencedor* (poesía), Secretaría de la ULA, 2001). *Herbolario tradicional venezolano* /Coautor Juan Carmona (divulgación), Mérida, CODELPULA, 2002). *Hombre solitario* (cuentos), Mérida, CODEPULA, 2003). *En el Tintero volúmenes 1 y 2* (ensayos y artículos), Mérida, Ediciones del Rectorado, 2004. *Ser felices por siempre* (ensayo-reflexión), Mérida, Vicerrectorado Académico, ULA, 2005). *Los libros todavía estaban allí* (crítica literaria), Mérida, CODEPULA, 2006). *Tulio Febres Cordero* (biografía), Caracas, Biblioteca Biográfica Venezolana de El Nacional / Bancaribe, 2007).

## NO HABRÁ OTRA TARDE

Las bisagras de las puertas chillaron como si fueran a estallar cuando Armentero entró de sopetón al negocio. El escándalo matutino poco a poco se fue diluyendo en medio de una música vaporosa, lenta, al ritmo de los acordeones costeños. El ambiente estaba pesado, grueso, impregnado de una luz y de un calor que de inmediato Armentero reconoció: 4 de la tarde y la fritanga, dos condiciones fundamentales de sus frecuentes visitas a lo que él llamaba el “follón de siempre”.

Por la fuerza con que entró al lugar se podría suponer que se trata de los ímpetus de algún hombre joven y envalentonado, de aquellos que fugazmente irrumpen en un lugar cualquiera para crear zozobra; pero no, para qué mentir al respecto, Armentero no es un frívolo, ni un patán, es un hombre maduro y casi de la familia, su figura desgarrada y un tanto nauseabunda se ha hecho clásica en el ambiente, desde que su mujer fue dejada muerta y desnuda sobre la arena de la playa. Desde aquél tiempo perdido ya en las neblinas de los años, Armentero se acostumbró a pasar sus borrascas en medio de mujeres alegres y de tragos de ron, y a medida que la noche se le viene irremediabilmente encima, él se interna aún más en sus ardientes brazos, como queriendo borrar de su mente los días aciagos de su peor desgracia.

Han pasado 15 años desde el trágico suceso, y Armentero lo tiene fresco, nítido, plasmado en su carne y en su mente. De noche se despierta llorando, con una angustia en la garganta que sólo le cura un trago seco de ron, a pico de botella, y borra las lágrimas con desesperación y amargura maldiciendo su suerte. No puede olvidar la cara de espanto de su mujer por la sorpresa de la abrupta muerte, y muchos menos esos ojos al extremo abiertos mirando al cielo, como implorando una nueva oportunidad. Se recrimina hasta la locura el no haber estado con ella cuando fue sorprendida por un mar al que amaba con pasión. Hasta el momento, nadie ha explicado con certeza lo que realmente pasó, sólo absurdas hipótesis le han alimentado día a día su cabeza de más dudas. Él, un tanto resignado a no entender nada, trata de arrastrar los días que le quedan con una vida desordenada y, si se quiere, estúpida.

Armentero no tiene hijos, el tiempo no le ha alcanzado para tanto, tampoco le hacen falta, su único compromiso “filial”, por decirlo de alguna manera, era con un perro viejo y enfermo que se la pasaba echado todo el día a la entrada del rancho con cara de tristeza, y a la espera de su amo. Cuando Armentero retornaba ebrio al rancho, luego de haber vaciado varias veces las botellas y su exhausta vejiga, llegaba con una bolsa de plástico que abría con parsimonia y colocaba, sobre una lata de leche *Nido* recortada hasta la mitad, las sobras de comida que dejaban caer los clientes del prostíbulo; luego él también se dejaba caer en el piso y muchas veces el amanecer lo sorprendió abrazado al animal.

Cada tarde llegaba Armentero al prostíbulo (o casa de citas, como lo llamaba eufemísticamente su dueño) y poco a poco sus visitas se fueron haciendo rutina. De aquel hombre tímido que una tarde hizo reventar de la risa a las mujeres cuando preguntó “cuál era el mecanismo del asunto”, no quedaba mucho, pues se había convertido en un viejo relajado, con mucho desparpajo en las cuestiones de la vida y, sobre todo, del sexo. El ambiente se le había hecho al extremo cotidiano, nadie lo atendía con esmero porque él mismo alargaba la mano y tomaba del bar lo que le daba la gana, apuntaba él mismo en el cuaderno de contabilidad y sus acreencias para con el negocio eran ya abultadas y jugosas, aunque sólo en el licor y la comida, porque el trabajo sexual era al contado, es decir, debía pagarlo por adelantado. Sólo había un detalle en el cual nadie osó contradecirlo nunca: debía acostarse siempre con la misma mujer, de la cual decía conocer todos los secretos y los más mínimos detalles; aunque de esas cuestiones nunca hablaba, por simple pudor masculino. Se podría argumentar sin temor a equivocarse, que lo de Armentero no era simple lascivia, o vulgar necesidad fisiológica, como diría *Maslow*, sino el fiel cumplimiento de un ritual cuasireligioso, del cual no pudo –o no quiso– desprenderse nunca.

Cada tarde, una vez que había dormitado una fugaz siesta al vaivén de una hamaca deshilachada y sucia, Armentero se acicalaba un poco para cumplir con cierta pulcritud su tarea vespertina y nocturna. Le echaba un vistazo a la vasija del agua del perro, cerraba la puerta del rancho y con pasos muy lentos tomaba la calle Barrientos, y se enrumbaba hacia el prostíbulo. Luego de una penosa pendiente que le hacía sudar hasta los dientes, llegaba por fin acezante. Con el tiempo la bonita fachada del negocio se había vuelto irreconocible, apestosa, nadie que no conociera la “reputación” de aquella casa, se atrevería a exponer su integridad en un sitio como aquél, pero a Armentero le importaba muy poco la presencia de las cosas, la vida le había arrancado de raíz el sentido estético y sólo le interesaba probar, y probarse una vez más.

A Victoria la conoció en su segunda visita al negocio y luego de hacerle el amor decidió no abandonarla nunca. Con rictus militar la buscaba cada tarde cuando el sol se desprendía del horizonte y se sentaba con ella, cerca de una de las ventanas que daban a la calle, y entre ambos vaciaban sin pudor una botella de ron. No hablaban, se limita-

ban a tintinear su licor con la mirada perdida en el ajetreo y bullicio de la calle, en los buhoneros de la esquina, o simplemente contabilizando las peleas callejeras que se suscitaban entre los vendedores de baratijas. De vez en cuando se acordaban que estaban allí sentados, y con fastidio intercambiaban algunas frases hechas, o algún comentario superfluo, y volvían a sumergirse en los vapores de sus recuerdos, o de sus sueños de vigilia.

A pesar de sus silencios, de ese ensimismamiento tan profundo que ambos podrían confundirse con dos estatuas de piedra, se sabían a gusto en la cama, disfrutaban de un contacto que nunca se tradujo en caricia, o en alguna frase amorosa, pero les colmaba unas ansias nacidas en tiempos prehistóricos y que en ellos reverdece cada tarde, a pleno pulmón, bañados por un sudor denso y pegajoso. Armentero intuía en Victoria una hembra hecha para el placer, Victoria apreciaba en él su capacidad para olvidarse de las circunstancias de aquel rutinario encuentro, y colmarlo cada tarde de sorpresas y fantasías. Una vez consumida la botella, Armentero se levantaba, le arrastraba la silla a Victoria y de la mano la conducía con sutileza hasta la habitación, como si con ese detalle quisiera soslayar por breves instantes la naturaleza de un encuentro pagado, frío y calculado, y así poder fingir ráfagas de una pasión que ambos estaban muy lejos de sentir.

Armentero jamás le preguntó a Victoria por su vida privada. Ella sólo conocía de él algunas lágrimas perdidas por una lejana tragedia. Sin reconocerlo, ambos provenían de mundos distintos, sólo que en el presente que vivían cada tarde hallaban un placer que trascendía el abrazo furtivo. Luego de cada encuentro, ella se doblaba sobre sí misma y se quedaba con la mirada perdida en un horizonte oscuro y silencioso. Armentero, se tendía de espaldas y con el humo de un cigarrillo dibujaba en el aire globos que se desintegraban alegres al chocar contra el techo. Cuando el calor los sofocaba, se levantaban lentamente, sin acusar ningún ruido, cada cual recogía sus ropas y en un rincón del cuarto, sin apenas mirarse, iban ordenando los pedazos de vida dispersos por el ritual. Una vez vestidos, Armentero abría la puerta del cuarto, le tendía de nuevo la mano a Victoria para que saliera, y tras un portazo se perdía en el jolgorio de una calle donde su rostro se diluía muy pronto en una masa etérea.

Desde la ventana de cada tarde, Armentero y Victoria vivían jirones de una existencia que no les correspondía, y cualquiera juraría que se trataba de algún viejo matrimonio que intentaba matar el hastío de muchos años de desamor. El rostro desgastado de la mujer no le sentaba tan mal a una cabellera teñida de rojo, y la luz de la tarde que le daba desde un costado, le imprimía un claroscuro que la hacía lucir interesante. Por el contrario, el reflejo de la luz que daba sobre Victoria llegaba hasta Armentero convertido en un vaho triste y melancólico, que le profundizaba aún más las marcas de un rostro horadado por una vida vacía. Ambos eran la resultante de una tarde vaporosa y espesa, y como pareja constituían la bruma de un presente anclado a un nudoso pasado.

Aquella tarde, Armentero llegó al negocio con una cara distinta. Sin duda, quien lo conociera, adivinaría al instante que algo se traía entre manos. Luego de beberse la botella de ron, la tomó de la mano como siempre lo hacía, y en lugar de conducirla con parsimonia a los altos de aquella vieja casona convertida en prostíbulo, desde hacía toda una vida, para consumir con rigor el ritual orgiástico, la condujo hasta la puerta de la calle, y sin pronunciar palabra alguna se alejaron deprisa hacia el bulevar. Fuera de la casa Victoria lucía mejor, ese rostro cetrino que podría confundirse con el signo evidente de alguna grave enfermedad, adquirió de pronto una suave tonalidad de rosa. El lento caminar que Armentero intuía como una clara respuesta al hastío de su penosa existencia, ahora se diluía con pasos alegres y seguros.

Llegaron hasta la calle San Luis y doblaron a la izquierda, con rumbo hacia la feria. A pesar de que la tarde languidecía de prisa, Armentero y Victoria se alejaban del negocio sin importarles las consecuencias. Una vez instalados en la feria, la energía se dobló ante la necesidad del descanso, y ambos se sentaron a mirar de frente a la nada. Sin mediar señal alguna de intención, Armentero buscó en su chaqueta y extrajo de ella una flor doblada, y sin mirar a Victoria a la cara se la entregó. Ella la tomó, se la llevó a la nariz y así estuvo un largo rato, hasta que el brazo se dejó caer por la acción de la gravedad hasta la rodilla, y la flor calló al suelo. Ninguno de los dos la recogió y el silencio se hizo mayor. Al pasar los minutos una fría ventisca comenzó a alborotarles los cabellos y la flor se fue volando hasta perderse de vista. Armentero



tomó a Victoria de la mano y no sintió emoción al hacerlo, y pensó que entre ellos se había instalado la peste del olvido.

Sentado en la hamaca, Armentero sintió asco por su vida. No sólo de todo lo que lo rodeaba, que daba claras demostraciones de abandono e indiferencia de su parte, sino también por haber dejado a lo largo de su camino el deseo de seguir viviendo. Abrió la puerta del rancho y allí estaba Morantes, su perro, echado sobre su propio abandono, y en su mirada intuyó la soledad. Armentero se levantó, fue hasta el baúl que yacía escondido detrás de unos potes oxidados de manteca vegetal, y buscó con afán la escopeta. Contó las balas que le quedaban y no puso reparos al constatar sólo unas pocas. Sin mucha precisión tomó una bala y cargó el arma. Fue hasta donde estaba colgada la hamaca y bebió un largo sorbo de ron, se secó las gotas que le caían de la boca y con pasos decididos agarró la escopeta, apuntó en la cabeza y le disparó al animal.

Desde las cuatro, Victoria se sentó a la mesa de siempre, y abrió con rapidez la botella de ron. Tomó tres vasos: uno para Armentero, otro para ella. El tercero, lo llenó con agua y allí hundió la rosa doblada. Encendió un cigarrillo y se quedó absorta mirando hacia la calle a la espera de su cliente. No había reparado en la hermosa vista que se destacaba desde la ventana, y por primera vez disfrutó de su compañía. Había perdido la cuenta de los años que llevaba en aquel sitio y ya lo sentía como propio. Nadie la esperaba en ninguna otra parte y eso le daba una vaga sensación de libertad. Desde la muerte de su madre no se había preocupado por más nada en el mundo, y en un arrebato de desprendimiento le cedió a su único hermano la propiedad de una casa ubicada a las afuera de la ciudad. “Total –se dijo en voz baja y con el vaso lleno de ron entre las manos– éste es mi único hogar, y me quedaré aquí hasta que me haga vieja y ningún hombre desee más mis servicios”.

Victoria permaneció sentada el resto de la tarde, y Armentero no llegó. A medida que pasaban las horas crecía en ella algo que no podía definir con certeza. Una urgente necesidad de verlo se apoderó de sus deseos. Era extraño, porque mientras en la cama había llegado a sentir asco por aquel ser brutal, al que sólo le preocupaba poseerla cada tarde, ahora que no estaba, el vacío se le hacía inmenso, insostenible.

Sintió ganas de ir al baño y una vez frente al espejo reconoció en su propia mirada el filo del temor. Se lavó el rostro para ahuyentar malos presagios, y tuvo que maquillarse de nuevo. Constató que la juventud se le escapaba rápidamente de su cuerpo, y por primera vez en su vida quiso ser esperada por alguien. Aunque todo ello le parecía un absurdo, la certeza de estar llegando al final de algo indescifrable le borró todo vestigio de esperanza por la llegada del cliente, y bien entrada la noche se sentía una tonta esposa abandonada a su suerte.

Durante una semana Armentero no acudió a su cita habitual. Una tarde, cuando Victoria ya había comenzado a resignarse al olvido, entró Armentero al negocio. Sin muchas explicaciones tomó del bar una botella de ron y se sentó callado en la mesa de siempre. Al poco rato se acercó Victoria y se sentó, aunque Armentero no le regaló ni una mirada. Ella se sirvió un vaso de ron y lo miraba a él sin recriminarle nada, como si el espacio de tiempo en el que no hubo cita, no hubiese sucedido. La mirada de Armentero lucía perdida en la calle, aunque también podría ser en otro sitio, sólo que ahora su rostro presentaba signos evidentes de cansancio, de deterioro. Ambos miraban hacia la calle y la brisa de la tarde por caer les mecía los cabellos, y fue entonces cuando Victoria lentamente fue arrimando hasta el centro de la mesa el vaso con la rosa doblada, ya marchita.

Ni esa tarde ni muchas otras Armentero tomó a Victoria de la mano y la condujo hasta la habitación. Ahora sus encuentros eran tan sólo sentarse a la mesa de siempre, beberse una botella de ron, y mirar ensimismados hacia la calle. Victoria no decía nada, su silencio era cómplice de tal decisión. Una que otra tarde hablaban de trivialidades, del triunfo del equipo nacional de fútbol, del estado del tiempo, o del deterioro creciente del país. Los vapores vespertinos azuzaban en ambos una aspereza que no lo lograban ocultar en sus miradas, sólo que al caer la tarde esos mismos vapores se transformaban en brisa fresca que les hacía olvidar cualquier enfado. Una tarde Armentero tomó del bar una botella de whisky, y brindaron por algo que ambos desconocían. No contento con ello, puso una moneda en la rockola y al ritmo de un melodía popular danzaron por todo el lugar como nunca lo habían hecho. A la pregunta de Victoria con respecto a ese cambio repentino de humor, Armentero respondió con más silencio.

Una tarde, Armentero tomó a Victoria de la mano y suavemente la condujo hasta el segundo piso de la casona, y juntos alcanzaron la habitación de siempre. Al abrir la puerta la luz de la tarde cegó abruptamente su visión del aposento, y por instantes no pudo reconocerlo. Allí permanecía la estrecha cama, adornada con brocados pasados de moda y, al pie, la pequeña alfombra roja desgastada y sucia. Hacia el lado derecho lucía incólume una peinadora cuyo espejo no se correspondía con el resto de los muebles, y en el que había que hacer grandes esfuerzos para reconocerse. A ambos lados de la cama estaban todavía las mismas mesas de noche con las horribles lámparas deshilachadas de bambú, y por arriba, en medio del cabezal de la cama, como presidiendo una ceremonia, yacía aún colgado el cuadro del Corazón de Jesús, apuntando con su dedo índice los pecados del mundo.

Sin mirar a Victoria, Armentero se despojó de su ropa y la colocó doblada sobre la peinadora. Dando saltos muy finos, como para no ensuciarse los pies, se metió rápidamente en la cama y se cubrió hasta el cuello con la sábana azul cielo. Mientras tanto, Victoria miraba sin ver hacia la ventana como esperando alguna señal divina. Al poco rato, fue lentamente desabrochando el camión y lo dejó caer en el piso, mirándose al espejo se quitó el sostén y pudo ver sus pechos ya marchitos por el paso del tiempo. Con un solo movimiento se quitó el gancho que le sujetaba una cola simple de cabello, y al instante brotó una melena inaudita, cuidada, más que su propio cuerpo. Miró hacia la cama y allí estaba Armentero, como siempre, hundido entre las sábanas y las colchas, a la espera de un ritual que los había atrapado en un hastío que no se sabían con fuerzas para reconocer. La noche los sorprendió sin apenas tocarse.

Aquella tarde Armentero dejó caer su pantalón y al instante brotaron dos piernas delgadas, pálidas, débiles, que se tambaleaban ante el esfuerzo de un cuerpo desmigajado. Por su parte Victoria dejó caer su vestido, rollizo, desgastado, posiblemente aniquilado por la acción de los detergentes, de inmediato brotaron dos tetas tristes, caídas, vencidas por una fuerza de gravedad que se había echado sobre ella con la vehemencia de un verdugo. Él se quitó la camisa y dejó expuesto a la luz de la tarde un pecho ralo, desinflado, cuyas carnes blancas y fofas no dejaban vestigios de un cuerpo alguna vez rectilíneo y perfecto. Ella

se quitó las bragas y al instante apareció una línea negra en medio de las piernas y, detrás del vello, unas carnes marchitas la avergonzaron.

No se miran, apenas se tocan, intuyen una fuerza y una tradición que se diluye rápidamente en el tiempo ido. Se acercan, se unen. Él intenta un beso, y ella lo rechaza. Él intenta llevar su mano derecha por debajo de su vientre, y en el acto es detenido con una orden bronca y seca: “nada de ternura, sólo estamos para cumplir”. Entonces, Armentero baja la mirada buscando un motivo para que su miembro delgado y largo despierte de su sueño, y no lo consigue. Y como nunca lo han hecho, cada uno ayuda al otro a vestirse, cuidando no dejar pieza alguna desperdigada en el piso, o sobre la cama. Cuando están listos, a punto de abandonar la habitación, se miran a los ojos, y en ese instante comprenden que no habrá otra tarde.

# HERRERA COLINA ELLY CRISTINA

Nació en Caracas, Venezuela, 1970. Licenciada en Educación Especial, en la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez. Conocida como La Poupette, a los cuatro años tuvo sus primeros destellos poéticos que fueron recogidos por su abuela materna. Esa iluminación la estimuló a aprender a escribir temprano, a los seis años ya escribía sus poemas. A los nueve tenía una extensa producción poética. Sus trabajos han permanecido inéditos, hasta que se decidió borrar el silencio y participar en la III Antología de Poesía “Entre Eros y Tánatos”, de la Asociación de Escritores de Mérida. Como cantante ha participado en la Coral Infantil del Orfeón Universitario de la Universidad Central de Venezuela. En el Orfeón Carlos Gauna, del Liceo Pedro Emilio Coll. En la Coral Cantaclaro del Instituto Nacional de Canalizaciones. En la Coral de Corpoven. Toma clases de Técnica vocal con Lilia Vera, dedicándose al canto popular; participa en diversas agrupaciones. Actualmente, forma parte del Taller de Danzas sin Fronteras, realizando todos los *performance* vocales de propuestas coreográficas del director Ronmy Istúriz.

## ÚLTIMO VIAJE

Viajaba y olvidaba, por lo menos eso creía. Había pasado ya mucho tiempo huyendo. Huía de aquellas promesas rotas, de las sensaciones impías y maravillosas que resurgían en ella en sus espantosos tránsitos por la soledad.

Procuraba estar acompañada a cada instante. Solo pensar en que llegaría un momento de quietud, la llenaba de pavor. Le habían recomendado tantas veces quedarse en silencio!, la sola idea de cumplir con este pedimento le causaba gran angustia y terror.

Había resuelto que escribir era la mejor manera de callar. Era el único silencio en el cual podía exorcizarse y luego sorprenderse del constante fluir de ideas que la ayudaban a quietarse y conectarse consigo misma. Definitivamente, era la única manera, la única en que podía callar, ella, al menos, El silencio ocioso la agobiaba y no tenía la posibilidad de acallar los ya insidiosos fantasmas de su mente, al menos escribiendo podía enfrentarlos de manera productiva.

Siempre la asediaban burlones, riendo estrepitosamente por su incapacidad de sentir, y por la inercia cruel con la que tuvo que so-

portar de manera estoica el derrumbe del castillo de naipes que había construido, en base a aquel, cada vez más lejano recuerdo de su ansiado hogar, su tibio lecho familiar, hecho piel y hueso en ese cuerpo de almíbar y pecado, que la sacó para siempre del recóndito espacio de su ser, donde moraban todas sus seguridades.

Viajaba sí, con la misma intensidad y frenesí con que viaja un prófugo de la justicia. Intentaba correr más rápido que su memoria, montando en cualquier vehículo disponible que pudiera alejarla de aquellas imposibles y ya insostenibles trampas de sus sentidos anclados en un pasado agreste y melancólico, de tardes incandescentes, encuentros furtivos, y llenos de recuerdos de lujurias tan sagradas, como el amor.

Empezó a escribir un día sin saber por qué; para descubrir luego, que era la forma en que respondía la divinidad a sus ya obstinadas y repetitivas plegarias, que elevaba desesperada implorando milagrosos olvidos.

Así pudo de algún modo compensar el pavor que le producía el reposo absoluto y amordazado que trataba de autoimponerse, realizando paróxicos movimientos en su cama, intentando contener los feroces demonios del pensamiento, que amenazaban con salir en tropeles de aullidos, solo comparables a la locura, o la muerte.

Definitivamente, hablar con el incesante manantial de movimientos de su mano, con la soledad inmutable del papel, la redimían. La erupción volcánica de su ser encontraba reposo en su palabra callada, amiga incondicional, cómplice y comprensiva, que fluía inagotable y delirante a sacarla de su abismo.

Por ella podía soportar, los cada vez más esporádicos asaltos de olores de su amado, que la abandonaban poco a poco al paso de cada interminable día de su viaje.

Podía trasladarla, saborearla, acariciarla, y retomarla cada vez que la desesperación sin esperanzas acudía a despedazarla.

Prosiguió su tormentoso y profundo recorrido de olvidos; encontró finalmente su lugar de refugio en aquella incondicional aliada, que le dio la posibilidad de decir sin que nadie la escuchara, de amarlo sin que él lo supiera, de vengarse sin dañarlo, y de matarlo sin herirlo.

Así logró su propia muerte. La encontraron navegando para siempre en un océano de papeles, sangre, y tinta derramada.

## DESHOJAR DE ROSA INCIERTA

No supo en que nefasto instante perdió su amada rosa para siempre. Aquella rosa tan bien guardada, protegida y custodiada en calidad de secreto supremo de orden sagrada. A veces dudaba de su existencia, sin embargo, aquella tarde, entre maravillada, estupefacta y vulnerada, la vio nítidamente. Pudo sentir su potente humedad inequívoca y erosionante, convulsa, jadeante y obnubilada, que rompió en torrentes de feroces, dulces y amargos gemidos de quebradas bramantes, empañando piel, nublando espíritu, y confundiéendolo todo en un éxtasis, que solo atinaba a dar gracias a Dios por haber nacido.

Todo empezó en la menguada noche en que presa de una mansa ira, provocada por la excusa tantas veces postergada, decidió ir a ese bar a embriagar su soledad de dos años, autoimpuesta y penitente, que castigaba otro duro y sórdido fracaso.

Llegó, se sentó ataviada como animal salvaje que espera inmóvil para atrapar a su presa, al fin y al cabo, el juego era divertido, y era sencillo jugarlo nuevamente, con certeza de apostador experto.

Bebió, rió, bailó con frenesí para luego volver en tensa calma, a esperar la aparición de la presa cautiva y digna de acechanza.

Luego llegó él, mas cálido, manso y sumiso de lo imaginado; casi imperceptible, sin poses ni prestancia. Bailaron la primera pieza sin sobresaltos, sin maravillas, ni desbordamientos.

*Si solo pudiéramos saber cuándo el destino teje la trama para extinguirnos, podríamos salvarnos y cerrar la puerta.*

El segundo baile la atrapó para siempre, el tacto consciente de aquel cuerpo se reveló adictivo y vibrante, impúdico y nefasto. Así transcurrió esa noche, febril, fatal, amenazante y promisoria, no tuvo fin. Ambos la prolongaron hasta muy entrada la mañana. Después la despedida cargada de promesas, amores, compromisos, e ilusiones silentes, esperanzas nacientes y expectativas plenas.

Cada encuentro magnificaba las inciertas certezas primarias. Día a día creció, nació y renació, hasta alcanzar clímax inacabable de compatibilidad perfecta.

Así pasaron cuatro años, ella, seducida con el espejismo del sueño realizado; él entre el cielo y el infierno de anhelos no logrados, bordan-

do fantasías de realizaciones mitológicas, heroicas y sobrehumanas.

De pronto el cataclismo de adiós intempestivo, impío y feroz, devanando cimientos, destrozando rosas, con crujir de huesos, sangre, y salvia derramada.

Al poco tiempo Tánatos. Sí, murió. Murió de lo que no muere nadie, murió de amor, soledad y frío, en un recóndito espacio lleno de mil tonos de verde, pájaros bucólicos, y rosas congeladas, rodeada de nieves perpetuas.



# MIREYA KRÍSPIN

mkrispin@cantv.net

Nació en Caracas, Venezuela, 1940, reside en Mérida desde hace más de veinte años. Tiene un Diplomado Internacional en Creatividad y Liderazgo, Postgrado de Propiedad Intelectual (Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, ULA). Desde 1978 fue Directora de Cultura del Estado Sucre y Directora de Cultura y Extensión de la Universidad de Oriente. Fue Coordinadora de Cultura de la Universidad de Los Andes, y hasta 2002 Directora de Información y Comunicación de la ZOLCCYT Mérida. Presidenta de la Asociación de Escritores del Estado Mérida (1990-2002) y Tesorera en la actualidad. Fundó el grupo poético “Triángulo Esmeralda”, junto a M. Isabel Novillo y M. Luisa Lázzaro. Como actriz ha participado en diversos grupos. Ha trabajado en series para TV y Cine. Participa en el espectáculo teatral-musical, “Cantando quiero decirte”, de Héctor Rago. En 1985 ganó Mención de honor del Concurso Municipal de Poesía, Mérida; libro *Junto a tu piel*. En 1988 el Premio Municipal de Literatura del Estado Mérida. Hija Ilustre de Mayagüez, P. Rico, 1995. Visitante Distinguida Alcaldía de Maracaibo, Zulia, Venezuela, Homenajeada en el I Festival Internacional de Cultura Jorge Amado, Trujillo, Perú 1996. Certificado de Honor conferido por la Sociedad de Autores Puertorriqueños, Mayagüez P. Rico, 1997 Homenajeada en el 2do. Encuentro de Escritores Iberoamericanos, San Felipe, Chile 1997, Reconocimiento Alcaldía Bolivariana de Libertador, Mérida (INMUCU 2006), Reconocimiento “Hacedores de Ciudad”, Alcaldía Bolivariana Libertador, Mérida Venezuela 2006.

**OBRA LITERARIA:** Poesía: *Recóndita clave originaria* (Caracas, Arte, 1981), *Fin o principio* (Caracas, Arte, 1981), *Junto a tu piel* (Mérida, DIGECEX, ULA, 1984), *Las fieras no ser rinden* (CODEPULA, AEM, CONAC, DIGECEX ULA, 1993), *Del origen recóndito* (Mérida, Editorial “La Escarcha Azul, 1995), *Almendra Voluptuosa* (Mérida, Editorial la Escarcha Azul, DIGECEX ULA, AEM, 1996). *Antología Poética Mireya Kríspin 1981-2004* (Mérida, Ediciones Actual, DIGECEX ULA, 2005). Narrativa: *Intersticios de bares* (Mérida, AEM, Fondo “Ramón Palomares”/ Fundación del Nuevo Cine Latinoamericano, Aldaba Editores, 2000). Ha sido publicada en: *Antología Poética Azor en Vuelo*, VI Ediciones Rondas, España, 1982; *Antología Esencial de la poesía que se escribe en Mérida*, Instituto de Investigaciones Literarias, Facultad de Humanidades y Educación de la ULA 1985; *Nueva Antología de Poetas Venezolanos (Nacidos entre 1930 y 1960)*, Ediciones Solar, 2001, Comp. José A. Escalona-Escalona; *Poesía femenina en Mérida*. (Academia de Mérida, Año 3, Num. 3 enero-junio 1996). I y II *Antología de Poesía y de Narrativa de la AEM, 2004-2005*. Textos poéticos de su autoría fueron grabados en el CD “Los ángeles también cantan”, editado por Casa del Poeta Peruano, Lima, 2006. Publicada en “Letras en Movimiento aBrace” (Representantes y Corresponsales) Montevideo Uruguay (2006).

## VIAJE FINAL

Cuando programamos salir de nuestro hogar para cualquier otra ciudad o país, cuidamos con esmero todos los detalles, con el propósito de no tener ninguna dificultad. Cualquier viaje, bien sea de trabajo, o de placer, nos pone en un estado de alerta, y generalmente pasamos unos cuantos días planificando por un lado la ruta, por el otro, las indumentarias que llevaremos de acuerdo al clima. No se nos puede escapar la escogencia de las prendas que luciremos, y menos aún todos los elementos que conforman la cartera de maquillaje, perfume, cremas para el cuerpo, desodorante, laca para el cabello, secador de pelo, pintura de uñas, acetona, cepillos y peine, pasta de diente, con su consabido cepillo, libretita de apuntes. Si vamos al exterior, por supuesto el pasaporte, las visas, si es que se requieren, los dólares, que ahora se hace tan complicado conseguir, en fin amigos, son tantas pero tantas las cosas, y sin embargo, al llegar al lugar de destino, puedo apostar que siempre habrá alguna cosita que se nos escapa, a pesar de que nos pongamos bien rigurosos en nuestra organización.

Pero creo que a casi nadie se le ocurre planificar su viaje final. No es el caso mío, pues debo confesarles que desde hace algún tiempo, estoy pensando con mucha seriedad, como deseo que se desarrolle el mío.

Lo primero que pensé es que debo simplificar mi vida, eso significa que tengo que vender la casa y la finca donde vivo, ¿qué por qué? Pues muy sencillo, es un espacio demasiado grande y tengo una sola heredera, que además vive en Canadá desde el año 1974 que la mandé a estudiar allá, y ella decidió quedarse, razón por la cual, está totalmente desvinculada de este país. Allá ejerció su profesión de Sicóloga por muchos años, hasta que resolvió hacer un curso de Chef profesional, y ahora tiene un restaurante y un catering, lo que me hace pensar, que jamás regresará a vivir en Venezuela. Entonces hay que reducirse y al adquirir un nuevo y más pequeño espacio, ponerlo inmediatamente a su nombre, para que en un futuro no se vea en la necesidad de hacer esas benditas declaraciones.

Y como si fuera poco, tengo que comprar desde ya, los servicios funerarios, porque para colmo, no tengo ni un familiar en la ciudad de

Mérida, que es donde vivo desde el año 1980, y aunque hubiese deseado que me incineraran, pues aquí tampoco hay ese servicio, entonces me dije, no importa Mireya, que te trasladen a Caracas y allá si que lo hay, además toda mi familia vive allá y recogen mis cenicientas y lo único que pediría sería que mi hija, eche unas poquitas en el océano Pacífico, a mi hermana le encomendaría que regara otro tanto en el mar Caribe, y si alguien se dignara a hacerlo, me encantaría que el resto lo trajeran a Mérida, y lo esparcieran en Las Praderas del Cielo, lugar donde he vivido colmada felicidad. No importa que ya no viva allí, cuando los nuevos dueños estén descuidados, las zumban por ahí, sin que nadie se de cuenta, porque les digo algo, allí están enterrados todos mis perros, y a mi me fascinaría poder compartir con ellos ese espacio. Además juro que no perturbaré la paz, ni de los nuevos habitantes, ni mucho menos de los vecinos, con los que he tenido una hermosa relación durante mi estada en ese sitio, y saben por qué no molestaría, pues muy sencillo, durante años anduve volando en mi escoba, que además tiene piloto automático igual que mi carro, y nadie se dio cuenta. Hasta logré hacer una serie de aerofotogrametrías del lugar, para tenerlo bien precisado, y desde la altura disfruté a plenitud cada borde de mis propias montañas, así como también las circundantes. Arriba de mis Praderas, hay lagunas encantadas y logré unas comunicaciones fascinantes con sus místicos habitantes.

Pero eso de las cenizas no será posible, la Funeraria de Mérida no tiene convenio con ninguna en Caracas, solo en San Cristóbal y Valencia, y yo no tengo nada que ir a buscar para allá.

Más debo confesar algo, me da un dolor horrible tener que pagar unos cuantos millones, comprando un huequito para que me metan, teniendo la bicoca de quince hectáreas de terreno, y ya con un cementerio canino bien institucionalizado. Pero en fin, posiblemente cuando haga ese viaje final, ya no tendré estas tierras y la única solución sería, inventar que a media noche me llevaran solapadamente a mi lugar sagrado, y como San Pedro ya me conoce desde hace tantos años, por ser el guardián de Las Praderas del Cielo, se volviese alcahuete, y claro, utilizando la fuerza divina, permitiese que no se notara nada de lo que estuviese ocurriendo y de manera clandestina, abrieran mi huequito al lado de Premier, el primer perro enterrado y me zamparan allí, sin que

nadie se diera cuenta. Más en fin, no se si será posible, creo que estoy pidiendo más de lo que me merezco, pero cada quien tiene la libertad de aspirar poder cumplir con sus más profundos deseos.

Cuando hago un poco de introspección sobre esto, me hago muchas preguntas: ¿No sería más fácil que te compres tu terrenito en el cementerio de La Inmaculada, y dejes de inventar? Y nada, te hacen tu velorio normal como a todo el mundo, y el mismo día o al día siguiente, para que haya la oportunidad, de ser posible, de que pueda viajar, por lo menos parte de tu familia, y tus amigos mas queridos, y que te entierren normalmente. Sería mucho mas fácil, pero es que yo particularmente sueño con un velorio muy particular, primero desearía al no poder resolver lo de la incineración, que por lo menos, se encarguen de maquillarme, porque toda mi vida, al levantarme y bañarme, me pongo casi linda, por lo tanto, no soportaría aparecer en esa urna, con cara de muerta, no, quisiera, y esto lo añoro, lucir *pletiotítima*, por lo menos, eso aspiro yo, y que todos mis queridos amigos que se asomen a verme, digan; ¡Hay pero quedó igualita!, ¿y cómo va a quedar uno, sino exactamente a cómo se es en la vida real ? Sin embargo, hay algunas personas que se ponen un poco más feas cuando traspasan el umbral del universo. Pero yo se que a mi no me va a ocurrir eso, porque yo estoy preparada para hacer ese viaje final, que no es tan final, porque a lo mejor cuando aún no haya traspasado la cuarta dimensión, me dicen: organícese amiga, usted ha de regresar, porque aún tiene demasiadas cosas pendientes que resolver, y me pasan el borrador por el disco duro, y tengo que empezar a escoger de nuevo el vientre donde tengo que nacer, de acuerdo al karma que tenga que cumplir.

Sin embargo, quisiera confesarles algo, no saben cuanto me agrada agarrar mi escoba y emprender el viaje sin escalas, y traspasar todas las dimensiones en un estado bien consciente, y llegar a ese lugar donde está la Energía Pura, y ni siquiera tocar la puerta, sino entrar sin pasaporte, ni visa, ni vacunas, y pararme ante la Luz Divina, sonreírle como hago con todos mis amigos queridos, y con una mirada muy coqueta, con mis ojos maquillados, entornados y con bastante *maybelline*, los labios bien pintados de rojo, y sin equipaje, pretender traspasar ese umbral, y ubicarme a su diestra, casi compitiendo con el Arcángel Miguel, que me parece que allá arriba funge algo así, como

de Vicepresidente de la República, y no precisamente Bolivariana, porque las Repúblicas no tendrían porque estar definidas de esa manera, sino que simplemente son una República, y sin ánimo de competir con nadie, recordar la primera vez que me monté en la barca de Caronte y trasasé el Leteo, y entonces poder ser mi propio Juez, y como en esos cargos uno puede inventar muchas cosas, especialmente si a uno le mojan la mano con alguna comisioncita, juzgarme a mi misma, y convencerme de que no tengo que regresar, porque ya cumplí mi misión, y que lo hice con la mas absoluta transparencia, razón por la cual, no me tienen que obligar a regresar. Es que no quisiera volver, desde allí veo mi película, y me digo, lo mas importante que hiciste fue amar, ¿es qué acaso el amor no resuelve cualquier circunstancia de la vida? Claro que sí. Entonces yo reviso mi expediente, y me respondo sin ninguna duda, has amado con amor universal, a lo mejor no has sido totalmente correspondida, pero no importa, uno no ama para que le correspondan de la misma manera, eso tiene que ser algo sumamente espontáneo, simplemente doy, no tengo porque recibir nada a cambio. Y veo pasar de nuevo la película, y me observo prendada de la naturaleza, recibiendo de ella toda su energía, que además es gratuita, y pienso, ¿cuántas personas han pasado por allá abajo, por ese planeta tierra, pretendiendo absorber la energía de otro ser, sin darse cuenta, que somos tan distintos uno del otro, que es imposible nutrirse de una persona diseñada exactamente igual a ti, pero con unas energías diametralmente opuestas a las tuyas, razón por la cual, se produce un choque inmediato, que perturba cualquier relación. Ay Dios mío, y es tan fácil, y sin embargo no nos damos cuenta, que ese espacio creado por la Fuerza Divina, contiene todo lo que requerimos para ser felices, mas sin embargo, insistimos en devorar como animales hambrientos, esa energía ajena que no nos pertenece. Pero como estoy clara, sigo viendo mi película, que además con las nuevas tecnologías, que por supuesto, allá arriba están aún mas adelantadas, puedo revisar todo mi expediente, sin que nadie me interrumpa, porque no nos olvidemos, que allí soy mi propio Juez. Pero hay algo muy importante, no me puedo engañar, porque estoy viendo demasiado claro, y mucho menos podría engatusar a nadie, y menos aún a La Energía Superior, por lo tanto, mi honestidad ha de jugar un papel preponderante.

Bueno, ahora imaginémonos que jugué claro como siempre pretendí hacerlo allá abajo en la vida terrenal, al menos eso creo, y que no me van a dar el boleto de regreso. Que puedo seguir sentada a la diestra del Dios Padre, pero hay algo que me preocupa mucho, pero muchísimo, en mi condición de mujer exigente. Me encantaría poder dejar escrito aquí, algo así, como una especie de testamento, de lo que desearía ocurriera allá abajo, antes de que yo inicie el Viaje Final.

Pues nada queridos amigos, ustedes serán los responsables de que yo pueda irme envuelta en la mas absoluta felicidad, solicito se responsabilicen de complacerme en lo que voy a pedir. Como soy, o creo ser, bastante organizada, desearía que todos los que se sientan cercanos a mí, si no es mucha molestia, me complacieran en estas pequeñas peticiones que hoy quiero dejar plasmadas en este papel. Para que no haya errores, las voy a enumerar:

1. Lágrimas no desearía ver en ninguno de vuestros ojos.

2. La alegría me acompañó siempre, razón por la cual, exijo, entíndase, exijo que todo el mundo esté alegre, así como yo he estado toda mi vida. En el momento en que escribo esto, puedo decirles que he pasado los últimos veintidós años sola, eso quiere decir sin pareja formal, pero divinamente acompañada por mis amigos queridos y cada encuentro ha estado siempre envuelto en risas, amor, música, hermosas conversaciones, y ricas bebidas y comidas.

3. En virtud de que tengo tantos amigos músicos, porque desde niña estuve involucrada con esa parte del arte, les imploro, que todos canten alrededor de mi urna, porque eso me garantizaría una Viaje Final, extremadamente feliz. Además, quiero referirles algo que marcó un hito en mi vida. Yo estudiaba piano en la Escuela Superior de Música de Caracas, recuerdo que mis primeros maestros fueron el Profesor y la Profesora Gol, mi padre me compró un piano vertical, y mi hermano Toñito, estudiaba Violoncelo, pues a mi se me ocurrió un día inventar que los dos deberíamos tocar una pieza que se llamaba La Maricutana, y en ese momento llegó nuestro padre y nos encontró en plena pachanga. Saben ¿qué ocurrió?, que mi papá dijo que nos habían inscrito en esa Academia a estudiar música clásica, razón por la cual nos retirarían, porque no habíamos comprendido nuestro destino, y para mi sorpresa, mi piano fue donado a la Asociación de Ciegos de

Caracas, entonces, pretendí cambiar el rumbo de mis estudios y dije que me gustaría recibir clases de canto, y mi padre respondió: –No te imagino en unas tablas cantando. Cada vez que he cantado en un teatro, o en la barra de algún bar, me imagino la cara de mi padre, el señor Castillo, desde cualquier lugar donde se encuentre, porque partió de esta tierra, cuando aún era joven, solo tenía 56 años. Desearía pedirles un gran favor, si no es mucha molestia, canten todos para mí, mientras yo esté haciendo mi Viaje Final, eso me garantizaría un recorrido absolutamente feliz.

4. A los compañeros y compañeras de teatro, les pediría que solo recuerden cada uno de los personajes que me tocó representar y con una gran sonrisa en sus labios, compartan con los músicos, mis maravillosas experiencias teatrales, que aunque nadie me lo crea, fueron para mí muy difíciles por ser tímida, aunque lo disimulé al extremo.

5. A los poetas, solo les imploraría que celebren mi partida, entre una copa y otra, como compartimos mientras estuve por allá abajo, inventando con la palabra, don divino, que agradezco a todos los dioses del Olimpo.

6. A los bailarines, les confesaré algo que me ocurrió cuando era aún muy niña, estudié ballet en una academia de Caracas, y a los seis meses de estar allí, me seleccionaron para ser solista en cinco espectáculos que se presentarían en el Teatro Municipal, lo cual me hizo sentir la criatura mas feliz del mundo, y al llegar a mi casa, con los modelos de los tutú que utilizaría, mi padre decidió sacarme de la Academia, porque su hija no se presentaría con las piernas peladas en ningún lugar. De allí en adelante, y por largo tiempo, dormí con mis zapatillas de punta en la almohada, y no se cuántos litros de lágrimas dejé depositadas en ellas. Entonces, por favor bailen al compás de la música alrededor de mi último aposento. Y a mi sobrina Vicky bailadora de flamenco, le exijo, entiéndase, le exijo sumarse a este grupo, y dar unas cuantas zapateadas a mi alrededor.

7. A los pintores les quiero referir un cuento. Hubo un paro muy largo en la Universidad de Los Andes, donde trabajé por largos años como Coordinadora de Cultura, entonces decidí aprovechar el tiempo pintando, mandé a hacer un caballete, me compré una caja de pinturas al óleo, y comencé a indagar en ese universo, totalmente desconocido

para mi. Hice una cantidad de cuadros y quiero dejar plasmada aquí una experiencia que me retiró automáticamente del ejercicio de la pintura. Llegó a mi casa Lucy, la esposa de Eduardo Moubarak, que era el Director de la Escuela de Música de la Universidad de Los Andes, y le dije: Lucy, ¿qué te parece este cuadro que le compré a una pintora ingenua?, por supuesto que era mío, y ella me respondió: –Ingenua, debe ser huevona, porque eso es demasiado malo. Y con gran sinceridad le confesé que era mío, a lo cual ella ripostó: –Escribe poesía, que para eso si eres buena, hasta ese día pinté. Amigos pintores diviértanse y brinden a mi lado, con todos los queridos amigos.

8. No me quejo de mis estudios de Mitología Clásica y de Filosofía, con el Maestro José Manuel Briceño Guerrero, estuve trece años bajo su tutela, y de veras, fue una experiencia extraordinaria. Como el no tiene cultura ética, no se si pedirle que brinde también, creo que lo pondría en un aprieto.

9. Me encantaría también hacer referencia al Diplomado Internacional en Creatividad y Liderazgo, en el Post Grado de Propiedad Intelectual, de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad de Los Andes, que hice en el año 2005, en el cual disfruté al máximo el rompimiento de todos los paradigmas Cartesianos, y en el que pude compartir con mis compañeros los momentos más felices de mi vida, sobre todo, por haber ingresado siendo ya una “sexigenaria”, y que mi edad no causó ningún alejamiento con el grupo de jóvenes que allí estudiaban, sino todo lo contrario, fue un aprendizaje de vida, que colmó algunos espacios vacíos que aún me quedaban, mientras estaba por allá abajo.

Ahora quisiera hacer una confesión parecida a las que me tocó hacer con el padre Cayetano del Ducca, confesor del Colegio Santa Teresita del Niño Jesús, donde me eduqué en Caracas cuando estudiaba con las Capuchinas: Me considero una mujer plena, porque no establezco diferencias de ningún orden con los seres que me han rodeado, puedo ser absolutamente feliz, con todo, o sin nada, he tenido momentos de bonanza, así como también de absoluta miseria. Hoy recuerdo un día que me desmayé en la Plaza Bolívar de Caracas, porque lo que ganaba, no me alcanzaba, para pagar mi primer divorcio, mantener a mi hija, y resolverme yo misma económicamente, cuando solo ganaba cuatro-



cientos cincuenta bolívares al mes, mientras trabajaba en un banco.

Aún tengo reflejado en mi mente el rostro del policía que me recogió del piso, y que por supuesto no pudo responder a lo que yo exigía, que era simplemente: *un sandwichito y un juguito por favor*. Cuanta hambre pasé en esos tiempos, pero eso no me produjo ningún tipo de dolor, al contrario, me dio una fuerza muy particular para seguir viviendo.

Quiero decirle a mi familia, y a todos mis amigos, que he sido la mujer mas feliz del mundo, porque Dios me dio una alegría que aún conservo, y que me permite seguir disfrutando de la vida de una manera extremadamente maravillosa, que no tengo como agradecerle a Él, que además es uno solo, aunque existan varias religiones, la posibilidad que me ha dado de ver la vida desde otra panorámica, donde sola absolutamente sola conmigo, he logrado disfrutar de todo lo que me rodea y amar en demasía, paso por los semáforos de Mérida y todos los pedigüeños conversan conmigo, y los trato con el mayor afecto del mundo, los ayudo, hasta donde puedo, y siempre hay una sonrisa entre nosotros que nos une.

Solo quiero pedir desde aquí arriba, porque hasta ahora no me han expulsado, sino que me han permitido vislumbrar desde estas alturas como han sido los vericuetos de mi vida, que todos tengamos una consciencia prístina, para que podamos estar claros que el tránsito por el camino de la vida, es mas fácil de lo que creemos, que es importantísimo tener claro, que solo el amor nos conduce a mejor puerto, y que hay un solo Dios, y hasta ahora, y aún desde aquí arriba, me pregunto ¿por qué diversas religiones, si el camino es uno solo y el mismo para todos.

Ahora un mensaje a mi hija La Nené, como la llamé desde antes de nacer, porque la soñé y sabía que sería una niña. Mi amor te amo, yo solo fui un vehículo para traerte al mundo, tu me escogiste en tu estado pre-existente para nacer en mi vientre de acuerdo al karma que tu tenías que cumplir, estoy muy orgullosa de ti, ya que desde que cumpliste los veinte años, y te graduaste en la Universidad de Victoria en Canadá, has asumido la responsabilidad de tu vida, así quería yo que fueras, por eso te envié a estudiar el exterior, para que tuvieras una carrera y pudieras decidir lo que deseabas hacer con tu vida. Nunca

me he considerado tu dueña, solo he sido un vehiculo de transición entre un espacio y otro, continúa como vas y siempre contarás conmigo, en cualquier lugar donde me encuentre. Ahora que estoy a la diestra, desde este sitio de luz te mando todas mis bendiciones y protecciones, porque has sido lo más hermoso que Dios me ha dado. No te aflijas por mi partida, porque todos los seres que nos amamos nos volvemos a encontrar, A partir de este momento te esperaré aquí arriba, porque de veras te confieso, aquí se está demasiado bien, hay un equilibrio armónico, que tendría uno que estar totalmente desquiciado, para pretender salir de este paraíso. No te imaginas lo cómoda que estoy, tengo mi libreta y sigo escribiendo poesía, ahora mas Divina que nunca por razones obvias, y la situación no es tan estricta como uno se la puede imaginar, figúrate que cuando se me ocurre tomarme un trago, nada mas volteo la cabeza y tengo una maravillosa botella de Coñac *Courvoisier* botella ámbar a mi lado, y me doy unos gustazos que ni te cuento, y como por aquí saben que me encanta el paté de *Foi Grass*, pues también me lo ponen al lado, con el pan mas rico que te puedas imaginar, y como si fuera poco me consienten con los mariscos al ajillo .Aquí se está muy bien, no hay diferencias raciales, ni políticas, ni económicas, todos somos igualitos, ni siquiera la edad cuenta, todos jóvenes y bellos, y algo muy importante, aquí el sexo no tiene nada que ver con la felicidad, somos andróginos.

Ahora quiero decirle a mi familia y mis amigos del mundo, que nuestro paso por ese lugar, es muy fácil recorrerlo, solo hay que andar liviano de equipaje, sin embargo, hay algo que no debemos jamás olvidar, que el amor ha de ser la única y pequeña maleta que nos acompañe, porque ese si es verdad que nos abre todas las puertas, no solamente del mundo, sino también de los espacios cósmicos que debemos transitar en nuestro Viaje Final.

Queridos hermanos del mundo, porque todos somos hermanos venidos del mismo Padre y ÉL es Solo Uno, ¿es qué acaso es muy difícil comprender que venimos de un mismo Patrón, que no tiene raza, ni color, ni condición económica, que es una flor que un día brota y se manifiesta en igualdad de condiciones para todos por igual, que no hay diferencias económicas, ni políticas, que alteren nuestra permanencia en el espacio terrenal, que somos Uno en el Todo y Todo en el Uno ,

y por lo tanto, solo el amor universal ha de unirnos en este hermoso entorno de luz, o en aquel globo terráqueo, porque ahora yo los estoy viendo desde esta otra dimensión, en la que se me ha permitido vislumbrar que el panorama es otro. Y les confieso, no quiero regresar, de aquí no me van a sacar, probé la calidez de la universalidad, y les puedo confesar, esto no lo cambio por nada, ni aunque me echen a patadas me voy, me fabriqué una soga de luz para estar atada por *secula seculorum* a la Deidad.

Solo quiero solicitarles una última petición, eso sí, no tengo con que pagarles honorarios por ese trabajo, porque aquí arriba gracias a Dios, el dinero no circula, no dejen de cantar, porque la música viene de las estrellas, y en una ocasión, estando yo allá abajo la escuché, y les puedo decir, que no tuve palabras con que expresar lo que sentí, fue algo tan maravilloso, que me ocurrió algo muy sorprendente, por primera vez lloré hacia adentro, y sentí que una cascada como el Salto del Ángel, recorría mi cuerpo, pero me purificó y santificó, y tal vez, esa maravillosa experiencia me permitió dar este salto, que a lo mejor también fue de Ángel y llegar hasta aquí, desde donde les escribo.

Que Dios los bendiga y los proteja a todos.  
¡SALUD!

Post data:

¡Muéranse! Jardines La Inmaculada solo vende una fosa para dos personas, cuesta la bicoca de tres millones de bolívares el solo hueco, razón por la cual me veo en la necesidad de solicitar con carácter de urgencia una pareja que se quiera enterrar conmigo, porque de lo contrario no podré dejar organizados mis servicios funerarios.

# MARÍA LUISA LÁZZARO

mlazzaro55@yahoo.es

Nació en Caracas, Venezuela, 1950, radicada en Mérida (Venezuela) desde 1967. Licenciada en Bionálisis y Letras, Magíster en Literatura Iberoamericana. Catedrática Titular Jubilada (Escuela de Letras, ULA). Autora letra y música de varios poemas musicalizados. Premio de Poesía Alfonsina Storni (Buenos Aires, Argentina, 1978). Mención Concurso de cuentos *El Nacional* (1981). Premio El cuento feminista latinoamericano (Chile, 1988). Finalista Concurso de novela Planeta Latinoamericana “Miguel Otero Silva” (por *Tantos Juanes o la venganza de la Sota*) 1990. Premio Canción inédita (*Atrincherada*) Festival Nacional de la Voz Universitaria (Valencia, 2000). Premio Poesía y de Narrativa de Seccional Profesores Jubilados de APULA 2003 y 2005. 1er Premio de Narrativa de la Asociación de Profesores de la ULA 2005. [www.marial-lazzaro.com](http://www.marial-lazzaro.com)

**OBRA LITERARIA:** *Poemas de agua* (Mérida, ULA, 1978), *Fuego de tierra* (Caracas, Fundarte, 1981), *Árbol fuerte que silba y arrasa* (Mérida, Cultura, 1988), *Nanas a mi hombre para que no se duerma* (Mérida, SPJAPULA, 2004), *Escarcha o centella, bebe conmigo* (Mérida, APULA, 2004). Novelas: *Habitantes de tiempo subterráneo* (Caracas, Pomaire, 1990) y *Tantos Juanes o la venganza de la Sota* (Caracas, Planeta, 1993). Ensayos literarios: *Viaje inverso: sacralización de la sal* (Caracas, Academia de la Historia, 1985) y *La inquietud de la memoria en el caos familiar* (Mérida, CDCHTULA, 1995). Libros para niños y jóvenes publicados en Mérida, Editorial Escarcha Azul y coediciones: *Mamá cuéntame un cuento que no tenga lobo* (CODEPULA, 1984), *Marigüendi y la jaula dorada* (La infancia en la poesía venezolana, 1983), *El niño, el pichón y el ciruelo* (Editorial Venezolana, 1990); *Parece cuento de Navidad, Darlinda* (AEM, 1994), *Para qué sirven los versos* (1995), *Una mazorca soñadora* (1995), *Un pajarito, una pajarita y la casualidad* (1995), *La almohada muñeca* (1996). *El loro de la infancia y otros relatos* (Dirección Sectorial de Literatura del Conac/ Fundalea, 2005), *Mamá cuéntame un cuento que no tenga lobo y otros relatos* (Dirección Sectorial de Literatura del Conac/ Fundalea, 2005). Ha sido publicada en varias antologías a nivel nacional e internacional (*Poesía en el espejo: Estudio y antología de la poesía femenina venezolana* (J. Miranda, 1995). *Escritura y desafío: Narradoras venezolanas del siglo XX* (Caracas, Monte Ávila), Coedición de universidades norteamericanas, 1996. En la II, III IV y V *Antología Sensibilidades* (Alternativa Editorial. Madrid, Galicia, 2002, 2003, 2004 y 2005); y en Mizares: *Poemas quietos* (Barcelona, España, 2002). Textos poéticos de su autoría fueron grabados en el CD “Los ángeles también cantan”, editado por Casa del Poeta Peruano, Lima, 2006.

## CÁRCEL MUERTE PUZZLE

a Kimanuel Afrecho

*“Los pensamientos le asaltan enloquecidos,  
la cabeza no le alcanza para acomodar las  
imágenes que aparecen en vértigo. Unas y  
otras llegan mezclando la cuna con la cárcel.  
El seno materno le niega la leche, y un  
sodomita le daña la sangre”.*

CARMEN AMARALIS VEGA OLIVENCIA

Vi las fotos, ¡claro que las vi! Juro que sentí que era yo la desmembrada, picada en triángulos. Era mi sangre la que dio aviso a los vecinos, por debajo de la puerta. Soy todas las sangres, todos los vientres, soy ella, soy él. ¡Qué quieren que les diga, que no sean mis ojos los que refieran cada temblor, el corazón paralizado en respiros!

Y esa canción navaja, justamente ahora, haciéndose látigo sobre mi piel sensible, golpeándome el centro reproductor. Donde se engendra, enamorada, pedacitos alongados en matrices nuevas, para otras extensiones de carne tierna.

Quisiera echarle la culpa a los compañeros de la escuela, pero se me nubla la cabeza, no puedo rehilar coherentemente. No sé qué sucedió, en qué momento. En mi angustia digo y pienso sin saber las certezas: ¿qué pudo haber pasado, en qué instante de la sensatez se rompieron los cordones de la fortaleza natural de ser humano?

Cuando a Celina le pusieron preso a su hijo de 20 años en la manifestación, y vi como lo golpearon salvajemente los guardias que sonreían igual que los soldados romanos, arrastrándolo, con la misma risa sarcástica mientras le pateaban el estómago, pensé: un cristo más. Mi Alfredo tenía trece años y era rebonito, y se reía dulce, inocente, abracé fuerte a mi niño, lo apreté contra mi pecho, tanto, que se asustó... Sentí que era mejor inhumarlo que crucificado lento: recluso, con sudores por agua y chuzos por castigo... Sí, sepultarlo, ver las palas de tierra cayendo una a una sobre el féretro, que saberlo tras las rejas, con bestias, con inocentes y dañados... Saberlo violado, golpeado, escupido. Sobre todo, asustado por los volanderos de las celdas, o de los

bugy; masacrado por el camajaka, con chopo o chuzo. O los custodios, más grave todavía, con su quitipón de drogas y licores; “pan con queso” alucinante: marihuana con cocaína, en papel de pan. Obligado a camota, o batanero: todo el hacer y las satisfacciones... la cama, la cocina, la piedra: venderla, aspirarla, apetercerla. Secarse como sapo con sal, o cortar para ascender escalafones en la rueda de los miedos, y los códigos perfectos en disciplina gregaria.

Mientras lo amamantaba, con mis manos libres lo iba acariciando, jugaba con sus piecitos, los besaba.... ¿Qué pudo haberle faltado? Me alimenté bien en el embarazo, nunca dejé de tomar ácido fólico, es bueno para el cerebro, para que se vayan acomodando, en su puesto, cada neurona con sus dendritas y sus axones. Caminó a los nueve meses, hacía sus necesidades en la bacinilla desde muy pequeño sin que lo mandáramos. En el preescolar tenía buena destreza motora, hacía sus dibujos con alegría. Sí, era un niño feliz, amoroso, le gustaba pegarse a nosotros cuando regresaba de la escuela; a su papá y a mí, porque su papá le enseñó que así fuera varón la ternura era importante. Gustavo lo abrazaba, lo besaba. Eso de que a los varones no se debían acariciar no iba con nosotros. Leíamos con mucha atención las revistas sobre educación de niños en cada una de sus etapas. En una de ellas, cuando los niños se alteraban, aconsejaba que los abrazáramos desnudos, piel con piel, que eso los serenaba. Y así lo hacíamos, Gustavo se quitaba la camisa y lo abrazaba. En otra oportunidad lo pegaba desnudito a mi abdomen.

Veo los triángulos como puzzles de carne sin sangre ya, y me pregunto ¿qué mapas necesitó armar desde el cartabón, hacia dónde apuntarían los deltas? El resto de orejas, mejillas, muslos, antebrazos, espalda... dicen que fueron a parar a su estómago, que día a día era su alimento.

Intento ver el momento del deslave y no lo consigo, a no ser cuando terminando Bachillerato empezó a quedarse en el cuarto más horas de las que parecían normales. No le llamaba la atención salir, casi no tenía amigos, muy pocos. Hasta Gustavo y yo pensamos que a lo mejor nos saldría científico el muchacho, o libre pensador, o escritor; de esos que les gusta ensimismarse para organizar las profundas ideas que le irían llegando. Como era buen estudiante no pensamos que sería un

indicio de algo oscuro que había que atender. Ni siquiera nos pedía dinero, era agradecido con su mesada, siempre nos daba las gracias por lo que le dábamos cada comienzo de mes. Nunca se preocupó por zapatos o pantalón de marca, y esto nos hizo pensar que realmente era un muchacho serio ante la vida, maduro, que entendía la banalidad de esas cosas. No tuvimos que explicarle eso de ser compasivo con los que no tenían los mismos recursos que nosotros, que trabajábamos los dos. Es tan visual eso de tanta gente desempleada, en nuestro país petrolero que compra las deudas de otros países. Son tan numerosos los casos –nos decía– de personas, conocidas, que tienen tanto para dar y aportar, y no consiguen asidero donde sembrarse.

Se encerraba por horas en su habitación. Esto empezó, si mal no recuerdo, cuando tenía quince años. Si habría que buscar un cambio de conducta, ahí comenzó. Los dos sentimos, que era necesario respetar su intimidad; quizás tendría dificultades propias de la edad.

Probamos conversarle por separado, sobre sus cosas, pero decía que todo estaba bien. Todavía tenía esa dulzura de muchachito bueno y reflexivo. Nos decía que ya era un hombre, que no era bueno que lo pensáramos niño. Y tenía razón. A lo mejor era nuestro temor a que se cortara el cordón familiar él solo. Se graduó y empezó enseguida Contaduría en la universidad. Le atraían los números, tenía agilidad con las cuentas. Empezó a reunir para un auto usado; acontecimiento que cortó vertiginosamente el hilo umbilical con la familia. Las dos primeras noches lo esperábamos viendo películas, sin pegar un ojo; mejor dicho con los ojos abultados de llanto, porque aunque Gustavo hiciera esfuerzos para que no me diera cuenta, yo sabía que lloraba en silencio igual que yo, tragándonos las lágrimas por la nariz o por la boca, o hasta que se secaran en los trayectos. Ninguno de los dos levantaba las manos para enjugárnoslas. Siempre había una excusa creíble en su mirada: ¿cómo le íbamos a estar pidiendo cuentas a un muchacho ya adulto? Hasta pena nos daba, a lo mejor tenía novia y se quedaba con ella. Su mutismo fue aumentando, su presencia en casa era como “toque técnico”. Tal vez para enterarse de que aún estábamos ahí.

Cada día descubría un cambio en su físico, ojeras, delgadez cada vez más pronunciada, sobre todo la cara: se le hacían huecos en las mejillas. El cabello se le iba cayendo como si se lo arrancara de cuajo.

Intuía los esfuerzos sobrehumanos que hacía para aquietar sus manos, hiperquinéticas, necesitaba tocar cualquier superficie como si fuera un teclado. Tal vez era su hoja en blanco donde quería escribirnos algo que no supimos leer. Las piernas no las podía tener quietas, las bamboleaba, al principio de manera sutil, pero luego eran contorsiones de subidas y bajadas. Nunca tenía hambre, no le provocaban ni las frutas que tanto le gustaban. Empezó a quedarse más tiempo en casa, ya no salía como antes; como si no tuviera ya trabajo ni necesitara ir a la Facultad. Las crisis corporales se le fueron agudizando.

Ya no podíamos dudar, eran demasiados síntomas con que nos hablaba su cuerpo demacrado, su irritabilidad. ¿Cómo enfrentarnos a un hombre ya, al que le habíamos dado tanto amor y respeto? No fue fácil, nunca nos había dado más que alegrías. Pero tuvimos que indagarlo. Por supuesto que lo negó, sin mirarnos a los ojos, brotados, como a punto de salirse de las órbitas. Por momentos dudé si sería Sida, si habría contraído el virus. Nunca lo habíamos visto con novia, pensamos en lo reservado que era.

Tanto lo presionó Gustavo que confesó su dependencia. Cada día se le hacía más difícil sostenerla. Lo presionaban por las deudas que supuestamente iba contrayendo sin darse cuenta. Lloró, se volvió niño desvalido, pidió que lo ayudáramos. No sabía cómo pero la deuda llegó a 2000 dólares. No aceptaban nuestra moneda lo que complicó más el pago. Pensamos en denunciarlos, pero él nos dijo que eran peligrosos. Se trataba de una banda pulpo, con tentáculos casi invisibles. Vigilaban la casa, sabían de nuestras rutinas. Si éramos “indiscretos” habría tragedia; se lo habían advertido.

Lo que no nos podían impedir era que iniciáramos todo lo concerniente a la ayuda profesional. Y así lo hicimos, no sin antes abonar 1000 \$ a la cuenta pendiente, para bajar las tensiones. Gustavo fue con él, pero no permitieron que se les acercara, no pudo verles la cara. Alfredo regresó con los bolsillos llenos de la misma maldición. Le dijeron que aún seguía debiendo los 2000 \$. La rabia nos arropó como fuego, pero también lo fue el comprender que seguramente, mientras se limpiaba, la iba a necesitar. No quisimos contarles a los médicos, nos hubieran referido a la policía, y primero estaba salvar a nuestro muchacho, después, él solo se defendería no aceptando más drogas.



En la Clínica, estuvo varios meses, escuchaba sus gritos, veía los rictus desesperados, hasta que se fue calmando, aunque nunca volvió a ser el mismo, su introspección se ahondaba. Lo vieron dos psiquiatras. Nosotros también participamos de las terapias. Cuando lo regresamos a casa temblábamos ante la posibilidad de una recaída o de encontrarse con el pulpo de mil ojos y mil brazos. Una tarde hicimos la prueba lo mandamos a comprar unas revistas en el kiosco de periódicos, a sesenta metros de nuestra casa. Previamente Gustavo se había apostado detrás de un araguaney de muchas ramas, yo me quedé en el portal, a distancia. Lo vi yo, Mariana, y lo vio mi esposo: antes de llegar al kiosco ya tenía, lado a lado, a dos elementos bien vestidos, no eran malandros, no señor. Lo estaban presionando para que recibiera otros envoltorios. Gustavo se les abalanzó, no se pudo contener, los golpeó, les tiró patadas; así fue que salieron corriendo, se montaron en un auto viejo una cuadra más abajo. Y el muchacho empezó a temblar de nuevo, le volvió el pánico, la ansiedad por la droga y por el miedo; casi cuatro meses habían pasado, y seguían insistiendo. Nuestro error fue no buscar ayuda oficial. En realidad no teníamos suficiente fe.

Lo volvimos a internar, según nos dijeron había que repetir los tratamientos para fortalecerlo totalmente. Esta segunda vez lo vimos verdaderamente recuperado. De todas formas, yo dejé mi trabajo y me fui con él para la Costa, recorrimos los Cayos. La vida era bastante sana y el aire del mar parecía limpiarnos hasta los pensamientos más ahumados por los miedos. Allí estuvimos seis meses, hasta que dos eventos me hicieron regresar, uno de ellos fue que empecé a desmayarme. Me caía en cualquier parte... Leucemia, sí leucemia: las virutas de chocomaní que faltaban para el postre. Fulminantes las hemorragias, fulminantes los deterioros. Lo que me hizo feliz fue que mi Alfredo se enamoró, conoció a una muchacha caminando por la playa. Cuando pasaba lo miraba con insistencia. Él, aparentemente no la notaba, fui yo la que le insistí dándole por el costado con el empeine de mi pie, diciéndole: ¡Mira!, pasa viéndote. Se le achinaron los ojos. Hacía tanto tiempo que no le veía ese gesto de agrado en su cara. Se entusiasmó, lo sentí cuando levantó la cara a la vuelta de la muchacha. Ella volvió a detener su mirada en él. Tuve que decirle: ¡Ve, síguela, convérsale!

Para nueva desgracia, me hizo caso: la siguió. Esa fue la última vez que lo vi sano, repuesto, empezando a soñar con una vida distinta. Nadie sabía darme razón de ese muchacho con traje de baño verde con listas amarillas, hasta que bien lejos, la señora de las empanadas de cazón, me dijo que se montó en una Samurai con una muchacha bonita, la que llevaba un pareo violeta de florecitas azules, del mismo tono que la parte de arriba del traje de baño, que también era azul.

Hacía más de una hora, casi dos, que se había ido detrás de la caitira. Fui a poner la denuncia a los policías municipales. A ambos lados de la puerta de la Prefectura estaban dos hombres de lentes oscuros, cerrándome el paso con la mirada. Entendí lo que tenía que entender: si en la Capital no teníamos esperanza de ayuda, aquí seguramente serían menos las probabilidades. Llamé a Gustavo, dolorosamente tuve que darle la noticia. La mía no fui capaz. Ya se enterará, pensé, no es cosa de ocultarse mucho tiempo.

A los tres días lo dejaron cerca de la casa de playa, caminaba como ebrio trasnochado, dando tumbos. Los vecinos lo reconocieron y lo acompañaron hasta la entrada. Ya Gustavo estaba conmigo. Nos abrazó, volvió a llorar como aquella vez, avergonzado del sendero del que ya se había convencido que no podría salir aunque quisiera.

Lo regresamos a la rehabilitación, esta vez contamos a los médicos lo que había sucedido, decidimos no tener miedo: o ellos o nosotros. De todas formas esto no era vivir. Pusieron un vigilante frente a nuestra urbanización vestido de paisano, pero nunca vio nada fuera de lo normal, se fastidió y se fue; quedamos como si hubiésemos mentido. Yo, cada vez empeoraba, la vida se me iba con cada exhalación, como si nada había ya que inhalar. Mientras yo empeoraba, Alfredo iba mejorando, una fuerza nueva le fue llenando los pómulos. Me gustó, porque sentí que se podía defender solo, que no le haríamos falta. Nunca me imaginé que esa voluntad nueva era más para la muerte que para la vida. Jamás pensé que el deseo de vengar los instantes de intimidación, de ansiedad, de engaño, fueran tan columna de concreto, que le hiciera sobreponerse para dar el zarpazo de cierre de una vida desvivida en la única miseria irresoluta, la de unas neuronas quemadas, descarnadas de impulsos racionales.

Supé que la muchacha bonita lo llamó, que le pidió perdón. Le dijo que había sido engañada. Le pidieron que lo llevara hasta el comedero cerca de la piedra grande, detrás de los uveros. Nunca pensó que lo dejarían en esas condiciones. Tarde se dio cuenta de la candidez del muchacho, del niño que aún restaba en sus ojos, más allá de las ojeras. Demasiado tarde para acunarlo en su cuerpo. Lo buscó porque necesitaba un camino de expiación para su corazón, y no había otro más fácil que ofrecerle su cuerpo y el amor que estaba comenzando a sentir.

En la oscuridad abismal, de algún lugar de la mente, ya se habían echado a andar otros mecanismos que no tendrían vuelta atrás.

Lo demás... esos detalles minuciosos de sangre y hojilla de exacto, y triángulos perfectos, milimetrados... están en los diarios.

# CAROLINA LOZADA

camila\_lz@yahoo.com

Nació en Valera, estado Trujillo, Venezuela, 1974. Narradora, Guionista, Licenciada en Letras, mención Lengua y Literatura Hispanoamericana y Venezolana (Universidad de Los Andes, Mérida). Ha realizado trabajos de investigación literaria para la Universidad de los Andes. Ha sido correctora de estilo en diarios regionales. Ha participado de talleres de narrativa del CELARG, impartido por el profesor Luis Barrera Linares, y del Grupo Escribas. Actualmente se dedica a escribir guiones para cortometrajes. Dos de sus relatos están siendo adaptados para cortometrajes. Ganadora del I Certamen de Relatos Breves “El País Literario” (Madrid, 2005), con el relato *Viejo bar, viejo tango*. Premio Municipal de Narrativa “Oswaldo Trejo” (Mérida, 2006) por el libro de relatos *Memorias de Azotea*. Su libro *Historias de Mujeres y Ciudades* obtuvo la Mención publicación en el I Concurso de Narrativa “Salvador Garmendia” patrocinado por la Casa Nacional de las Letras “Andrés Bello” (Caracas, 2006), y la Mención de Honor en el II Certamen de Narrativa “Antonio Márquez Salas” de la Asociación de Escritores de Mérida-Venezuela (2005).

**OBRA LITERARIA:** El cuento *Viejo bar, viejo tango*, fue publicado junto al resto de los finalistas del I Certamen de Relato Breve “El País Literario”, en el libro *Novísimos* (Editorial Letras Libres, Madrid, 2006). *Historias de Mujeres y Ciudades*, está en proceso de publicación por la Casa de Bello. *Memorias de Azotea*, está en proceso de publicación por el Instituto Merideño de Cultura. Sus relatos han sido publicados en Antologías, revistas nacionales, periódicos y páginas web como en [www.elpaisliterario.com](http://www.elpaisliterario.com), [www.ficcionbreve.org](http://www.ficcionbreve.org) [www.letralia.com](http://www.letralia.com)

## CABELLOS DE LIBÉLULAS

Una mujer de piernas, de cabeza, de espaldas, de corazón. Una mujer de sombrero, de intuiciones, de sonrisas, camina por la calle, por la vida, por mis noches tejidas. Una mujer me espía desde el árbol, desde el balcón, desde la persiana a medio cerrar. Yo finjo no verla para permitir que me vigile mientras pienso en ella, en su talle, en su incomformidad, en su cabellera rota y en su corazón remendado. Ella observa atenta mis pasos, mi botella a medio vaciar, mi espalda recostada a la pared y mi mirada perdida en la nebulosa dormida.

Yo voy al baño, para permitir que ella se arregle el vestido que ha arrugado en su incomoda posición de espía, para dejar que retoque el carmín de su sonrisa y suelte las libélulas nocturnas que se han agolpa-

do en su cabellera. Al cerrar mi cremallera oigo sus pasos ahogados en la sala de espera, y siento el olor de sus axilas lampiñas despedirse de sus soledades aéreas. Al volver a la sala, ella se esconde tras la cortina de flores azules y estrellas enojadas. Yo recojo del aire sus libélulas incandescentes mientras ella descuida la punta de sus zapatos tejidos que se asoman altaneros y caprichosos desde la cortina corrida por el vuelo de las estrellas enojadas. Sola y desarmada, sin telón que cubra sus habitaciones, clósets y gavetas, la mujer me mira desde su posición descubierta, yo me acerco y observo su rostro de laberintos y rayuelas. Ella me ve con sus ojos de luna eclipsada. Inmediatamente comprendo que me es imposible no ofrecerle una sonrisa de rehén enamorado de su captora. Ella cierra los ojos, suspira y levanta la cabeza, ofreciéndome el espectáculo de su rostro desenmascarado. Yo miro más allá de su rostro, su cuerpo, especialmente su cuerpo telúrico, colmado de volcanes y erupciones a punto de estallar en un gran vómito de mariposas embriagadas. Miro los senos que se esconden detrás de su vestido dulce y oscuro, husmeo los recovecos de sus caderas y piernas que se ofrecen velados por la tela celosa plegada sobre su piel, negándome la transparencia del desnudo. Al acercarme noto que gime como gata de jazmín, al tomar su cintura las libélulas comienzan a irrumpir por el balcón y reventar en colores la noche. Ella abre los ojos y sonríe mientras que desde su cabellera surgen libélulas floridas y estaciones vencidas que enceguecen momentáneamente mi mirada sobre sus labios. Tumbados sobre el sofá, en el centro de la sala, en mitad de silencio, en medio del revuelo de los insectos, nos acariciamos y entregamos al viejo juego de los amantes, justo en el centro, como en una especie de ritual mágico, en el centro de mi casa, en el centro de la sala, en el centro de su cuerpo.

Afuera se oyen ruidos de aquelarre, las brujas acostumbran reunirse a orillas del río para danzar, embriagarse y conjurar corazones. Suelo oírlas desde mi balcón y a veces he llegado a intuir el sabor de su piel bajo la luna trasnochada. Esta noche cuando tengo entre mis brazos a la mujer cabellos de libélulas, el aquelarre ha sido más violento y escandaloso y al levantarme con la intención de cerrar la ventana del balcón, un millón de insectos floridos y risas hechizadas irrumpen, haciéndome perder el equilibrio. Todas revolotean alrededor de mi niña

dormida, cuando trato de levantarme para echarlas de mi casa y de su cuerpo, la veo pararse desnuda y sonriente para escapar con sus piernas y cabellos de libélulas hacia el río, a reunirse con sus compañeras, en el aquelarre molesto por su ausencia.

Ella escapa con sus pies descalzos y sus senos silvestres, perseguida por la nube de luces, dejándome la casa oscura y silente. Entretanto me siento en el balcón, despechado, a oír las reírse de mí, de los hombres, de sus falos, de sus leyes. Ahora recuerdo que ella dejó su vestido y zapatos tejidos, al ir a buscarlos descubro que se lo han comido las polillas, igual como se están comiendo, en este momento, mi corazón.

## LOS PEZONES DE ALICIA

*Soy el soldado de tu lado malvado*

A. CALAMARO

Los pezones de Alicia son como dos medallones chilenos, grandes y oscuros. Ella sabe que me matan sus pezones, por eso cuando voy a buscarla, baja corriendo las escaleras con una diminuta blusa color rosa sin sostenes que retengan esas delicias del Pacífico. Yo la veo bajar y observo como se mueven sus frutas marinas. La tomo entre mis brazos y trato de aferrarme lo más posible a su pecho henchido. Ella lo disfruta al principio, pero luego me pide que la suelte un poco, que le estoy cortando la respiración. Si Alicia supiera que eso es lo que quiero, ahogarle la respiración con mi abrazo y mis besos infinitos y mortales.

Salimos, es sábado y esta noche vamos a bailar en la discoteca frente al mar. Haremos el amor y yo comeré sus medallones chilenos. En la discoteca Alicia baila y su cuerpo se vuelve liviano como la espuma, sus espeluznantes caderas tropiezan con mi miembro, su respiración jadeante me enloquece en medio del baile. Le tomo los senos y se los acaricio violentamente, hasta que se los lastimo. Ella molesta, me aparta y sale de la pista de baile, yo la sigo con desesperación, y le pido disculpas. Con mimos y palabras bonitas logro calmarla y la convengo de ir a la orilla de la playa. Llegados hasta ese lugar, observados por los ojos acuáticos, nos besamos y arrastramos por la arena. Le desnudo

los senos y sus pezones surgen como ojos que me observan desde sus pechos y logran atrapar toda mi atención, olvidándome de quitarle su falda y bragas. Sus pezones me atrapan de tal manera, que no me interesa desnudarle su jadeante sexo de vellos petroleros. Sólo me interesa mirar y lamer ese par de medallones que se me ofrecen como animales mitológicos y salvajes.

Alicia comienza a incomodarse por mi desatención hacia su parte de abajo, que implora llorosa por mi lengua y mi falo. Pero, tanto Alicia como su parte de abajo no entienden que soy prisionero de sus pezones, que no soy más que un miserable esclavo de ese par de lunas oscuras que como imanes atraen mi mirada y mis manos. Y lo que en principio fue el placer mórbido de la mirada por ver ese par de estrellas sonrosadas sobre sus pechos galopantes, se convirtió en una fijación enfermiza que no me dejaba disfrutar el resto de su cuerpo, y pronto entendí que debía eliminarlos. Y antes que ellos leyeran mis pensamientos, me di a la tarea de lamerlos y endulzarlos y al hacerlo sentía como respiraban gozosos y al mismo tiempo percibía el calor rabioso de su despechada entrepierna que intentaba morder mi falo ante mi indiferencia por esa zona de volcanes y maremotos.

Luego de los besos y lametazos, cuando los pezones embrujadores estaban más acaramelados, lancé mi primera estocada, un gran mordisco, cuyo dolor hizo gritar a Alicia, pero como ya todo estaba previsto, le había tapado la boca. Luego vino el otro mordisco a ambas puntillas y pronto unas leves líneas de sangre como sonrisas comenzaron a surgir de sus malignos pezones. Al ver la sangre, supe que tenía que acabar rápido el trabajo, así que comencé a morder atropellada e insistentemente, hasta que las finas líneas escarlatas se convirtieron en gruesos borbotones de sangre oscurecida, mientras que las mejillas de Alicia iban perdiendo color y vida y sus gritos se fueron apagando, a tal punto que al final no eran más que leves gemidos de gata moribunda. Los pezones fueron cediendo ante la insistente mordida y cayeron uno a uno en mis manos que los recogieron y lanzaron al mar, esperando que algún día llegaran al Pacífico, de donde seguramente, habían salido.

De repente el cuerpo de Alicia dejó de moverse y quejarse y un frío arropó toda su piel que hasta hace minutos era fuego. Me levanté

y emprendí mi camino, ya pronto amanecería y no es mi estilo andar por la calle con luz de día.

## **VIEJO BAR, VIEJO TANGO**

Sentada en la misma mesa de siempre, con sus manchados dientes de fumadora, el labial regado por la torpeza de una mano temblorosa de alcohol, sus escasos cabellos y sus piernas secas y adoloridas, Estefanía es la añejada Madame que se niega a jubilarse, pues dejar la noche y el bar, sería la muerte súbita para esta vieja hechicera del pasado. Buenas noches Estefanía, le saludan con venia incluida, los viejos clientes del bar. Hombres que se acercan a la barra con sus pies cansados y sus miembros es reposo. Estefanía les responde el saludo con una pincelada de sonrisa, aprendida en las calles francesas de carmín y charol. La esquina fugitiva es el nombre que algún poeta ebrio le puso al lugar, sustituyendo el original, Tasca y Restaurante familiar Los pasos del olvido, nombre que hasta el dueño ha olvidado entre sus achaques de una próstata adolorida y una vesícula a punto de estallar. Lo de familiar nunca existió. Las únicas familias allí reunidas, han sido siempre las cofradías de fracasados que noche tras noche se sientan en el único lugar que les pertenece. Corazones derrotados, empleados cansados, jubilados de pensión, poetas de profesión y mujeres desengaños, pasan las noches tragando sus penas amarillas y cebadas, en un ambiente cuya tranquilidad sólo fue alterada una vez, cuando Mauricio, el hombre taciturno que bebía todos los días sentado en la barra, confesó repentinamente un crimen. Había sido él quien asesinó a la monja del Colegio Santísima Trinidad. Declaro haberlo hecho, al no soportar la atracción irresistible de su hábito incómunemente blanco. Hablaba sosegado, con esa voz apagada y sin brillo que le caracterizaba, mientras quienes le oían no podían ocultar su asombro y perturbación. Mauricio bebía la cerveza e iba contando el crimen, desde su planificación, pasando por los escabrosos detalles de la violación y el asesinato hasta las coartadas de las que se valió para no aparecer siquiera como sospechoso. La confesión de Mauricio en la Delegación policial de haber escondido el hábito de la monja detrás de la colección de botellas exis-



tente en el pasillo que conduce al baño del bar, hizo de La esquina fugitiva el centro de atención ante los constantes allanamientos policiales. Para satisfacción de las viejas timoratas vecinas del lugar, el bar fue cerrado durante un tiempo, mientras Sergio, el viejo español dueño del establecimiento, fue llamado a declarar, los mismos que sus clientes habituales. Estefanía que odiaba salir de casa con luz de día, fue a declarar un martes por la mañana. Y mientras hacía el recorrido que la llevaría a la Delegación, iba pensando en voz alta ¡qué maricón el Mauricio!, es que yo siempre lo he dicho la falta de sexo vuelve loca a la gente. Y claro, toda esa esperma concentrada desde hace tanto tiempo, se le fue a la cabeza. Viene esta monja y se le atraviesa en el camino a este loco y izas! Coño, pero habiendo tantas putas y pa' puta yo, pero ni en pedo me hubiese acostado con ese loco. En estas reflexiones se entretenía Estefanía, ante la mirada curiosa de los transeúntes, quienes las veían pasar con su andar de boulevard francés del siglo XIX, su llamativo vestido sacado de un clóset de cabaret y su maquillaje corrido de muñeca vieja. Marcel, el hombre que llevaba más de veinte años mojando su lengua en estampillas, debió pedir permiso a la oficina del correo para ir a presentarse. Miguel el eterno estudiante de Humanidades quien nunca llegó a graduarse, pero al que todos conocían como el Licenciado, se vio obligado en levantarse esa mañana, costumbre que le parecía soez en sí misma. Dejar la cama tan tempranito porque a un maldito loco se le ocurrió enamorarse de una monja.. A Lorena, la única jovencita que frecuentaba el sitio, tuvieron que ir a buscarla para que declarase, pues ella prefería quedarse encerrada en su habitación, fumándose todos los porros de marihuana que al mismísimo Bob Marley hubiesen escandalizado. A Alberto, el incansable y solitario conversador, tuvieron que echarlo de la Delegación, pues luego de sus declaraciones, constantemente salpicadas de anécdotas, quería seguir conversando y tomando café. Tras semanas de allanamientos, declaraciones y protestas vecinales, fuera los satánicos, cierren las puertas del infierno, y un baño de agua bendita del que fueron víctimas Lorena y Estefanía al acercarse al bar, las desvencijadas puertas de La esquina fugitiva se abrieron nuevamente, sin aspavientos ni grandes estruendos. Sólo la voz de Sabina saliendo como el genio de una lámpara mágica del viejo equipo de sonido, que el anacrónico Sergio se negaba a

cambiar por uno nuevo, como se lo proponía Lorena con sus labios adolescentes y su razonar de vieja prematura. La policía se encargó de romper el muro de botellas buscando evidencias. Se encargó, sin saberlo, de hacer el trabajo durante tanto tiempo encomendado por Antonia, la esposa de Sergio, que en paz descanse. ¡Ay Antonia, por fin cumplieron tu último deseo y ya no estás para verlo realizado! El pasillo libre de esas botellas de porquería, como tú le llamabas, pero ¡Ay Antonia, ese muro de botellas vacías era un libro de historia para mí. El libro de la historia de este bar, de este lugar que es mi vida!, ¡Ay Antonia, ya no estás más a mi lado corazón! Ya no estás más a mi lado corazón, así es Sergio, siempre termina sus soliloquios con frases robadas de algún bolero, un tango, una ranchera. Gardel con su peinado impecable y la sonrisa robada de las aguas del Narciso, alzado en su trono, arriba del equipo de sonido, observa a Sergio, mientras éste limpia la barra con ese paño viejo y oscuro, con su espalda doblada, con la boina negra, con los poemas de Lorca y el no pasarán republicano en el corazón. Veinte años no son nada dice el Dios del tango, a veinte años de prisión condenaron a Mauricio, quien al oír las palabras del juez ¿cómo se declara?, respondió: Culpable, culpable de haber arrancado la más dulce de las sonrisas a ella, a esa linda monja cuando le hacía el amor. Dos de la madrugada, afuera sólo se oyen los pasos de la noche, hora de cerrar. Estefanía como buen soldado, es siempre la última en retirarse. Y mientras Sergio se aproxima a su mesa para despedirla, ella le sonrío e insiste junto a Sabina Cántame una canción al oído y te pongo cubata. Anda Estefanía, ya vamos a cerrar, le dice el hombre, acostumbrado al corazón y las canciones de la vieja muñeca rusa. Ella continúa sonriente, negándose a salir, Y nos dieron las diez, y las once, las doce y la una y las dos y las tres y desnudos al anochecer nos encontró la luna. Sergio le sigue el juego, tomándola de la mano, como a una dama de la nobleza, como lo que era, una noble dama. Delicada y teatralmente siguen cantando Con una condición, que me dejes abierto el balcón de tus ojos de gata. Una vez en la puerta, ambos se miran y cantan junto a Sabina Nos dijimos adiós, ¡ojalá que volvamos a vernos! Sergio se queda en la puerta, esperando que el vestido de Estefanía se pierda con los pasos de la luna. Al cerrar la puerta comienza a recoger los vasos vacíos, tirar las colillas de los cigarrillos, algunas manchadas

de carmín, otras secas, tristes, sin color. Se dedica a limpiar las mesas cuyos toscos y gastados vidrios están inscritos de historias trasnochadas y sin importancia. Culminada la tarea habitual se sienta y mientras ve el retrato de Gardel conversa con él y con Antonia, entre tanto, Sabina no para de cantar y fumar Canta la canción de las noches perdidas, quema como el gas azul de los mecheros, sirve para echar vinagre en las heridas, miente como mienten todos los boleros. ¡Ay Sabina, cómo duele el cuerpo sin amor!, dice Sergio en su acostumbrado soliloquio de madrugada, cuando oye unas piedritas pegar contra la ventana y luego una voz femenina gritar Sergio, ¿cuándo será el día que me quieras? Al asomarse por la ventana ve los pasos de Estefanía, seguidos por la soledad y el desconsuelo.

# JOSÉ LUIS LUGO AÑEZ

manati@cantv.net

Nació en Maracaibo, Zulia, Venezuela, 1957. Escritor, actor, cuentacuentos, museólogo y profesor de inglés, egresado del Instituto Pedagógico de Barquisimeto. Magíster en Docencia para Educación Superior y Magíster en Museología. Su tesis, “Centro de Interpretación Ambiental como anexo a un museo”, fue referida al Museo de Arte de Borjón “Martín Añez”. Ha ejercido, además de la docencia, cargos administrativos en diferentes institutos educativos de Barquisimeto, Maracaibo y Nirgua. Se desempeñó como Gerente de Educación en el Museo “Alejandro Otero”, de la Rinconada (Caracas). Actualmente es profesor de inglés y de teatro en el Centro Educativo de la Asociación de Profesores de la UCV (CEAPUCV), y en la Escuela de Bibliotecología y Archivología (Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela); en áreas de Lengua y Museología. Realizó estudios teatrales en el IP de Barquisimeto, trabajó como docente de Artes Escénicas en varias instituciones educativas del Estado Yaracuy. Es directivo y actor del Taller de Teatro “Manatí” de Caracas, desde 1997, donde ha realizado los montajes: “Vagabundo Vagamundo, Opus 45 de los Músicos de Bremen”, de Luiz Carlos Neves/ Dirección José G. Cabello. “Los Globos del Celeste Imperio”, dirección José León, “Voces en el parque” de Anthony Browne. “Mago, Brujo y Pirata”, de José G. Cabello. Participó en el espectáculo “Monólogos”, bajo la dirección de Matilda Corral. Trabajó en los montajes de Narración Oral: “Piracuentos”, “Luna Lunera”, “Cuentos sueltos”, “Don Quijote y Don Sancho”. Participa en el espectáculo “El Cantar de los Cantares”, de Salomón. En 2004 estrena su espectáculo “Reverón”, en La Galería de Arte Nacional. Desde esa fecha recorre diversos lugares de Venezuela y las Islas Canarias. Es nominado al Premio TIN 2004, como mejor actor. En el 2006 obtiene el Premio “Mejor Espectáculo”, en el Off Art Festival en Margarita, estado Nueva Esparta, Venezuela. Fue invitado a participar en el Primer Festival Internacional de Monólogos (Caracas septiembre 2005). Para la celebración del Día del Artista Plástico, se presentó en la Plaza Bolívar de Caracas, para dar inicio al Taller Internacional de Arte realizado por el Instituto de las Artes, de la Imagen y el Espacio, IAIME. Fue Ganador del II Concurso de Cuentos del Diario *La Mañana*, con el cuento “*Mi madre, Gertru y Yo*” (Coro, estado Falcón, Venezuela, 1990). Ha escrito y adaptado varias obras de teatro para público infantil y juvenil.

OBRA LITERARIA: Tiene publicado el libro *Cuentos Añejos* (Caracas, Venezuela, Edición artesanal, ISBN 980-07-3457-0, 1996). Inédito: *Otros Cuentos Añejos*. Textos de su autoría han sido publicados en la *Revista Imagen* (Caracas, 2005 y 2006).

## COROMOTO, CORAZÓN DE PIEDRA

*“Posiblemente la única manera de que las mujeres (escuchen) es si les (susurra) al oído”*

ISABEL ALLENDE EN AFRODITA

Cuando la niña nació, por mucho que la nalguearon, no botó ni una lágrima. Y es que en el momento en que la concibieron, la luna estaba envuelta por la bruma y el corazón de los padres, entristecido por el peso de la culpa. Un hogar con hijos de más que mantener, siempre tiene una sombra que lo cubre. Por esa razón, en la casa se acostumbraron a que Coromoto tuviera siempre el mismo semblante, tanto, si le hacían caricias, como, si la reprendían por no querer comerse la comida servida. Su niñez transcurrió sin sobresaltos. Nunca hubo mayores mimos y regularmente se limpiaba la mejilla con el reverso de la mano si alguna visita, que no la conociera, llegara a estamparle un beso pegotosamente rojo de lápiz labial. Sus extrañas manifestaciones se evidenciaron el día de su primer cumpleaños. Un fotógrafo de cámara instantánea había llegado al pueblo, después que un autobús repleto de gente se había desbarrancado en las tierras adyacentes a la población donde hacía un año Coromoto había venido al mundo sin dejar evidencia sonora del hecho. El esquelético hombre recogió sus equipos y comenzó a caminar, dejando al grupo de adoloridos pasajeros esperando el próximo vehículo que los llevaría a su destino. Entró por una calle pavimentada con el especial color ocre que deja el polvo del tiempo. No fue difícil conseguir la casa donde se celebraba el cumpleaños: era la única que tenía las puertas abiertas con los techos adornados por cadenetas del papel desteñido por el sol. Además, era allí donde se desafinaba sin compasión la melodía del “cumpleaños feliz, te deseamos a ti”. Tocó con fuerza la puerta abierta de madera de cardón y siguió adelante por el corredor de la casona:

—“¿Quién es el dichoso cumpleañosero?”—dijo— adornando las palabras con la sonrisa más sincera que pudo fabricar con el poco pellejo que le quedaba en la cara.

—“¡Mi hija Coromoto que cumple un añito!” —dijo el padre orgulloso— saliendo de entre la multitud de mujeres sonrojadas ante la presencia del extraño.

—“¡Pues, vamos a hacerle su foto!” —aspaventó— y se puso a sacar los implementos de su mochila de cuero. En la mesa, adornada con un mantel de plástico clavado en las puntas para que el viento no se lo llevara, había una enorme torta de tres pisos que chorreaba un nevado de claras de huevo. Alrededor, vasos con tizana sin muchas frutas que digamos y bandejas con pan de horno y paledonias que se habían horneado en el fogón de piedra que estaba en el patio. Pellizcó con disimulo uno de los panecitos y se acomodó para sacar la fotografía. Hizo fotos de grupos, donde todas las mujeres posaron de medio lado para dar una apariencia más chata a lo aguileño de las narices. Luego, anunció que haría las fotos individuales de Coromoto. Los invitados se plegaron a las paredes tratando de escurrirse para no dañar el trabajo del profesional. El huesudo se acercó a la niña que lucía un enorme lazo en la cabeza y tan pronto le rozó la cara con sus dedos deformados, ésta comenzó a ponerse rígida y a voltear los ojos, sin emitir un sólo sonido. Los gritos de todos los demás llenaron la calle solitaria. Las mujeres cayeron de rodillas rogando con “*Avemarías llenas de gracia*”, los hombres se abalanzaron sobre el infortunado forastero: “*Le echó un mal de ojo a la pobre criatura*”. Habría terminado muerto, si Coromoto no hubiera pronunciado sus primeras palabras tan claramente: “*Déjenlo, mejor es el pobre que camina en integridad, que el hombre perverso de labios*”. Desde ese momento nadie puso en duda la honradez de aquel personaje y las fotografías del cumpleaños atiborraron álbumes hechos a mano y cocidos con hilos de cocuiza. Lo ocurrido con Coromoto jamás se volvió a mencionar, aunque todos intuían que algún insólito suceso acarrearía esta muchacha taciturna. ¿Sería alguna especie de bruja o una bendita iluminada?

Además de su mutismo y su incapacidad de llorar, ninguna otra evidencia sucedió en su niñez. Siguió celebrando cumpleaños, seguía mirando a la pared por horas y cumplió con sus labores escolares sin mayores ademanes. Fue en su preadolescencia que volvieron los tormentos. Estaba bañándose en un estanque cercano a la casa. Siempre se bañaba vestida, por pudor y por costumbre. De pronto, sintió un pinchazo en el vientre y una ola de calor hizo que el agua de la represa comenzará a burbujear. Un enorme círculo de sangre la rodeó. Como pudo salió del agua y durante tres días estuvo desangrándose, ante el

asombro de las mujeres... los hombres poco entendían de esas cosas, así que la gravedad de la jovencita fue tratada como una simple histeria ante la inminencia de convertirse en mujer. Al final de los días, Coromoto se levantó siendo otra persona. Tenía el cabello largo hasta la cintura, de un color rojizo fuego, el busto se le había hinchado y la cintura era dos curvas guitarrescas, locas por salirse de sus anchos vestidos. El rostro dejó la mueca invariable de años y los labios recrecidos dibujaban, ahora, una especie de sonrisa. Entre las piernas su piel era de satén y el olor a canela y clavos que de allí emanaba aturdió los sentidos. Casi instantáneamente la gente olvidó a la muchachita repelente y recibió con agrado a la nueva criatura que se había formado en tres inusitados días. Al llegar la celebración del Santo Patrono, todas las muchachas se vistieron con sus mejores galas y, por supuesto, Coromoto sobresalía entre las otras. A la hora de la misa se sentaron juntas. Tan pronto el anciano párroco salió al púlpito, una punzada en el pecho le quitó la respiración a Coromoto. Era el reflejo de una enorme tristeza. Sabía que no era un dolor físico, era un padecimiento del alma. Intentó disimular, pero, su angustia era cada vez más agobiante. Las amigas abrieron los abanicos y comenzaron a soplar ventolinas en la cara. Su padre tuvo que sacarla en vilo tras los comentarios de los feligreses. Después de calmados, se olvidaron del mal de la muchacha, al escuchar la noticia del señor cura: *“Acabo de enterarme, por este telegrama, que hace un mes mi madre falleció en la ciudad de Madrid, España”* y soltó el llanto... el mismo llanto que Coromoto reventaba en el interior de su cuarto. Al principio no fue fácil para la muchacha reconocer a quien pertenecían los sentimientos y emociones que afloraban sin aviso. Después, sin embargo, fue afinando los sentidos y con certeza sabía quién podía estar sintiendo qué. Un día amaneció eufórica, canturreando y se metió en la bañera de peltre por horas hasta que el agua se volvió un elixir aromático. La Chona, vieja sirvienta de la casa, guardó frasquitos de ese líquido que después vendió como remedios de casa en casa. Otra vez degustó, con la boca vacía, platos succulentos de carne adobada, licores que en su vida había probado y comió frutas traídas de lugares muy lejanos. Supo después que había experimentado el amor que por vez primera su prima Margarita disfrutaba y que había deleitado su paladar con el banquete que a escondidas había

dado el candidato a Jefe civil en el único bar de aquel poblado. Sufrió a gritos el parto de Ruperta; quedó sin habla después que los muertos espantaron a su tío Colacho; cojeó por días luego que un chivo corneó a su sobrina y entró en catarsis cuando Filomena, la mujer más anciana, murió por fin, luego de años de delirio... La gente comentaba y muchos empezaron a flagelarse para ver si Coromoto los sentía o se desbandaban en sus aberraciones para que la muchacha se gozara tanto como ellos. Era imposible vivir en paz, pues, las ofuscaciones que sufría eran cada vez más seguidas.

“Esa niña está embrujada” –decía la gente.

Así que frente a la casa de Coromoto, las beatas se postraron a rezar con la esperanza de exorcizarla. Trece días con sus noches hasta que por agotamiento, Coromoto salió desnuda, aullando los goces, sobresaltos y sufrimientos de la gente. Caminó en calma. Un paso tras el otro. Se dirigió al río. Allí, alzó los brazos como en plegaria, y el grito que salió de su garganta paralizó hasta los perros. El hermoso cuerpo se desdibujó, quedando apenas osamenta y piel. Así regresó al día siguiente, convertida en una anciana. Coromoto, corazón de piedra, ahora hace muñecas y canta canciones en noches de luna llena

## **LA CONSENTIDA**

El único autobús que prestaba servicio de transporte urbano era un viejo armatoste de 42 puestos que su dueño mantenía en condiciones deplorables. Salía cada día a la capital en un convulsionado viaje que podría durar hasta tres horas. El ronroneo y las sacudidas se combinaban con el parloteo de los viajeros que por nada del mundo dejarían de conversar durante la travesía. Muchos llegaban horas antes de la salida para adjudicarse el mejor puesto y comenzar la charla sin el ruido y los vaivenes del desvencijado vehículo. Aquella mañana el primero en aparecer fue Don Manuel, el boticario, un viejo mañoso obsesionado por la higiene. Tenía una teoría que quería presentar ante un consejo médico de la capital. Sostenía que todas las enfermedades de los seres humanos se debían a que las personas se acostumbraban a tragarse sus propias impurezas. “Si el cuerpo tiene como eliminarlas, deja salir tus



inmundicias”, era el título del manuscrito que llevaba y que soñaba se convirtiera en el próximo best seller de los libros de autoayuda. Apareció justo Antonio que iba con su hijo mayor al mercado para hacer las compras que surtirían el abasto que tenía frente a su casa, único sustento para una familia de seis hijos. Al rato llegó Misia Lorenza con una de sus hijas. Saludo con un gesto de reproche a Don Manuel para recordarle que gracias a él, su pobre niña adolescente llevaba una erupción feroz en sus partes. La desnutrida muchacha lloraba en silencio puesto que la madre le había amarrado las manos para evitar que se rascara en público. Cuando la maestra Hilda se asomó a lo lejos con sus ocho alumnos, el chofer de “La consentida” abrió las puertas para que comenzaran a acomodarse. La maestra llevaba un número de baile folklórico a una competencia escolar. Así que los muchachos venían ocultos entre faraloes y flecos multicolores. El grupo venía asesorado por Domenico, el conocido sastre italiano que se hacía llamar “*il disegnadore*”, aunque para molestarlo los hombres del pueblo lo llamaban “*il maricone*”. Se fueron ubicando entre los deshinchados asientos: Don Manuel y Antonio. El hijo mayor detrás de Misia Lorenza y su atormentada hija. Las cuatro parejas de bailarines juntos y la maestra Hilda con Domenico para echar las últimas puntadas a una falda sin terminar.

Don Manuel comenzó su disertación sobre las impurezas del cuerpo, acompañando el discurso con una sonora ventosidad:

—Disculpe usted Antonio, son gases y hay que dejarlos salir —dijo más a manera de explicación que de disculpa.

Misia Lorenza accedió a las súplicas de su hija y tan pronto le soltó las manos, ésta emprendió tan tormentoso asalto contra su pelvis que la madre tuvo que manotearla y amenazarla con las ataduras de nuevo si no se controlaba. Casi nadie advirtió la llegada de las religiosas que se sentaron en los primeros cuatro puestos y tomaron sus rosario para evitar que alguien las incluyera en sus conversaciones. Después fue casi incontrolable la llegada de los pasajeros. El chofer encendió el autobús que comenzó a contorsionarse y lanzar disparos carburados. Las religiosas se persignaron, el boticario volvió a flatularse y Domenico lanzó un grito agudo porque se pinchó un dedo ante tanto movimiento. Entró Luis, un joven agricultor que llevaba un enorme melón para

ser fotografiado en el periódico capitalino por haber ganado el primer lugar en la competencia “El súper melón del año”. Entró Fulgencio con su nieto que se iba a alistar en el ejército. Paquita con sus nueve muchachonas que iban a la revisión médica de cada mes. Venían con los zapatos empolvados porque “La casona” quedaba en las afueras del poblado. Era tal el alboroto que las cuatro monjas simulaban dormir, la hija de Misia Lorenza se flagelaba de tal modo que el hijo de Antonio y Luis se pusieron el melón en las piernas y comenzaron a hacer lo suyo mirando por la rendija del asiento, acompañados por lo gemidos de la muchacha. Doménico sangraba por ambas manos, los bailarines se estrujaban entre los faldones, importando poco qué y a quién tocaban. Don Manuel ya iba por expectoraciones y eructos y Antonio, convencido de las nuevas teorías escuchadas, lo acompañaba con entusiasmo. Las chicas de Paquita ya iban por lo suyo, cuando “La Consentida” dio un estruendo y se apagó dejando envuelta en humo a la sorprendida congregación:

–Señores, hasta aquí llegamos... se rompió el carburador, fue la sentencia del chofer.

Todos comenzaron a bajarse sin protestar, acomodándose para no evidenciar sus vergüenzas. Cada uno fue agarrando su camino, con la esperanza de volver al día siguiente para emprender de nuevo el viaje.

# MARIANA LLANO

geomochik@yahoo.es

Seudónimo literario de Geovana Rosa Yaipén Rodríguez, nació en Chiclayo, Perú, 1959. Vive en Barcelona, España, desde hace varios años. Es miembro de diversas instituciones de Perú: Centro de Desarrollo Cultural para el joven y la mujer (Cedes) “Umbral”. Directora-Fundadora el 19 de septiembre de 1989. Asociación Peruana De Literatura Infantil Y Juvenil (APLIJ), miembro activo de la Asociación de comunidades negras del Perú. En España: Miembra fundadora de la Asociación cultural “Manuel Scorza”, y de la Asociación “Nuevos colectivos”. Ha organizado diversos eventos en Perú entre los que destacan: I Encuentro departamental de escritores, Concurso Literario “Umbral”, I Congreso Internacional de Escritores, Chiclayo 96. En 1989 fundó en Chiclayo-Perú el taller de creación literaria “Umbral, hoy “Cedes Umbral”. Ha dictado diversos talleres de artes manuales y literatura. Premios obtenidos: Premio “Morera sombría”, en el marco de los IV Premios de poesía “Ciutat de Badalona”, otorgado por el Colectivo poético “Crisalide” y la revista “Alhora”, de la ciudad de Badalona, Barcelona 2001. [www.marianallano.com](http://www.marianallano.com)

**OBRA LITERARIA:** Poemarios: *Abiertos mis rosales* (1988), *Es la hora de soñar* (para niños, 1989), *Ser mujer* (1991), *Todo el fuego* (1991), *Cunrrundelas y otros poemas* (para niños, 1992), *Lucero* (canción grabada por el Grupo Contrastes), *La color* (poesía negra, 1994), *Mester de hechicería* (erótico, 1994), *Pk2* (1995), *Marimba, carimba, icarambai* (poesía negra, 1996), *Aires de colibrí* (1999). Narrativa: *El otro infierno* (1995), *La noche de puse pupuche* (1998) y *Siete y un cuentos*. Ha sido publicada en las Revistas: *Solsticio*, *Lundú*, *Taller*, *Serie Algarrobo*, *Autores Norperuanos*, *Haravicu*, *La voz del que clama en el desierto*, *Hoy es Navidad*, *A mamá*, *Antologías de Poesía para niños Candilito*, *Columpio*, *Cascabel*, *Hipocampo*. *Tibisay*, *Primera muestra de Poesía y Cuento de Venezuela*.

## LA NOCHE DE PUSE PUPUCHE

La noche cabalgó a sus espaldas cual bestia desbocada. Todo el aire se le iba en luceros. El monte empezó a murmurar, las voces fueron creciendo en sombras progresivas y los huacos dormidos despertaron al vaho del hombre. Puse Pupuche iba al encuentro de su hora. Un nubarrón cruzó borrándole la luna al primer respingo de los sauces ila noche se jodió esa noche! Puse Pupuche pensó en la María, tan linda y fresca. Medio serrana, medio cholita. Tan mujercita y acariciable. Tan hecha a la medida de sus antojos, hoy, que volvía del ejército más hom-

bre, más cholo, más arrecho. Con el sol motivándole calores comenzó a construirle el hogar en el vientre del valle verdecito, flanqueado por huacas milenarias de donde extrajera las chaquiras primeras, la arcilla morena quemada en los hornos de la historia y la manta real de la tumba sagrada. Cuánto eco arreció sobre los vientos. Cuánto silencio para los augurios: Un reclamo que no fue escuchado, una profanación que conjuró el estigma de su tiempo ya sin tiempo. Y con el poco tiempo en las entrañas, la tierra se hizo choza. Choza de barro y quincha con dos potros de algarrobo cruzados en lecho y la manta de rayas y muecas ancestrales oro-indio, y el ardor de los dos tumbados en la siesta con todo el universo girando alrededor. Choza de caña brava y sudor de varón enamorado. Hoy que volvía de hacerse más hombre para ella, que la vida se ofrecía fresca y limpia como los cabellos endrinos de María. Hoy que era tan joven y tan fuerte, que latía su sangre agolpando la pasión dentro del pecho por la cholita querendona y dulce. Cuántas veces la soñó desnudita y temblorosa, bajo su torrente de besos. Cuántas noches su noche elucubró el rapto más romántico y audaz, monte adentro. Pero su linda María no se merecía que la robara y le arrancara la inocencia entre sollozos. Ella era una flor silvestre y pura, un ramito de azahar contra su pecho ardiente. Por eso fue donde el cura del pueblo y, juntos, visitaron la casa de los Mayanga. Don Polidoro, cholo norteño y prieto, doña Ricardina, mujercita menuda y pálida, traída en rapto desde las alturas para procrear la raza de nuevas amazonas nativas en la híbrida sangre de su amor. Los Mayanga, desde entonces, le prodigaron sus afectos. Bebieron chicha dulce, como los besos de María en su vestido de domingo.

Toda la felicidad del mundo anidó en sus corazones aferrados a la caña brava de su amor. Juntos tejieron esperanzas en el valle alfombrado de verdor. Eligieron parcelas y legumbres, pájaros y campiña para el hogar común. Juntos trazaron la senda al río en su voz de torcaza, y la quincha fue alzándose hacia el cielo, para crecer en forma de hogar.

Mas ahí aguardaban los gentiles su tiempo de ritual. Puse Pupuche doblegó la tierra, le imprimió la fuerza de su viril empeño y ahora, volvía el dolor; dolor agudo en la piel de su hombría, dolor que avanzaba tarde a tarde rompiéndole la noche en estertores. El corazón vibraba

con la sangre avanzando envenenada, el corazón que ya no era más la manzana más dulce que apretaba su puño de emociones, la silueta más tierna flechada con sus nombres en algún algarrobo despeinado. El corazón, en esta noche hedionda a muerte, era sólo una víscera sangrante y dolorosa latiendo a espasmos, derramándose en su hiel nocturna.

Puse Pupuche se acomodó en la estera; bajo un cielo neblinado y enorme, como sus ansias de llegar al horizonte de María, y poseerla con delicia, con exacta pasión.

*Ven a consolarme  
ven a acariciarme  
como en esa noche que te besé.*

Hoy el cielo no tuvo poncho de astros. El norte es cálido y los zancudos pican cara y culo por igual. Y esta noche urdida en las tinieblas, el dolor más agudo quebrantóle hasta el suplicio, curvándole la sombra y la cerviz, dejándole sin habla. Puse Pupuche piensa en la María, en sus piernas torneaditas y rosadas como camotitos tiernos, en sus pechos tibios, enhiestos; en su cuerpo entregándose a él en esta choza nueva que construye con cañas de su propia bravura. ¿Cuánto nos falta para amanecer? ¿Cuántas estrellas habitan la nube más lejana? ¿Cuánta pasión incendia su deseo? Nadie responde. Los ojos de María - niña, María - ya - mujer, danzan en las tinieblas. Su risa le arranca el silencio, su aliento a pomarrosa le escuece más las ansias de tenerla iurgentemente ahora! que la vida se va.

Mas los espasmos crecen y la respiración se le atraganta. ¡Cómo tener hoy noche, todo el perfil insomne de su María - novia! ¡Cómo robarle al tiempo un infinito vuelo a su ventana, acaso como garza o cuculí!

Lenta, inexorable, va imponiéndose la muerte en su festín de duelos. La lechuza erguida de conjuros, vuela sobra la choza. Las sombras se acumulan en sus gritos. Puse Pupuche no puede entender esta traición sin límites ni velos, este juego creado para él, único actor en esta farsa cruel que le arrebató el aire y la palabra, la esperanza de amar y la razón. El corazón oprime sus latidos, del pecho hasta la mano. Hay un dolor izquierdo que acompaña el tic-tac sobre su sien. La María pro-

metida a su dicha no poblará jamás su vida, abriéndose a sus ansias desbocadas en entrega. Los hijos no vendrán a continuarles para la eternidad que hoy le niega el destino. A la mañana nueva, el sol ha de embestir las cumbres y los mares ya sin él. El, que trajinó estaciones enteras, con el barro y la caña, con la yunta y el sol, abriéndole canales a la tierra, inventándole mágicos invernaderos, frescos abrevaderos y corrales, para toda la fauna pletórica de trinos, relinchos, cacareos... Y nadie habrá de socorrerle en medio del monte con sus huacas dormidas y sus espantos mudos. Noche inerte de fuegos apagados. Noche sin noche. Puse Pupuche, al pie de la punzada cortante y maligna, alcanza todavía avizorar la dicha concebida con amor, como un hijo del sueño, como un fruto del tiempo. La María es tan joven y bonita, y ya no volverán más a suspirar enamorados con los pasillos tiernos de su romance trunco en el dintel del corazón. Ya no estremecerán su pensamiento las polleras de María cuando, al vaivén de “Los Sabanales” columpiábase de amor entre sus brazos, y su risa coqueta en una guirnalda en el manojito de sus besos. ¡Ay!, la dicha que coronaría su juvenil hombría, hoy se iba agostando, esfumándose a pausas. ¿De qué sirven las luces de toditos los cielos estrellados? ¿De qué la Nube que huye de su cómplice acecho tras la muerte? Si la maldita víscera-manzana se está rompiendo el pecho a puñaladas, si los gentiles mudos deciden terminar tanto silencio yermo, si la sombra se yergue sobre su estatura de roble y azafrán, si la huaca decide la hora de la hora para cobrarse caro toda profanación. ¡Ay!, la María, simple como flor y complicada como el caleidoscopio azul del arco iris.

*Cuando llegan las horas de la noche  
y me siento tan solo porque no estás aquí...*

En los pueblos del norte, el valle es un requiebro para incitar a la luna. Puse Pupuche sueña sus últimos desvelos, mientras María duerme bajo el toldo del pudor, intacta, ignorando el ardor de barro y caña que se desata en el valle sagrado de sus antepasados Yunga. Inútil ya la choza levantada junto a los cementerios del ayer, entre huacas eternas, consagradas al culto de sus muertos. Los muertos que reclaman la venganza, las tumbas depredadas sin dolor. Puse Pupuche no ha de

compartir el vuelo inextinguible de la noche, la aurora más audaz. La cabaña y sus ecos y rincones, la risa del domingo, la chicha macerada en porongos de arcilla y edad, bajo la tierra apuntalada con huesos del pasado, el amor de María y la retreta de una noche de velámenes y viento...

*Yo recuerdo junto a los guayabales  
aquellos sabanales donde te conocí.*

Porque hoy, en el momento pleno de su muerte, Puse Pupuche sueña intensamente con la trenza deshecha de María sobre el lecho, con el beso y sus manos naufragando en el cuerpo de María, bajo la manta inmensa rojo-indio que arrebatará a sus antepasados en la huaca profanada por sus manos de guerrero ciego. Los espíritus del campo le reclaman apretándole, lento y tenaz, el corazón.

Cuando asoma a la choza tejida con juncos de caricias y barro de pasión, el viento sopla la ceniza de su mala hora, ceniza que no llega a los ojos de María, que mañana han de nublarse cuando los convoque el llanto, en cataratas rotas y nísperos helados.

## SHAMAN CAÑAN

*“Duermes, ya tienes en tus manos  
el azul de la noche inmensa”*

JOSÉ HIERRO

Oscura de sangre seca, la piedra de sacrificio amenaza sedienta otra jornada, la macabra comparsa de los ritos de duelo. Ha muerto el sacerdote supremo, brujo de la nación guerrera de los Moche, el terrible Shaman Cañan (brujo-iguana). Es hora de nombrarle en la nueva vasija que burilan las manos hechiceras de Periche, el orfebre oficial, testigo y relator de todos los sucesos importantes en el floreciente imperio Mochica. Un retrato feroz cruzará las historias de su pueblo y le conocerán las estirpes del tiempo por venir y un día lejanísimo, innombrado, cuando hombres distintos, hambrientos de tesoros, sedientos por

desvelar su pasado, abran la huaca tendida en el valle de Sipán. Huaca rajada por lluvias y soles, estaciones girando cual estrellas, espíritus guardianes, gentiles en sus huesos de arcilla y pretéritas voces.

Abierto hacia el norte, el único umbral de su destino, Shaman Cañan aguarda la llegada de Si (la luna) que ha de llevarle a orillas del Ni (el mar), donde el Guatán (tempestad) le sembrará torrentes de chilala (pajarillo). Ya convertido en malqui (momia tratada como ser vivo), le velará toda la noche muerta como sus ojos negros de sierpe alucinante, la pequeña Cuculi. Irá a su costado, para servirle más allá del miedo y el misterio. Esta noche dormirá con él; ha sido elegida para desposarse con el terrible brujo que luego del beso de la Carcancha (muerte), no es nada más que un frío envoltorio de huesos ya sin luz. Cuánto lujo y festín de despedida, cuánto pututo (silbato) rompiendo los vientos para hacerle camino entre los muertos. Cuánta muerte en sí misma. La pequeña Cuculi, tendida junto él, pide a la diosa Si que la noche concluya y sea consumado el rito de partir. Para mañana, ella será sacrificada en el altar inmenso donde su sangre se fundirá en el oro de los dioses y empezará el camino de la magia invisible más allá, junto a Shaman Cañan, el último señor de lo divino y lo sagrado, de lo tangible y lo invisible.

Velar aquel cadáver la llena de horrores y repulsión sin límites. La muerte sólo espera su momento, erguida frente a ella que enmudecida cuenta, cual filigrana tejida entre sus dedos, la oscuridad, la hora de empezar a descomponer el aire de la noche. El esposo difunto, en la postrera mueca de su rostro terrible, parece sonreírle desde la helada sombra. No, no debe llorar, sería deshorrar a sus antepasados, profanar en sus tumbas tanto nombre disperso en tempranas edades de fraguar esta civilización. Antes morir mil veces; soportar el hedor de la negra carcancha; acuclillarse a ciegas sobre la piedra húmeda de sangre, sedienta del aliento que deposite en ella en el momento exacto, terrible, de entregarse. Entibia en sus manitas de colibrí silvestre, las manos aceradas por la muerte, es parte del ritual, como llamarse esposa del temido hechicero que aún en vida poblara de miedos y pesadillas sus noches de vigilia. Afuera, sollozantes, las viejas desposadas en los tiempos primeros de su tiempo y las nuevas concubinas de las tardías



horas, le gimen su destino a la gran noche de asistirle, de partir luego con él a la región distante donde la sed, el miedo, no cesan de atormentar al hombre.

Antes de amanecer, con la virgen Cuculi por guardiana, Shaman Cañan es inmortal en su mortaja túnica, erigido en leyenda de haravicu (cantor) y antara (flauta de carrizo) sollozando bajito la hora de partir. Antes de amanecer, aún anoche, Cuculi desnudita de canela, bañada y perfumada por la vieja Unce, sacerdotisa del altar divino, fue ungida desposada del sacerdote mochica. Enrojecen de envidia las vírgenes del templo, hijas de la pobreza que serán algún día carcanchas olvidadas. Qué destino de colibrí sin canto, la suerte de habitar en la muerte del poderoso Shaman Cañan, ahuyentar con su aliento a pomarroza la podredumbre urgente de aquel cuerpo vacío. Mas, en su estancia sola, orientada hacia el norte, la pequeña Cuculi, rodeada por la fúnebre ceremonia ritual, con la trenza en el pecho, quiere llorar a gritos, correr a la distancia, olvidar su destino de capullo tronchado hacia el amanecer, amanecer de muerte sobre muerte.

Pianchí buscaba el faro de sus ojos para rendirla a besos. Hubiera desposado a la pequeña virgen luego de la cosecha y el tinku (lucha cuerpo a cuerpo) consagrado a los dioses, pero la noche cerrará sus ojos sin piedad. Ai Apaec (divinidad mochica) la eligió a través de la sacerdotisa madre, para iniciar el viaje de Shaman Cañan hacia la eternidad. El curaca (autoridad) Lupuche no pudo oponerse a la voz de la divinidad sangrienta. Sabios zorros (adivinos), echando los payares (arcanos) ante su sino roto, han temblado al mirarla, solita en su momento de probarse a sí misma. Pobre flor de los vientos, luna rota. Trece veces tan sólo de girar con la tierra frente al sol, trece lluvias tejiendo sus vísperas votivas. Debería reír por los caminos de algarrobal, correr en el torrente de las aguas que bajan cantarinas de las altas montañas. Debería amar y ser amada por Pianchí que en vano le reclama el aliento dulcísimo de paloma humedecida en el rocío de sí misma.

La chicha macerada en cántaros de arcilla, ha sido desatada y va de mano en mano, cholitos (muchachos) servidores van y vienen portando cojuditos (vasijas de mate) repletos de fermentada bebida, las plañideras gimen detrás de las antorchas. Pianchí llora en silencio su

dolor más amargo, la hora de partir de su Cuculi, adherida al costado de Shaman Cañan muerto, con las manos juntitas sobre el pecho donde la negra trenza destejerá los sueños que no fueron.

Amanece en el valle, los algarrobos peinan sus ramajes, las acequias susurran despertares, los pajarillos vuelan y la vida comienza. Y la vida termina en el poblado que se prepara todo a honrar al gran señor de su nación. Shaman Cañan recibe los honores más altos de su rango, el sacrificio debe comenzar. Su fiel perro, su esclavo, sus guerreros vencidos, las brujas concubinas, un niño en el misterio de su inocencia muerta, la pequeña Cuculi, erguida piel sin llanto. Acepta su destino sin protestar por nada, acaso agradecida de partir cuanto antes. De qué vale una vida condenada a la miseria, al menos la familia será beneficiada con un poco de tierra que sembrar, un par de llamas, un algarrobal. Sus hermanitos niños no sufrirán los rigores del frío y la pobreza del invierno, contemplarán la puesta del dios Sol en primavera, y la recordarán con orgullo y amor. Sólo le duele Pianchí en el costado, una espina más fiera que el cuchillo ritual que aguarda su garganta, teme que su recuerdo vaya siempre con ella y no pueda servir a su señor, cuando alcancen orillas de horizonte sin nombre, como fue encomendada por la anciana Unce.

Ya la sangre ha corrido por la piedra, no habrá quien la detenga. Sigán llorando viejas plañideras, desgárrense las horas con sus ayes, no paren de gemir, la ceremonia exige mil esfuerzos. El valle entero, lleno de verdor, de hombres y mujeres valerosos, se ha rendido a la sombra de tu muerte, Shaman Cañan. Así tú lo decidiste, lagartija cobarde, no quisiste partir a la gran muerte solito con tus huesos resecos, querías compañía, llevarte todo el valle si fuera necesario, un ejército de almas para cargar contigo, y la niña más bella que te negara su tibia sonrisa, que desviara su negra mirada ante tus ojos fieros. Tu venganza será así consumada, en la muerte será tuya. Irá contigo virgen y descalza a poblarte los miedos, a endulzarte la noche en otra vida.

El malqui Shaman Cañan aguarda en sus despojos, la muda caravana que irá tras él. Preside Cupisnique, el anciano cacique, la larga travesía de la muerte cobrando nuevas vidas. Estremece su cuerpo el presagio de su próxima muerte, justo en aquel momento. Sabe que cuando le toque morir en su comarca, será grandiosa y cruel la cere-

monia. Habrá muchos vencidos, esclavos, niños, perros, mil vírgenes tan bellas como Cuculí. Y todos llorarán cientos de lluvias pronunciando su nombre poderoso. La tierra temblará cuando reciba el cuerpo embalsamado del hechicero ciego por la muerte, los hombres le recordarán por siempre acaso más allá del mar y la montaña. Sólo Pianchí, oculto entre la muchedumbre, con el cuchillo de piedra pulida, espera su momento. Hierve su sangre joven, debe salvarla y salvarse a sí mismo, sin pensar en su nombre, en la estirpe guerrera y valerosa de su pueblo. Mas, astuto y rabioso Ai Apaec, percibe los peligros y un guatán invisible lleva lejos del valle donde siembra la muerte sus festines, al herido Pianchí. Es tarde todo intento de alcanzarla, el cuchillo de piedra trabajada, sediento de su sangre, ha cortado su risa, su mirada, su voz. La tienden al costado del sacerdote moche, con la trenza larguísima, salpicada en su sangre. El orfebre Periche inmortaliza su virgen belleza en un cántaro frágil de arcilla y arena de los huesos dormidos de sus antepasados, con la trenza cayéndole a la espalda, a la hora de su hora consumada.

Todo acabó a los conjuros de la tarde. Esclavos en su piel desnuda, prieta, sellan la tumba nueva y la acequia sigue cantando voces escondidas y los árboles prodigan su sombra a peregrinos ebrios y la historia comienza desde entonces a crecer en el valle. Primero es un murmullo de difuntos y piedras bajo el sol de Sipán, luego será la huaca desafiando la lluvia y hombres que vendrán a erigirse con ella, cuando sueñen con descifrar los ritos y el misterio de la tumba sagrada, cuando la trenza prieta de la dulce Cuculi germine entre sus huesos.

# MARÍA SOCORRO MÁRMOL BRÍS

gaviola\_aznaitin@yahoo.es

(Gaviola de Aznaitín), nació en el Parque natural de Sierra Mágina (Bedmar, Jaén (1944)). Y sigue “moceando”, como dicen en su pueblo para referirse a los jovenzanos. Perteneció a la Primera Campaña de Alfabetización de Adultos, fue maestra nacional, especialista en párvulos desde los veinte años. Desde 1979 se desempeña como Abogada en ejercicio, en Madrid y Málaga. Es escritora “de oficio” de toda la vida. Se especializó en una forma de expresión de una Comarca de Andalucía, que por su condición fronteriza, entre el Reino Nazarí de Granada y el Castellano de Jaén y Baeza, adoptaron formas crípticas de comunicación. Ha obtenido, entre otros, el Primer Premio de Relato Breve “Villa María” (La Coruña, 1999), con el Relato “El bingo”; publicado en edición restringida. Segundo Premio de relato Breve, del Colegio de Abogados de Málaga (2004), con el Relato “*Yo te quiero mucho, Pancho*”, publicado en la Revista Miramar de Málaga. Es Fundadora del Foro literario “Iceberg-Nocturno” [www.Iceberg-Nocturno.org](http://www.Iceberg-Nocturno.org), <http://es.groups.yahoo.com/group/Iceberg-Nocturno/> <http://iddo34od.eresmas.net>

**OBRA LITERARIA:** Tiene editado el libro de relatos: *Mágina mágica* (Ourense, Galicia, Alternativa Editorial, 2005). Sus textos han sido publicados en varios foros de Internet y distintas Antologías y Revistas literarias; como también en libro *Desvelados* (Madrid, Editorial Fuentetaja, 2001), y en la Antología de Oro Sensibilidades (Alternativa Editorial, Madrid /Galicia, 2005). Texto de su autoría fueron publicados en la II Antología de Narrativa de la Asociación de Escritores de Mérida-Venezuela: “Relatos de humor sin extrema-unción” (Mérida, AEM /Consejo Nacional de la Cultura, 2005). Tiene inéditos varios libros de poemas y prosa. Parte de su obra está en la Web

## A TRES DÍAS DE AGOSTO

Se despertó con una imprecisa sensación de inquietud. Por los postigos del balcón se filtraba una luz atenuada que indicaba que la tarde languidecía definitivamente dando una tregua a la calorina de las horas precedentes. Sintió cómo el sudor le pegaba las sábanas al cuerpo desnudo; desde la almohada también humedecida le llegaba el suave olor de su propio perfume ligeramente agrio y se removió con desagrado, remoloneando y buscando inútilmente en la cama una parte más fresca y oreada. Miró el reloj de la mesilla de noche y se sobresaltó con una acometida de repentina urgencia: eran las nueve de la noche y si, como se había propuesto, esta vez en forma irrevocable, iba a consu-

mar lo que durante tantos años venía retrasando, tendría que dejar la cama y empezar a arreglarse.

Se metió en la ducha y graduó la temperatura del agua hasta sentir sobre la piel un deseado frescor que arrastraban los últimos sudores. Miró su cuerpo enjabonado con emocionada aprensión, como siempre le sucedía, sintiéndolo, a un mismo tiempo, extraño y urgente, inquietante y lejano; como si no le perteneciera pero le estuviera exigiendo un ilícito esmero íntimo, personal y opresor. Salió de la ducha, se cubrió voluptuosamente con la sábana de baño que estaba recalentada, se secó con esmero y, después de ajustarse la delicada ropa interior, se dispuso a maquillarse con desmañada atención.

Terminó de retocarse los labios corrigiendo, sin demasiado tino, los desdibujados bordes; volvió a pasarse el peinecillo del rimel por las pestañas y parpadeó repetidamente para comprobar el efecto, repasó las rebeldes sombras de las mejillas con un nuevo toque de maquillaje y giró la cabeza a un lado y a otro tratando de verse la nuca para examinar el efecto de la liviana camisa de seda que acababa de ponerse con el cuello cuidadosamente subido por atrás, y comprobó con satisfacción el resultado de casi una hora de trabajo.

Antes de salir del cuarto de baño trató de escuchar cualquier ruido en el exterior; sabía perfectamente que en la casa no había nadie pero, aún así, no podía dominar una mortificante sensación de miedo instalada en algún impreciso lugar de su vientre. Solamente escuchó el ronroneo del aire acondicionado que funcionaba en el salón mitigando el bochorno de la calurosa tarde de Julio que empezaba a consumirse a lo lejos con colores anaranjados por detrás de las colinas del viejo Parque del poniente.

Se observó una vez más en el espejo del vestidor, estiró hacia arriba la mejilla ligeramente caída y la volvió a dejar descender comprobando que aquella incipiente laxitud le confería un cierto aire de desaliento que resaltaba la dulzura de su mirada miope. Apartó el dedo de su cara y, después de colocar unas gotas de perfume sobre un algodoncito que se introdujo entre los escasos senos, apenas realzados por el minúsculo sostén de adolescente, salió con decisión del vestidor, atravesó el revuelto dormitorio, cruzó apresuradamente el fresco salón y se lanzó a la calle con un ajeteo en el corazón que hacía tiempo que no sentía y

que le hizo recordar aquellos veranos remotos con la pandilla del pueblo, cuando, aprovechando el bullicio de los chapuzones en la alberca, retozaba y trotaba de un lado para otro, provocando encontronazos aparentemente fortuitos con los muchachos, y calculando los movimientos, hasta que conseguía cronometrar el salto al agua justo en el momento adecuado, impulsándose desde los escalones, hasta que se rozaba, atropelladamente, bajo el agua, con su primo Diego, y se le erizaba la piel sintiendo todo su cuerpo recorrido por una descarga electrizante y dolorosa que le cortaba el resuello y le dejaba un regusto a cosas tan desconocidas y deseadas como imposibles.

En el portal de su casa le asaltó un nuevo vértigo y estuvo a punto de desistir de su plan. Pero logró superar aquella náusea inoportuna que le atascaba la garganta, se rehizo, y avanzó hacia la acera con renovada decisión. Esta vez no iba a pasar lo que otros años. Este año se lo había prometido, llamándose mil veces cobarde. Era su oportunidad. Posiblemente, la última. Era su decisión adulta y meditada durante años en medio de una angustia infinita. Ya no habría marcha atrás. Debía permitirselo aunque sólo fuera una vez.

La tarde se acababa definitivamente y, desde el río, llegaban las primeras ráfagas refrescantes envueltas en sombras fragantes. Se alegró en su interior. Entre todos sus desasosiegos, el último de aquella tarde había sido que un sudor inoportuno le ablandara el cuidado maquillaje. Aminoró la marcha mientras el recuerdo de su familia le asaltaba con un martirizante latigazo interno. Se detuvo y, con un movimiento de mano, se abanicó la cara como si así apartara cualquier pensamiento que pudiera frustrarle otra vez sus más íntimos y desesperados deseos. Ellos no tenían derecho a introducirse en su vida de aquella forma. Ellos no tenían derecho a impedirle conocer el sabor del amor prohibido.

—¿Tienen derecho a impedírmelo? Se oyó murmurar en voz alta, como si estuviese interrogando a alguien desconocido. Pero alejó aquel inoportuno remordimiento con testarudez. La decisión estaba tomada.

La Ciudad parecía desierta a aquellas horas y, desde el asfalto, se elevaba una especie de neblina transparente y azarosa, último estertor asfixiante del calor que durante el día parecía subir desde los mismísimos infiernos.

Habían pasado ya veintisiete días desde que su familia se había ido a la casita de la playa. Demasiado deprisa pasaron esos veintisiete días de julio. Dentro de tres días más no tendría disculpa, pensó. Cuando se clausurara el curso de verano en el colegio tendría que tomarse las vacaciones y reunirse con ellos. La idea de salir de aquella ciudad recalentada y desierta se le presentaba tan refrescante como penosa.

Siempre nadando entre dos aguas –se dijo para sus adentros. Siempre queriendo y no queriendo, apegándose y odiando al mismo tiempo los lugares y a las personas. Siempre huyendo y quedándose. Siempre diciéndose, “de este año no pasa”, para volver al final de cada mes de agosto, con la sensación de haberse traicionado con una cobardía inmadura y perversa. Cada año le quedaba el regusto de haberse muerto un poco más. Pero éste... aunque fuera lo último que pudiera decidir en su vida... ¡de ese verano no pasaba!

La renovada decisión, lejos de aliviar su decaimiento, tuvo el efecto de que se le reactivara la sensación de urgencia en la que se consumía cada hora de sus días desde que su familia se había ido.

Aunque la enseñanza no le gustaba necesariamente, el trato con los alumnos le causaba una especial ternura. Era como ir introduciéndose sinuosamente en aquellas mentes infantiles, utilizando sus maneras más dulces y persuasivas. Pero era en aquellos meses de julio, en los que en el colegio apenas quedaba el personal mínimamente necesario para atender las necesidades del curso de recuperación de verano, cuando su relación con los alumnos se hacía íntima y personal. Era una cercanía imposible de mantener durante el curso. Aquellas mañanas luminosas, dedicadas a un grupo reducido de adolescentes, eran excitantes como pocas. Por otra parte, el curso de verano le proporcionaba una buena disculpa para quedarse en la ciudad teniendo a su disposición toda la casa, mientras su familia, aquella extensa familia que más que familia parecía una tribu, se iba a la playa “aunque solo sea para que los niños no tengan que aguantar estos calores”. Cada año tomaba posesión de los espacios como si se tratara de la conquista de un fortín inicualemente invadido, mientras repetía la cantinela de cada verano, como en un ritual que realmente le otorgara la posesión: “su” salón...; “sus” lugares ocultos a miradas impertinentes...; “su” cuarto de baño, donde dejaba correr todas sus fantasías...; “isu” desperdicia-

do dormitorio lleno de fantasmas desconocidos que nunca se habían materializado!

Con ese torbellino de pensamientos bullendo en su interior, fue alejándose del centro y empezó a titubear entre callejuelas cada vez más viejas y estrechas. Consultó un callejero a la luz de una farola, miró la placa del nombre de la calle en la que estaba y reanudó la marcha.

A esa hora, el ambiente de aquella inédita parte de la ciudad era pegajoso y balsámico. Pensó que estaba lleno de olores desconocidos en los barrios acomodados; se recreó durante unos momentos junto a los descuidados parterres de una plazuela recoleta donde pandillas de mozalbetes de todas las razas se mezclaban en un promiscuo batiburrillo que le caldeaba el corazón. En los balcones, con las deterioradas persianas de madera de gastados colores colgando sobre las barandillas, se veían mujeres con ropas ligeras y hombres en calzoncillos, con los torsos cubiertos solamente por camisetas de tirantes, buscando con ansia una bocanada del aire de la noche aún espeso y recalentado. Miró aquellos cuerpos semidesnudos y sudorosos y le asaltó un depravado deseo de tocarlos, de olerlos, de confundirse con ellos. De revolcarse en aquel jardinillo raído y fragante y sentir junto a su cuerpo la piel de cualquier desconocido.

—No eres más que un putón verbenero —se dijo— sin demasiado entusiasmo. Pero, inmediatamente, agitó de nuevo la mano en el aire con aquel gesto con el que maquinalmente intentaba borrar de su entorno cualquier sensación de contricción que pudiera torcer un año más la correría tantas veces relegada.

¡Tres días! Le quedaban solamente tres días para poder quebrantar, por fin, todas las normas que habían pesado en su vida como una losa, que habían sido como una jaula, una tortura que crecía según iban avanzando los años. Con los cuarenta recién cumplidos, no le quedaba tanto tiempo para comprobar si era capaz de...

—Tres días, tres espléndidos días. ¡Nada más que tres días! Dijo en voz alta, sin que ninguna de aquellas personas con las que se cruzaba pareciera sorprenderse de su insólito arrebato.

El nombre del local apenas era visible al fondo del callejón de la Salamandra. Lo había elegido, precisamente, por ser uno de esos lo-



cales de mala nota en los que nunca entraría ninguna de las personas respetables y conocidas de su entorno. Una cosa era arrojarse a una aventura desquiciada y otra muy distinta desgarrarle el corazón a los suyos con algo que, a lo mejor, no iba a pasar de ser un deseo inconcreto, siempre difuso pero acuciante y doloroso como la falta de aire. La indecisión le apretaba otra vez en la boca del estómago.

Si después de esto resulta que... –empezó a pensar con angustia– pero, inmediatamente se obligó a alejar los recurrentes desasosiegos. Rebuscó en el bolso y, a la luz de las farolas, volvió a observarse en el espejo con estremecida atención. Era como si quisiera retrasar el momento de entrar en el local a cuya puerta acababa de llegar casi sin darse cuenta. Sintió una desolación áspera viéndose titubear cuando había llegado casi a las puertas mismas de su salvación.

El portero le dirigió una mirada escrutadora, como si le estuviera espionando sus intenciones y, con una sonrisa que le pareció claramente perversa y desagradable, levantó los pesados cortinones y le franqueó la entrada mientras los ojos se le achicaban con lascivia.

Dudó aún un momento. Luego bajó la cabeza y entró evitando la obscena mirada de aquel energúmeno que sus espaldas le arengaba con una risotada provocativa:

—¡Que haya suerte, guaaapa! Aunque aquel “guapa” le pareció casi una embestida insultante decidió ignorar su ferocidad, y convertirlo en una especie de conjuro repitiéndolo para sus adentros:

¡Que haya suerte! ¡GU-A-PA!, se deseó en voz baja recreándose voluptuosamente en desgranar cada una de las sílabas del insólito piro-po. Y entró.

\*

Una bocanada de aire acondicionado le golpeó el pecho, justo a la altura de la abertura de la camisa estudiadamente desabrochada hasta el tercer botón, y se estremeció sin saber muy bien si lo que le envaraba la columna vertebral era frío o miedo. Lanzó una aprensiva mirada al salón. A la escasa luz de las lámparas de colores pudo distinguir varias parejas en actitudes cariñosas e impúdicas. Al fondo, en la barra, había algunas personas solitarias envueltas en el humo de cigarrillos; unos, parados, acodados sobre el mostrador; otros, zascandileando de un

lado a otro, como si esperaran a alguien que no acababa de llegar. Se pegó a la pared tratando de que nadie descubriera todavía su llegada y comprobó con satisfacción que, hasta ese momento, nadie parecía notar su presencia.

Se dirigió directamente a los servicios y se entretuvo en reteñir la raíz de las primeras canas de sus sienes con el cepillito del rimel. Luego regresó al salón y, afianzando el paso sobre los endeble tacones de sus sandalias, se acercó a la barra y pidió un refresco con voz insegura. El camarero le sonrió con un guiño cómplice y le puso delante un vaso alto con los bordes escarchados de azúcar.

Apenas había empezado a succionar de la pajita cuando sintió que alguien se le acercaba por detrás rozando, apenas, su nalga. Se sobresaltó ligeramente, pero no hizo ningún ademán de rechazo.

—¿Tú no eres del barrio, verdad? La interpelación le sorprendió tontamente y se preguntó si estaría bien visto en esos sitios contestar a la primera o guardar silencio. “Un putón verbenero”, eso es lo que quieres ser, ¿ó no? —pensó con ansiedad.

—Sí. Bueno..., no. Se oyó responder vacilante. Luego siguió:

—Yo no sabía... Oye, no te vayas a creer...

—¿No sabías...?

El roce, que antes le había parecido accidental, ahora subía y bajaba con cierta vacilación a lo largo de su muslo. Pero no se apartó. Se obligó a concentrarse en el tacto de aquella mano masculina y poderosa de la que le llegaba un calor húmedo y enervante.

El hombre se acercaba a su costado ganando terreno y reduciendo el espacio entre ellos con cada frase que le dirigía.

—Eres... realmente una preciosidad. ¿De verdad que nunca habías estado en un sitio como este?

—Pues...

—¡Déjalo! Si se te nota de lejos que eres “principiante”. Durante unos segundos guardó silencio mientras le escrutaba la cara ahora compungida. ¡Venga ya! ¿No irás a ser virgen, eh, tú? —le dijo— con una sonrisa tan malévola como afectuosa.

¿Virgen? —sonrió amargamente para sus adentros— mientras su garganta era invadida por una congoja despiadada. ¡Cinco hijos! Todo un familión. Su vida había sido siempre todo un familión: sus austeros

padres, sus entregados suegros, sus desdeñosos cuñados, sus impecables y múltiples hermanos. ¡Sus hijos! Sus amados, extraños y lejanos hijos... Todos absolutamente seguros de que nunca sucedería algo así. Absolutamente seguros de que, siendo como era un ser tan infeliz, nunca se atrevería... ¡Sin embargo...!

Mientras recomponía el ánimo se miró el cuerpo lentamente. Sabía que sus caderas eran finas; sus piernas largas; el pecho apenas insinuado, alzándose y descendiendo bajo la blusa con un ligero jadeo. ¿Quién había de saberlo? ¿Por qué tendrían que enterarse? Aquello no pasaría de ser una aventura de verano con la que borraría para siempre la pesadilla de sus más ocultos y desesperados deseos. Serían tres días. Sus tres días propios hasta que llegara Agosto.

—Sí, sonrió. Soy virgen, se oyó contestar con tono provocativo haciendo que la mano del hombre se detuviera por unos segundos en aquella caricia equívoca y mansa, mientras esbozaba una sonrisa de incredulidad en medio de un penoso silencio.

—¿Y...?, —dijo— mirando de frente a los ojos del Hombre con torpe coquetería.

No le contestó, pero notó que reanudaba el recorrido de su pierna con una calidez que le cortaba el aliento.

—¿Bailamos?, le oyó murmurar cerca de la oreja como en un arrullo, mientras con la punta de lengua le rozaba apenas el lóbulo de la oreja. Sin esperar su respuesta, el Hombre tomó una de sus manos con la suya izquierda, mientras que con el brazo derecho le rodeaba la cintura empujándole suavemente hacia la oscura pista de baile.

—¿Cómo te llamas? La voz del hombre le llegaba casi como en un susurro en tanto se dejaba llevar y balancear en aquellos brazos fornidos y cálidos que no cesaban de moverse explorándole y estrechándole el cuerpo. La pregunta borró por unos instantes la sensación de enajenamiento por la que se deslizaba. No era su nombre lo que odiaba. Lo que verdaderamente odiaba era la dureza chirriante y ruda de aquel nombre que le recordaba sus remotas frustraciones. No contesto hasta que el hombre le volvió a preguntar:

—¿No vas a decirme cómo te llamas?

Dudó pero, como si quisiera mortificarse, respondió entrecortadamente:

—Ra..., Ramona. Me llamo Ramona, titubeó para continuar en tono agresivo, como si quisiera retar a duelo a su Compañero:

—No es un nombre demasiado sugerente, ¿verdad?

Durante un tiempo que le pareció deliciosamente eterno bailaron en silencio, aumentando las caricias hasta lugares tan íntimos que le hicieron sentir una urgencia desesperada. Se besaron, primero, como tanteándose los límites del beso; luego, arrebatándose por ganar terreno dentro de sus bocas. Se apretó contra el pecho del Hombre con desasosiego mientras que él cerraba su brazo izquierdo a la altura de sus nalgas haciendo que sus pelvis se juntaran hasta causarle un dolor agudo y placentero. Ya no se conformaba con dejarse hacer. Con absoluta resolución empezó a tomar parte activa en aquella guerra repentina y enloquecedora, al tiempo que se decía en su interior con arrebatada delectación:

—¡Putón verbenero! ¡Por fin eres un putón verbenero!

La mano del Hombre exploraba, ahora sin vacilación, entre sus piernas, recorriendo expertamente cada zona, cada prominencia, cada hueco, cada pliegue. Un vértigo de temor y de deseo le nubló los ojos y le aceleró la respiración. Aquello era mucho más de lo que ni siquiera había imaginado. Ambos jadeaban desordenadamente exigiéndose nuevos avances en unas caricias que por momentos se convertían en acometidas. La voz del Hombre le llegó lejana entre las tinieblas que eclipsaban su conciencia:

—¿Y si nos fuéramos?

No quería salir del ensimismamiento que embotaba su mente. Sintió que la propuesta, aunque deseada, levantaba una barrera de incertidumbre entre ellos.

—¿A dónde?, repuso con congoja. Aquello no lo iba a hacer en su casa. No tenía derecho a mancillar su cama...; allí donde los niños habían sido engendrados... Allí donde había tenido que simular una entrega y una pasión que nunca había sentido. Allí donde se había bebido todas sus lágrimas y se había embrutecido en toda su desgracia. ¡Si no se hubiera rendido a las exigencias de sus padres...! Pero se había casado con la persona que ellos habían elegido porque era conveniente. Había formado una familia honesta y discreta porque era conveniente. Y, entre todos, habían dispuesto siempre de su vida hasta los límites

de la mismísima locura. Por eso se merecían que esa noche envileciese aquel falso santuario rompiendo de una vez para siempre con todas las normas. Pero...

La voz de Hombre cortó en seco el desenfrenado hilo de sus pensamientos:

—Vamos. Iremos a mi casa, le escuchó con alivio. ¿Qué te parece? Está aquí, en el barrio. Muy cerca.

El desconcierto debió reflejarsele inmediatamente en la cara porque vio cómo su compañero amagaba una sonrisa maliciosa mientras le apretaba la cintura rozándole con energía el sexo y le decía:

—¿No me irás a decir que a tu edad te asusta ir a casa de un desconocido? Antes de que pudiera contestarle le aprisionó los labios con un electrizante mordisco haciéndole brotar un poco de sangre que enardeció definitivamente su deseo.

Cuando salieron a la calle, notó con gozo que las bombillas, en la farolas de aquel barrio, apenas alumbraban. Algunas eran tan amarillentas y mortecinas que convertían su entorno en espacios insólitamente recónditos; otras habían sido directamente apedreadas propiciando que los vecinos pudieran dormir en penumbra, vomitar sus borracheras, lamerse sus hambres o amarse desvergonzadamente sin que la luz del Ayuntamiento les robara la oscuridad de sus vidas o les violara sus intimidades.

Avanzaban a trompicones, besándose y manoseándose a cada paso con descaro, urgentemente, con aquellos gestos procaces y barriobajeros que siempre se habían detestado en su entorno, y en los que ahora encontraba un placer sensual y excitante absolutamente desconocido. Lo que hubiera sido soez le resultaba, aquella noche, especialmente íntimo y suave. Tan natural como la vida misma.

—¡Tan natural como la vida misma!, repitió ahora en voz alta y dichosa, mirando una indefinida pareja que se arremetía fogosamente sobre el césped que rodeaba la diminuta fuente de taza de la plazuela.

—¿Cuándo te diste cuenta? —le preguntó el hombre siguiéndole la mirada.

—Aún no lo se, —le respondió lealmente— deteniéndose en la acera mientras le buscaba el fondo de los ojos. A lo mejor un día de estos puedo contestarte. ¡Y ahora vayámonos ya!

El hombre apretó sus hombros cariñosamente y le acarició con su boca los labios, esta vez muy suavemente mientras repetía:

—¡Pues, vayámonos ya!

\*

No tuvo pudor alguno en desnudarse delante de él porque ambos sabían ya lo que esperaban el uno del otro. Antes de entrar en el dormitorio se habían reconocido y acariciado cada milímetro de sus cuerpos. Se habían besado los labios, el cuello, las manos; y sus bocas se habían paseado por encima de la ropa dejando círculos húmedos sobre la tela que les cubría los pezones y el estómago; habían llegado al éxtasis sin necesidad de poseerse. Y, cuando entraron en el dormitorio, supo que lo que allí iba a estrenar era el desenlace lógico de aquellos preludios.

Se amaron, primero, con la codicia de lo eternamente deseado. Luego, con el agotamiento de lo desmedido. Finalmente, con la dulzura del hambre generosamente satisfecha. Después se durmieron uno al lado del otro “como dos adolescentes que hubieran alcanzado el estado de gracia” —pensó— antes de dormirse del todo sin remordimiento alguno ante aquella conciencia blasfema que se le oscurecía mansamente.

Cuando se separaron al amanecer los dos supieron, sin necesidad de decírselo, que aquélla, que había sido la primera, no sería su última noche.

\*

De madrugada, se levantó, salió de puntillas de la casa, y se fue a la suya a vestirse adecuadamente para dar las clases. El día transcurría con desesperada calma. Las horas se le hacían eternas; las clases insoportables y tediosas; y los adolescentes, que tanto le habían entibiado el corazón con sus celosas fidelidades, le parecían ahora insufribles e impertinentes acusaciones encarnadas. Aún recordaba el desencanto en la cara del Hombre cuando le había dicho que tenía que trabajar. No había aceptado de buen grado sus obligaciones docentes, que los separaba postergando el encuentro. Cuando, a las tres de la tarde, terminó la jornada, se apresuró hacia el viejo y deprimido barrio del extrarradio como si acudiera a su primera cita. Subió con apresuramiento las

escaleras de paredes deslucidas y no tuvo que llamar a la puerta. Allí estaba él, desnudo, con una sonrisa gloriosa iluminándole la espléndida cara, y con sus brazos abiertos dispuestos a cerrarse en un interminable abrazo. Entró y se quitó también la ropa dejando al aire su anacrónico cuerpo que por primera vez no le afrentaba. Aquella tarde no iban a necesitar entre ellos otra cosa que no fuera su piel ávida de pasión y de ternura.

\*

Las informales clases del último día de julio se le hicieron interminables. Se consumía viendo avanzar de las horas en la esfera del reloj del aula con lentitud desesperante. Escasamente, tuvo conciencia de lo que le decían los alumnos o de lo que les contestaba. Se despidió con mirada ausente y enajenada. Apenas recordaba haberles dicho adiós. Luego, se apresuró por las calles, en medio del calor inmisericorde de las tres de la tarde de aquel mes de Julio, dejando atrás las abiertas y soleadas vías del centro para adentrarse en “su barrio”, apretado y fragante, ruidoso y festivo, procaz e inocente como la vida misma.

—¡Como la vida misma! Durante los últimos días, desde que conoció al hombre en aquel glorioso lupanar, se había convertido en una cantinela; en su frase favorita.

—¡Como la vida misma! —repitió— levantando la cara hacia la lejana franja de cielo que brillaba por encima de su cabeza, cercada por aquellos edificios desconchados y umbrosos de los que salían todos los efluvios del mundo, todas las voces, todos los colores y las pestes a refritos o a geranios plantados en latas de conservas, todos los berridos de críos recién nacidos, ó los ronquidos de los viejos sesteando a la espera del último latido de sus cansados corazones. Donde el cuerpo era la prolongación del espacio, y el amor algo presente, palpable y sólido como un pájaro de alas abiertas batiendo el aire sin empalizadas a su alrededor.

Cuando llegó a la casa, el hombre ya tenía dispuesta sobre la mesa una copa de vino espeso y rojo; tomó de ella un sorbo y, entre caricias, se lo traspasó a su boca con un tanteo refinado y excitante mientras los dos reían abrazados.

—Hoy ha sido el último día de clase —le dijo con excitación.

De repente cesaron las risas. Parecía que en el espacio se hubiera quedado colgada aquella frase como una amenaza: *“el último día de clase”*. Se quedaron en mitad del pequeño salón, mirándose en silencio y viendo cada uno apagarse la sonrisa en la cara del otro, lentamente, con la misma tristeza y lentitud con que se apagan las tardes en el estío. Como si se les anocheciera el alma.

Sintió que se le humedecían los ojos. Por fin sabía lo que siempre había querido saber; ahora sabía que las fronteras de su cuerpo eran erróneas; ya sabía lo que era el amor sin austeras fórmulas socialmente sancionadas, sin que la idea del bien o del mal pesara sobre su cama. Pero ¿qué iba a hacer ahora? ¿Podría prescindir de sentir a su lado un amor de hombre? No se esforzó en contener las lágrimas cuando dijo:

—Será la última noche. He pasado los tres mejores días de mi vida. Tres días que siempre recordaré.

—¿Por qué?, —dijo el hombre tristemente con su laconismo habitual.

—¡Porque te quiero! —contestó con un gemido— comprendiendo en ese mismo momento que el amor verdadero no era un aprendizaje, sino un puerto siempre inseguro donde cualquier viejo y cansado marino quiere acabar sus días a pesar de todo.

—No. Lo que te pregunto es por qué ha de ser la última noche.

—¡Mi familia! —gimió. Yo no podría compaginar nuestro amor y mi familia. Yo no puedo...

—¿Qué es lo que no puedes? —le exigió el hombre con irritante calma y con sus propios ojos enrojecidos. Piénsalo bien antes de contestarme. Antes de contestarte y seguir engañándote. ¿Qué es lo que no puedes? —insistió— elevando ligeramente la voz sin que perdiera su dulzura. ¿Acaso no puedes amar como quien eres después de lo que nos hemos amado estos días? ¿Acaso vas a renunciar a lo que eres ahora que tan gozosamente lo sabes?

Y le pareció que lo que decía el Hombre iba destilando en el espacio que los rodeaba una tenue luz de esperanza filtrada a través de sus propias lágrimas.

—¡Yo también te quiero! —continuó el hombre con voz cálida y tristísima. No hacen falta tres días. Ni siquiera una hora. Un segundo basta para saber que ha llegado el amor. Yo te he esperado toda mi vida



y te encontré en cuanto te vi entrar en La Salamandra antesdeanoche. Tres días han sido suficientes para que tú y yo nos amáramos como ninguno de los dos hemos amado nunca. ¿O no? Como tú ni siquiera sospechabas que se podía amar. ¿O me equivoco? Pero tres días ya no son bastantes ni para ti ni para mí. ¿O no te has dado cuenta?

¿Se había dado cuenta? ¿Alguna vez se había sentido tan “persona” como en esos tres últimos días de Julio? Sus pensamientos, fustigados por las urgencias del hombre, eran torbellinos desajustados y delirantes. ¿Alguna vez se había sentido tan cerca de Dios como en esos días? —pensó— sobrecogiéndose con sus íntimas y blasfemas reflexiones. ¿Y su familia? ¿Podría renunciar a su familia aunque todos ellos no fueran otra cosa que un desgraciado accidente tan indeseado como entrañable? ¿Podría olvidarse de ellos y quedarse para siempre con aquel hombre convirtiéndolo en su verdadera familia; en su Compañero?

Como si el hombre le adivinara el pensamiento, y viviera en su propia carne el desgarró que le atenazaba, alzó su voz oscura y apremiante abiertamente quebrada ya por el llanto:

—Piénsalo bien, mi amor; piénsalo bien. ¿Podrás, acaso, volver a acostarte con tu mujer y hacerle otro hijo ahora, que sabes que tu cuerpo no es más que un grotesco error con el que vienes pactando desde que tienes uso de razón? ¿Podrás, después de estos tres días en que has ganado el tiempo perdido durante toda tu miserable vida, volver a ser quien ni siquiera eras?

# MARTÍNEZ Y ANDRADE DON RODRIGO

donrmarta@yahoo.com

Nació en Caracas, Venezuela, 1977, vive en la ciudad de los Caballeros de Mérida. Se describe con vocación transcontextual, que ha sembrado sus experiencias e inspiraciones de caminante creativo en Finlandia, Suecia, Estados Unidos y España. Don Rodrigo es poeta, ha colaborado en varias revistas como Solar, Aleph, el Diario Frontera, y la Asociación de Escritores de Mérida. Expuso en el II Encuentro de La Mujer Latinoamericana, Mérida, 2005: "La vulva como metáfora", Ensayo de estética y erotismo, de inspiración filosófica. Actualmente, se desempeña como Profesor e Investigador del Diplomado Internacional en Creatividad y Liderazgo. Es Gerente y Consultor de ABC aprendizajes, Asociación civil en las áreas de formación, consultoría y organización de eventos *creativos transdisciplinarios*. Realiza estudios en el Doctorado de Filosofía de la Universidad de Los Andes y en el Doctorado en Educación, de la Universidad Interamericana de Educación a Distancia de Panamá.

**OBRA LITERARIA:** *Quinario* (Ediciones Parayma, Mérida, 2001). Tiene inédito: *Naderías* (narrativa breve) y *Dalíndromos* (metapoemas), inspiración surrealista sobre la vida, obra y pensamiento de Salvador Dalí.

## AUSCULTÁNDOTE

Te oigo vida y se mezcla mi cuerpo con tu ruido. Despeino mi sombra que se ríe de ti. Mezclaste tus ecos con el miedo y brotas del baúl de mis labios de donde cuelgas. Tus flores no se marchitan. Hoy tampoco llueves.

Te oigo vida y no me encuentro. Vamos justo al esqueleto. Antes oí la muerte, me conducía hacia ti en busca de pieles. Para qué el camino sin desgastar mis huellas. Siento y presiento, no hay otra. Sólo el transcurrir entremezclado.

## TANACIDIO

Hace un siglo sepultaron a la muerte, se había cansado de morir, se enterró viva... su urna era de acero con cuatro cerrojos. El tiempo dejó de transcurrir, pues sin la muerte andando, se perdió el sentido. Millones de hiperviejos pudren las ciudades, la humanidad es una sola arruga.

Ahora asesinamos a los jóvenes, arrebatamos sus órganos y abandonamos sus restos vivos en islas del Pacífico. Alemania y Japón pagan mejor los trasplantes. La gente no tiene edad, las religiones quebraron, incluso desapareció el concepto de guerra.

¡Qué fastidio la eternidad!

## **ESPECTREROS**

a María Teresa Del Caprio

Me enterré en las sábanas buscando tu presencia. Tu olor me indicaba que aún estabas allí, eras un fantasma erótico y depilado. Amabas todavía el rastro de mi existencia.

Tu lengua sutil me atravesaba y lamías mis órganos descubriéndome. Yo me revolcaba en esa latitud inconclusa, una dimensión anatómico esotérica decías... orgasmo biliar, 69 óseo, misionero del corazón, sexo organoral, hasta masajearas mi sistema nervioso.

Tu sexo volátil se desplazaba en la frontera: ¿Era de luz? ¿Virtual? ¿3D? aunque derramaba gotitas de plata que salpicaban mi inocencia. Igual, mi carne luchaba, gemía sobre tu silencio, exploraba esa dimensión que inventabas en mí aún sin poder palparte.

Juego contigo a la espiritualidad, está bien... a la erospiritualidad me dices siempre sin titubeos.

## **AUTOFAGIA**

Salí a merendarme y me encontré conmigo, me paladarié como en un festín del ego. Recorrimos mi digestión amándonos. Vértigo de esófago. Tu y yo, bolo con olor a mí. Nos sumergimos en el remolino estomacal aferrados a los pezones, era un giro enamorado hasta el intestino, ahí me pedí matrimonio, entre curvas y presiones me dijiste ¡No! Y desapareciste. Yo continué digiriéndome. Al llegar al ano me encontré, te balanceabas en su vértice como en un chinchorro. Hicimos el amor entre sus pliegues. Luego caíste, no sé a dónde. Yo aquí me espero.

## **EROCIDIO**

Besé a la moribunda. Se tiñeron de soledad sus labios. Sus ojos eran alba detrás del alba. Su pecho era un silencio de recuerdos que en mi se morían. Sus manos casi neblina y luz, eran tacto inerte, pero tacto. Su silueta en mi silueta, amor amanecido, lleno de sombras que colorear. Mi memoria me daba vida. Mientras ella, allí; y yo, en mí; aunque me fuera en ella, a enterrar el futuro.

## **ORBE**

Un mundo con vida que engendra muerte. Un mundo con muerte que procrea vida. El mundo se hace y deshace, se ama y odia así mismo creyéndose el centro de su universo. Un mundo mundo que se desconoce, hay que psicoanalizarlo clamó Freud. El mundo no se dejó, tuvimos que ponerle camisa de fuerza, gritaba y llamaba al demonio, cupido también lloraba sin entender de neurosis y autarquía. Los sedamos juntos a los tres, abrazados en la ebriedad del tiempo. A cupido le dieron sobre dosis y se le desplumaron perpetuamente sus alas. En ayunas quedo el resto, hasta que el mundo orinó sus mares. Era un pedregal inhóspito y xerófilo, las ballenas rodaban por el fango, los pueblos se peleaban la lluvia, mientras el diablo intentaba recordar donde estaba la puerta de sus aposentos.

Paso el siglo y con él, el desespero. Ahora todos inyectamos al mundo sedante orbital cada 4 horas y media. Si no, se agitan nuestras casas y salimos sacudidos cual pulgas al sector de gravedad cero. Mi abuela fue una, su trayectoria elíptica pasa cada tres meses por nuestro techo, mi compadre no, el pesa menos.

A veces el mundo exige que lo amamanten, entonces hembras y machos de todas las especies necesitan ser ordeñados, es la ley orbital que lo exige pues un millón de millardos de millardos de litros no alcanzan ni para llenar el chupón del tetero. El ambiente fermentado llegó a su límite. La gente moría de olfato. Hasta que decidimos llenar los mares de formol. El mundo entendió su condición y fue a estacionarse en el cementerio de planetas.

Solo quedamos dos, yo y Eva. ¿Será éste el fin de los tiempos?

# VÍCTOR MONTOYA

montoya@tyreso.mail.telia.com

Nació en La Paz, Bolivia, 1958. Escritor, periodista cultural y pedagogo. Vivió en las poblaciones mineras de Siglo XX y Llallagua. En 1976, como consecuencia de sus actividades políticas fue perseguido, torturado y encarcelado. Estando en el Panóptico Nacional de San Pedro y en la cárcel de mayor seguridad de Chonchoro-Viacha, escribió su libro de testimonio "Huelga y represión". Liberado por una campaña de Amnistía Internacional llegó exiliado a Suecia en 1977. Egresado del Instituto Normal Superior de Estocolmo, en cuya Institución Pedagógica cursó estudios de especialización. Impartió lecciones de quechua, coordinó proyectos culturales en una biblioteca, dirigió talleres de literatura y ejerció la docencia durante varios años. Dirigió las revistas literarias "PuertAbierta" y "Contraluz". Su obra mereció premios y becas literarias (Premio Nacional de Cuento, UTO, Oruro, 1982; Primera mención en cuento breve del semanario Liberación, 1988; Primer Premio de cuento Escritores de la Escania, 1993). Tiene cuentos traducidos y publicados en antologías internacionales. Escribe en publicaciones de América Latina, Europa y Estados Unidos. Es responsable de la Antología Digital Narradores Latinoamericanos en Suecia: [www.narradores.se](http://www.narradores.se)

**OBRA LITERARIA:** *Huelga y represión* (Estocolmo, Författares Bokmaskin, 1979), *Días y noches de angustia* (Estocolmo, Författares Bokmaskin, 1982), *Cuentos Violentos* (Estocolmo, Luciérnaga, 1991), *El laberinto del pecado* (Malmoe, Luciérnaga, 1993), *El eco de la conciencia* (Malmoe, Luciérnaga, 1994), Antología del cuento latinoamericano en Suecia (Borås, Invandrarförlaget, 1995), *Palabra encendida* (Borås, Invandrarförlaget, 1996), *El niño en el cuento boliviano* (Estocolmo, Författares Bokmaskin, 1999), *Cuentos de la mina* (Estocolmo, Författares Bokmaskin, 2000), *Entre tumbas y pesadillas* (Lund, Heterogénesis, 2002), *Fugas y socavones* (México, Ficticia, 2002), *Literatura infantil: Lenguaje y fantasía* (Santa Cruz, La Hoguera, 2003), *Poesía boliviana en Suecia* (Estocolmo, Författares Bokmaskin, 2005). Antologías donde se menciona su obra: *Cuento y Poesía 1984* (Universidad Técnica de Oruro. Oruro: Editorial Universitaria, 1985). *Antología del cuento latinoamericano en Suecia* (Víctor Montoya. Borås: Invandrarförlaget, 1995). *Cuentos mineros del siglo XX* (Ricardo P. Poppe. Cochabamba: Los amigos del libro, 1995). *Antología del cuento boliviano moderno* (Manuel Vargas. La Paz: Ediciones del Ventarrón, 1995). *Die Heimstatt des Tío* (Manuel Vargas, Zurich: Rotpunktverlag, 1995). *El niño en el cuento boliviano* (Víctor Montoya, Estocolmo: Författares Bokmaskin, 1999). *El libro de todos* (John Argerich, Borås: Invandrarförlaget, 1999). *Heterogénesis: Artistas y escritores latinoamericanos en Suecia hacia el año 2000* (Miguel Gabard, Ximena Narea y Rubén Aguilera. Lund: Heterogénesis, 2000). *Antología del cuento erótico boliviano* (Jaime Iturri Salmón. La Paz: Alfaguara, 2001). *Abriendo puertas: Antología de ensayos* (Colorama, Cochabamba, 2003). *Ficciones en los 64 cuadros* (Sergio Gaut Vel Hartman. Buenos Aires: Desde la Gente, 2003).

## YO MATÉ AL CHE

Cuando me tocó la orden de eliminar al Che, por decisión del alto mando militar boliviano, el miedo se instaló en mi cuerpo como desarmándome por dentro. Comencé a temblar de punta a punta y sentí ganas de orinarme en los pantalones. A ratos, el miedo era tan grande que no atiné sino a pensar en mi familia, en Dios y en la Virgen.

Sin embargo, debo reconocer que, desde que lo capturamos en la quebrada del Churo y lo trasladamos a La Higuera, le tenía ojeriza y ganas de quitarle la vida. Así al menos tendría la enorme satisfacción de que, por fin, en mi carrera de suboficial, dispararía contra un hombre importante después de haber gastado demasiada pólvora en gallinazos.

El día que entré en el aula donde estaba el Che, sentado sobre un banco, cabizbajo y la melena recortándole la cara, primero me eché unos tragos para recobrar el coraje y luego cumplir con el deber de enfriarle la sangre.

El Che, ni bien escuchó mis pasos acercándome a la puerta, se puso de pie, levantó la cabeza y lanzó una mirada que me hizo tambalear por un instante. Su aspecto era impactante, como la de todo hombre carismático y temible. Tenía las ropas raídas y el semblante pálido por las privaciones de la vida en la guerrilla. Una vez que lo tenía en el flanco, a escasos metros de mis ojos, suspiré profundo y escupí al suelo, mientras un frío sudor estalló en mi cuerpo. El Che, al verme nervioso, las manos aferradas al fusil M-2 y las piernas en posición de tiro, me habló serenamente y dijo: —*Dispara. No temas. Apenas vas a matar a un hombre.*

Su voz, enronquecida por el tabaco y el asma, me golpeó en los oídos, al tiempo que sus palabras me provocaron una rara sensación de odio, duda y compasión. No entendía cómo un prisionero, además de esperar con tranquilidad la hora de su muerte, podía calmar los ánimos de su asesino.

Levanté el fusil a la altura del pecho y, acaso sin apuntar el cañón, disparé la primera ráfaga que le destrozó las piernas y lo dobló en dos, sin quejidos, antes de que la segunda ráfaga lo tumbara entre los bancos desvencijados, los labios entreabiertos, como a punto de de-

cirme algo, y los ojos mirándome todavía desde el otro lado de la vida. Cumplida la orden, y mientras la sangre cundía en la tierra apisonada, salí del aula dejando la puerta abierta a mi espalda. El estampido de los tiros se apoderó de mi mente y el alcohol corría por mis venas. Mi cuerpo temblaba bajo el uniforme verde olivo y mi camisa moteada se impregnó de miedo, sudor y pólvora.

Desde entonces han pasado muchos años, pero yo recuerdo el episodio como si fuera ayer. Lo veo al Che con la pinta impresionante, la barba salvaje, la melena ensortijada y los ojos grandes y claros como la inmensidad de su alma.

La ejecución del Che fue la zoncera más grave en mi vida y, como comprenderán, no me siento bien, ni a sol ni a sombra. Soy un vil asesino, un miserable sin perdón, un ser incapaz de gritar con orgullo: *¡Yo maté al Che!* Nadie me lo creería, ni siquiera los amigos, quienes se burlarían de mi falsa valentía, replicándome que el Che no ha muerto, que está más vivo que nunca. Lo peor es que cada 9 de octubre, apenas despierto de esta horrible pesadilla, mis hijos me recuerdan que el Che de América, a quien creía haberlo matado en la escuelita de La Higuera, es una llama encendida en el corazón de la gente, porque correspondía a esa categoría de hombres cuya muerte les da más vida de la que tenían en vida.

De haber sabido esto, a la luz de la historia y la experiencia, me hubiese negado a disparar contra el Che, así hubiera tenido que pagar el precio de *traición a la patria* con mi vida. Pero ya es tarde, demasiado tarde...

A veces, de sólo escuchar su nombre, siento que el cielo se me viene encima y el mundo se hunde a mis pies precipitándose en un abismo. Otras veces, como me sucede ahora, no puedo seguir escribiendo; los dedos se me crispan, el corazón me golpea por dentro y los recuerdos me remuerden la conciencia, como gritándome desde el fondo de mí mismo: *¡Asesino!*

Por eso les pido a ustedes terminar este relato, pues cualquiera que sea el final, sabrán que la muerte moral es más dolorosa que la muerte física y que el hombre que de veras murió en La Higuera no fue el Che, sino yo, un simple sargento del ejército boliviano, cuyo único mérito –si acaso puede llamarse mérito– es haber disparado contra la inmortalidad.

## CÁNDIDA, EL NEGRO Y EL PERRO

Cándida, la artista porno, ha escandalizado a la apacible y conservadora ciudad minera, donde instaló un local a media luz, para ofrecer un espectáculo erótico, en el que un hombre negro y un perro hacían el papel de *partenaires* masculinos.

La función comenzaba con una danza hindú, que en los antiguos templos babilónicos y egipcios simbolizaba la concepción y el nacimiento, la reconciliación de la mujer con todo su cuerpo, empezando en el vientre y terminando en los tobillos. Aunque la danza no era de seducción y menos de contemplación, adquirió un carácter erótico en el cuerpo de Cándida, quien, además de masturbarse con vibradores importados desde París, terminaba el espectáculo con la intervención de su esclavo sexual, quien pasaba el día atado a la cama como un animal doméstico y por las noches se alternaba con un perro en un acto zoofílico, distinto y original, que provocaba varios minutos de suspendido aliento, no sin antes arrancar de sus casillas a los espectadores acostumbrado a los atavismos y las tradiciones austeras de la vida matrimonial.

Se decía que Cándida provenía de tierras extrañas, donde las mujeres eran diosas que encarnaban la armonía de lo sensual y lo sagrado, que dominaban los secretos del amor y eran capaces de conducir a un hombre hasta el umbral de la muerte y devolverlo nuevamente convertido en un sabio en las artes de amar. Por eso mismo, la presencia de Cándida, en medio de una población proclive a las supersticiones, constituyó uno de los hechos más insólitos después de la aparición misteriosa de la Virgen del Socavón. Las mujeres casadas, remontadas en cólera y celos, la maldecían persignándose tres veces y la acusaban de ser un castigo divino o una víbora llegada del infierno para envenenar a las familias más conservadoras de la ciudad. Cuando la veían pasar por las calles, con un abrigo de pieles como único atuendo, la escupían con un desprecio que se hacía cada vez más intenso entre las mujeres, cuyos maridos empezaron a perder la noción de las buenas costumbres conyugales.

Así transcurrieron varios meses, hasta que una noche, reunidas en la plaza principal, decidieron dismantelar el local de Cándida, quien,



en poco tiempo y a fuerza de ofrecer sus encantos, se convirtió en la manzana de la discordia y en la imagen emblemática del libertinaje sexual. La muchedumbre marchó rumbo al antro de perdición, ubicado en un barrio periférico de la ciudad, donde Cándida, envuelta en siete velos, se mostraba en el escenario vestida de Salomé, la princesa judía que sedujo al tirano Herodes con su danza, y que, a cambio de su virginidad, le pidió la cabeza degollada de San Juan Bautista.

Los espectadores le seguían los pasos con los ánimos caldeados, mientras ella se despojaba los velos al ritmo de la música, transformándose en una bailarina de harén, las joyas pendientes del cuerpo, un diamante incrustado en el diente y una perla reluciente en el ombligo. Su vientre era liso, casi adolescente, y sus senos hinchaban el sostén con la misma armonía que sus nalgas hinchaban la bombacha. Las posibilidades expresivas de su pelvis, el meneo de sus caderas y el temblor de sus senos, hacían de ella una hembra irresistible a las tentaciones masculinas.

Afuera no había luna ni estrellas y el viento embestía desde los cerros, rugiendo como bestia herida. Las nubes, negras y cargadas, se desplazaban en el cielo, y las mujeres, atravesando las calles donde se perdían las luces y las voces, se aproximaban al local de esa mujer que todas las noches hechizaba a los hombres con la danza del vientre.

Cuando el Negro irrumpió en el escenario, conduciendo a un perro que vivía enjaulado como pájaro, su sombra se proyectó en el telón del fondo, recortado como la silueta del Minotauro. Al mostrarse bajo el ruedo de luz descolgado desde las pantallas, el público se quedó mirándolo con el mayor asombro que imaginarse pueda, pues el Negro, el cuerpo de gladiador y la piel lustrosa como el cuero, lucía un dragón blanco tatuado en el pecho, un barco pirata en la espalda y varias mujeres desnudas a lo largo de los brazos.

Cándida, levantándose sobre la punta de los pies, bailó dando giros vertiginosos y, deleitando a los espectadores con una gracia que le brotaba hasta por los poros, se dejó caer en los brazos de ese hombre cuyos tatuajes, dignos de una atracción circense, eran un espectáculo aparte.

El Negro, aunque sentía celos de sus propios ojos, no sabía cómo dejar de exhibir a Cándida en ese ámbito saturado de tabaco y sudor,

donde noche tras noche la poseía entre miradas encendidas y voces que se oían como el susurro de una serpiente entre las hojas.

Afuera, las mujeres seguían avanzando en tropel, las mantas y polleras desplegadas al viento. El rumor de sus voces chocaba contra las puertas y se alzaba hacía el cielo encapotado, donde los truenos parecían los rugidos de un animal extraño.

El Negro, cimbreando el cuerpo al ritmo del timbal, no la miraba a los ojos sino a los senos, que se bamboleaban con fruición dentro del sostén anudado a la altura del esternón. Cándida, consciente de que tenía delante de ella al esclavo sexual de su vida, se entregó en cuerpo y alma a un erotismo poco habitual, devolviéndoles a los espectadores más viejos el don de la fantasía y la potencia viril. El Negro enganchó una cadena en la collera de cuero y se puso en cuatro patas, imitando al perro que los miraba desde una de las esquinas del escenario. Cándida, dispuesta a ser ama y señora en el acto, lo sujetó por la cadena y lo paseó desnudo, hasta que él asumió sus instintos de animal salvaje y agitó la verga como un rabo entre las piernas. Fue entonces cuando Cándida, tras un golpe de palmas, lo incitó a lamerle los pies y a poseerla sobre los cueros esparcidos en el escenario. El Negro le husmeó el sexo y le desató las amarras del sostén con los dientes, poco antes de que ella se sintiera encendida por las llamas del amor y se quitara la bombacha de un tirón, dejando al descubierto la blancura de su cuerpo enteramente depilado. Luego se tendió de espalda y ofreció el centro de su cuerpo, abierto como una jugosa fruta tropical. El Negro la abordó con una aterradora sumisión de esclavo y, levantándole las piernas a la altura de los hombros, la penetró con todo el peso de su cuerpo. En ese instante, entre los espectadores, cundió una excitación desenfrenada, que les aceleró la respiración y los latidos del corazón. En tanto Cándida, mordiéndose el labio inferior y quejándose en un idioma desconocido, atrapó entre sus piernas la cintura del Negro, quien, a tiempo de eyacular, emitió un sonido gutural, como un toro embravecido, y se tumbó contra el suelo dando gritos de placer.

Cándida le lanzó una mirada veloz y, arreglándose la cabellera arracimada sobre la cara por el sudor de la piel, se puso en postura de cuatro y retrocedió hacia donde estaba el perro, la lengua colgante, babeante, y la verga candente como un clavo recién sacado del fuego.

En ese trance, las mujeres forzaron la puerta y ocuparon el local con la firme decisión de reducirlo a escombros. Los espectadores, sacudidos por los insultos y el sentimiento de culpa moral, huyeron en desbandada, cubriéndose el rostro con lo que había. El Negro y el perro se escondieron detrás del telón, mientras Cándida permaneció en medio del escenario, donde varias mujeres, iluminadas por el furor y la venganza, la rodearon dispuestas a destrozarla con las manos. Una de ellas, con una enorme verruga en la mejilla, le dio una bofetada increpándola: —¡Puta! Luego añadió: —¡Contigo llegó el infierno a nuestras casas!...

Las demás, blandiendo los brazos como armas, la arañaron y arrancaron los cabellos de cuajo. Cándida, sin quejarse ni moverse, dejó que le cayeran los golpes y los insultos, hasta cuando el Negro, que volvió a su condición humana y recobró los sentidos de la razón, salió en defensa de su amor. Entonces, las mujeres, al verlo desnudo y en su estado más natural, se echaron para atrás y salieron por donde entraron.

Pasado el incidente, que sacudió los cimientos de la ciudad minera, no se volvió a saber más de Cándida, del Negro ni del perro, salvo la historia de que este espectáculo se inició en Antofagasta, tierra de burdeles y pescados fritos, donde el Negro conoció a Cándida en un club clandestino del puerto, donde la escuchó cantar en un dialecto saharauí, con inflexiones del árabe clásico, y la vio mover el vientre al ritmo del timbal, con la magia y elegancia de las mujeres orientales. Terminada la función, el Negro la abordó instintivamente y, atraído por el olor a jazmín que le recordaba el pecho de su madre, la invitó a cenar alcuzcuz y a compartir la cama. Esa noche, apenas el cielo se vistió de estrellas y la luna asomó su pálida cara por la ventana, el Negro se sometió a los bajos instintos de Cándida, quien, al fundirlo con el fuego de su cuerpo, lo convirtió en su esclavo sexual y en sombra que la seguía por donde fuera.

## SICARIO

El día en que por fin debía eliminar al enemigo principal del gobierno, el cielo despertó encapotado y la lluvia caía disolviendo los ruidos de la ciudad. Entretanto yo, un simple sicario, que siendo aún joven cargaba ya una lápida en la espalda, desperté temprano, me puse un traje de cuero negro, impecable, y me calcé los botines de teitano, los mismos que compré con la mitad del dinero que me pagaron por adelantado.

Entré en el baño, me lavé la cara y limpié el borde del lavabo, donde preparé una hilera de cocaína, esa fiel compañera que llenaba los vacíos de mi existencia, sin traicionarme ni delatarme. Enrollé un billete de mil pesos hasta convertirlo en un canuto e inhalé con fruición el polvo blanco, tapándome una fosa nasal con el dedo. Minutos después estaba pletórico de vida, sonriente, queriendo tragarme el mundo y dispuesto a seguir mis instintos de asesino.

En el dormitorio, donde estaban escondidas las armas y las fotografías de mis víctimas, quedó el perfume de la prostituta que me abandonó a media noche, sin confesarme su edad ni su nombre. Abrí la gaveta del velador, saqué la pistola de doce tiros y, sintiendo el roce del frío metal contra mi piel, me la puse en el cinto. Aseguré la puerta y descendí las gradas hacia el garaje donde estaba aparcado el coche descapotable, cuyo motor, al encenderse, arrancó con la fuerza de ciento veinte caballos. Apreté el acelerador y recorrí por las calles mojadas de la ciudad, sin otro pensamiento que acabar con la vida del enemigo principal del gobierno, de quien no tenía más referencias que una fotografía ajada y la dirección donde vivía.

Atrás quedó la ciudad, como navegando en la lluvia. Detuve el coche contra la acera y miré el número de la casa donde debía consumar el crimen. Me ajusté los guantes de cuero negro y me cubrí la cara con un pañuelo. Bajé del coche. Dejé la puerta entreabierta, con el motor en marcha para facilitar la huida. Tomé el ascensor hasta el segundo piso, sintiendo que la cocaína y la adrenalina aumentaban mi pulso y mi coraje. Golpeé la puerta y escuché acercarse unos pasos desde el otro lado. Entonces, decidido a matar a sangre fría, me paré con mi mejor estilo: las piernas abiertas y clavadas en el piso, la pistola sujeta con ambas manos y la mirada alerta. Al abrirse la puerta, asomó el

rostro del hombre de la fotografía. No le dirigí la palabra, no pensé dos veces y lo revolqué a tiros sobre la alfombra más roja que su sangre.

Misión cumplida –me dije– mientras la detonación de los disparos me perseguía hacia donde estaba el coche, rugiendo como una bestia herida. *Misión cumplida*, me volví a decir, aferrándome al volante y alejándome del lugar, donde quedó el cadáver de la víctima, cuyos ojos, que reflejaban la pureza de su alma, me dieron la impresión de que se trataba de un buen tipo. Pero como mi deber no consistía en sentir compasión por el prójimo, me fui pensando en que todos somos iguales a la hora de la muerte.

No muy lejos de donde vivía, entre un hotel de lujo y un teatro de variedades, un piquete de seis policías me detuvo en el camino. Los policías se apearon del auto de sirena aullante, me hicieron señas de *¡Alto!* y me tendieron un cerco. En ese instante, resignado a morir como un simple sicario, sin honores ni glorias, empuñé la pistola, salté del coche hacia la calle y me batí a tiros por el lapso de varios segundos, hasta que uno de los policías, herido a mis espaldas, me disparó a quemarropa y me tendió de bruces.

De no haber sido ese maldito polvo blanco, que se apoderó de mi cuerpo como un fantasma dispuesto a despertarme los instintos salvajes, estaría todavía con vida, pensé, ya muerto, justo cuando la campanilla del reloj me despertó de la pesadilla, donde se cumplió el refrán que alguna vez me refirió mi padre: *Quien a hierro mata, a hierro muere.*

# JOSÉ OCHOA DÍAZ

hod80@hotmail.com

Nació en Caracas, Venezuela, 1960. Desde muy joven reside en el estado Yaracuy. Obtuvo los títulos de Licenciado en Letras y Licenciado en Educación en la Universidad de Los Andes (Mérida). Durante sus estudios en esta universidad fue merecedor del Primer lugar en cuento y ensayo, así como de una mención especial en poesía, en el concurso que anualmente auspicia la Dirección de Asuntos Estudiantiles de la ULA (DAES). Colaborador por muchos años de las páginas literarias-culturales de periódicos y revistas del país. Actualmente trabaja en la realización del primer *Diccionario Literario de Autores Yaracuyanos* y una Antología de poesía femenina yaracuyana. Ha sido profesor de la Universidad Nacional Experimental del Yaracuy (UNEY). Corrector y redactor de la revista Zonalterna que publica la Zona Educativa del estado Yaracuy, donde cumple funciones como Coordinador de Comunidades Educativas.

**OBRA LITERARIA:** Poesía: *Vuelo de Enigmas* (Caracas, Ministerio de la Cultura, 2005) “*Sombras de Invierno*” en *Cuadernos de cuentos* (Mérida, Escuela de Letras ULA, 1992), “*Rostros en rojo y negro*”, en *Ganadores IV Concurso de Cuento ensayo y poesía* (Mérida, DAES ULA, 1992), “*La soledad y la muerte en Hernando Track*”, en *Ganadores V Concurso de Cuento ensayo y poesía* (Mérida, DAES ULA, 1993), “*Bajo el signo de la noche*”, en *Ganadores VI Concurso de Cuento ensayo y poesía* (Mérida, DAES ULA, 1994). Tiene inédito el libro de cuentos *Hetaira y otros cuentos*, y el poemario *La casa llena de siglos*.

## ENTRADA SÚBITA

La muchacha de piel blancuzca y grandes ojeras nos trajo el café a la cama. Patricia, sin descuidar su desnudez, agradeció aquella displiencia. Después de quedar los dos solos en la habitación, Paty -como solía llamarle en nuestra intimidad- hizo a un lado la sábana y dejó ver con todo su esplendor las sinuosas líneas que desdibujaban aquel cuerpo sutil y pecaminoso, desprovisto de las caricias del ciego Alonso, su viejo marido nacido en Francia a mediados del siglo pasado. La atraje suavemente hacia mi cuerpo trasnochado y la amé en silencio; sus gestos de placer inundaban el cuarto del lujoso hotel que yo no hubiese podido pagar con el sueldo que ganaba como columnista del diario “Principios”. El aroma del café me sedujo enormemente -ella lo sabía- por eso la muchacha lo trajo a nuestra cama; por lo menos lo era

hasta ese momento, después, la calle representaba la verdadera realidad, esa que cada día no lograba entender y me sumergía en un abismo laberíntico. El timbre de la puerta sonó dos veces. Vi a un hombre de traje negro entrar súbitamente, luego, un largo túnel donde hace un frío inmenso.

## **ELLA**

Quiso desahogar su rabia en aquella página en blanco, pero las palabras se negaban a salir. Se habían quedado allí, en lo profundo. No dejaba de pensar en ella; largas noches de insomnio le daban la razón y se la recordaban a cada instante. Sin embargo la duda le carcomía los huesos hasta sumirlo en un estado de total autismo. Muchas veces lo intentó sin resultado alguno; aún así, no se daba por vencido y seguía pensando en ella con más fuerza. Ricardo, su único amigo, trataba de convencerlo para que desistiera de aquella obsesión; pero todos sus ruegos eran en vano. Sin su consentimiento le leyó sus mejores poemas, buscando distraerle y a la vez recordarle los triunfos obtenidos. El seguía impávido ante la página en blanco, los ojos desorbitados y las manos temblorosas sobre el teclado de una Rémington. Ella nunca llegó. De él sólo quedan algunos versos perdidos en los anaqueles de cualquier biblioteca.

## **CELEBRACIÓN**

Nataly lo miró fijamente a los ojos. El sabía que aquella deslumbrante mujer, de cuerpo casi perfecto era prohibida, peligrosa hasta el extremo de hacerle perder la vida. Pero sus instintos le traicionaban y lo llevaban a perderse en sensuales imaginaciones que lo sumían en un total estado de abandono e ignorancia. Bailaron hasta el amanecer como dos jóvenes enamorados, embriagándose hasta casi sumirse en el olvido. La empresa festejaba el triunfo obtenido a lo largo de treinta años; Alberto nunca sospechó nada. Era día de fiesta, de júbilo y de nuevos retos. “Papeles and company” había logrado el mayor volumen

de ventas durante el año y eso era motivo suficiente para celebrar. A la una de la tarde y entre las cuatro paredes del viejo motel, Alberto se encontró solo y sin saber cómo había llegado hasta allí. Se dispuso a hojear las páginas del diario, tratando de descubrir alguna noticia sobre la fiesta dada por su empresa. Su piel se ruborizó, no podía creer que aquello fuese verdad, Cristina aparecía sonriente, al lado, el arma incriminada.

## DETALLES

Llegó al apartamento a eso de las tres de la tarde. La cabeza le daba vueltas. No dejaba de pensar en Mariana, en las noches pasadas junto al mar con ella, amándola, creyéndola suya. Sobre la pequeña mesa una carta sin abrir y el arma grisácea con dos balas sin percutar. Era viernes, estaba solo, algo nervioso. Destapó una cajetilla de cigarrillos y miró con insistencia el reloj de pulsera. Alfonso le había dicho que no fuera al hotel ese día, pero él no pudo aguantar la tentación. Virginia y Eneida eran interesantes, además, había pasado inolvidables momentos con las dos, noches bañadas de lujuria y deseos inconfesables. “¿Por qué Mariana, mi vida, por qué?”, dijo apenas susurrando. La noche empezaba a caer, mientras su angustia aumentaba. Afuera, el ruido lejano de una sirena; quizás alguien perdido entre la vida y la muerte. Al fondo de la habitación, casi oculto en la misma, un pequeño cuadro de “Las Meninas” de Velásquez. También Álice y Elaine le habían amado hasta la saciedad. Jamás imaginó que las cosas pasaran de tal manera. Entonces maldijo la hora en que fue a ese hotelucho perdido entre las malolientes calles de aquella vieja ciudad. Dos lágrimas rodaron por las mejillas desgastadas en noches de bares y alcobas ajenas. El ruido del timbre de la puerta lo sacó de aquel letargo. Tomó el arma entre sus temblorosas manos. Eran las doce de la noche. Llovía con un dejo de tristeza. Otra historia comenzaba.



# GRACIELA PACHECO DE BALBASTRO

gbalbastro@gigared.com

Nació en Buenos Aires, Capital Federal, Argentina. Docente. Maestra Normal, Profesora de Literatura y Latín, Cicerone en Turismo. Se desempeña como conferencista, articulista, escritora. Es Presidenta del Instituto Argentino de Cultura Hispánica, Presidenta de la Casa de India para el Litoral Argentino, coordinadora de talleres: Narración Orogestual, Animación a la lectura y, Lectura y sentimientos, en el CEA (Centro de Estudios Artísticos) de Santa Fe. Premios y distinciones recibidas: En 1988 distinguida en el 3er. Certamen de cuento y poesía de la SADE. En 1997 obtuvo la Faja de Honor de la ASDE, por “*Floresta nueva de leyendas viejas*”, por mejor libro entre 1996 y 1997. En el 2000 La Publishers & Booksellers Guild le otorgó el Certificate of Honour por la difusión que en el extranjero de las letras latinoamericanas. El Indo-Argentine Cultural Centre le hizo entrega de este premio anual de la Asociación de Editores y Publicistas de Asia, ese mismo año. El Embajador de la India, Dr. Nigam Prakash, viajó a Santa ese 2000 para presentar su libro *Las piedras vienen contando...* traducido al bengalí y utilizado por escuelas de Calcuta. En ese acto fue galardonada por la Municipalidad de Santa Fe.

**OBRA LITERARIA:** Sus cuentos aparecen en las Antologías Santafesinas *Palabras para compartir*, Tomos I, II y III (1989), *La palabra viento en popa. Teoría de la narración oral* (Univ. Peruana, Lima, 1995), *Floresta nueva de leyendas viejas* (El Ateneo, Buenos Aires, 1996). Sus poemas aparecen en la antología *Urdimbre de sueños* (Fundación Bica, 1996), “iiiiiiiSh.....! , estamos narrando” (Instituto de Cultura Hispánica, Teoría de la narración oral, Santa Fe, 1996), “*La Filmadora*”, en *Huellas de palabras* (Fundación Bica, 1998), “*El laberinto de los textos*” (El Ateneo, Buenos Aires: *La leyenda del maíz*, 1997), “*Todo él enamorado*”, poema plaqueta (Fundación Bica, 1999), “*El libre albedrío en Melibea*”, Premio edición del Instituto de Cultura Hispánica, ensayo (2000), en “*Caminantes*” (Editorial Edebé, 2000), “*Las piedras vienen contando...*” (Institute of Spanish Studies, de Calcutta, India. A “*Las piedras vienen contando*” (Alsina, en español, Buenos Aires, 2002) y como e-Book en [www.amazon.com](http://www.amazon.com) “*Dulce de leche provinciano*”, cuento (Edebé, Buenos Aires, 2003). La Fundación Bica publicó “*El Quijote a pedir de boca*”, para el Ciclo de El Quijote (2005), Tríptico de sus poemas publicado por la ASDE en (Encuentros con el Arte, Club del Orden. Santa Fe, 2006), *Cuentos en escalera* (Antología de 19 cuentos), Santa Fe, 2006).

## LA MARIPOSA

Con el balde en una mano y la jarra en la otra, Ana abrió la puerta de calle. Un sol dorado, tibio y prometedor la recibió.

Giró entonces hacia las macetas que colgaban de las rejas y vio una mariposa espléndida sobre el geranio.

Era realmente hermosa, grande, amarilla y negra, como las que admiraba en su infancia. Casi no aleteaba. Parecía beber la luz. Le bastaba lucir su esplendor al sol.

Ana sintió que hacía mucho tiempo que no veía algo tan bello y perfecto y postergó su deseo de regar las plantas.

Supo que lamentaría cuando la mariposa ya no estuviese allí. Necesitaba sentirse dueña de lo bello, quería apropiarse para siempre, entonces tomó una decisión y rápidamente entró a la casa.

Andrés aún no se levantaba. La mañana del sábado se prolongaba entre las sábanas y pensó que haría otro poco de fiaca mientras Ana regaba las plantas. Cuando la escuchase entrar le pediría que preparase el mate.

Sin quererlo, la almohada lo llevó a un rápido balance de su vida.

La cosa andaba bien. El negocio de bienes raíces se movía. Había conseguido todo lo que deseaba. Y las cosas con Ana se habían estabilizado.

Su mujer, a la que había convencido de que las horas de cátedra eran una pérdida de dinero, había renunciado llorisqueando al principio pero ahora dedicaba todo su tiempo a la casa y los chicos. Y las cosas andaban mejor así. A él le gustaba más esa resignación de Ana.

Ana salió a la galería. Había dejado el balde y la jarra. Quería que tanta perfección y belleza fueran de su eterna propiedad. Agitó el insecticida en aerosol. Sólo un pequeño toquecito para atontarla. Luego pondría en práctica lo que había visto hacer a los coleccionistas.

Levantó su mano y se dirigió a la maceta. Pero la mariposa voló.

.....

Silvia salió a regar sus macetas. Los geranios explotaban en colores.

Preparó el jarro con agua y entonces la vio. Era una mariposa perfecta. El sol, las rejas y las flores le hacían de marco. Recordó las mariposas de su infancia.

Pero ésta ¡qué hermosa...!

Rafael postergó el momento de abandonar la cama. Las sábanas tenían aún el olor tibio y rosado de la dorada piel de Silvia.

—¡Qué bárbaro, viejo! —pensó para sus adentros.

—Veinte años de casados y me dura el metejón.

—¿Será por eso que le tengo paciencia a la petisa? Miren que hasta le aguanto sus cursos de arqueología. Se rió burlonamente de sí mismo. La entrevió a Silvia regando las plantas y la imaginó regresando pensativa, como ocurría los sábados, eligiendo entre preparar el desayuno, o volverse a desnudar para demorarse otro rato en la cama.

Silvia contempló la mariposa. No había volado. Estaba quieta, disfrutando del sol. La entendió.

Ella también quedó sintiéndola, dejando que los rayos la penetrasen voluptuosamente, atomizándola en partículas brillantes, en células cósmicas que se adecuaban a esa armonía.

Abrió los ojos, recuperó una a una sus células de luz, sus partículas brillantes las acomodó armoniosamente para que volvieran a ser. Fue mariposa-Silvia; Silvia-mariposa que voló libremente una vez más hacia la cama. Mientras tanto, la mariposa siguió, libre, aleteando suavemente al sol.

## **LA FILMADORA**

¡Pucha digo! Tener que morirme justo ahora, que no tengo tiempo. Si cuento el resultado de los análisis los amargaré a todos. ¿Para qué? Además debo ir a Buenos Aires ¡Al inquilino ése la que lo pone en cintura soy yo!

Hoy vino Dorita con los mellizos ¡Qué hermosos están esos nietos míos! En estos muchachitos lo veo a Ismael y me veo yo. Del abuelo han sacado esa seguridad, esa agilidad. Con sus dieciocho meses no hay escalera ni mesa que se les resista.

Pero... Dorita, ¡esta hija mía! Ya se metió en otro crédito: se compró la filmadora. (Sonaste, María Rosa, esas cuotas con seguridad que saldrán de tu bolsillo ¡para qué! ¿Para qué otra máquina llena de botoncitos que jamás entenderé?

¡Una maldita filmadora que aún no estará paga cuando mi plazo expire!

María Rosa se fue a Buenos Aires sofocada por el dolor que le producía la enfermedad carcomiéndola. Pero había que renovar contrato, controlar impuestos y nadie podía hacerlo.

Así que refunfuñando por los gastos, protestando de antemano porque no le cuidarían la casa, recomendando que apagaran las luces y que ¡¡¡por favor cierren las puertas con llave al salir!!!, se marchó.

No fue fácil esta vez conseguir otro inquilino. Y hubo que revisar las garantías, esperar los libre deuda, y no logró regresar enseguida. Pero si el dolor la dejaba respirar, también la dejaba pensar, y eso no era bueno tratándose de María Rosa.

—Hola, ¿Ismael? ¿Cómo están todos? ¿Te acordaste de descongelar el freezer?

—Ismael, mañana es el cumple de Agustincito, ¿cómo se organizarán? Mira que el nene cumple 23 y algo hay que hacerle. Que invite al grupito de siempre y hacé venir a los primos. Preparales una choripaneada y listo ¿la novia le hace la torta?.....

—Sí, María, sí. Quedate tranquila, vieja, será como si vos estuvieras. Dorita vendrá con todos y filmará la reunión. Ya verás, gordi, que podemos sobrevivir tu ausencia.

Y eso sí caló hondo en María Rosa: “sobrevivir tu ausencia”.

¿Cómo será la negritud del pozo al que la muerte la mande? ¿Cómo será la vida de los otros sin la vida de ella?, ¿Adónde irán a parar todos los esfuerzos y sacrificios que hicieron con Ismael cuando ya no esté la mano fuerte de ella manejando el destino de la casa grande?

¿Cómo morirse justo ahora que los mellizos están en su vida?

Y lo peor de todo: ¡Cómo soportar la idea de irse y no verlos nunca más!

En la soledad de esa pieza de hotel, María Rosa se dio cuenta de que lo más doloroso de la muerte era esa finitud, ese terminarse todo. Y recién entonces, el dolor la dobló.

El domingo el yerno los invitó a todos a almorzar para mostrarles las habilidades de Dorita con la filmadora. María Rosa tenía debilidad por su yerno y le gustó la idea de verlos a todos alrededor de la mesa joven. Y estando la familia reunida, el cumpleaños de Agustín comenzó a desfilarse por la pantalla.

La filmadora saltaba de una cara a la otra. Registraba las travesuras de los mellizos. Guardaba la imagen de la novia de Agustín terminando la torta. La llegada de los dos hermanos mayores trayendo la bebida. Ahora los muchachos estaban armando la gran mesa en el patio. ¡Cuidado las plantas de la vieja, que les tiene contadas las hojitas!, decía el vozarrón de Enrique, el mayor. Y la filmadora seguía guardando testimonio y las voces alegres invadían mientras la vida continuaba en la pantalla. Los vio cerrando la puerta con llave, los vio haciendo a ellos solos lo que siempre esperaban que hiciera la madre. Se extrañó de ver la casa tan ordenada, mientras la vida rebalsaba del televisor. Y la vida seguía, tan rumorosa, tan plena, tan fuertemente enraizada en la casa grande, retoñando en los mellizos, nutriéndose en la sangre nueva de las novias que traqueteaban en la cocina, animadas por la ausencia de la “suegra”, la vida, la vida... suturando, cicatrizando, devolviendo en plenitud lo que se le había dado. María Rosa cerró los ojos y vio, sintió... al fin comprendió que la muerte no era irse. Que ya no habría muerte para ella. Y desdoblándose... viendo todo como desde arriba y desde lejos, supo con certeza que siempre estaría allí, como todavía estaba su madre y como estaba su abuela, viéndolos crecer, viéndolos amarse, viéndolos perpetuarse en otros hijos. La seguridad de que la muerte de su cuerpo no era el fin, la llenó toda.

Cerró los ojos y una lágrima se le escapó. Pero ya no tuvo miedo.

# ALEJANDRO PADRÓN

apadron70@hotmail.com

Nació en San Antonio de Maturín, Monagas, Venezuela, 1944). Profesor de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la Universidad de Los Andes (Mérida, ULA) durante más de 30 años. Doctor en Economía de la Universidad de la Sorbona, París. Profesor jubilado de la ULA en el 2004. Primer Director de la Escuela de Medios Audiovisuales de la ULA. Guionista y realizador cinematográfico en los años 80.

**OBRA LITERARIA:** Narrativa: *Un cierto regreso* (Caracas, Comala, 2004) y *Zona de sombra* (Caracas, Comala, 2005). Ha publicado cuentos y ensayos en diversas revistas nacionales y extranjeras. Es colaborador del Papel literario del diario *El Nacional* y de la revista *Veintiuno*, de la Fundación Biggott.

## TIEMPO DE LECTURA

Suelo leer la prensa recostado a una poltrona de cuero, mullida. La luz de la mañana llega como la brisa a través de mi ventana. Pareciera un polvillo amarillento de tonalidades diversas que invade el espacio de la sala desvelando los objetos de la casa. Me sumerjo en las diferentes secciones del periódico, y digo me sumerjo, porque literalmente es así. Una vez que comienzo a escudriñar el contenido de artículos, obituarios, críticas literarias o simples noticias nacionales o extranjeras, el mundo que me rodea deja de importunarme. Puede sonar el teléfono o el timbre de la puerta o repicar las campanas de la iglesia que yo permanezco zambullido en sus decenas de líneas sin que nada ni nadie, me perturbe. Respiro frente a la realidad de papel que se me vuelve tan real como mis manos que la sostienen. Soy un hombre de edad imprecisa, pero me siento joven. Los únicos testigos visibles de esa condición, son justamente mis manos, mejor dicho, mis dos dedos pulgares que sujetan la cara anterior del periódico por sus extremos laterales manteniéndolo abierto y erguido mientras avanza la lectura. Ellas (las manos), poseen la suavidad de una piel propia de los intelectuales, son delicadas y ausentes de maltratos. Han sido concebidas para acariciar los papeles y libros que amamos o curioseamos durante nuestra vida de lectores. En la parte superior derecha de la página izquierda se distingue la fecha de hoy. A la izquierda de ella, claro está, si

pasamos las páginas, se encontrarán todas las fechas anteriores hasta el primer ejemplar publicado de este diario. A la derecha de la fecha de hoy aparecen las fechas futuras de quien sabe hasta cuando. Nadie puede predecir la vida de un diario en el tiempo. Algunos han durado años pero éste no es tan antiguo como parece aunque se acerca al medio siglo. Es uno de los mejores del país. Retrocedo en las páginas juntándolas para rescatar la de la izquierda con mi pulgar derecho y voy hacia atrás hasta donde lo desee. Me encuentro con que los Estados Unidos de Norteamérica han lanzando una bomba atómica en Hiroshima matando a millares de japoneses y han dejado una impronta que tendrá consecuencias futuras. Ahora me he topado con la noticia, en Ketchum, Idaho, sobre el suicidio de Hemingway, el Nóbel de 1954. Se disparó una escopeta en la cabeza y se voló los sesos ¿Qué le pasaría al viejo sibarita? Puras suposiciones, puras conjeturas y especulaciones de la prensa. Ni siquiera a quienes dejan notas escritas puede creérseles. Al leer esta noticia me he sentido extraño con una sensación de memoria y recorrido fuera de lo común. He intentado tomar conciencia de mi lectura y sólo puedo obedecer a la atmósfera de mi viaje, al señuelo de mi intuición y a nada más. Reviso varias páginas y aparece de repente, la desintegración de la otrora URSS. y luego la caída del muro de Berlín. Cuánta historia insólita junta. Cuántos centenares de víctimas constatadas. Yo, que he comenzado a leer con la placidez de mi cuerpo adaptado a la concavidad de la poltrona, por tantos días de lecturas, ahora, me resiento de torceduras en la espalda ¿Cuándo antes habían aparecido esos síntomas? ¿Tendrá esto que ver con el sentido de las páginas y las noticias que voy encontrando? No me extrañaría: ¡en esta casa pasa cada cosa! Ahora el pulgar de mi mano izquierda roza con el de la derecha y aquel, con delicadeza, y con la mera yema, tantea el borde de una página al azar y se abre el contenido a dos pliegos. La operación se repite y el avance o retroceso es vertiginoso, tanto, que observo la dermis de mi mano izquierda borrosa llena de venas y vasos capilares como si la piel fuera un pedazo de pergamino antiguo. Es raro, soy incapaz de mirar a otro lado mientras estoy sumido en estas páginas. Comienzo a tomar conciencia del entorno y siento temor en asomarme a la realidad externa al periódico. La gran noticia de hoy, según la página que miro, está dedicada *in extenso* a la llegada de los

primeros astronautas a Marte. Amartizaje destaca el título. El descenso ha sido exitoso y los dos conejillos de india han realizado el primer recorrido a pie y tomaron las primeras fotografías del Monte Olimpo. Que extraño, la bandera enarbolada en ese planeta no es la de los Estados Unidos. Más adelante, en la página de la derecha hay una primicia espeluznante sobre el deshielo de la Antártida: de un kilómetro y medio de espesor la nieve ha pasado, en algunas partes, a treinta centímetros. Se reseñan algunas catástrofes debido al recalentamiento de la tierra y al aumento en el nivel del mar. Observo mi mano derecha y hay nuevas alteraciones no para ser reveladas en este momento, pero están allí como testimonios de un fenómeno imposible de procesar ahora. He decidido al fin, mirar por encima de mis lentes (¿lentes?) fuera del ámbito del periódico. Mi casa pareciera la misma pese a los nuevos objetos entremezclados con los antiguos. En una de las paredes cuelga un solo cuadro de la colección de mi amigo Julio Zapata, eran cuatro y apenas queda el de las piernas convulsas ¿Qué se hicieron los demás? Me levanto de mi asiento y mi cintura cruje como una vieja silla de madera ¿Pero qué es esto? Avanzo hacia mi cuarto y al pasar frente al espejo reconozco mi rostro, vuelvo a revisar mis manos y comprendo con cierto aturdimiento, el desandar de mi lectura hecha en la poltrona junto a la ventana por donde se cuele un haz de luz rojizo jamás percibido por mí mientras leía.



# JOSÉ GREGORIO PARADA

josegparada@caramail.com

Nació en Bailadores, 1968. Licenciado en Letras mención Lengua y Literatura Hispanoamericana y Venezolana (1996) en la ULA. Tiene una “Maîtrise d’Espagnol” en la Universidad François Rabelais de Tours (1997), y un DEA (Diplôme d’Études Approfondies) en Lenguas y Literaturas Nacionales y Comparadas Francesas, en la misma universidad. Actualmente es profesor Asistente de Francés en la Universidad de Los Andes (ULA, en Mérida, Venezuela. Se ha hecho acreedor de la Mención de Honor, en Cuento, en el 7mo. Concurso de Cuento, Ensayo y Poesía, auspiciado por la Dirección de Asuntos Estudiantiles de la Universidad de los Andes, DAES, en 1995. Mención de Honor en el Concurso de Teatro de la Asociación de Profesores de la Universidad de Los Andes, 2003. Segundo premio en el Concurso de Cuento de la Asociación de Profesores de la Universidad de Los Andes, 2004. Segundo premio en el Concurso de Novela de la Asociación de Profesores de la Universidad de Los Andes, 2004. Primer lugar Concurso de ensayo Augusto Padrón. Maracay, 2005.

**OBRA LITERARIA:** “*De como un franciscano encontró las llaves del paraíso*” (Mérida, 7mo Concurso Cuento, Ensayo y Poesía, Dirección de Asuntos Estudiantiles de la Universidad de los Andes, DAES, 1996). *Entre amores, secretos y deslices* (poemario), Mérida, Colección Luna Nueva, Dirección de Cultura y Extensión de la Universidad de los Andes, 1996. *Imágenes de Bailadores* (Imp. de Mérida. Mérida, 2001). *Bailadores entre Misterio y Espantos* (Mérida, Ediciones APULA / Instituto Municipal de la Cultura de Bailadores, 2005). Tiene inéditos: *Para ella que está lejos* (poemas) y *Mi hijo el emigrante* (poemas): *Memorias de un refugiado* (novela), *De doctrinas y muerte* (cuentos); *El Pueblo de La Vera Cruz (relatos)*, *Estampas del Bailadores de antaño* (anecdota-rio).

## UNA CAMPANADA POR LA SUCESIÓN DE FIBONACCI

Creo haber oído la primera campanada de la medianoche. Tres disparos sin tregua. La confusión fue total. Las manos me sudaban; yo mismo era una esponja de agua, de sudor. No sé qué pasó exactamente. Apenas miré el cuerpo y quedé espantado, estaba tirado en el pavimento y lleno de sangre. La otra sombra se esfumaba de mis ojos en medio de la oscuridad rota apenas por las luces de alógeno que publicitaban al burdel del que acabábamos de salir. No me imaginaba la escena con policías ni testigos. Un extraño miedo se apoderó de mí y emprendí la retirada como arrancado del presente y del aquí para huir de tan ho-

rripilante escena. Y es que nunca había visto algo parecido: Un cuerpo inerte perforado por tres balas y manchado de ese líquido bermejo que procura vida.

Con todas las fuerzas corrí para huir de mí mismo, del bochorno de ver un costal de huesos tirado en el piso y, claro está, para no verme envuelto en semejante rollo con la justicia después de un altercado banal por una puta.

¡Pero quién coños me había hecho descarrilar de mi rutina diaria para llevarme al abismo de un vulgar despeñadero repleto de prostitutas desafortunadas y de malos olores! Ahora el puritano de toda una vida, con tres tragos en la cabeza y los interiores llenos de semen era otro. ¿Qué me había pasado? ¡Qué fácil había sido dejarse llevar por unas manos atrevidas que me habían sobajeadó el pene hasta convencerme de que todo saldría bien después de cruzar el umbral de la pequeña recámara del primer piso! Mi madre me hubiera creído incapaz de tanto atrevimiento, mis maestros de primaria se hubieran avergonzado de mí. Con la excepción de mi padre tal vez, todos hubieran repudiado estos actos. “Tan tranquilo y sano que es el muchacho”, como dicen por ahí. Como no me han conocido novia creen tal vez que mi pene estaba reservado para una mujer hogareña y hacendosa. Pues no. Al fin y al cabo tenía que probar porque veinticinco años son muchos según parece. Esto de ver revistas y masturbarse es como tener un cuento en las manos y empezar a leerlo sabiendo que la última hoja se ha quedado en la imprenta. Para el cura, yo sería el frustrado y atrevido seminarista que no tiene vergüenza al meterme con mujeres de la mala vida. (Él –ellos– no se dan cuenta de que las “malas mañas” también tocan con frecuencia a sus puertas y cuando pueden las dejan entrar con mucho gusto). En el seminario se aprende esto después de una diarrea de medianoche cuando regresas a tu habitación y consigues a los menores asustados corriendo con las piernas apretadas y las manos entre el culo después de una visita furtiva a la habitación del respetadísimo padre C..., profesor de Filosofía y Moral y Cívica. Mis antojos diarreicos fueron constantes y bien escondidos y, por supuesto, mis descubrimientos mayores. Pero dejemos que el cielo se ocupe del asunto, yo no soy nadie para señalar ni juzgar. Como quiera que descubrí que ése no era mi camino, hablé con el Director y le hice saber

mis intenciones de abandonar el seminario para que abogara por mí ante mis padres para que ellos entendieran que mis deseos de servir a Dios deberían ir por otros derroteros. No hubo el mayor reproche y mientras llegó el momento de entrar en la universidad, conseguí un puesto como ayudante en la frutería del señor Morales, un inmigrante canario que me hablaba constantemente de su tierra como si con cada inspiración el aire le trajera hermosos recuerdos de su terruño. Los minutos libres me hicieron poner en práctica las nociones de geometría y dibujo aprendidas en los claustros del seminario. Y es que al mirar tantas frutas uno queda extasiado con los arreglos de la naturaleza. Mire usted las sandías y se sorprenderá de su bonita configuración. El Kiwi es la máxima expresión de la perfección. Es un regalo para los ojos. Corte usted una naranja y tendrá una lección de geometría natural repleta de vitamina C.

Los ojos de María, la chica que vende flores, se confunden con la verdadera pureza del Nazareno. Cuando envuelve la rosas en el celofán no sé si admirar el reflejo de la inocencia en sus pupilas o los pétalos que caen recordándome la sucesión de Fibonacci y el non plus ultra del ángulo de oro que nació con la creación inundando el universo de un aura dorada mucho antes de que naciera el primer guarismo para representar la unidad. El 1,61803 se apoderada de mí cada vez que María me miraba. Pi perdía todo valor y las frutas resbalaban por mis manos como si estuvieran cubiertas de baba y terminaban desparramadas contra el suelo. Ella se reía tímidamente y el señor Morales fruncía el ceño y me anotaba las guayabas o las chirimoyas destripadas a mi cuenta. Fi se diferenciaba no obstante de Pi desde el punto de vista matemático pues el último no es solución de ninguna ecuación polinómica (a estos números, como el “e” descubierto por Euler, se les llama trascendentes), mientras que el número de oro sí que lo es. En efecto, una de las soluciones de la ecuación de segundo grado  $x^2 - x - 1 = 0$  es  $\frac{1+\sqrt{5}}{2}$  que da como resultado el número de oro. Pero éste no era el asunto importante. ¡Me estaba enamorando de María! (¿o ya estaba enamorado y no me había dado cuenta?). Fidias me hubiera dado un porrazo al saber que nunca me atreví a confesarle mi amor a María. Ella se fue volviendo como el mármol de las estatuas del famoso escultor griego. Ahora entiendo que mi conducta fue tan irracional como los

números en cuestión. El señor Morales ni nadie en el mundo podían entender mis tribulaciones. Eran gritos ahogados en el silencio. Pero la vergüenza era mayor y por eso nunca le declaré mi amor. Un buen día María ya no vino más y no supe de ella tampoco nunca más. El rectángulo sobre el que se asienta el Partenón representado por la cajetilla de cigarrillos de la que el patrón sacaba sin cesar su dañino contenido, no me hizo olvidar a María.

Vino la universidad y sus reveses; Las protestas estudiantiles y el cierre del comedor universitario; Dos, tres o cuatro policías muertos; Los números dando vueltas en un papel y el croquis de mi habitación haciendo juego de proporcionalidad con el edificio del frente para recordar las leyes de Pitágoras y la relación entre los catetos y la hipotenusa imaginaria dibujada en mi cabeza desde la cornisa de la habitación hasta la ventana de una estudiante de derecho que me saludaba todas las mañanas desde lo alto. Luego vinieron los gnósticos a joderme con el cuento de que la estrella del pentagrama era la representación mágica del Creador del universo todo inmaculado y coronado por cinco puntas que reflejan el microcosmos humano. Esa estrella es matemática pura y un paréntesis al número de oro que Pitágoras conocía como la palma de su propia mano. Mientras que a un profesor le levantaban un juicio por abusos contra estudiantes, yo seguía con mis cálculos y mis repetidas lecturas de “El Hombre que calculaba” de un tal Malba Tahan. En todo seguía buscando la suite de Fibonacci. 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34, 55, 89, 144, 233, 377... Pero estaba equivocado. Los robos a los bancos y el aumento de la pobreza se correspondían más bien a las proporciones geométricas; los huecos de las calles y sus correspondientes trabajos de reparación eran aleatorios; el abuso contra menores de edad era apenas una variante en las estadísticas del país. Con mucho pesar, las matemáticas se convertían en sucedáneas de un sistema que las manejaba a su antojo. Cuando nos entregaron el carnet de estudiante digitalizado apareció nuevamente la proporción áurea y con ella las rencillas entre grupos por tomar el control de la Federación de Centros Universitarios. En las elecciones estudiantiles ganó el peor (el que más ofrecía). Desprevenido me agarró la policía y tuve que ir a dar declaraciones. ¿Qué declaraciones? Los golpes fueron muchos. Un hombre con una cicatriz en el pómulo derecho me preguntaba sin pa-

rar por los números que tenía escritos en la última hoja del cuaderno. Ése (y los otros) no había oído hablar de Fibonacci y pensó –con toda seguridad– que el matemático era uno de los revoltosos que iba a hacer estallar una caja de resonancia con panfletos contra el gobierno. Proporciones era una palabra que no existía en su reducido vocabulario (excepto las tan cacareadas 60, 90, 60). Me gané pues, una “entradita” y mis antecedentes policiales fueron inaugurados con una mancha de subversivo. “Pero si Juanchito nunca se ha metido en líos”. A pesar de mi inocencia, mi familia tuvo que mojarle la mano al comandante para que no mandara mi expediente para los tribunales. Con sobrada razón comencé a encerrarme más temprano desde entonces en mi habitación después de salir de clases en la tarde.

Sucedió que la chica de derecho, Fabiola, me invitó cierta noche a una fiesta de cumpleaños. Mi timidez llegó a su fin cuando probé no sé que cosa y, como dicen coloquialmente, me puse alebrestado. El codo se levantó una y otra vez y terminé con las tripas en el baño. ¡Qué vergüenza con Fabiola! Primera y última vez que entré a su apartamento. Venía de una ciudad cercana y sus padres tenían buena posición social. Ella intentó ser amable conmigo y presentarme ante sus conocidos como un “buen amigo”. Pero yo metí la pata. ¡Qué cosas cuando se es tan tímido! Con el tiempo me enteré que se había casado con un patán que la engaña a su antojo.

Tal cual película me alejaba momentáneamente de los números y me llevaba con temor (pensando siempre en las redadas) a una sala de cine. El “Regreso al futuro” me hacía soñar con mis ambiciosos planes de máquinas futuristas propuestos al departamento de robótica de la Universidad. *La suite de Fibonacci* y *l'angle d'or*, como se les conoce en francés, seguían escarbando mi cerebro. Cuando Alonso me dijo que se había acostado con su novia y que había descubierto “la perfección de su cuerpo” sentí la tentación más grande. Quería dejar al Partenón, a Keops y a la tumba rupestre de Mira para internarme en la geografía femenina y explorar los rincones perdidos de los diagramas de Leonardo da Vinci, el de la ilustración de La Divina Proporción de Luca Pacioli publicado en 1509. Pero qué diablos podía yo decir al respecto si jamás había tocado ni siquiera el ombligo de una mujer, el centro de ese sistema solar indescriptible. A la mujer le estiraría manos

y pies y haciendo centro en el ombligo dibujaría una circunferencia. El cuadrado, en la figura de Vinci, “tiene por lado la altura del cuerpo que coincide, en un cuerpo armonioso, con la longitud entre los extremos de los dedos de ambas manos cuando los brazos están extendidos y formando un ángulo de  $90^\circ$  con el tronco”. Me imaginaba el cuerpo de la mujer sobre el piso para comprobar que el cociente entre su altura (lado del cuadrado) y la distancia del ombligo a la punta de la mano (radio de la circunferencia) es el número áureo. La idea no me dejó dormir durante varias noches. Era como un fantasma. Veía a Blanca, la compañera de “Programación III”, tirada en el piso, desnuda, diciéndome que el centro de su circunferencia estaba en el pubis. Yo medía sin cesar sus sobresalientes pechos y los hallaba en proporción áurea con sus piernas y sus caderas. Luego Blanca desaparecía y era sustituida por Ana, la del grupo de oración y después por Margot la del curso de inglés. En todas Fibonacci había hecho su trabajo. Cuando despertaba, la única novedad eran los interiores mojados. Nada más. La *Spira mirabilis* que nacía en sus ombligos (así lo suponía) tal vez se reproducía más abajo, en la caverna que vuelve loco al incluso al más cuerdo. Eran el reflejo de los caracoles de mi pecera. Era necesario medirlos.

De allí vino una salida y otra. Una cerveza y otra. Después llegó la sonrisa de Arlette, así dijo llamarse y cuyo nombre me recordó el de una francesa que asistió a un congreso de Matemática Pura aplicada a la Inteligencia Artificial realizado en Baños, Ecuador. La Universidad me pagó los viáticos para exponer mi trabajo. Los otros cuatro que me acompañaron tuvieron cuatro días de vacaciones étlicas y de igual manera se trajeron su Certificado por su “destacada participación en el Congreso”. Según mis principios, la francesa resultó muy atrevida. “Usted sí es marico” me dijeron los otros, pero qué podía yo hacer si en tales asuntos era un ignorante. Pasé el mal rato inventando historias de indisposición por problemas personales.

En el “Pinguino” ocurrió la cosa con la prosti, manera ésta tan despectiva de llamar a estas muchachas que alivian los padecimientos a penosos como yo. Vaya usted a saber cuántas angustias las han llevado a estos antros. Serían las nueve de la noche. Entré resuelto a perder el miedo, a que ocurriera lo que tenía que ocurrir. Me dijo que la invita-

ra a un trago. El lugar no estaba muy concurrido (era apenas jueves). La conversación tomó varios senderos hasta que sin darme cuenta sus manos me elevaron por los aires hasta el primer piso. Fibonacci desapareció de mi mente ante semejante inmensidad nunca antes vista por mis ojos. Fui descubriendo poco a poco que el asunto con María hubiera sido un viaje al paraíso, pero no era María la que me hacía caricias, era una pelo-pintado que me decía que no me despabilara, que me concentrara en el movimiento. ¡Listo mijo! ¡Son diez mil bolívares! Ahora era Superman, transformado sin su ropa de periodista. Bajamos la escalera tomados de la mano. Los ojos de los clientes del bar se fijaron en nosotros y, según la costumbre, una lluvia de aplausos nos mojó de pies a cabeza (o al revés porque la lluvia cae). Un tipo moreno se precipitó hacia nosotros. Yo no salía todavía de mi primer asombro cuando me vi forzado a entrar, en un abrir y cerrar de ojos, en una discusión que nos llevó a la calle. Tal vez el hombre tenía algo con tal Arlette y eso lo enfureció porque se me vino encima como un ogro; era una bomba de ira. Para ser diablo le faltaban los cuernos nada más. Yo todavía seguía flotando y no me daba cuenta de que sus pesadas manos me asían del cuello de la camisa; tal vez sus uñas me arrancaban sangre y yo seguía en el hipnotismo de la prostituta. No sé si resbalé por las escaleras. ¡Vamos pa' fuera coñoemadre! Así dijo retándome delante de los curiosos que deseaban una película de Jean Claude Van Dam. Entendí que la cosa era en serio, que tendría que defenderme, que las excusas no tenían lugar ni sentido. Levanté la mirada hacía aquel que me retaba. ¡No podía ser! ¡El hombre de la cicatriz en el pómulo derecho, el policía que me había dado unos cuantos coñazos por lo de la supuesta caja de resonancia, era ahora mi adversario! “Ahí lo tienes Juanchito si te las quieres desquitar”. La confusión reinaba en mi cabeza. Tenía que darle sus tres trancazos o dejaba de llamarme Juan. Ése era mi grito ahogado de guerra, mi tímida consigna. Las puertas se displayaron de par en par. Algunos curiosos nos siguieron para servirnos de sombra en la oscuridad. Ya no comprendía lo que me seguía diciendo. La prostituta repetía sin cesar “¡Chico, deja tranquilo a ese pobre muchacho!” El hombre estaba tan sordo como yo. La neblina recreaba un ambiente a lo Bram Stoker. No hubo tiempo para un primer golpe. Sería que la iglesia quería acompañarme en esta

mala hora porque oí la primera campanada de la medianoche. Enseguida vinieron los tres disparos. La confusión fue total. Las manos me sudaban; yo mismo era una esponja de agua, de sudor. No sé qué pasó exactamente. Apenas miré el cuerpo y quedé espantado, estaba tirado en el pavimento y lleno de sangre.

La otra sombra se esfumaba de mis ojos en medio de la oscuridad rota apenas por las luces de alógeno que publicitaban al burdel del que acabábamos de salir. No me imaginaba la escena con policías ni testigos. Se me enturbió la mente y caí. Un extraño miedo se apoderó de mí y mi alma emprendió la retirada como arrancada del presente y del aquí para huir por siempre de tan horripilante escena. Yo era un cuerpo inerte perforado por tres balas y manchado de ese líquido bermejo que procura vida.

Segunda campanada de la noche.



# JUAN PINTÓ

pintojua@cantv.net

Nació en Maracaibo, Zulia, Venezuela, 1943. Poeta y narrador, profesor jubilado de la Escuela de Letras y del Instituto de Investigaciones Literarias “Gonzalo Pícion Febres” (IIL) de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes. Desde 1968 reside en Mérida. Obtuvo Primer Premio en el VII Concurso de Poesía de La Universidad del Zulia (Maracaibo, 1969) y el Primer Premio en el Concurso Poesía de la Asociación de Profesores de la ULA (Mérida, 1982).

**OBRA LITERARIA:** En poesía: *Curso determinado* [en unión con Jesús Serra] (Maracaibo, Universidad del Zulia (LUZ), 1966), *Ciudad día* (Maracaibo, LUZ, 1969), *Vuelo del cuerpo* (Mérida, Lamparalabra, ULA, 1997). En narrativa: *Desandar lo andado* (Mérida, Casablanca, 2003). En ensayo e investigación: *Bibliografía de la poesía zuliana* (Mérida, Centro de Investigaciones Literarias de la Facultad de Humanidades, ULA, 1974), Co-redactor junto a Lubio Cardozo del *Diccionario General de la Literatura Venezolana: Autores* (Mérida, Instituto de Investigaciones Literarias de la Facultad de Humanidades, ULA, 1974 (1a. Edición) y de la *Seudonimia literaria venezolana* (Mérida, Centro de Investigaciones Literarias-CIL, ULA, 1974) y *La poesía experimental* (Mérida, Consejo de Publicaciones de la ULA, 1983). Una selección de sus textos narrativos y poéticos fueron publicados en la *I Antología de Poesía y I Antología de Narrativa, de la Asociación de Escritores de Mérida* (Mérida, AEM / CONAC, 2004-2005), de la cual es miembro activo.

(De *Desandar lo andado*)

## AIRE

El alarido sonó potente y desgarrador, ella boca abajo agotaba la última fuerza del delirio.

Todo había sido un estrépito. El encuentro soslayado muchas veces, al fin producía fuegos y cataclismos necesarios. Los años pasados eran detonadores de las pasiones más fogosas, de las búsquedas más absurdas.

Un viajar a lugares sin sentido, un irse para el infinito y volver al sitio de los cotidianos recorridos, amor y sexo rabiando excusas para los ejercicios del cuerpo y la lumbre.

Bellas visiones del jardín, largos besos clandestinos no aptos para los choques verdaderos. Sexos retorcidos, cuando las urgencias no tenían palabras, sólo mordían con furia la posibilidad de la cópula perfecta.

Un lazo en el cuello del aire, apretó con fervor místico la posibilidad de la comunión total, la muerte.

## **VIRGEN**

El último de sus ganchos de pelo, rosas plásticas, desapareció en la negrura del mar aceitoso y estático. Sólo un grito inconmensurable cortó la noche.

El Virgen del Valle abrió su trompa de ballena blanca y tragó con avidez toda esa turbamulta sedienta de vanos anhelos.

Una larga ristra de días espesos como soles amasados no había quebrado esa voluntad necesaria de ofrecer en el Santuario la pureza resguardada con hojillas de acero blindado. Muchas lunas habían protegido esos ardores, esas calenturas de hombre, y siempre el norte prometido se alzaba redentor y eterno.

Cruzó todo el país, esquivando asedios y peligros, sin dudar jamás de la estrella que se había forjado.

Una muchedumbre alterada por sirenas de presagios se arremolinó en cubierta y una mano surgida de quién sabe qué cielo empujó el destino.

# ENRIQUE PLATA RAMÍREZ

plataenr@ula.ve

Nació en Maracaibo, Zulia (1959). Narrador, Doctor en Literatura (Summa Cum Laude) en la Universidad Complutense de Madrid (2004). Magíster en Literatura Iberoamericana y Licenciado en Letras (ULA), Profesor del Instituto de Investigaciones Literarias (Facultad de Humanidades, ULA). Con el cuento *Quilitoño* fue acreedor del I Premio de Cuentos “José Benedicto Monsalve” (Mérida, Diario *Frontera*, 1989), finalista del Concurso del Cuento Zuliano. Maracaibo, 1987. Menciones en el Concurso Internacional de Cuentos “A quien pueda interesar” (Tamaulipas, México, 2000) en IV Concurso Internacional de Relatos Jamais (Sevilla, España, 2001), en Concurso de Cuentos “Casa Nacional del Teatro” (Santo Domingo, RD, 2001). Premio I Concurso de Novela “Corredor del Henares” (Torrejón de Ardoz, España, 2002). Finalista en II Concurso de Cuentos “Melpómene”, Villa de Ingenio (Las Palmas Gran Canarias, España, 2002), en I Concurso de Cuento Breve y Cuento Erótico (Galicia, Alternativa Editorial, 2002). *Ya no estás más a mi lado corazón*, recibió el Premio de Novela 2003, de la Asociación de Profesores de la ULA, Mérida, y *Al acecho de la postmodernidad*, Primer Premio de Ensayo 2004, de la Asociación de Profesores de la ULA.

**OBRA LITERARIA:** *Nárvera: ¡Calores!* (Mérida, 1988), *Azares y otros cuentos* (Mérida, 1997), “Tu cuerpo como la noche”, en: *Molto vivace. Antología de cuentos musicales* (Madrid, Páginas de Espuma, 2001), *Actos de magia* (Madrid, ACL “Corredor del Henares”, 2002), “Actos de magia”, en: *Antología de cuentos inéditos 2* (Sevilla, Jamais, 2003). *Harot: o la venganza de Polifemo* (Mérida, Solar/AEM, 1999) y *Ya no estás más a mi lado, corazón* (Mérida, APU-LA, 2004). *Al acecho de la postmodernidad* (Mérida, Asociación de Profesores de la ULA, 2005). *Cuentos y cuentistas. Presencia de un nuevo lenguaje narrativo* (Madrid, ACL “Corredor del Henares”, 2003). *Inéditos: Quilitoño, Los regresos; Territorios sagrados y otros espacios cercanos I y II; Yo no he visto a Linda, y Strike Cantado.*

## **SOBRE CENIZAS**

(fragmentos)

1

El teléfono repicaba furiosamente. Afuera caía una fuerte nevada que me mantenía escondido bajo las sabanas. Serían las dos o tres de la mañana y por nada del mundo quería levantarme a atender, seguramente se trataba de algún necio que llamaba para fastidiar. Me arropé hasta la cabeza y olvidándome del teléfono volví a quedarme dormido. Me levanté muy tarde, cerca del mediodía, monté la greca del café, me

di un baño, preparé el desayuno y me dispuse a escuchar los mensajes. En un rato debería estar saliendo al trabajo. Afuera seguía nevando y supuse que muy pocas personas andarían pateando las calles madrileñas.

—¡Amor, sé que estás allí! —dijo una voz muy agitada, como si algo espantoso la persiguiera, o quizá, como si acabara de develar un terrible secreto— ¡he encontrado el umbral!... Esta misma noche lo traspasaré —reconocí la voz de Cecilia— trata de no demorarte, estaré del otro lado aguardándote... ¡Te amo negro! —Colgó. Sentí la excitación de su voz por aquel supuesto umbral que acababa de encontrar y juro que no alcancé a comprender nada de lo que decía.

## 2

Algunas veces tengo la sensación de que alguien me vigila. Es algo que me resulta muy incómodo, y de alguna manera indescriptible, por ejemplo, cuando sientes la mirada penetrante de alguien que por cualquier razón no cesa de mirarte desde un rincón o lugar que no alcanzas a descubrir. Otras veces siento como si un ser indefinible, etéreo, me observara permanentemente, como si yo habitara detrás de una gran pantalla cinematográfica y unos ojos —o muchos ojos, cientos de ojos, miles de ojos, los de todos los espectadores o curiosos— siguieran cada uno de mis pasos, de mis movimientos, por extraños y banales que parezcan. Esta sensación me escuece enormemente, y cierta angustia y temor me invaden al pensar que alguien ordena, desde alguna parte que no alcanzo a vislumbrar, cada uno de los actos que debo realizar, incluso, cada una de las palabras que debo decir, y más aterrador aún, mis pensamientos, como si existiera una fisura cerebral por medio de la cual ordenara todos mis actos.

Son esos los días en que me creo una marioneta movida por los más delgados hilos de la vida y anhelo encontrar un lugar remoto donde poder esconderme, pero aquella mirada implacable me persigue por todas partes, sin darme tregua, ni un mínimo descanso. Siento su pesada fuerza caer sobre mis hombros, como si el acto de la mirada me ajusticiara por algún crimen implacable. Soy Caín, acusado por todos, sin poder encontrar un lugar para esconderme y darle reposo a mis huesos. Quedo, entonces, plenamente a disposición de las parcas

y muchas veces deseo que una de ellas corte el puto hilo y me deje caer al abismo de la nada.

Es una sensación terrible, de angustia y desasosiego, porque dudas de tu existencia, porque piensas si tú (yo en este caso) no eres el Otro (o no eres nadie), quien está detrás de la pantalla, o eres un ser de pacotilla, un figurín de una pantalla cualquiera. Del televisor o de una computadora, por ejemplo. Es cuando anhele una calle larga, que sea la salida de estas regiones inverosímiles; una calle en donde pueda abandonar todo mi temor, mi espanto; una calle larga, muy larga, para echar a correr y que nadie pueda detenerme jamás; una calle larga que, paradójicamente y por alguna inexplicable razón, me atemoriza...

Resulta horrible esa sensación. Desesperante, porque te produce cierto escozor en alguna parte de ti. Es asqueroso sentirse vigilado, atado a unos actos y hechos que muchas veces no queremos realizar, que de cierta manera sabes que no son tuyos, que quisieras rechazar pero no puedes ¿Será que desde alguna dimensión otra, alguien, un dios o un humano, nos dicta las pautas que hemos de seguir durante toda nuestra vida? En alguna parte ha de existir una puerta o una ventana que sirva de conexión o de entrada a otro mundo, mundo de realidades y pesadillas angustiantes o de virtualidades agobiantes. Será una entrada secreta que permita acceder al más allá, por donde podremos huir, escapar. Sé que voy a encontrarla, seguramente al final de una calle muy larga.

Siete niños van corriendo por una calle larga, todos tienen miedo. La calle se vuelve un callejón sin salida y a mediodía, cuando alguien baja el interruptor, todo se torna oscuro, regresan las tinieblas, la medianoche se instala en los corazones y el vacío, reina. Ojalá tuviéramos otras razones para tener miedo. Siete niños corren por una calle muy larga...

3

Algunas veces nos toca representar papeles distintos a los nuestros. Yo, por ejemplo, en ocasiones he sido mi padre, mi hermano y mi propio rival. Tampoco le encuentro sentido el tener que representar nuestro propio drama, a fin de cuentas no es más que la forma de aflorar nuestras pulsiones, nuestros bajos instintos, nuestras pasiones.

Cuando soy mi padre y debo saltar por encima de él, mi rival me agrede, me escupe y suelta una sarta de idioteces. En ese instante me recojo sobre mí mismo y comienzo a soñar. El sueño siempre será una posibilidad de escape.

Aunque también puede resultar una pesadilla. De alguna manera, es la posibilidad inmediata que tengo de reencontrarme con Mariela.

Fecha: Marzo 10 de 2001 9:46:55 AM / De: "Mary"  
mmariela@unicornios.com /Asunto: estás bien????? /  
Para: "El DinosaurioRojo" eldinosauriorojo@dinosaurios.com /  
Hola!!!!

De nuevo apareciste en mis sueños. Estabas en tu casa, tenías una pierna rota, no podías caminar y por ello no me habías escrito, no sé cómo me enteré pero cuando lo supe decidí ir a visitarte. Llegué a tu casa con mi madre, mi hermana y una amiga, y estabas allí con tu pierna enyesada, recostado en un sofá, que se veía muy cómodo por cierto, con libros alrededor, y lo mejor, sonriendo y bromeando como siempre... Espero que todo esté bien. Besos y un caluroso abrazo. MM.

4

Nunca he creído mucho en eso de los sueños, que es como decir me importan un pito Freud, Jung, Lacán, y toda esa cuerda de pirados que se han dedicado al estudio de los sueños. De los sueños de otros, desde luego y nunca de los de ellos mismos.

Siempre ha habido un interés lúdico y morboso por abordar los espacios del otro, por transgredir sus ámbitos y violar sus territorios, sólo para achacarle a ese otro lo que no queremos ver en nosotros. En última instancia, si quisiera aceptar una especie de premonición o vainas de esas, prefiero la historia de José, el judío vendido por sus hermanos.

Debe ser bien jodido tener a un hermano narcisista, egocéntrico, que a cada rato te esté recordando que él es el elegido de Dios y uno que no pasa de ser un bolsa de mierda que ni siquiera el fulano diablo, Luzbel, Satán o como coños se llame, te preste atención y menos aún te invite a participar de su sublevación intergaláctica.

Es allí cuando te das cuenta que no eres nadie, que tu vida no vale una mierda y que los charros mexicanos tienen razón cuando comienzan con su llanto quejumbroso de sí “No vale nada la vida, la vida no vale nadaaa...”

Se empieza siempre llorando y así llorando se acaba...”

La vaina que producía cierta envidia con respecto a José, era que podía encontrar las claves ocultas en los sueños, claro siempre las claves que mandaba Dios, y ha de ser bien arrecho eso de estar recibiendo señales de Dios. Porque debe resultar del carajo llegar y decirle a la jeva que a uno le gusta: “¡Epale mujer, tú sabes que Dios, Nuestro Señor, me dijo que tú eras la jeva de mi vida...” Y mirarla después, directamente a los ojos, y ver para donde coge con esa pata hinchada. De puta madre debe ser todo aquello.

Sin embargo, más realistamente, creo que la mayoría de las veces los sueños sirven para esconder nuestros temores, nuestras frustraciones, nuestros deseos, y en algunas ocasiones para mostrar nuestros anhelos, nuestras ensoñaciones y nuestras carencias, desde luego. El mundo de los sueños es otro espacio del cual, si lográramos arribar adecuadamente, no regresaríamos, en el supuesto caso de que nos fuera favorable, o saldríamos pitando, si nos resultara tenebroso, terrorífico, horroroso, y cosas de esas.

Y es que debe ser bien jodido encontrarse al conde Drácula en uno de nuestros sueños. Y uno también con la pata enyesada para donde coge. A dar brincos en esa puta cama para que el coño loco vampiro no te muerda el cuello y evitar convertirte en un pálido inmortal, y cuando regresas, cuando vuelves a la oscura realidad de aquella noche de pesadillas, te encuentras con las bolas arrugadas y chiquititas, recogidas sobre sí mismas del puro espanto nomás.

—Los sueños, por cierto, son como las mujeres: imprevisibles. Tú sueñas una vaina y juras que significa tal cosa pero es lo contrario. Igual pasa con las mujeres, cuando te dicen que no es que sí. Nunca he podido comprender a ninguna mujer, eso sí, las prefiero a cualquier hombre aunque se cuele en esto una posición machista, total, quién dijo que el machismo era malo, y menos aún después de haber descubierto la insurgencia del hembrismo, tan funesto como el machismo. A

fin de cuentas, el machismo era la institución por medio del cual nuestras madres mantenían el dominio de los hombres de la casa.

Había una sana manifestación del machismo impulsado por nuestras madres. Deformado sólo por unos cuantos estúpidos que creían que caerle a coñazos a la mujer era sinónimo de gallardía. Una vez leí por la prensa acerca de un fulano que había seguido a su mujer hasta comprobar que le era infiel y la esperó pacientemente en casa, esperó incluso que se duchara y se acostara, luego, metiéndole un coñazo en la mandíbula que la dejó sin sentido por un rato que debió ser muy largo, la desnudó y la ató a la cama. Cuando la tipa despertó, le había cortado los pezones y jugaba con ellos con cierto placer demoníaco. No pudo gritar porque tenía la boca vendada, así tuvo que soportar que le depilara la cocoya y se la fuera rebanando lentamente, haciéndole una incisiva ablación, con cierta locura y sadismo, primero el clítoris, luego los labios mayores y finalmente los menores, y peor aún, que el fulano comenzara a digerirla mientras se masturbaba sobre el rostro de ella. Después le corto una mejilla y volvió el tipo a masturbarse sobre ella, mezclando el semen con la sangre; más tarde le rebanó una nalga y una teta completa, y vuelta el tipo a masturbarse; así hasta que la fulana murió desangrada y se enteraron del asunto porque una hermana de la tipa llegó de improviso a visitarlos y se encontró con aquel dantesco espectáculo, con el tipo desnudo arriba de su mujer. La hermana salió dando gritos, asustada y creyendo que el hombre podía agredirla a ella también. El fulano ni siquiera intentó vestirse, terminó de hacerle el amor por enésima vez, y esperó pacientemente a que llegara la policía y se lo llevara. Alegó que sólo quería darle un escarmiento en carne viva.

Aquella historia dantesca, contada por el fulano mismo a una de esas revistas amarillistas de crímenes pasionales y cosas por el estilo, me dejó alucinado por mucho tiempo. Sólo que la misma estupidez se repite con el hembrismo, las mujeres prepotentes que consideran que jodiendo al hombre, incluso a sus hijos, se están redimiendo de no sé cuántos miles de años de atropellos e injusticias.

Las mujeres son los seres más extraños del universo. Hoy te dicen algo y mañana le dan la vuelta y te dicen que jamás dijeron eso, sino todo lo contrario y lo arrecho es que te lo hacen creer. Y no es la paja



esa de que si los hombres son de Marte y las mujeres de Venus. Esas son pazjuatadas para sostener la época, el momento, el bestsellerismo. Hasta tanto no entendamos que hombre y mujer son dos mitades exactamente iguales, sin que uno sea mejor que el otro, ni siquiera complemento del otro, nunca podremos afirmar que el ser humano sea plenamente feliz e igual. La diferencia, más allá de la vaina sexual que cada cual lleva entre las piernas, está en el cerebro, es decir, como hay hombres inteligentes hay mujeres inteligentes; como hay hombres estúpidos las hay también mujeres. Eso es todo, el aprovechamiento de la inteligencia, y tampoco por aquella paja de la seducción, de lo erótico y tal y que sé yo.

Eva sedujo a Adán al verle aquella erguida serpiente entre las piernas, pero Adán estuvo así al ver la higuera que Eva llevaba consigo. Uno y otro, para decirlo en términos orientales, no son más que el yang y el yin. Y que me llamen machista, si las mujeres tienen derecho a declararse feministas, yo tengo el mismo derecho a declararme machista. Aunque muchas veces mi mujer me grite: “¡Hoy te toca dormir en el suelo!”

5

Lo de Mariela es bien extraño. Ambos vivimos huyendo de nosotros mismos. Sé que llevo todo un caudal de sentimientos nobles y firmes hacia ella, pero también sé que, por alguna poderosa razón, debo distanciarme, alejarme lo más que pueda. Sé que ella siente tanto como yo, aunque siempre lo niegue o pretenda ocultarlo. Incluso por encima de las frustraciones y desencantos.

Hay una búsqueda mutua, uno de la otra, o a la inversa, es una búsqueda permanente, incluso en los sueños, como si no existiéramos más que ella y yo. Ella siempre intentando protegerme, que si una pata rota, o la pata hinchada, o cosas así; yo siempre queriendo amarla: en mis sueños hay un Café pequeño y nosotros solemos encontrarnos allí. De fondo una vieja canción de The Beatles. A veces nada nos decimos, sólo nos tomamos de las manos y nos quedamos mirando mucho rato. Otras le leo poemas o ella cuenta sobre mitos y leyendas, en especial sobre un gallito de oro que su abuelo, gallero reconocido, solía llevar consigo a todas partes. Es un Café que se encuentra en una calle poco

concurrida, a las afueras de la ciudad. Las personas entran y salen y nosotros allí. Luego, muchísimo rato después, cada cual toma su camino.

Lo curioso es que en el sueño pareciera que nos estuviésemos viendo a escondidas, como dos furtivos amantes, pero luego al regresar a casa, la encuentro allí, tan hermosa, tan radiante, y no pasamos de un frío hola.

Como si fuera mi mujer desde hace diez años y nos estuviésemos engañando con nosotros mismos. Nunca se lo he contado porque de seguro se echaría a reír y exclamaría ¡Qué loco eres! Pero eso es en uno de mis sueños. Una vez sentí que debía huir de su lado y me fui. Quería estar lo más lejos posible, para olvidarla quizá, para sacudírmela, para sacarme ese espanto hermoso que me hace llevarla en alguna parte de mí mismo. Esa fue la primera vez que llegué a París.

Llovía y hacía un frío de puta madre. La llevaba tan adentro que su recuerdo me rasguñaba y me hería y me producía fisuras por donde se escapaba su imagen, su risa, su mirada.

Tiene la mirada más hermosa que jamás haya contemplado. Es una mirada cálida y muy tierna, como si con ella pretendiera abrigarme, protegerme.

Quizás sea eso lo que más me atraiga de ella. Es una mirada infinita, apacible, pero a la vez muy lejana. Como si escondiera algo oscuro, tenebroso, pecaminoso, no lo sé, algo indefinible.

Sé que con ella ha querido muchas veces abrigarme, pero por alguna extraña razón, aunque la amaba como a nadie, yo deseaba huir de su lado, sentía que necesitaba estar lejos y por eso llegué a París. Era primavera, llovía y hacía frío. Me dediqué durante un mes a caminar, a deambular por todas partes, a cumplir el ritual del turista o del vagabundo, a ir y venir sin motivo aparente, y sólo días antes de regresarme le envié un email: Fecha: Jueves, 18 de Mayo de 2000 10:44 a.m.

De: "El Dinosaurio Rojo" [eldinosauriorojo@dinosaurios.com](mailto:eldinosauriorojo@dinosaurios.com)

Asunto: viaje Para: "Mary" [mmariela@unicornios.com](mailto:mmariela@unicornios.com)

¡Hola mujer!

Estoy en París, asombrado y boquiabierto en esta ciudad infinita. Deseo verte el martes, si dios lo permite, no te comprometas, por favor, hasta el viernes, pues espero secuestrarte hasta ese día. Un abrazo. Yo, el dinosaurio rojo.

6

Todo regreso implica siempre la posibilidad de un encuentro con alguien. Yo añoraba verla, abrazarla y decirle lo que sabe y no acepta. No entiendo por qué tenemos que huir de nosotros mismos, como si un dios pequeño, irascible y voluminoso quisiera distanciarnos. Algunas veces somos el envés y el revés, la derecha y la izquierda, el punto donde convergen y distancian lo anterior y lo posterior. Somos parte de aquellos siete niños asustados que recorren la calle, que huyen de lo cuadrado de nuestro mundo interior que ha sellado cualquier atisbo de salida.

Una bandada de palomas levanta vuelo desordenadamente, parecen querer huir hacia otro cielo, más brillante, más lejano, en donde no haya guerras ni vacíos ni llanto. Las palomas son muy blancas, aunque a veces parecen oscuras y cuando se alejan, puntitos grises en el cielo gris.

Desde una ventana de cristal, alguien observa todos aquellos movimientos. Su universo parece una hoja en blanco que de pronto se va llenando de huellas, de manchas, de pasos... Siete niños corren por una calle muy larga, todos tienen miedo...

7

¿Y si no fuéramos más que la vieja fotografía en sepia colgada en alguna pared, contemplada nostálgicamente por alguien que alguna vez nos amó?

¿Y si no fuéramos nosotros mismos, sino las imágenes de aquellos archivos aparecidos de pronto mientras un Otro crea mundos disímiles y distantes en el disco duro de alguna computadora?

# JOSÉ MIGUEL PLATA RAMÍREZ

miguelp@ula.ve

Nació en Mérida, Venezuela, 1968. Profesor Asistente e Investigador de Inglés, en Lenguas Instrumentales y Lengua Inglesa, Universidad de Los Andes. Licenciado en Letras, mención Lengua y Literatura Inglesa, Magister Scientiae en Lingüística (2000), *New Resources in the Teaching of English* (Oxford University Press, 1991), *New Approaches in English Language Teaching* (Oxford University Press, 1994). Ha participado como ponente en distintas ciudades como Luisiana-USA, Orlando-USA, Madrid (España), Oranjestad (Aruba). Ha sido acreedor del Premio al Estímulo del Investigador (PEI) y de la Orden Ciudad de Mérida.

**OBRA LITERARIA:** En el área docente y de investigación tiene numerosas publicaciones en memorias de congresos y revistas especializadas, entre los que destacan: *Una nueva alternativa para la enseñanza del inglés en Venezuela*. Cuadernos de Ensayo. Asociación Cultural Latinoamericana “Corredor del Henares”. Madrid, España, 2003. *El uso de materiales auténticos en la enseñanza del inglés en la escuela básica venezolana*. En: *Entre lenguas* (Centro de Investigaciones de Lenguas Extranjeras, Universidad de Los Andes. Vol. 7 N° 2. Mérida, 2002). En narrativa breve tiene inédito el libro: *Pánfilo Lagartija*. Textos de su autoría fueron publicados en la *I Antología de Narrativa de la Asociación de Escritores de Mérida*, Venezuela (Mérida, AEM/CONAC, 2004), y en la *II Antología de Narrativa “Relatos de humor sin extrema-unción”, de la Asociación de Escritores de Mérida* (AEM /CONAC, 2005).

## TE REGALO UN ARCOIRIS

Los últimos destellos del sol no eran más que un vago y triste recuerdo en mi agrietada memoria. La tarde se había ido muriendo lentamente ante mis ojos, como cuando se marchitan los ciruelos en los árboles del pueblo ante la indiferente mirada de la gente.

La luz del día se fue y las primeras sombras de la noche llegaban, cubriendo toda la naturaleza, opacando sus vivos colores. En medio del patio estaba yo, sentado en la sillita de madera que padre me había regalado hace mucho tiempo, cuando mudé mis primeros dientes de leche. Estaba allí, estático, sin aliento, con los ojos hinchados de tanto derramar mi llanto, desde hace muchos días ya, creo que desde el día que ese doctor vino a casa y dijo con toda su parsimonia que Carolita se iba a morir. Así como si nada. Dijo que se iba a morir porque su corazón era muy débil y no quería trabajar más. Pero dígame usted qué

culpa tiene Carolita que su corazón sea bien flojo, ¿usted cree que ella tiene la culpa? No, ella no la tiene. Apenas cuenta con nueve años y toda una vida por delante. Carolita tiene unas increíbles ganas de vivir. Yo lo sé, porque fue ella misma quien me lo dijo justo antes de que viniera el curita a echarle la bendición para que pudiera juntarse pronto con los demás angelitos, allá en el cielo. Y ella sin querer articular una palabra, taciturna, con su respiración entrecortada, acostada en su cama de sábanas de tul precioso con bordes de terciopelo.

Hoy me pidió una estrella y no pude responderle. No supe cómo hacerlo. Me dio mucha lástima; ella muriéndose, queriendo un último deseo y yo sin poder complacerla, sin poder decirle que sí; porque me dio pena decirle que las estrellas no son estrellas. ¿Cómo podría encontrar una estrella si en realidad no existen?. Ella no sabe que el cielo no es más que una inmensa sala de mucha paz y mucha luz. En realidad hay tanta luz que, los que allí habitan hacen pequeños agujeritos en el suelo para que todas las noches la luz pueda salir tímidamente por esos pequeños agujeros y alumbrarnos poquito a poco, titilando toda la noche, hasta que el sol aparece y ya no podamos ver más esos agujeritos a los que nosotros llamamos estrellas. Pero, ¿cómo decirlo? ¿Cómo coger un agujero de esos?

Carolita siempre me ha dicho cosas bellas. Un buen día me dijo que deseaba que la acompañara a volar por un cielo azul de primavera, que en realidad podíamos hacerlo, que podíamos buscar nuestra felicidad y olvidarnos de tanta tristeza que existe por estos lados. Ahora yo no sabía que hacer, no sabía cómo no decepcionarla. Me ha dicho que no quiere morir, que me quiere mucho. Esa misma tarde me dijo, con la seriedad de sus escasos años, que el ser humano era tan grande como la magnitud de sus aspiraciones, que quería vivir. En realidad sentí que ese espíritu era inmenso, que no quería morir. Esa noche no se murió porque había decidido vivir para mí.

Una mañana, cuando el alba apenas se había marchado, me pidió un Arcoiris y yo aún sentado en mi sillita de madera, sin saber qué decirle. Podía ver su extraño semblante a lo largo del pasillo que estaba justamente en dirección a donde me encontraba sentado desde hacía muchos días; también podía escuchar su aliento moribundo. Decidí levantarme y correr a lo largo del inmenso valle que se abría imponente

delante de mí. Corrí con todas mis fuerzas a través de una explanada adornada de gélidas lagunas. El sol estaba a medio salir y unas pequeñas gotas de lluvia mojaban la tierra e impregnaban el aire de un olor primaveral. Comencé a descender por una gran ladera. Por un momento me detuve y miré hacia el cielo y allí estaba: majestuoso, con sus vivos colores de alegría, formando un gran arco que pasaba justo al lado del sol y se perdía en la cumbre de la montaña. Con el olor a tierra mojada recordé el rostro de Carolita y decidí obsequiarle aquel hermoso Arcoiris.

Seguí corriendo, atravesé ríos y cascadas de aguas diáfnas y cristalinas. Subí la montaña sin descanso hasta llegar a la cima y aún estaba allí. La brisa venía dormida desde más allá de las montañas y ascendía por el valle, entre los riscos de rocas, y daba sobre mi cara desnuda. Alcé mi brazo y pude tocarlo por un extremo. La mano se me tiñó de azules, rojos y amarillos intensos. En la cajita azul –donde mi madre solía guardar los botones, hilos y agujas de sus costuras y donde ahora yo guardaba mis metras y mi cauchera– decidí meterlo todo, poquito a poco, hasta que toda la cajita no fue más que un conjunto de destellos de hermosos colores y la cerré. Un Arcoiris completico para Carolita.

Llegué a casa y Carolita me miró con sus ojos tristes. No pude ocultar mi alegría cuando le entregué mi cajita azul. Ella me miró y me dijo que no necesitaba mi cauchera ni mis metras. La miré bonito, luego le dije:

—*“Te regalo un Arcoiris para ti solita”*. Abrió la cajita con una curiosidad infantil y su rostro se iluminó de alegría. Metió su diminuta mano y también se le tiñó de vivos colores primarios.

—*“Dame agua”*, me dijo feliz. Fui, le conseguí un vaso de agua y se lo entregué. Introdujo sus dedos en la cajita y luego los puso sobre el borde del vaso hasta que seis gotitas se deslizaron una a una en el agua, cada una de un color distinto. Se bebió el líquido resplandeciente y se sintió mejor.

Me dio un beso y abrazados fuimos hasta el umbral de la puerta. Ya era de noche y los agujeritos en el cielo titilaban tenuemente. De la cajita azul, sacó el Arcoiris y con un suave movimiento lo tendió hacia fuera, hacia el imponente valle. Mucho más allá, el otro extremo se

perdía de vista detrás de las montañas, iluminando el panorama con mágicos colores. Esa fue la noche más hermosa que haya visto jamás.

—*“Podemos andar sobre este puente hacia la felicidad”*,—dijo Carolita.

—*“Pero, ¿cómo caminaremos sobre él?”*—pregunté.

—*“Sólo con las huellas de nuestra imaginación”*—me dijo sabiamente.

Entonces, agarrados de la mano, decidimos caminar sobre aquel hermoso Arcoiris de intensos colores vivos y hermosos para encontrar la felicidad de Carolita, y la mía, en algún lugar, mucho más allá, detrás de las montañas, donde no existe la tristeza.

# DORIS POREDA

dporeda@cantv.net

Nació en Lüneburg, Alemania, 1945. Vive en Cumaná, Venezuela. Profesora Adscrita al Departamento de Filosofía y Letras de la Universidad de Oriente, Sucre (UDO), de las Cátedras Comprensión y Expresión Lingüística, Introducción al Latín, Literatura Grecolatina y Alternativas de Trabajo de Grado. Y Profesora de Alemán en el Departamento de Idiomas Modernos de la Escuela de Humanidades y Educación del Núcleo de Sucre. Ganadora del Primer Concurso de Periodismo Literario “Juan José Acuña”, Cumaná, Sucre (1988). Primer Premio de Narrativa (compartido) del Primer Concurso Literario “Día del Profesor Universitario, APUDONS, UDO-Sucre, Cumaná, 1997”. Primer Premio de Narrativa del Segundo Concurso Literario “Día del Profesor Universitario, APUDOS, UDO-Sucre, Cumaná, 1998”.

**OBRA LITERARIA:** Poesía y crítica literaria en el Suplemento Cultural *Fabulario*, del diario “El Satélite”, Cumaná, 1983. Columnista del “Semanario de Oriente”, Cumaná (1986-1991). Co-Autora del libro *Ensayos* (Casa “Ramos Sucre”, Cumaná, 1987). Columnista del *Diario Provincia* (Cumaná, 1995-1996). Trabajo publicado en la Revista *Saber. Autores de temas Grecolatinos en ‘El Cojo Ilustrado’*. Vol. 11, N° 1, enero-junio 1999. Trabajo publicado en la Revista *Saber* Título: *‘Lo clásico’ en una muestra poética del Oriente venezolano*. Vol. 13, N° 2, noviembre 2001. *Poesía clásica en el Caribe venezolano*. En: *Trizas de Papel*. Revista del Centro de Actividades Literarias “José Antonio Ramos Sucre”, Cumaná-Sucre, Año XIII, 2000, N° 13. Publicación de material didáctico: *Glosario clásico griego* (Trabajo de Ascenso, UDO-Sucre, 2001). Compilación, prólogo y cronología del libro: *Hugo Sánchez Medina: Al fondo de la brecha* (2002). Ensayo y traducción de poesía alemana: *Nelly Sachs: La poesía como patria* (Revista Literaria *Poda*, N° 3, 2006).

## FUEGO CORTO

Cuando encontraron el cuerpo parcialmente calcinado de un hombre maduro, recién llegado de un viaje procedente de Europa, de “presunta” –como suelen decir los funcionarios– nacionalidad extranjera, una mujer en cucullas cerca del cadáver se aferraba a una antorcha humeante en la mano izquierda y un cepillo en la derecha. Balbuceaba algunas palabras inconexas:

“Sucio...”, “mohoso...”, “salitre...”, “azul...”, “amor...”

No se movió ni cuando le preguntaron si el hombre era el dueño de una lancha llamada “Nórdica”, anclada en la playa frente a la casi-



ta, construida casi al borde del agua. En el lugar de los hechos, como dijeron, debió acumularse gran cantidad de gasolina, en vista de las dimensiones del siniestro. Entre los escombros se podían ver restos de documentos, cartas, pasaportes, fotos medio quemadas de mujeres sonrientes, grupos de hombres desnudos y maquillados, productos gomosos procedentes de botellas plásticas y velas de santos.

La mujer tampoco dijo nada cuando la arrestaron. Sólo se alisó el pelo lacio de morena aindiada y se sentó sin presión en el puesto trasero de la patrulla. Cuando se alejaban, los inspectores leyeron, sin entender, un mensaje en una de las paredes de la casa: *Das Ende*.

## II

Percibió que ella le lanzaba unas miradas más prolongadas de lo normal –un poco más de los segundos reglamentarios–, y hecho el *musiú*, que de hecho era, se lanzó a preguntarle algo, con mayor dificultad de habla de la que adolecía realmente. Se dio cuenta de que ella cogió candelas –*Sie hat Feuer gefangen*, pensó–, mientras se imaginó la mejor manera de hacer este abordaje que se le presentaba a la hora en que las chicas no suele estar en una bomba de gasolina.

Tenía sus antecedentes de seducción con éxito, desde que asumió lo que le pasaba a las mujeres cuando el azul profundo de sus ojos las alcanzaba. Ella, con la rapidez con que el monte seco de verano acoge la primera chispa, se dedicó a responder a las preguntas que él se inventaba sobre la marcha, con el interés que le producía una conquista en proceso.

La llamó para invitarla a cenar, después de dejarla en remojo por tres días y porque no era elegante debocarse a la primera. Calculó que para entonces ella estaría a punto y alegó la mejor razón para verla: que quería *haprenderr kastiyano*. Con tácticas de galán experto, la noche del encuentro la invitó a su casita de playa –único lugar vivible para quien se pasó la vida en el frío, dijo–, la hizo sentar en una mesa que había dispuesto dentro del agua de la playa, salió a buscarle algo de beber, y colocó una de sus piezas favoritas de *Queen* en el reproductor de la salita. Ella se preguntaba cómo era posible no haber encontrado antes tal frescura y desenfado en un ejemplar masculino entre los especímenes locales, y se sorprendió a sí misma cuando le vino la loca

idea de probar esa misma noche hasta donde le alcanzaba la frescura al catire.

Tomó varias copas de un *Blanc de Blancs* muy frío que él le servía, al tiempo que se extendía locuaz en explicaciones sobre las cepas de uvas blancas que lo originaban. Aunque ella no entendió mucho de aquello, le extrañó que él no tomara más que refresco, pero le pareció parte de su galantería, una especie de esnobismo de animal de lujo, como quien aparta con desdén las costumbres generalizadas. Más tarde supo, por infidencias de sus amigos borrachos, que sus refinados métodos lo hacían irresistible para las chicas y luego, rápidamente, hablaban de otra cosa.

Él mismo había dispuesta la cena para los dos: ensalada de huevos rellenos con salsa de *Meerretich*, *Goulasch* con Páprika de Budapest y, al final, uno de los postres más alemanes que existen: *Rote Grütze* con salsa de Vainilla. Como sobremesa le habló de su afición a la alta cocina y le mostró el autógrafo de Paul Bocuse que guardaba desde que conoció al *chef* en un curso dictado en Lyon. Ella, como insecto tropical alrededor de la luz, no podía apartarse de su órbita, ni disimuló estar encantada en su compañía. Él se daba cuenta de que ya la había ganado y bajó un poco la intensidad de sus atenciones. Comenzó a hablar del ordenamiento de la ciudad, un tema que le venía al pelo, como pudo notar ella.

“Me gusta vivir acá”, dijo él, “nadie te controla, puedes hacer lo que te da la gana”. Después comenzó a exponerle cómo arreglar – lecciones de prolijidad aprendidas en la *Hochschule* alemana – este trozo de mundo, la ciudad que conocía ya bastante bien, a pesar del poco tiempo que vivía en ella. Dio algunos manotazos en el aire y se transportó en un delirio urbanístico: colocó un segundo puente al lado del viejo puente de la avenida Gómez Rubio, trasladó el Indio de la redoma a una meseta del Turimiquire, expropió las casas que impiden el paso a las vías alternas, desocupó de trastos el viejo aeropuerto y lo convirtió en el primer bosque húmedo –un nuevo *Regenwald*, dijo orgulloso–, creado por el hombre, luego recogió a los locos, a los indios desamparados, y los bañó y los alimentó con mermelada casera de mango y parchita criolla, alisó todos los estorbos y pagó los honorarios caídos al fiscal de la encrucijada del mercado municipal.

Su entusiasmo era contagioso cuando se juntaban su fría inteligencia y su poder de seducción, y ella allí, sofocada de admiración, sentía cómo sus reservas se agotaban y caían en la fina red que se tejía ante sus propios ojos. Comenzaron una relación con la ilusión de ella por un *musiú* con tales cualidades a la vista, y quién sabe cuántas otras insospechas, que ella deseaba descubrir; y por parte de él, lucir su nueva conquista *Made in Tropiko* a los paisanos, aunque recién llegado y sin hablar papa de venezolano.

Su primera noche de amor se dio después de esa cena tan especial en la que ella tomó más de la cuenta. Él, por su parte, se mantuvo sobrio y dueño de la situación. Cuando él consideró que el momento propicio había llegado, ella ya estaba con el pecho abierto para sus afilados dardos de amor.

“*Du bist eine richtige Frau*“, le dijo y le dio el primer beso. Nunca había pensado que ser una “verdadera mujer” fuese algo más que la evidencia de su condición, pero lo tomó como la declaración de amor más original que había escuchado. Lo que había detrás de aquella afirmación escapó a su inocencia, pero quedaba por descontado ante el intento de ella por ubicarlo en el primer pedestal de su galería de íconos.

De ahí en adelante respiró en la pasión como en las alturas de una montaña sagrada, con la náusea divina del mal de alturas a la que ella se había elevado. No faltaba nada. No pensó en familia, ni en lo que pudiera hacer sombra a esta súbita pero larga dicha que le esperaba. Era vivir al final del arco iris, el límite del mundo y del tiempo que con él comenzaba.

Casi puede verse a sí misma ante un final de cuento, después de lo cual no podría haber nada más que la leyenda habitual: *The End*, fin de la historia y después sólo queda espacio para la gran felicidad con mayúscula, ¡LA FELICIDAD! ¿o no?, y como constatación de su amor de película con él, aprendió a escribir en alemán la frase que había leído en las películas que a veces veían juntos: *Das Ende*.

### III

Le brotan corazones por todo el cuerpo. Toda ella late y se mueve al ritmo de una marea que se desplaza hacia una esfera cada vez más

hermosa y terrible. Hacen del amor un algo pretendidamente diferente, con rutinas desorbitadas, cuando a él le sale mejor dejarse amar y ella ha hecho una larga y tormentosa vigilia en espera del milagro. Es un hombre atractivo y lo sabe. Ella, maravillada, ve cómo se conciliaban en él los atributos más dispares: rudeza y sensibilidad, fuerza y delicadeza. Puede ser cuidadoso y parecer despreocupado a la vez. Ah, pero también es capaz de escenas feroces delante de los demás, efectos sin causa que él se fabrica sobre la marcha, en una carrera contra el tiempo del amor: alejarla de sí cuando comienza a notar que ella se le cuelga de las alas.

Ella se da a este amor esperado y desesperado con todo: le lava la ropa, hace sus mercados y agacha la cabeza cuando para él su café no es café, o su comida no le sabe a nada. Las peleas son cada vez más frecuentes y no faltan buenas excusas para salir airoso de los combates que él mismo se inventa porque ya le empalaga esta melcocha criolla que ella le administraba a diario. O es que está nervioso por sus asuntos financieros en Kiel, o hizo una transacción desventajosa con las divisas, o no aprende con suficiente rapidez el español venezolano que ella debería enseñarle. Todo le molesta. Todo se erige en su contra y cierra el paso a su inagotable sed por lo nuevo, sobre todo esta morena que quiere hacer nido con él. A diario suelta su furia torrencial sobre ella y sale dando portazos, se va al bar del centro, donde siempre le espera algún paisano con quién beber cerveza o hablar mal de los criollos.

Cuando él duerme a su lado es un pozo en el que se pierden los latidos de ella en ecos cada vez más difusos; luego él desciende, alarga su brazo y, como quien apaga un fuego corto, toma ese amasijo de corazones desparramados, los coloca sobre sus brasas y con ellos sacia el súbito fragor, esta hambre que nadie puede ya colmar.

Ocurren cada vez con más frecuencia sus arranques de impaciencia y ella hace lo que puede para omitir las expectativas aprendidas de los amores de cuento para volver a su costado. Entra al dormitorio de puntillas, con temor de despertar a los duendes, envidiosos de esta felicidad que la hace soñar mientras él duerme. Siente la vibración del mundo subir por sus piernas, en un temblor desconocido y terrible, ante el cual solo puede esperar a que baje la intensidad, como sucede con los sismos a los que está habituada por vivir en oriente. Pero

este sismo no le permite quietud, la somete a interminables noches, acurrucada como un feto sin edad. Cada trozo de su piel participa de una vibración dolorosa y sanadora. Pasa meses sin dormir, pero qué importa, esta felicidad compensa el insomnio y acalla las voces que comienzan a subir desde un antro profundo y negro que hablan a su alma sencilla de hembra tropical de los misterios, olores y sabores de otros mundos que no imagina. Está embotada con esta borrachera de amor, pero no quiere volver a estar sobria nunca más.

Sus fiestas de amor, las que inventa para él, no son más que tortas de sabor conocido para él. De momento, él sonríe ante sus ocurrencias y juegos, pero ya está saciado desde antes de conocerla y sólo quedan en su estéril geografía algunos fósiles subterráneos que recuerdan antiguos esplendores. Se cansa de las rutinas tropicales, de la misma cama y, sobre todo, del mismo cuerpo.

A veces ella lo espía. Lo ve acariciando su lancha como a una mujer, o algo más precioso, tal vez. La llamó "Nórdica" porque conservaba algo de apego a lo que había dejado atrás para siempre, según las escasas confidencias que a veces le hacía. Lo observa cuando la limpia, la pule y la llena de gasolina. Luego él amasa con sus manos aquel cuerpo de metal, como desearía ella las manos del hombre sobre su hambriento cuerpo. Tiembla ante un miedo desconocido, no distingue ya entre amor y odio, temblor feliz y temor de morir. Una sombra comienza a crecer desde adentro, pero ella es un animal callado y se habitúa a esta oscuridad que se instala en su cuerpo.

Entre los objetos abandonados de sus viajes, restos mohosos de olvido, ella se esmera por darle nuevo lustre a su destino de hombre, de regreso de todas las calamidades que ella imagina. El añoso salitre de las paredes de la casita que habían alquilado cede ante las embestidas de su furia amorosa, mientras arregla, friega, canta y suspira su nombre... Ah, inundarlo en las azules de la felicidad.... redimirlo en cuerpo y alma... Ah, salvarlo de las llamaradas que emergen de sus oscuras cavernas, morada donde se alojan los monstruos de su raza inflexible, del destino terrible que le había tocado vivir...

Entra a su garaje cuando él no está. Él lo ha vuelto un cuarto de trastos con cualquier cantidad de cachivaches, pero a ella le interesan sobre todo las maletas que vinieron con él desde Alemania, ahora lle-

nas de polvo y salitre. Ávida por saber lo que él nunca le diría, busca y encuentra, lo que siempre sospechó, pero también lo que no: largas cartas, cortos y imperiosos reclamos, direcciones en islas caribeñas y ciudades europeas, números y citas apuntadas en agendas recientes, tarjetas con mensajes insinuantes, objetos para los amores que duelen, fotos de lo que parecen fiestas de disfraces extraños, rastros de entrañas y hogueras exhaustas, trozos de cataclismos propios y ajenos...

Él comienza a hacer planes de viaje y le participa que es pronto. Ella siente el difuso surgimiento de una nueva forma de desatar cabos, pero no quiere entender. Ya no conoce otra manera de vivir que en la espera del infinito azul que siempre la alcanza y el temblor de sus largos insomnios.

Ella queda ahí, dispuesta a continuar con su nido al borde del abismo, con la mitad de un cuerpo cortado y una parte de ella que se cree a salvo en los ocasionales relámpagos de los fuegos cortos de su amor. No sabe qué le espera, pero sabe que sucederá en cualquier momento, cuando ya no quede más que el recuerdo de aquellos fuegos y el salto...

Los días se tornan delgados, lenta mortaja de amor tejida por una historia sin trama. Apenas cierra los ojos, una pradera de amor aparece en sofocados sueños que ya no son sueños, en los que pululan enjambres de abejas furiosas que emergen de grutas subterráneas, volcanes nacientes ante los que ella se arma de antorchas alimentadas por su amor.

Pero, ¡es ella quien cuida de su pradera y sus volcanes! Sí, sólo ella limpia sus territorios y esparce sus óleos sanadores en cada pliegue, en cada herida y ya no importa nada más... Que él coloque el amado pie en su nuca mientras se afinca para el salto hacia otros cuerpos. ¡Sí! ¡Siempre sí! Ella se quedará ahí, quietecita, esperando sus caricias de dientes afilados, como perra que ya no reconoce su propio territorio, aunque ya tanto amó, arrastrando su quebrado espinazo hacia la pradera de su amor...

# MARIELA RAMÍREZ

mr Ramirez\_22@hotmail.com

Nació en Maturín, estado Monagas, Venezuela, 1982. Estudiante de sexto semestre de Química, mención Procesos Químicos. Instituto Universitario de Tecnología “José Antonio Anzoátegui” (IUTJAA), El Tigre, Anzoátegui. Ha sido Columnista de prensa: “*Para Analizar*”, *Diario Antorcha*. 1999-2004, y “*Ojo Avizor*”, de manera muy esporádica en el mismo diario. Actualmente publica una sección de realismo crítico en el Diario Mundo Oriental llamada “*Libertad Bajo Palabra*”, desde 2004. Sus textos creativos se editaron en la revista Guanipolis (Anzoátegui, 2002). Fue participante del Proyecto de Promoción de Lectura “*Bichito de Luz*”, y organizadora del VI Congresillo, desarrollando actividades de Asistente al Club de Lectores, para la comunidad de la Mesa de Guanipa, agosto 2003. Facilitadora del Grupo Niños Creando I (2003-2004). Encargada de la diagramación y montaje de la página dominical “*Bichito de Luz*”, Diario Mundo Oriental, El Tigre, Anzoátegui (2003-2004). Coordinadora de la página literaria “*Ojos de Mochuelo*”, Diario Mundo Oriental (2004-2006). Su poesía, narrativa y prosa poética han sido publicadas en la página virtual ([www.poesiapura.com](http://www.poesiapura.com)), España, y en la revista literaria “*El Parnaso*” ([www.elparnaso.com](http://www.elparnaso.com)), España. En estos portales publica bajo el seudónimo de *Stressa D’Croce*.

**OBRA LITERARIA:** Tiene inédito un compendio de tres poemarios: *Rebeliones Encarnadas*, *Kaaretaarü*, y *Rebeldía Bajo Sábanas*.

## TACTOS QUE NO SE NARRAN

Daniela tenía sueño. Iba sentada al lado de Alessandro, el poeta y cómplice amigo que vivía en ella disimulado. Iban en un bus cinco estrellas porque el viaje era muy largo y tedioso. Partían hacia la Ciudad de los Caballeros en Venezuela, al encuentro de una esperada cofradía poética.

Daniela estaba en el lugar donde se ubicaba la ventanilla. Se sentía algo protegida por el amigo. Ciertamente, de su lado izquierdo se ubicaba Alessandro, dando muestra de supremo macho protector. Así iban. Juntos, pero cada uno en su asiento. Sin embargo, las rodadas del bus con todos sus movimientos, acercó a Alessandro junto a Daniela. Ella sintió la apretada vertical de los cuerpos. No titubeó, a causa de esto, solicitarle su hombro para reposar y entregarse a Morfeo. Era, además la excusa perfecta para acercársele, para oler ese perfume que la haría soñarse presa y esclava del hombre.

Ambos, después de tanto silencio, después de tantos suspiros de parte y parte, concluyeron que hacía frío y que debían compartir un gran abrigo de terciopelo azul que el mismo Alessandro traía puesto.

*...Acaso ¿era una excusa para sentir al otro, a la otra?, ¿destinos?, ¿era algo de...?*

Algo para sentirse y compartir el calor... era unión breve de pieles entumecidas.

Daniela no vaciló entorchase en el brazo de Alessandro, y éste tampoco pidió permiso para tomarle las manos.

Las manos... superficie de piel sensitiva. Fue explorando en grácil caricia cada uno de sus dedos. Y ella le respondía igual. A cada ondulación de las huellas dactilares, una activación puntual del cerebro límbico.

*¿Precedía acaso el milagro de la poesía? ¿Eran los sonetos con todas sus caricias? Y todo ocurría, exploración de mano a mano, debajo de aquel abrigo azul.*

Y se preguntan, mirándose a los ojos, por comunicaciones extra-sensoriales: ¿Acaso sucede entre ambos la historia de Anais Nin y Antonin Artaud?

...Que no se pongan en duda los orígenes.

## **HISTORIA DE RADIO (O EL ROSTRO DE UNA VOZ)**

Tarde para discutir tus asuntos personales. Son treinta y un años a cuesta de desafueros hormonales y levantes sensitivos. Una equivocación más en tu enredada vida ya no quiera decir nada.

¿Tarde? Dirás que nunca es tarde. Aún la cronología de los años que faltan por transcurrir, te permitirán ¿rectificar?

Ya ves, no es tan tarde como suponíamos.

¿A qué conclusión hubiese llegado Freud si fueses objeto de estudio? Tal vez contigo habría utilizado algún método catártico para predecir –a través de la hipnosis– tus deseos reprimidos e inconscientes. O quizás, cualquier ser humano con un dedo de conciencia diría que tu estado conductual es de extrema perversión: un demonio tentador, lujurioso e inevitable delante de impúberes féminas inmaculadas. ¡Diables! ¡Hombre!



O posiblemente eres el resultado de la subliteratura mundial.

Ahora te hallas vacilante entre la realidad externa y tu interior. Pero... ¡claro! aún el mundo no está por acabarse y menos, eres el único hombre sobre la faz de este globo que actúa como actúa.

Tranquilo, tranquilo...

Siempre pausado. Tus facciones genéricas plasman en la piel morena una gran firmeza. La forma de mirar te otorga un aire de serenidad y respeto.

Has salido del trabajo directo a almorzar. Son unos pocos minutos que tienes disponibles. Tu voz debe grabar algunos comerciales.

\*\*\*

En un rincón apartado de cierto restaurante cercano, te sientas. Pienas qué vas a pedir.

Estás cansado de ese trajinar de la globalización y de las exigencias modernas que implica la comunicación, y que obligan a consumir siempre un tentempié chatarra. O lo más cercano: pastelitos con jugo de naranja. Eso “resuelve”.

Estás cansado. Cansado ya de estar siempre en la misma consola, en un estudio frío, ceniciento por aires de nicotina, detrás del mismo micrófono. Tu prominente barriga -la que causa cierta conquista de espacio- no te deja acomodarte en el asiento. En ella se incluyen las cervezas de los fines de semana y la posición indiscutible que debes adoptar en el trabajo. Son más de dieciocho horas sentado. Se te entiene, entonces, ¿por qué deseas mover las piernas (y las caderas)?

El mesonero te ofrece la lista de platos. Desplazas -con ánimos de un muerto- el dedo índice por el menú que se ofrece para hoy. Hay tallarines, graten de papas, rosbif de carne de res... hay exquisiteces. Pero, sabes que si apetece comer alguno de ellos, tu mísero bolsillo se lamentará. Te lamentarán... Además, la quincena quedará aún más corta, que ni para ti ni para los menores tuyos, alcanzará. Recuerda: tienes que repartir el dinero por toda la geografía del Estado, sino las leyes...

—Por favor, si tiene pastelitos, sándwich... y un jugo.

Las manos sobre la cabeza, como un acto hipocondríaco, pensativo, amenazante, apresan tus pensamientos. Pareces que quisieras

sostenerlos, al menos por un microsegundo de tu vida. No lo sé, no sé... ¿en qué pensarás? A lo mejor estás arrepentido de tus andares, ¿es acaso la conciencia que de vez en cuando te grita, acusa, acorrala, reclama?

No lo creo, tu imagen no es de fiar. Noooo... Dos hermosas piernas blancas cruzadas, casi confeccionadas por las benditas manos de Miguel Ángel, instan a convertirte en un lobo insaciable. Tus dos razones machistas –radicales– más el poderoso báculo hechicero hacen que tus ojos se claven en esas delineadas –perfectas– piernas jóvenes, blancas, sin várices... en aquella minifalda ejecutiva azul marino que esta diagonal a ti. Su anatomía te hace agua la boca ¡Qué apetitoso saboreas aún sin probar alimento! Así eres tú, ¡hombre!

Mientras este episodio sucede, al sur de la ciudad germina rápidamente en el vientre de tu última víctima, parte de ti. Ignoras, aunque las dudas en ciertas ocasiones te atrapen.

—No es culpa mía, ella estaba allí, eso es de ella.

Para ese entonces, las pieles eran dueñas prestadas, y los pelos, más que públicos –púdicos–, se conjugaban haciendo enredaderas azabaches muy comprometedoras. Y eran –más que biología y química pura– una intrépida respuesta de poseer. (Lo entiendo, sólo eras animalmente un macho; tenedor de vardenafil a grandes mililitros...)

Todavía esperas el almuerzo, el tiempo no es problema, al menos estás entretenido.

Suficiente tiempo ha transcurrido.

—Lo siento señor, a esta hora sólo tenemos este menú.

*(Calamidades de un restaurancito de barrio)*

—Uhm... algo ¿¿¿más barato???

—Pollo, señor.

—Está bien, trae eso.

Lo comes porque lo necesitas, ¡pero no quieres pollo! (¡Ah! Si te enteraras que contiene stilbestrol, esa hormona femenina que distorsiona a los varones... ¡mayor ofensa!).

Hay eclipses de imágenes ¿Qué piensas, lamentas o contemplas? ¿Acaso la conciencia hoy no te ha dejado quieto? ¿no pudiste dormir pensando en las lógicas lágrimas de una dama, de una entre tantas? Juegas con los sentimientos de las féminas y eso lo sabes. ¡Así que no te

lamentes! Otra vendrá... vendrán otras (a ti te gusta probar variedades, ¿o no?). Vendrán de Massachussets, de Nigeria, Colombia, España, Nipón, Patagonia, Ruanda, sabes que vendrán, y lo demás queda de tu parte. (Según tú, dominas exquisitamente bien el kama sutra; la silla, el 69, la carreta, la mecedora. ¡Varón! No te preocupes).

Te las imaginas todas ellas, de distintas pieles, de distintas razas, de distintos néctares, idiomas, pelos, triángulos... te las imaginas como a la última víctima coterránea, Rosiris, pasando por Madonna, Cindy Crafort, Cleopatra, Shakira, Karina...

Eres de un destino demasiado popular.

## **LOS QUÍMICOS SON LOS ÚNICOS QUE SE VAN A SALVAR**

El profesor de cuando en vez, y de vez en cuando, comienza a inventar situaciones medio cómicas para soltar toda la tensión que a veces, causa el estudio de la química. Y eso sucede, sobre todo, al tratar los procesos que de ella derivan, cuestión ésta muy seria.

Los muchachos al entrar al salón de clases ya tienen un reflejo sinóptico de lo que van a estudiar. Eso crea tensión. Y uno los ve cómo andan, con el cuello inflexible o que tienen el carácter de cuerpo espín.

Estar compartiendo información eso no va con un químico. Él se encierra en su campo experimental, analiza, discute, compara y da conclusiones y las defiende delante de los otros. Puede que acepte las otras opiniones, sin embargo, es él quien construye la realidad y se cree tener la verdad absoluta, que la ha comprobado por medio de la experiencia (esto sucede en una considerable población estudiantil de química). El químico (verdad 1-Q) siempre está armado de leyes, números y reacciones. Es así como un químico se hace incompatible con religiosos (verdad 1-A), quienes están armados con la Biblia: Una pareja con sombrillas y revistas en sus manos llega a la puerta de la casa de un químico a predicar. El químico se concede el permiso de intercambiar palabras, aunque parezca muy devoto de Albert Einstein, también cree que existe otro Dios aparte de Einstein y de él mismo.

La dama se esmeraba en dar justificaciones del por qué era necesario convertirse. Además, tercera vez que insiste. “Nosotros los her-

manos... notables, testigos... somos los únicos en salvarnos a la hora de un nuevo diluvio”. Y el Químico enfurecido al escuchar quiénes se salvarían en el día final, les arrojó un ¡No! maquiavélico a la fervorosa y su acompañante.

(Ambas realidades, (verdad 1-Q) y (verdad 1-A), son aceptables, pero ninguna debe estar sobre la otra).

—¡Nos salvaremos nosotros, los químicos! Y les lanzó la puerta en la cara.

El profesor había dicho, para romper la alta tensión “pre-estrés universitario pre-evaluativo”, que los químicos serían los únicos en salvarse cuando llegara otro diluvio, porque con tantas tablas que hay que tener y estudiar: tabla de conversión matemática, tabla de radicales, tabla de indicadores, tablas de presiones atmosféricas, tablas de reacciones redox, tablas, podríamos construir otra barca de Noé.

Y todos soltamos la carcajada.

A los químicos sí que les quedan tablas... pero para “*surfear*” sobre las olas del presente.

Lo de la salvación, a ciencia cierta, es otro tema de discusión.

## POETISA

*¿Qué tiene esta tierra que me retiene?*

*Petróleo, y un alma intentando poesía.*

Se supuso desde un principio que Juan Manuel sabría algo de literatura, ya que, según las lenguas viperinas de las muchachas, era español, y sobrino de Antonio, el papá de Fabiola, también español.

Se supuso eso porque cuando lo llamaron “Manolo”, el neurótico de Pablo Emilio –el mayor de todos en el grupo– dijo que tenía un gran parecido a Bécquer.

Pablo Emilio, quien, pese a adorar los números y andar con la braga roja característica de su trabajo, comenzó a recitar: “*Volverán las oscuras golondrinas /en tu balcón sus nidos a colgar / y otra vez con el ala a sus cristales /jugando llamarán*”.

Era divino ver a cada uno hablando, leyendo en voz alta y recitando cualquier escrito. Se necesita un momento relajante de fin de semana para combatir el estrés ciudadano, y ese era el momento; la literatura, el escape.

Manolo, por suerte de su señora madre, había llegado a Venezuela. Sabía, además de ese español hermoso (de cuyas “s” y “z” se le pegaban de la lengua como cuando un perro lame fervorosamente la mano de su dueño), el idioma francés.

Se había graduado por allá en algo que tiene que ver con la comunicación.

Manolo interrumpió el cuchicheo de las chicas, alzando su voz: “*Volverán del amor en tus oídos / las palabras ardientes a sonar / tu corazón de su profundo sueño / tal vez despertará*”. El muchacho al entrar así, recitando tan dulcemente aquellos versos, con el buenmozo semblante, provocaba reverberar de azul.

—Un suspiro profundo.

—A veces -dice sonriente Fabiola- hay que volverse romántico, para ver si, por lo menos, uno vuelve a enamorarse de la vida.

—Si yo hubiese sido Bécquer- se alza Manolo- si yo hubiese sido poeta... a pesar de morirme de hambre y de mendigar un par de zapatos, la mujer de mi vida hubiese sido poetisa.

—La llamarían... ¿Poetiza o poetisa? suena lo mismo-(enfaticando la “iza, isa”): *Poetiza*. —pronuncia un chico invitado.

—Otro suspiro profundo.

—¡Claro! Poetisa, la mujer del poeta.

—¡Lástima! Pablo Emilio le golpea suavemente el hombro a Manolo. Tú sabes que “Poetisa” es la mujer que compone versos y no lo que estás diciendo.

—¡Hombre! Déjame pensar en pajaritos peñados. Además, se supone que me hubiese encontrado a una mujer igual... que le gustaran los versos, el español, el amor, la ilusión...

—Mil suspiros más.

Soltaron la carcajada.

Allí va una que llora.

—¡Oye, deja el romanticismo para otro momento porque vamos a terminar con un vulgar despecho!

Más carajadas de burlas.

¡Oh, *Poetiza!* Otra vez Manolo con su zeta bailarina, zigzagueante, tratándose de espigar verticalmente. Esa zeta que se siente para ensalzar y reverberar. ¡Esa zeta que me degolla dulcemente!, que me pone, a moco suelto, a llorar por la autoflagelación en carne y verso. Sí, en “carne y verso” y no en “carne y hueso”.

—Aquí hay un doliente. Fabiola no soporta más. Sus ojos quieren gritar. Para callarlos, pone a sonar un merenguito bien bailable, y concluida la lectura, concluida la discusión, concluido el recital.

# PEDRO RANGEL MORA

rangelpa@hotmail.com

Nació en Mérida, estado Mérida, Venezuela, 1956. Abogado, egresado de la Universidad de Los Andes, donde cursó seminarios de literatura y dramaturgia. Realizó estudios de cine en Santiago de Chile, donde vivió entre 1989 y 1995. Desde 1998 hasta el 2002, fue abogado corporativo petrolero en el oriente de Venezuela. Actualmente vive en Mérida donde se dedica a la escritura, el ejercicio libre del derecho, y es investigador en proyectos literarios. Animó proyectos culturales como las revistas *Solar* y *Azul*, y coordinó varios talleres literarios. Ha colaborado en las revistas: *Actual*, *Criticarte*, *La Gaveta Ilustrada*, *Imagen*, *Babel*, *Letra Continua*, *Revista 21*, *Ángulos*, *Plátano Verde*; y digitales como: *Ficción Breve*, *Solo Literatura*, *Punto de Fuga* y otras; así como en los diarios *El Nacional*, *El Universal*, *La Época*, y muchos otros. Fue acreedor del Primer Premio del Concurso de Narrativa “Antonio Márquez Salas”, de la Asociación de Escritores de Mérida, 2005. Ha sido incluido en distintas antologías como: *La Muestra antológica del nuevo relato venezolano*, *Imagen*, 1986.

**OBRA LITERARIA:** *Coro de gansos* (Caracas, Contextos, Pen Club 1984), *El orden de los factores* (Mérida, Consejo de Publicaciones ULA, 1993). *La yegua de la noche* (Mérida, Solar, 1995). *Autobiografías* (Caracas, Monte Ávila, 2000), *El enemigo* (Mérida, El otro, el mismo, 2004). *Jazz relatos* (Mérida, Asociación de Escritores de Mérida/CONAC, 2006). *Equis ensayo ficticio* (Mérida, Vicerrectorado Académico, ULA, 2006). Ha sido incluido en distintas antologías: *Nuevos narradores de Mérida* (Libros Azul No. 1, APULA, Mérida, 1981); *El cuento en Mérida* (ULA/El Universitario, Mérida, 1985); *Muestra antológica del nuevo relato venezolano* (Revista *Imagen*, 1986); *Entre cuento y cuento* (Chile, Selección de narradores de la Región del Maule, 1994). *I Antología de Narrativa de la Asociación de Escritores de Mérida* (AEM, CONAC, 2004) y *II Antología de Narrativa “Relatos de humor sin extrema-unción”, de la Asociación de Escritores de Mérida* (AEM, CONAC, 2005). Ha sido difundido en las Revistas: *Imagen*, *Actual*, *Criticarte*, *Solar*, *La Gaveta Ilustrada*, *Babel* y *Letra Continua*. En las secciones literarias de los diarios: *El Nacional*, *El Universal*, *La Época*, *El Impulso*, *El Tiempo*, *Frontera* y muchos otros.

## EL TEMPLO-LOS TEMPLOS

### I

#### EL CUERPO

El cuerpo, siempre el cuerpo, tu cuerpo, uno y muchos, ninguno todos, tendido a lo largo de tu mirada perdida, lejana, tus pies que penden, suaves, breves, blancos, y yo que no resisto más tu desnudez y gateo

desde mi aparente y obligada indiferencia, gateo tras tus dedos chicos, arrastrando mis labios, dedo a dedo, suavemente, volviendo siempre atrás, y continúo una nueva ruta humedeciendo el arco, mordiendo la acartonada dureza del talón, para luego subir a pasos de labio y mandíbula hacia el empeine, dejando rastros de saliva fría mezclada con alguna imagen, con algún recuerdo culpable de distraerme por un instante, de alejarme dolorosamente de ti, pero que echo a un lado con violencia para proseguir escalando por la frialdad de tus tobillos, y alzar la mirada hasta la redondez de las rutas de los músculos, desear morderlos, morderlos lentamente con las manos, sentir como mis dedos se llenan de tus formas, de tu piel, tu carne, tus silencios, sonrisas tímidas, miradas gachas, incredulidad, vida, vidas, temores guardados bajo la almohada, gestos, sentir la firmeza de tu tibia, consistencia tan ajena a ti, a tus labios, futuro obvio de mi cuerpo, sentir tu incipiente olor a Chanel N° 5, los pensamientos cambiantes, la piel canela de tanto sol, los escasos recuerdos, la mirada escrutadora de tu madre, el colorido de los payasos del viejo circo, la indiferencia de tu padre, las susurradas conversaciones sobre sexo con las compañeras de clase, sobre el inmenso y oscuro miembro de tu hermano, y yo que te obligo a regresar a mí, habitando con mi lengua las cuevas tibias que se forman bajo tus rodillas, primer refugio de mi lengua viajera que juguetea nerviosa entre el sabor picante del sudor, restos de la clase de gimnasia, vestigios, huellas ajenas que no logro encontrar al cruzar la horizontalidad de tus piernas, de tu cuerpo inmóvil, y puedo experimentar cómo te erizas, tocar esa deliciosa aspereza de tu piel producida como eco al primer acercamiento de mis manos a tu sexo, a ese templo de fachada aún clara, de puertas entreabiertas que ceden sin voluntad al primer empujón suave de mi dedo índice, el personaje que recorre lentamente la nave principal, ésta, la primera vez, tomado del brazo de mi dedo medio, como novios camino al altar mayor, al compás del avemaría de tus gemidos, la música sacra que ya había empezado a deleitar ángeles, arcángeles y serafines, justo en el momento en que mi lengua, sacristán infatigable, preciso, tocará la campana que adorna la parte superior de tu templo, mi templo, pues tú eres mi parroquia, tus muslos tus caderas, tu vientre, edificaciones que rodean el templo, cuya campana hago una y otra vez sonar, cristalina, una y otra vez con los dedos de



tus manos enredados en mí cabellera, con tus uñas arando en mi cuello, en mis hombros, y yo continuo en ti, en el centro de tu existencia, de la mía ahora, siempre, hasta que me detengo a respirar y recuesto mi cabeza, mi oído sobre los pequeños arbustos nacientes de tu sexo, y veo, sin comprender, creyendo alucinar por el agua sagrada, la droga de tu pubis, los ojos rojos, grandes, del pequeño conejo blanco que habita asustado un rincón de la recámara, e inmediatamente descubro su origen en tu aún manifiesta infancia, la que hoy inicia su viaje irreversible, definitivo, pausado, y olvido los ojos redondos, regreso a ti, a tu centro, y un yo desconocido decide ir tras mis manos, las que ahora están prendidas de las pequeñas frutas de tus senos, pero el camino se hace largo, y pido posada en la estrella oculta de tu ombligo, luego escalo por los suelos áridos y frágiles de tus costillas, uso como picos seguros, mis incisivos, hasta llegar al fin al pie de las verdaderas montañas, al pie de tus pequeños pechos erguidos, y siento el colchón suave y firme de tu carne al subir en busca del trofeo, esa flor naciente que me alimenta con su polen divino, que no está, que estará algún día lejano a mi succionar continuo, interrumpido solamente para alimentarme de la otra flor, y tu música varía, está compuesta ahora por melodías más largas, por tonos más agudos, y el templo sigue habitado, en lo profundo, bajo la cúpula principal, frente al altar, mi dedo medio se pierde en reverencias, sube y baja, orando como buen fiel que es, fiel a ti mi única religión, a ti mi templo, mi Dios y señor, Dios que me provees siempre de templos vírgenes, mi Dios que me provee de dioses, dioses que me proveen de ti, y yo, este cuerpo frágil, este todo, esta nada, este ser y no ser, comienzo a sentir tu temperatura ascender, y puedo ver ese fuego candente de tus mejillas con el mercurio de mis ojos, ese fuego viajero de tu cuerpo que pretende escapar por tu boca, esos pequeños labios pálidos, dulces, cuyas carnes no puedo evitar besar con furia, y tú que te estremeces, los novios, índice y medio, intranquilos esperando impacientemente el momento de la bendición, cercano, el órgano que comienza a dar notas disonantes, y yo que también siento ascender el fuego en mí, y hago danzar los novios, efusivos, firmes, y tú aras otra vez en mi espalda, sin atender la estación del año, sin esperar cosecha, arañas, aras mi tierra en medio de un LA sostenido del organista, involuntario, y yo que grito queriendo hacer el coro en esta bendición, per-

sigo un tiempo atrás, en fuga, tu recital de satisfacción desconocida, inexplicable, inesperada..., y, viene la nada, el abandono del templo, el vacío, la normalización del pulso, las miradas extraviadas, los yoes que se alejan de sus amos, aquel pozo sin nada en el fondo que despacio se va llenando nuevamente de agua, y yo comienzo a soñar, imagino las escenas sucesivas, cuando lentamente te hago dar vueltas, exculpo con mis manos y mi boca un cuello sobre tu cuello, persigo tus brazos, tu espalda, a besos, uno a uno, poro a poro, piel a piel, bajando en ti hasta llegar al cauce del río que divide tus colinas, frontera inminente, ineludible, y yo no puedo evitar probar sus aguas termales, placer absoluto de mi lengua, mientras mis manos recorren toda la geografía de tus glúteos, las flores de su piel, sus cimas, sus olores, aromas profundos, sus acantilados, sus poros erizados, todos sus senderos...

## II LA VIDA

El porqué de mis continuos rompimientos, de mis fugaces amoríos, sólo ahora comienza a preocuparme. Desde hace muchos años, tal vez desde la mudanza a esta vieja casona, se me ha hecho imposible mantener una relación estable, duradera. Cuando recién comienzo a acostumbrarme a sus olores, a reconocer el sabor de su saliva, y he precisado sus sectores más sensibles a las caricias, se marchan, dejando tras de sí un rastro de pocas palabras y una sensación de vacío perdurable por varios días. Pero no me desanimo, la fuente que me provee es inagotable; tras cada rompimiento hay un nuevo comienzo, y el atractivo de mi cuerpo esbelto, mi impecable elegancia, y esa especie de leyenda que pasa de boca en boca entre las muchachas del colegio, son un seguro innegable contra mi soledad.

Desde aquella primera visita, es necesario reconocerlo, han pasado varias generaciones de estudiantes por el colegio; mientras yo sigo siendo la misma persona que espera sentada tras el gran ventanal de cristal, bajo sus colores, con equis libro entre las manos, anhelando el sonido insistente y lejano del timbre, indispensable anunciante de la pronta salida de clases de ella, de cualquier ella; la misma persona que observa la llegada temprana del autobús, las maniobras cuidado-

sas para bajarse y escapar de las miradas vigilantes de las monjas, y atravesar las vías contrarias de la avenida, y el parque, que separan el colegio de mi casa, para luego escucharla -o escucharlas-, como tantas veces lo hice, burlarse desde la siempre blancura de mi sábana, de las demás compañeras de clase condenadas irremediablemente a oír el sermón destemplado y cursi de la misa de siete.

Las razones originarias de estas preocupaciones, nunca antes sentidas, deben ser muchas. El acercamiento –repentino para mí aunque parezca inverosímil– a los cuarenta años, me hace ver que se abre un margen, insostenible para una relación, entre mi edad y la de las muchachas; además el alejamiento paulatino entre las ideas y vivencias comunes entre mi época y la actual, es evidente. Aunque pensándolo bien, nunca he lamentado en demasía las rupturas, pues se que estas me abren la oportunidad al juego de un nueva relación, a la emoción siempre extraña de lo desconocido, al descubrir cauteloso de los velos de sus pensamientos, de sus sonrisas, de sus cuerpos necesitados de caricias. También es verdad, lo sé, pocas veces me prendí de la belleza de un rostro, del candor o la dulzura de un sonrisa, o de la suavidad y blandura de cierto -aquel- cuerpo, ahora lejano, pero no olvidado.

Mi vida sola y silenciosa, ha sido poblada todos estos años por el constante llegar de sus cuerpecitos, vestidos invariablemente de azul e insignia en el corazón; los mismos cuerpos que tantas veces ocuparon la vieja mecedora de mi habitación, los mismos que tanto he amado... Presiento un final no tan lejano, y me atormenta pensar que las caritas de asombro y temor de las primeras veces, van a ser sólo recuerdos; que las preguntas insistentes y el nerviosismo, al comienzo de mí ascender a besos desde sus manos hasta su sexo o sus labios, no volverá a repetirse. No escucharé los alegatos de sus arrepentimientos; no veré otra vez sus lágrimas usadas como argumento válido para combatir mis irrefutables razones para hacerlo; no podré ver subir -sentir- sus cuerpos desnudos, peldaño a peldaño, nalga a nalga, las empinadas escaleras de mi casa; ya no las sabré atravesando el portón y luego el parque, con la satisfacción en el rostro del bienvenido pero no siempre presente antiguo orgasmo.

Ayer, mientras leía, pensé repentinamente que en todo este tiempo sólo he amado sus cuerpos jóvenes, su edad, y me di cuenta tam-

bién, recordando tantos regalos que les hice, de que estos eran siempre -aunque sin proponérmelo- para adornar, para embellecer sus cuerpos. De alguna manera ellas sienten, o descubren inconscientemente, que parte de sí mismas está excluida del juego, la parte de sí que las individualiza, que las hace algo más que un simple cuerpo o materia inanimada. De seguro se sentirán como maniqués, como marionetas de un espectáculo barato, y se alejan para no volver, vuelan.

Hoy, como nunca, considero el mañana -me miro en el espejo y no puedo evitar observar cómo mis senos van perdiendo su firmeza, cómo se inclinan irreversiblemente por el peso de esa maldición llamada tiempo. Recuerdo mi lejano pasado como estudiante de medicina, mi viaje de la nada -como única posesión valiosa- a heredera de esta casona y una pequeña renta que cambiaron mi vida, heredera de un mundo de misóginos, heredera de tanta confusión, de tantas preguntas... Tal vez no hay nada que comprender. La solución a mi problema puede ser un cambio, probablemente deba mudarme, comprar una casa frente a cualquier facultad de la universidad, como recomendó mi hermana Glenda, la única que siempre comprendió, y de esta manera no sentir, no ver, cómo se acaban las naranjas de mi cosecha. Pero no lo puedo hacer, pues me es inevitable pensar, no sin dolor, que mi siguiente paso sería mudarme frente a un ancianato. Hoy, por primera vez, pienso seriamente en el suicidio, pero lo pospondré. Por el momento continuaré saboreando el néctar sagrado y puro del pubis de las iniciadas -su ofrenda a mí, su Dios transitorio- recorriendo palmo a palmo sus pieles, desdibujando crinejas, confundiendo mi vida entre la brillantez de sus cabellos.

A veces se me ocurre que no ha habido muchas, ni pocas, que siempre ha sido una sola, de muchos rostros, de infinitos muslos y vientres. Una sola, quién me ha querido siempre y no ha deseado alejarse de mí. Un solo cuerpo, tu cuerpo, uno y muchos, ninguno y todos, tendido a lo largo de tu mirada perdida...

# MARIA IHOLANDA RONDÓN

ihorondon@hotmail.com

Nació en Mérida, estado Mérida, Venezuela, 1968. Poeta y Abogada de profesión. De niña vivió en París, luego vivió en Caracas y de seis años regresó a Mérida. Estudió Derecho en la Universidad de Los Andes, y en CEPESAL (Centro de Estudios Políticos y Sociales de América Latina) realizó el Master en Política Internacional y la Maestría en Ciencias políticas obteniendo el título de Magíster Scientiae en Ciencias Políticas. Entre 1994 y 1997 se desempeñó como Directora Fundadora de la Biblioteca José Vicente Nucete y Coordinadora de publicaciones, de la Gobernación del Estado Mérida. Actualmente se desempeña como Quiroterapeuta de la Escuela de Masaje Alyan (Valencia-Carabobo). Desde que estudiaba quinto grado empezó a escribir cuentos y obras, que posteriormente representaba con sus hermanas y amigas. Así nació su escritura. Mención especial de poesía. 4to. Concurso Anual *Cuento, Ensayo y Poesía*. 1992. Mención de Honor otorgada al cuento “de la Vanidad y la Humildad” por Pegaso Ediciones. Concurso de Cuentos “Alfonsina Storni”, 2003. Es Miembro de la revista Parnaso en Internet. [www.elparnaso.com](http://www.elparnaso.com)

**OBRA LITERARIA:** *Veinte cantos de amor y de dolor* (DAES, 1993): Premio al cuarto concurso de poesía (1992), de la Dirección de Asuntos Estudiantiles de la Universidad de Los Andes; y el poemario *Como yo te he querido* (Ediciones Solar, 1996). *Un gramófono al final de una guerra* (Cuento) Mérida, Ediciones del Rectorado de la Universidad de Los Andes, 2003. Ha publicado poemas sueltos en el periódico *El Universitario*. Tiene inéditos dos libros infantiles, uno de poesía y otro de cuentos. Ha sido publicada parcialmente en páginas de Internet: *Un gramófono al final de una Guerra*, en la revista Internet [www.letralia.com/ed\\_let/gramofono](http://www.letralia.com/ed_let/gramofono) *La tía que llora, la tía que reza y el papá que regresa*. (Cuento) Granada, España, Ediciones parnaso. Primer concurso de relato breve, 2004.

## LA MEMORIA DEL ÁRBOL

Dedicado con amor a Carlos César Rodríguez

Finalmente la edad alcanzó a mi padrino como el rayo al árbol del jardín, que golpeándole con todo su poder le dejó mutilado como a un muñón, como a una araña desesperada, cuyas patas de raíz profunda se aferraban a la tierra.

Conocí al padrino durante la época en la que Felipe y yo solíamos ocultarnos, en muchos escondrijos, para descubrirnos en nuestras partes más íntimas, y compartir el deseo sin límite de la adolescencia. Fe-

lipo solía aferrar sus miradas a mis largas trenzas de Rampunzel, hasta que encontró el valor de trepar por ellas y llegar hasta mi boca sedienta y beberse todos mis rincones húmedos. En una de aquellas avanzadas nos encontró el padrino en plena fuga por la pared del muro del lavadero, única salida segura, fuera de la vista del tropel de gente que venía a casa de Felipe, por sus padres. Salida no tan segura luego de aterrizar del otro lado del jardín y darnos cuenta de que los ojos sombreados y profundos del padrino nos miraban con una sonrisa burlona.

Ese día decidió preocuparse por mí, no por Felipe, su verdadero ahijado, a quien conocía lo suficiente como para describirle como a un alumno avezado, devorador de conocimientos, genio en el uso de la palabra, y quien solía salir bien librado, con la frente en alto de toda prueba que le impusiera la vida o los entrometidos en ella. Se preocupó por mí, quiso darle un sentido útil a las ideas que se desparramaban junto a mis largos rizos negros.

Así fue como, al siguiente día, me encontré con el padrino en el porche de su casa, sentado frente a una mesa baja repleta de libros, y otros cuantos pergaminos, regados a la altura en la que el suelo le permitiera disponer de ellos. Alzó sus ojos despejados y me miró alegremente, se contagiaba de mi ingenuidad tanto como yo me contagiaba de su pasión por los libros viejos.

—*¿Qué te gustaría leer?* —me preguntó en seco.

—*De todo* —le dije— con franqueza. Se levantó ágil, riendo, con esa risa suya tan contagiosa, que se fijaba como la miel en la boca y en los dedos.

—*Por supuesto* —respondió. Se desperezó, bajito, como los gatos, se abrió paso entre los documentos que llenaban su mundo de sabiduría, y me invitó a pasar al salón de su casa.

Al entrar nos envolvieron por igual la oscuridad del recinto y el olor a guardado, de multitud de libros que se apiñaban, como si lucharan entre sí por destacarse entre las largas estanterías que poblaban la casa del padrino. La sala, los pasillos, los cuartos, el vestidor y hasta la entrada de los baños, todo estaba lleno de libros.

No había yo podido imaginar ni en mis sueños más subrayados aquella estampa de vida imaginativa y penetrante, que era capaz de envolverme todos los sentidos, la vista con sus carátulas, el oído con

sus voces, el tacto con sus páginas cerradas, el olfato con sus hojas viejas y nuevas y el gusto por tragarme todo el conocimiento inmaterial del mundo.

—Todo esto está a tu disposición, escoge lo que quieras —dijo— y agregó, aunque yo comenzaría con esta colección de autores latinoamericanos, olvidados al lado de los franceses. Y me puso en las manos un grupo de cinco libritos viejos, gordos y encuadernados como los troncos tiznados de los abedules.

Salimos de nuevo al sol, y él a su trabajo. Llegué a casa de Felipe con mi tesoro, que rodó por el suelo de su cuarto, mientras nosotros lo hacíamos en un enredo de sábanas y silencios sospechosos.

En aquellos primeros libros encontré voces nuevas, selvas ignoradas por la humanidad, ríos desbordantes, palabras cargadas de significados nativos, caminos abiertos a fuerza de pura voluntad y machetazos, cielos despejados e inalcanzables. Así se me antojaba por entonces mi parte de esta América recién colonizada por mí, aunque descubierta hace quinientos años por la antigua historia.

La casa de Felipe colindaba con la de su padrino, separada apenas por un riachuelo que serpenteaba cortando ambas casas por el verde de los jardines. Cerca del río, Felipe y yo solíamos sentarnos (me sentaba yo con las piernas recogidas, él se acostaba en toda su extensión con la cabeza encima de mis piernas) y mirábamos el atardecer. Los ángeles venían a posarse entre los árboles del bosque-jardín, sus voces apenas audibles susurraban mentiras encantadas que yo solía verter en los oídos de Felipe. Al entrar en las casas habitadas, los ángeles se transformaban en sombras que orientaban mis pensamientos y mis pasos. En casa del padrino se transformaron en la estampa que sus hijos se acostumbraron a ver al encontrarme buscando libros entre los pasillos, sentada en el suelo hojeando documentos, encaramada en las sillas para alcanzar textos, o embutida en los sillones recubiertos con sábanas del salón, donde la esposa de mi padrino prohibía toda entrada, pero los ángeles, compadecidos, me ocultaban de sus ojos.

Uno de aquellos ángeles se llamaba Carlitos, una de las cicatrices en el corazón del padrino; dolor secreto de aquella casa. Yo lo encontré un día, cuando buscaba libros de poesía y sueños. Una mano suave me condujo a un ejemplar pequeño, encuadernado de azul, revestido

de hojas blanquísimas, cuyas letras exteriores titulaban la obra *Más allá de los espectros*. Su voz cautivó mis sentidos tanto como lo había hecho la casa de su padre.

De haber conocido a Carlitos habría visto a un muchacho mayor que yo, silencioso, con una genialidad sorprendente para tocar el piano, y una sensibilidad extraordinaria para entender los avatares de la existencia mundana; como los azarosos contra telones del teatro, la ópera y las tragedias griegas. Carlitos tenía además una pasmosa intuición para los idiomas, en especial para las lenguas muertas, aquellas que sólo algunos (entre ellos aquel ángel) tenían la potestad de hablar luego de haberse dejado de escuchar en este mundo. Luego de su muerte, el padrino se dedicó con paciencia de padre herido a recolectar la obra precoz de su hijo, quien había dejado su voz de poeta en las carátulas de los discos, los porta vasos de papel del cafetín de la universidad, las servilletas de los cumpleaños, los cuadernos de sus tareas, los infinitos papelitos regados por todos los cuartos y en las últimas páginas de sus libros favoritos. La voz de Carlitos resonaba con insistencia desconsolada entre los muros de la casa. Pocos años después, se llevó consigo la vida de su hermano Roberto, sellando la forma de la agonía perpetua en el corazón de mi padrino.

Felipe acostumbraba preguntarme por las incursiones que mi ávida curiosidad me obligaba a llevar a cabo entre los libros, y algunas veces se mostraba celoso ante la idea de no encontrarme en las tardes entre los límites tendidos por sus redes de amante. Yo era su hada desobediente; tenía por costumbre alargar, más allá de sus términos, su interés creciente por mí, para incluirlo en mis paseos por entre el mágico mundo sombreado de mis afectos.

He de reconocer que de no haber sido por Felipe se habrían negado a mi alma los sabores más simples del quehacer cotidiano. Felipe amansaba con sus largos dedos de sabio al lobo estepario que aullaba sin cesar en medio de mi pecho, y conseguía hacerlo dormir a fuerza de descubrir mis habilidades de piel inédita, el desplome de mi cabello oscuro sobre su espalda, y el centro mismo de mis deseos más ocultos. Luego se levantaba como león triunfante sobre mi cuerpo dominado, y lanzaba al mundo su rugido de dueño y señor de todas mis tierras.

A toda la familia le parecía que muy en el fondo Felipe y yo conge-



niábamos en nuestras diferencias. A mí me encantaba verlo romper en su corazón y en su mente las barreras que le imponía, a su conducta, su recto proceder y su organización metódica. Mientras Felipe se movía con seguridad prodigiosa en el mundo de los adultos, yo me divertía descubriéndole escondido junto a mí, bajo la cama de su hermano mayor, saltando cercas y muros para ingresar como prófuga a su casa, descubriendo nuestros juegos de manos salpicadas en la sala del cine local, usando los pasillos para fugaces encuentros de luna de miel, y revoloteando juntos entre los cuartos vacíos mientras los demás celebraban cumpleaños o navidades.

En aquellos encuentros coloreados por lo prohibido, cualquiera hubiera podido descubrir lo extraño que parecía el cuarto de Felipe tan empeñadamente silencioso, estando él adentro. Supongo que sería por este motivo, porque en sus ojos se veía lo que escondíamos juntos, por lo que su padrino decidió quererme tal como yo era, un descubrimiento trascendental en la vida de su ahijado, una línea divisoria entre lo que Felipe ambicionaba para sí mismo y lo que deseaba recibir de la vida a cambio.

Tras la revelación de mis primeras sensaciones de mujer anticipada, se manifestó ante mí, desnuda en toda su extensión, la atracción impúdica que ejercen las palabras escritas, cuyos significados, deseos y mensajes viajan inmortales en el tiempo y superan las ideas iniciales de su creador, emergiendo en nuevos mundos y pululando en mentes que hacen erupción luego de haber digerido sus recados.

El padrino era un experto en el conocimiento impercedero de las palabras, su mundo estaba cargado de amigos con tres mil años de diferencia, que se entendían en idiomas que ninguno hablaba, superando la torre de Babel y la muerte. Esos amigos habían escrito para él sus mensajes a través del tiempo en pergaminos que llegaban a sus manos. Los libros de mi padrino eran como botellas mensajeras recogidas del inmenso mar de las emociones y los deseos humanos. Él sabía cómo hacer bien su tarea y se encargaba de infiltrar dichos mensajes en cada mente nueva que se tropezaba en su camino, por eso se vio en la necesidad de fundar una facultad de literatura en nuestra ciudad-pueblo, que se incrementó y aún se puebla de oídos hambrientos, caldo de cultivo, para las ideas inmortales.

Y allí estaba yo, no sé por cuál giro del destino, sentada en el sofá de la casa del padrino, escuchando de su voz profunda el *Cantar de los cantares*, escrito en la Biblia hace unos milenios, y que él recitaba para mí como si ayer hubiera hablado con Salomón, aquel rey que empeñaba su vanidad en ser sabio.

—¿Era sabio Salomón? —pregunté yo— y mi padrino reía, con su risa de hipo pegadiza.

—Debió haber sido sabio porque en sus voces se escucha la felicidad —me dijo él— y yo le repliqué.

—¿Los sabios no son serios? ¿Qué es primero, ser feliz o ser sabio?

Con infinita paciencia mi padrino descubría ante mí las verdades crudas del día a día.

—¿No es ser feliz, acaso, el máximo tesoro? ¿Se puede ambicionar más felicidad luego de serlo?

—¿Quién es más sabio, el tonto que disfruta el mundo maravillosamente extendido a su alrededor, o el sabio incapaz de sentir felicidad?

Por entonces yo sólo intuía el significado del maravilloso legado de mi padrino, la elocuencia de sus sonrisas, la dulzura de sus palabras imperecederas.

Mi padrino decía que los días se suceden unos a otros como los libros, y que el mundo creado por las palabras es tan infinito como el tiempo.

—¿Cuántos autores puede haber en el mundo? ¿Tendremos tiempo para leerlos a todos? ¿No se repiten unas a otras las ideas? ¿Encontrará mi padrino las respuestas a todas mis inquietudes?

—Sólo te puedo contestar —decía con su entendimiento curtido— que el raciocinio aprende a ser finito, el cerebro pone límites a su capacidad, pero el corazón se impone, el amor crece de manera infinita, aun el amor por el conocimiento, que nos vuelve intuitivos para entenderlo.

Por aquel tiempo también entendí el concepto del amor infinito, ese que toca la esencia real de lo que somos. Una vez que se exhibe ante la ventana del alma ya no se puede vivir sin él, o mejor dicho, se dedica a pintar a su modo todas las actuaciones de nuestra vida. Y la vida y el pensamiento no vuelven nunca la vista atrás.

El amor perdurable aparece en un segundo, un mínimo instante en el que se vislumbra su alcance, en el que se produce la muerte de un yo anterior.

Algunos afortunados logran plasmarlo en papel, en música, en colores o en palabras. En ese momento el arte se transforma en belleza, en perfección perdurable. Yo era todo oídos a las conjeturas de mi padrino.

El discernimiento perenne nos encuentra un día habiendo tropezado con nosotros por casualidad, y en su instante de revelación somos testigos de lo infalible, del destino aún no escrito, de lo involuntariamente puesto por delante. Así fue como pude ponerle nombre a mi relación con Felipe. Al principio era todo manos, mi blusa abierta, los senos atrapados in fraganti, el bálsamo de la humedad recién estrenada. De pronto mi vientre confuso, la respiración ahogada y, nuestros dedos versados lo convirtieron en una dimensión que extrajo el centro de mi avidez clandestina y la expulsó fuera de mi cuerpo, detrás de mis amparos, intoxicándome ante la idea de transgredir la muerte, donde lo único que podía alcanzarme era tragado por una eternidad inconfesable.

Ese día Felipe y yo jugábamos en el patio de las guayabas de su abuela, corríamos bajo el sol de Marzo en un intento por ahuyentar falsamente nuestra impaciencia mutua, nos rociamos las manos y la piel con frutos desparramados y una manguera de agua abierta. En un momento inadvertido, entramos a toda fuerza en la casita oscura de bahareque y carrizo de la abuelita, en medio del jardín nuestra respiración entrecortada nos advirtió que el sitio se hallaba vacío. El juego continuó cuando empezamos a tirar alegremente de nuestras ropas, seguimos lanzándonos las frutas ahora envueltas entre los zapatos y las franelas mojadas. El juego se detuvo cuando nos miramos a los ojos. En los ojos melados de Felipe descubrí lo inexplicable. Él se acercó a mí y terminó de quitarme lo que quedaba de mis prendas, traté de protegerme visiblemente, él se detuvo. Sonreí al mirar sus ojos suplicantes. La sonrisa rompió sus barreras y descubrí que había cedido mi terreno, nos batimos en un duelo diáfano, no quedaba ni un sólo centímetro de nuestras pieles fuera del alcance de la imaginación, de las manos, no se desperdició ni uno sólo de mis quejidos, no hubo un

único lugar donde la curiosidad de Felipe no encontrara su consuelo. El vértigo se apoderó de mí con un sentimiento de abandono por lo que estaba haciendo posible, pero no hubo vuelta atrás, el vértigo cómplice me llevó más lejos de mis deseos infantiles y me mostró de frente el tiempo que me quedaba de vida. Fui sorprendida por la zozobra inexorable de revelar el secreto más oculto en el corazón de Felipe.

Por unos instantes finales me transformé en la dueña absoluta del poder de detener el tiempo y dejar intactos el silencio que nos envolvía, la quietud de todo lo que nos rodeaba, el sol diminuto entrando por la ventana, los muebles insinuados y el aire oscuro del cuarto cerrado.

Cuando conocí al padrino se dedicaba a vivir a plenitud cada instante en el que podía reconocer un vocablo, un sentimiento o un pensamiento, y para lograr su cometido había transformado su casa en el sacro recinto de la sabiduría y el jardín amplio de su vivienda en un santuario donde estallaba la vida.

Cuando salía al edén, jardín de sus terrenos, el padrino se transformaba en una especie de San Francisco de Asís moderno, no hablaba con sus pájaros, ovejas, peces, ni perros delante de mí, pero yo sospechaba que se entendían muy bien, ya que todos acudían a verlo cuando él se les acercaba, incluso Felipe y yo solíamos agitarnos, envueltos en sendos uniformes azules con camisas beige, cuando nos hallábamos próximos a su presencia.

Tanto como a los seres animados, mi padrino amaba a los árboles. Sus mejores ideas (según él) le venían a la mente como frutos caídos de sus árboles, como la especulativa manzana que golpeó en la cabeza a Newton, dando origen a su teoría de la gravedad. Así flotaban en el jardín las ideas naturales de mi padrino, se colgaban de los árboles, se diluían en la mirada de sus amados perros, se escurrían por entre el estanque de los nenúfares y poblaban los espejismos de su alma. Y así las encontré yo, claras y expresivas, mostrándose al alcance de mi mano entre las hojas, en el sonido de la lluvia, burlándose de los peces en el agua, haciéndome guiños desde los ojos de Felipe. Era imposible escapar a las ideas gritonas que me llamaban desde los lugares más recónditos, y que mi padrino comenzó a enseñarme sin que siquiera yo pareciera darme cuenta exacta de lo que hacía, o él pareciera sentirse afectado por ello.

Al principio sus enseñanzas se confundían con los diáfanos colores de los días soleados, o los tristes grises de los días lluviosos, pero de pronto, derramándose como el agua al caer del vaso, las tonalidades comenzaron a aparecer vestidas de símiles donde yo identificaba a los recuerdos como hermanos que caminan a nuestro lado con las cabezas gachas, a los árboles como los amigos que siempre escuchan, jamás interrumpen y nunca abandonan, al cansancio de las viejas colinas bajo el sol, a la luz como la extensión blanca que rompe el azul enamorado del cielo, al tiempo que llora la muerte del paisaje entrañable, al amor como el casi imperceptible estremecimiento que llevan las ramas empapadas de sabia encendida, a la paz como el único aire universal que respiramos todos.

Felipe se reía de mis elucubraciones diarias posteriores a las reuniones con el padrino. Se reía y su risa era como la música que coloreaba mis sentidos, y me hacía reaccionar con palabras y juegos que solían sorprenderme, y sorprendernos juntos en apretados abrazos cargados de sol y grama verde que terminaban zurcidos a nuestra piel, y se asomaban luego en la penumbra de las noches. No era posible saber cómo tanta luz no despertaba a quienes compartían nuestras casas.

Cuando finalmente me despedí de él, mi padrino profesaba la humana necesidad de ser tocado, no sabía entonces si su mundo era real o acaso habría ya dejado la vida a un lado. Aún destilaba sencillez y sabiduría en sus pasos cortos, en sus pensamientos congestionados. Aún se deslizaba entre sus pasillos rebosantes de libros, entre sus muebles tumefactos de tantas ideas. Dejó su espíritu entre los papeles que plasmaron pensamientos en otros corazones humanos, incluido el mío, que nació latiendo, pero aprendió a palpitar entre los jardines y los sueños de la casa protectora de mi padrino.

# ALETSE SANTIAGO

aletssse@yahoo.com

Nació en Guadalajara, México, 1958. Reside en Cancún, Q. Roo desde hace más de 20 años. *Miembro Honorario* de la “Asociación de Escritores de Mérida” (Venezuela). Narradora y poeta, Licenciada en Educación, y miembro de la “Casa del escritor” en Cancún. Fue acreedora al Premio en el Certamen Internacional de Relato Social con “*Barricadas*”, colaboradora habitual en varias webs literarias. Ha participado como invitada especial representando a México, en proyectos literarios colectivos de ámbito internacional, y en recitales poéticos en España, Argentina, México y Venezuela, donde también presentó su libro *Silencios de Agua* (2003). Ha prologado libros de diversos autores. Actualmente colabora en el periódico *El Crucero Entertainment; LLC* (Nashville, TN), y en el área directiva de un colegio particular.

**OBRA LITERARIA:** En narrativa y prosa poética: *Silencios de Agua* (Alternativa Editorial, Galicia, Madrid, 2003). En publicaciones colectivas como: *Poemas Quietos* (Mizares, Barcelona, 2002), en varios números de la *Antología Internacional Sensibilidades y Sensibilidades de Oro* (Alternativa Editorial, Galicia, Madrid) del 2002 al 2005. En *Eñe, Antología Internacional De Escritores en Castellano* (2003). Textos de su autoría han sido publicados en periódicos y revistas de México como: *Tropo a la Uña, Cancunissimo y, Paal* en USA; *Community Focus*, de Filadelfia, y en el *Diario Frontera* (Mérida-Venezuela, 2004). También difundidos en programas de radio como *Radio Medicina, Arte y Cultura* (Miami), *Radio Babel*, y *Radio Nacional*, de España, *Radio Comunitaria, Café Literario*, de Mérida (Venezuela) y *Radio Ayuntamiento Cultural*, de Cancún (México). Participó en la II Antología de Narrativa de la Asociación de Escritores de Mérida-Venezuela: “Relatos de humor sin extrama-unción” (Mérida, AEM / Consejo Nacional de la Cultura, 2005).

## CONVITE DE VIDA

Te ves buscándolos por todos lados. No los encuentras. Te urge que hagan lo que tienen que hacer. Ha surgido un imprevisto. Maldices. “¡Muertos de hambre!”, los llamas. Son de origen humilde, viejos, ajados de piel y alma. Te arrepientes de haberlos contratado. Tu lógica te indicaba todo lo contrario, aún cuando no has encontrado falla alguna en sus trabajos. A excepción de uno de ellos, que algunas mañanas llega crudo de alcohol y de la vida. Pero sabes que si no les hubieras dado la oportunidad, pocas posibilidades tendrían de encontrar trabajo, amén de la significativa ganancia en proporcionarles salarios ba-

jos. Pero ahora los buscas y no los encuentras, hasta que llegas a un apartado lugar fuera del área de trabajo, a la sombra de un asustado almendro que te ve llegar.

Están sentados en círculo, sobre unos ladrillos en el suelo y te sonríen. La curiosidad le gana la partida a tu enojo en una sola jugada. Te acercas. En el centro más ladrillos, y sobre ellos, como mantel, un trozo de papel estraza arrugado y grasiento. Una pila de tortillas, carne deshebrada, un tazón con caldo. Te quedas callado por unos instantes. Recuerdas que es la hora de su almuerzo, y maldices tus maledicciones. Recuerdas también tu cita con uno de tus arquitectos y los inversionistas. Los saludas con un gesto arrepentido, que sólo tú sabrías interpretar: una combinación perfecta entre indiferencia y malestar. Estás por irte cuando uno de ellos te detiene, el alcohólico del alma, que en estos momentos te acerca un ladrillo:

—Siéntese, jefecito, hay pa' todos, estamos por empezar...

Los otros tres te miran y asientan con la cabeza. Se paraliza el instante. Tu camisa y pantalón de un blanco inmaculado se ponen verdes de solo pensarlo. Los viejos esperan tu respuesta. Estás por negarte cuando comprendes que no sólo son sus alimentos los que quieren compartir contigo, sino todo un *convite* de vida. Das las gracias y te sientas en el ladrillo ofrecido. Al principio ninguno habla, y cuando empiezan a hacerlo, no lo hacen en su lengua maya, por deferencia a ti. Saben de cortesía aunque nunca hayan ido a la escuela. La educación la mamaron de niños y la llevan en la sangre. Registras el hecho en tu mente y empiezas a sentirte cómodo.

Entras a su milenario rito de disfrazar el hambre. Te dan la primicia. Titubeante tomas la primera tortilla. Dos kilos de tortillas aproximadamente, piensas. Calculas que han podido comprar, entre todos, un cuarto de kilo de barbacoa. Adivinas que han reunido con mucho esfuerzo sus centavos para tal banquete. Unos cuantos chiles habaneros. Un tazoncito de caldo de barbacoa, un limón partido, y un poco de sal. Estás por declinar nuevamente el ofrecimiento por lo escaso de la comida, pero te topas de frente con sus miradas: fijas, dignas, orgullosas hasta los huesos de una herencia que no se cifra con números, cálculos, o medidas. Bajas la mirada para disimular tu rubor.

La carne se termina en la segunda ronda, y salen salvadoras las tortillas. Maíz: legado bendito de sus dioses. Por turnos, parsimoniosos, sin prisa, uno a uno, van empapando su tortilla en el caldo, llevándose después a la boca, como si estuvieran compartiendo la pipa de la paz. Disfrutas cada bocado. Olvidas tus citas. No sientes lo duro del ladrillo. No muy lejos del lugar, una playa y un mar con un futuro incierto, te miran en silencio. El almendro se aferra a sus profundas raíces. Hablas poco... Tú, dueño y extranjero de tierras conquistadas, devastador de selvas para sembrar emporios turísticos, administrador de bienes propios y ajenos, sabes ahora, con humildad, lo que es matar el hambre de la nada. Por fin, tus zapatos lustrados se hablan de tú a tú, con sus huaraches.

Al terminar, te dan las gracias, recogen los desperdicios. Se paran, y cada uno toma su instrumento para seguir tocando su parte en la partitura de la vida: escobas hechas de ramas, machetes, picos... y uno de ellos -otra vez el más ajado de la vida- comparte las dos últimas tortillas con un perro verdaderamente muerto de hambre, junto con un poco de carne que le guardó en su morral.

## **EL PROBLEMA**

A Roberto, de Sirena

El que mi madre se llame Karla Vanesa no es ningún problema, ni que mi madre de nacimiento (prostituta profesora,) me haya regalado a ella apenas de un mes de nacido. Karla me lo dijo sin tapujos a los 5 años, entre besos, abrazos y su aliento a pulque de todos los viernes por la noche, y los sábados y en ocasiones hasta los domingos. Que nadie le diga, hijo, que su madre no trabaja para usted toda la semana, como para darme estos pequeños lujos; así es que no se queje, me decía entre reproches y carcajadas mientras atendía a su amigo en turno.

El problema no es que bajo amenazas, golpes e insultos, me ordenara ir a la calle a vender parte de las verduras que vendía ella en el mercado. Con mi aspecto de sorpresa cansada, lograba la compasión de la gente, y me era común el murmullo a mi paso de otros vendedores al mirarme. ¡Escápatel! -me decían-, sin lograr comprender yo



tanta urgencia. Después de todo, Karla se esmeraba en que fuera a la escuela, y era tanta su preocupación que diez azotes no eran suficientes por una mala nota mía.

El problema no es que la encontrara llorando en repetidas ocasiones frente a su destartalado tocador, con la blusa desgarrada por ella misma, un sostén relleno de papel de baño, con todo el maquillaje corrido, ríos de rimel negro por donde yo sentía que se le iba la vida, y me suplicaba, más que ordenarme, que me fuera de la casa y no volviera, así fuera de noche y lloviera a la par que ella. Siempre había un rincón donde guarecer mi doble orfandad hasta que ella me buscara y me regresara a casa.

El problema no son las marcas en mi cuerpo: dos cicatrices en forma de herradura sobre mi pecho, otras tantas en parte de mi piel, un hoyo ya seco y cerrado sobre mi pié derecho. Las de la cabeza, por tanto pelo, no las puedo contar. A los piojos ya me acostumbré. Siempre se tiene a mano un trapo o dos para cuando arrecia el frío, y suficientes jitomates, para calmar la tripa.

El problema no era nuestra vivienda de una sola pieza, el tener que cerrar los ojos so pena de muerte si presenciaba la escena de los gemidos, y luego los ruegos de ella a su nuevo amante: ¡No te vayas mi amor!, ella no es más mujer que yo, -le decía-, no te vayas. Y luego el portazo. Te mataré, maldito, te mataré. Sus gritos por la ventana, sus gritos por toda la vecindad. Escápate, me volvían a decir, aún es tiempo, pero para ese entonces Karla Vanesa era más indulgente conmigo, más cariñosa, ya casi eres un hombrecito, me decía, con una mirada nueva.

El problema no es que me enterara ayer por una de sus amigas del doble nombre de mi madre, Karla Vanesa y Ramón Orozco, ni la bofetada e ira de ella cuando la cuestioné al respeto, ¿Qué sabes tú mocoso, qué sabes de la vida? Soy tu madre y punto. Y luego su chorro de lágrimas sobre mi cabeza. Me dio un beso en la frente que sentí como despedida, sacó nuestro único cuchillo -de nuestro único mueble de cocina- y salió rumbo al domicilio del amante.

No, ¡qué va! ... El problema... es que ahora no sé a dónde ir a buscarla, si a la cárcel de hombres, o a la de mujeres...

## SUEÑOS COMPARTIDOS

Formar un grupo musical, ser ricas y famosas, no estaba mal como nuestros primeros sueños adolescentes. Tener un departamento para las cuatro, toda la libertad en un puño como principal mobiliario, y la devoción de numerosos *fans*... sí, no estaba mal para cuatro mosqueteras con ganas de comerse al mundo con todo y cáscara y semillas, aún cuando ninguna tocaba instrumento alguno ni sabía cantar. Solíamos ser admiradoras fieles de Da Vinci, en nuestro afán de irnos de “pinta” tan pronto como teníamos la oportunidad. No bastaba el gran candado en el portón de la escuela, para eso también existían las ventanas... Con nuestras mochilas a la espalda, uniforme escolar y muy poco dinero en los bolsillos, nos lanzábamos a la aventura de desafiarnos a nosotras mismas.

¿Recuerdas la primera vez que probamos de la verde?... Jenny, la más aventada de todas, le había robado un carrujo a su hermana, que ahora compartía con nosotras -muertas de la risa y miedo-, sentadas en un apartado y solitario parque... Cómo íbamos a saber nosotras que teníamos que retener el humo: lo expelíamos tan pronto como lo aspirábamos... pero se nos hizo tan fácil seguirle la corriente a Jenny con sus alucinaciones... “¡Miren, miren, un elefante morado volando! ¿Lo ven?”... Y nosotras: “¡Siiii, síiiii, lo vemos, y viene acompañado de libélulas y musarañas de colores!” Las ganas, amiga... las ganas de probar todo lo nuevo... eso es lo que compartíamos... así como las lágrimas de nuestros primeros “amores hasta la muerte”, frustrados... Admirábamos a Jenny por su desfachatez, tanto en el vestir como en el decir, como si tuviera prisa por emular a Juana de Arco, pero sin ninguna visión real por delante...

Nuestra linda y modosita Pilar era la más callada... siempre ruborizada al punto del puchero. Era dulce y de una inteligencia singular, que rallaba en una evidente timidez. Sin embargo nunca dejaba de sonreír. Poco supimos de ella después del funeral de Jenny unos años después. Quién lo iba a imaginar... Jenny muerta en un accidente de tráfico por manejar drogada con algo más que un carrete de la verde... Me imagino que fue a encontrarse con su elefante de alas doradas... formas peculiares de seguir los sueños... Lloramos las tres sobre su féretro,

sin estar muy seguras si era por ella o por nosotras mismas... En esa ocasión Pilar nos comentó que estaba a punto de terminar su carrera universitaria, ¿recuerdas?... y años después supimos de su éxito profesional, ya pasado un largo y doloroso proceso de divorcio que nunca nos comentó. Cuando se postuló como candidata para una importante diputación, ni tú ni yo dudamos que lo lograría... y así fue... Eructó, desde las entrañas, todos los golpes del marido, y el coraje acumulado por tantos años, espantando de tajo su timidez...

Tú y yo también tuvimos poco contacto una vez que salimos de la secundaria... Tú, supiste sacarle todo el provecho a tu belleza y encanto. Te aventuraste a tu primer matrimonio porque, según tus argumentos: “¡es que tiene un carrazo que ni te imaginas!”... Creo que fue en esa ocasión cuando nuestros caminos se bifurcaron. Amigas del alma hasta que no tuvimos más sueños compartidos... De cuando en cuando nos llamábamos, pero cada vez teníamos menos cosas que decirnos. Hablábamos el mismo idioma, pero confundíamos todas sus letras, sintiéndonos incómodas. Tu cuarto matrimonio fue el definitivo: dinero a manos llenas asegurado de por vida, y viajes al por mayor a todos esos lugares con los que siempre soñaste. Lo última vez que nos vimos, antes de que pasara lo que pasó, fue en esa deslumbrante fiesta que organizaste para anunciar tu próximo viaje al Oriente. Aún no me explico cómo coincidió el que tú me invitaras y el que yo aceptara, sabiendo ambas que yo me sentiría fuera de lugar. Serían cosas del destino... Me alegré por ti. Te veías radiante charlando entre ese avispero de gentes, instalada a horcajadas en el lomo de tu triunfo. Yo te observaba desde una mesita cerca de la alberca, bajo una palmera perfumadita de luna, mientras tomaba una copa de champagne. Pronto tuve compañía...

Yo, la “romántica” del grupo, la que les escribía las cartas y poemas de amor para los novios de turno, con los años llegué a escribir unos cuantos libros, y a vivir tan libre como vislumbré en aquella ocasión a las libélulas... Sin fama ni fortuna pero aún pintando “Da Vinci-como graffitis- en las paredes de la vida. Iba de un lugar a otro, aún con mi mochila al hombro, ahora cazadora de palabras para prenderlas cuidadosamente, con alfileres, sobre cualquier papel... Tal vez tratando de mitigar un poco la soledad. En pleno vuelo él me conoció.

Quizás cansada y deseosa de que mis pies tocaran piso... Por increíble que parezca su nombre no me decía nada. Será porque nos inventamos nombres desde el primer encuentro: “La Dama del Vestido Rojo”, me dijo... “Caballero Andante que sabe de la buena música”, le contesté con una sonrisa... Conversamos, no sólo de música, sino de libros y política. Tiempo después ya era demasiado tarde cuando supe su nombre y apellidos... Era tarde para estacionar las ganas compartidas, los instantes donde nos hacíamos exclusivos, al tren de un solo vagón y una sola vía... Ya era tarde para comentártelo a ti...

Así es que no llores por mí, amiga... nada pasó que no estuviera escrito... Decidimos fugarnos juntos, lejos de ti y del resto del mundo. Lo que nunca previmos fue que supieras de su huída e hicieras los arreglos necesarios para que todo pareciera un “accidente”... Lo que nunca imaginaste fue que era yo la intrusa, la que iría en el asiento derecho... Ya han pasado muchos años de todo eso y aún vienes a visitarme cada día de su aniversario luctuoso, y jamás faltan flores frescas en mi habitación... ¿Sabes?, el bosque y las estaciones que posan ante mis ojos desde este ventanal de hospital, ahora son mis alados versos... nada de candados... Embelesan, ¿verdad?... no pudiste haberme conseguido mejor sitio... Quizá por eso vienes cada vez más seguido, te sientas al lado de mi silla de ruedas y los disfrutas tanto como yo, en silencio... Pero no llores... ¿Será que nuevamente compartimos un sueño? Y sí, no lo sabes pero te escucho... sobre todo cuando susurras entre lágrimas su nombre o el mío...

# FREDDY SISO

sissofre@yahoo.com

Nació en Caracas, Venezuela, 1952. Licenciado en Historia (Universidad de Los Andes, Mérida). Ha realizado diversos cursos relacionados con su profesión de cineasta: Laboratorio de Cine B/N Departamento de Cine, ULA. Mérida, 1970; Talleres de Producción Cinematográfica en San Antonio de los Baños. EICTV. Cuba, 1988, 1989. Taller de Liderazgo para la Gerencia Cultural-Conac/Centro Latinoamericano y del Caribe, Mérida. 2001. Ha sido Asistente de laboratorio Cinematográfico, Jefe de Laboratorio Cinematográfico B/N, Instructor de Fotografía Fija, Camarógrafo Cinematográfico, Sonidista de Cine, Montaje, Edición de Negativo, Productor Director del Centro de Cinematografía de la Universidad de los Andes. 1995-1997; Director de la Fundación Cine Arte Skene (2000 a 2004). Ha participado como Actor del Grupo Teatral Experimental Mérida. Años: 1972-1974. Autor del Guión Teatral: El jinete insomne. Basada en la Novela del escritor peruano Manuel Scorza Monólogo, 1989. Ha dictado talleres para Actores, III Salón Internacional de Cine. Bogotá, Colombia, 1991; y de Actuación Auspiciado por la Oficina Regional de Cultura. CONAC-Tovar, Mérida, 1991. Producción General de la Obra: El show de la muerte desnuda, Escrita y Dirigida por Rensses Royarls (Holandés). Mérida, 1993. Ha participado como técnico cinematográfico y Director de varias películas. Obtuvo premios como el *María Teresa Castillo*, a la obra de más alta calidad artística. III Festival de Cine Nacional, Mérida (con Diles que no me maten). Gran Premio Simón Bolívar III Festival de Cine Nacional, Mérida. Premio Especial del Jurado Festival de Huelva. España. Premio de la Oficina Católica Internacional de Cine La Habana, Cuba. Premio al Mejor Director Consejo Municipal Distrito Federal. Premio al Mejor Actor Consejo Municipal Distrito Federal. Premio de la OCIC. Región Venezuela. Ha producido numerosos guiones de cine.

**OBRA LITERARIA:** Cuentos: *Raízdeagua*, (Mérida, Editorial El Otro, El Mismo/ Instituto Merideño de Cultura, 2002). Algunos de sus cuentos fueron publicados en la *I Antología de Narrativa de la Asociación de Escritores de Mérida* (AEM-CONAC 2004). Tiene inédito: *Las montañas más ocultas* (2005). Ha sido reseñado en *Diario Frontera*, Mérida, 12/02/2001 y en la página “Al pie de la letra”, de la AEM (Mérida, *Diario Frontera*, 13 de septiembre 2003).

## UN MUERTO EN LA VEGA DE LOS ARANGUREN

¿Qué, si yo era policía?

Sí, fui durante treinta y cinco años y duré hasta que entró de Prefecto Tomás Sánchez. Era trabajar mucho en esa vaina y no sacar ningún provecho. Figúrese que lo primero que ganaba, eran siete bolívares

mensuales y en después me aumentaron a veinte, luego a veinticinco y lo último que ganaba era como setenta. Setenta mensuales. Esa vaina no alcanzaba ni pa'los trasnochos que me hacían pasar. Andábamos únicamente con una peinilla, esa era el arma que le daban a uno y teníamos que buscar huidos por esos cerros perdios, sin saber quiénes eran. Eso era caminar y caminar chico. Por esa joda faltaba muchas veces a la casa y mi mujer peliaba conmigo porque yo andaba buscando a un pobre tonto que se había robao una gallina o qué sé yo. Eso era mucha vaina, figúrese que una noche me vinieron a buscar de urgencia, pa'que fuera a ver de un muerto en La Vega de los Aranguren.

Era de madrugada cuando salimos yo y dos policías más nombraos por el Prefecto. Atravesamos el caserío Apure, subimos al nacimiento del río de Nuestra Señora de los Desamparaos, luego al Alto Grande, bajamos al Alto 'el Hueso y en después de mucho caminar sí llegamos. Pasamos el puentecito y ahí está la capilla, ésa de paja que queda arriba de la casa de mis primos los Castillos. Nos estaban esperando, eran casi las cinco de la tarde. Hablamos con la gente y nos pidieron que buscáramos al muerto. Llegamos muy cansaos, de aquí hasta allá hay más de doce horas. Bajamos a casa de Pedro Castillo y ahí descansamos un ratico no más. Nos dieron guarapo y arepa con cuajada. Al rato subimos al puentecito y con la poca luz que quedaba, comenzamos a buscar por todo el río. Lo que pasó es que el finao venía con un bulto de harina pa'cambiar por papas. El traía su burro cargao pero el río estaba crecío. Entonces el hombre se dio cuenta de aquello y pa'que no se le mojara la harina, descargó al burro y me figuro yo, que quiso pasá así a pulso la harina pa'que no se le mojara, pero hay ríos que en tiempos de invierno se ponen muy fieros. Será así que se puso a cruzá el río, sin esperá a los dos que lo acompañaban, que venían bien atrasaos. Cuando ellos llegaron al río, se encontraron con el burro solo, creían que el muerto los estaba esperando, pero allí no estaba. Entonces resolvieron bajá a la capilla y ahí tampoco estaba, por último fueron a casa de Pedro Castillo, donde iban a cambiá la harina. Tampoco lo encontraron, entonces se devolvieron y empezaron a buscalo por el río. No encontraron ni la harina, ni la carpeta pa'l frío, ni la marusa con el avío, nada. No había señal de aquel hombre. Ahí fue cuando decidieron avisá aquí. Esos días estaban muy lluviosos y caían sus nevazones. En el Alto Grande había

nieve. Pa'posá bajamos donde Juan Castillo, que es la casa que queda más abajo de la de Pedro, buena casa. Sucede que mi primo Juan me debía sesenta bolívares, por una escopeta que me sacó fiada de una bodeguita que yo tenía aquí en el pueblo. En esa casa comimos y dormimos. En la mañana, eso fue caminé ese río por todas partes, pa'rriba y pa'bajo, ¿usted cree que el muerto aparecía? No aparecía. Eso chico fue todo el día en esa vaina. Nos faltó un sólo lugar donde no podíamos entrar, era como que el río se convertía en un tubo y abajo caía como una fuente pa'rriba. Por la tardecita nos regresamos a casa de Juan Castillo y esa noche le pedí que nos acompañara por la mañana a buscá el muerto. Como él me debía sesenta bolívares, quería atendeme: Mire Augusto, si quiere matamos un becerro o una cabra, ¿quiere leche?, me decía. No chico, no ve que ando buscando un muerto; y volvía, cómase un pedazo de carne... y yo comía. Por último, me dijo, Augusto, usted es mi primo y yo le debo sesenta bolívares, ya que no quiere que mate ningún animal, podría matar entonces unas diez gallinas. No chico, deje eso, le contestaba yo. Era un hombre de vergüenza. Bueno ya que ni quiere comer, venga y vea. Me llevó pa'un cuarto que tenía encerrao. Esto se lo enseño a usted porque es mi primo. Entramos y tenía tres pailas hirviendo con miche. Mire, se veía buen miche. Nos tomamos lo que quiera. Yo le dije que no, que yo andaba en la joda esa del muerto. El se quedó pensando y al rato me dijo: usté no me va a denunciá, ¿verdá? No Juan, yo ando en lo del muerto y no ando buscando miche. Lo que yo quería era que me acompañara al tubo del río, no ve que era joven y fuerte. Le dije pa'que se quedara tranquilo: la ley es la ley y no tiene otra interpretación. Si ando buscando un muerto, ando buscando un muerto, si ando buscando miche, ando buscando miche. Eso le dije porque él era un poco bruto y así comprendía. En la mañana fuimos al río y él se bajó al hueco ese. No encontró tampoco nada. En eso llegaron los parientes del finao, no ve que el difunto era casao. Dijeron que nos apuráramos porque la viuda estaba esperando. La gente si es jodida. ¿Cómo nos íbamos a apurar? Yo sé que eso de enviudá es padecé. Y más si él era el sostén de la casa, claro que le debe pegar a la viuda, pero qué carajo. Si no aparecía, esa pobre señora algo se ahorra. Porque usté sabe que un velorio lleva sus gastos: que si el miche, las comidas, el café, todo lo que se prepara. A eso le suma el trabajo y los

trasnochos. Los novenarios, los cabodeaño. Por todas partes ahorra-  
ba esa señora. Pero es allí donde está el misterio de esas muertes así,  
pues que los parientes no están seguros de si el finao está muerto o no.  
Pa'que haiga rezo tiene que haber muerto, pa'que haiga entierro tiene  
que haber muerto; en fin, se necesita la presencia del muerto. Después  
que discutimos mucho con los parientes de la viuda, jurungamos ese  
río hasta bien abajo y no encontramos nada. La señora se quedó espe-  
rando y nosotros nos vinimos sin novedá. Pero de todo eso, lo que me  
alegra es que Juan Castillo quería haceme las atenciones. ¿Usté cree  
que me pagó los sesenta bolívars? Nunca chico. Al tiempo apareció el  
difunto, estaba como acurrucao, un paquetico de huesos pues. No apa-  
reció ni la harina, ni la carpeta, ni la busaca con el avío. Eso fue cuando  
la dictadura, que sí había régimen. No como ahora que el país vive un  
empobrecimiento. Los políticos como que creen que ser políticos es  
un trabajo. Por esa vaina de la política fue que me sacaron de la Poli-  
cía. Tomás Sánchez era de otro partido que no era el mío. Después de  
treinta y siete años de policía, ¿usté cree que me pagaron algo fuera del  
sueldo? Mire, nada. Ahora es que tengo una pensioncita de trescientos  
bolívars. No voy a decir que no sirve pa'nada, con ella me compré un  
pedacito de terreno y las tablas pa'l cajón. Uno no sabe cuándo le llega  
la hora. He estado aprontando las cosas, las velas, el miche y hasta un  
becerro estoy engordando.

¿Usté se va mañana verdá? No vuelva por aquí con mujeres. Eso  
mejor uno las deja por allá y se viene sólito. ¿Pa'qué la trajo? ¿No ve  
cómo lo dejó? Se le fue y ahora hasta triste está. Si será tonto.



# GEORGINA UZCÁTEGUI GÓMEZ

georginainesuzcategui@gmail.com

Nació en Maracaibo, estado Zulia, Venezuela, 1969. Narradora, abogada de libre ejercicio en las áreas de Derecho Público, Mercantil, Ambiental, Cooperativismo, y asesoramiento a particulares e instituciones en estos aspectos, en la ciudad de Mérida y en Caracas. Ha trabajado en la Corte Primera de lo Contencioso Administrativo (1994-2002), Despacho de Presidencia, como Abogada Asociada I, y como Coordinadora del Departamento de Jurisprudencia de esa institución, también se ha desempeñado como Asistente a la Coordinación de Actividades de Extensión en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la UCV, y en la Fundación de Derecho Administrativo (FUNEDA). Ha realizado los talleres literarios de poesía, narrativa y ensayo promovidos por la Dirección de Asuntos Estudiantiles de la ULA (DAES) durante los años 2004 y 2005.

**OBRA LITERARIA:** Tiene inédito el libro de cuentos *Pequeña crónica de la convivencia y otros rencores*, y una compilación de poemas reunidos bajo el nombre de *Historias de Mo Bai*. Uno de sus artículos “*Crónica sobre la fiesta de San Benito, de Mucuchíes*” fue publicado en la revista *Valdeoleacolor* (cuarto trimestre del año 2005, Ayuntamiento de Valdeolea, Provincia de Cantabria, España. Algunos de sus relatos fueron publicados en la *II Antología de Narrativa “Relatos de humor sin extrema-unción”* (Mérida, Asociación de Escritores de Mérida/CONAC, 2005).

## UN RÍO EN DOS VISIONES

Una noche de esas en que la oscuridad y la frialdad del ambiente apuran los pasos en busca de abrigo en cualquier rincón, ese apresuramiento confundió mi caminata. Debía dirigirme a un conocido hotel en razón del bautizo de una de tantas obras que, multiplicadas en distintos nombres, se unía a la larga fila de bibliografía que, cada temporada, se disponían a ser sacralizadas en el baptisterio editorial. Pero fui a parar a un solitario parque, que hasta entonces sólo había entrevisto desde la ventana de mi vehículo, cada mañana, cuando me dirigía a mi rutina académica en la universidad, ya que en mala hora mi carro había fallado a mitad de camino gracias a uno de sus acostumbrados desperfectos mecánicos que más inoportuna no podía ser, obligándome a asumir el papel de peatón y sus consecuencias.

Asustado, al darme cuenta de mi distracción, empecé a escudriñar con mis miopes ojos las posibles salidas del lugar que me condujeran

a mi ruta original. Y descubrí que había avanzado muy adentro de sus linderos, tan ensimismado iba en mis pensamientos que giraban entorno al tedio que me causaban esos compromisos que mi posición profesoral me exigía, pagando un diezmo a la rutina contenida en esos actos.

Cada vez más nervioso apresuré la marcha el sudor corría por mi rostro sin parar. Me sentí extraviado, hasta que divisé una débil lucecita que iluminaba lo que parecía ser el comienzo de un sendero. Comencé a transitarlo, sólo se escuchaba el ruido de la hojarasca triturada por mis pies, a lo lejos me parecía ver fantasmales sombras que se movían, ramas de árboles abatidas por la brisa húmeda que empezaba a sentir en la cara.

Súbitamente salió de entre las sombras un bulto que se dirigió hacia mí con pasos inciertos, zigzagueantes, un olor alcanforado expelía de la figura que empecé a ver con claridad, ya repuesto del impacto de su aparición. Se trataba de uno de los tantos hombres de la calle, la ropa arrugada, el cabello revuelto y algo grasiento, la vista extraviada y acuosa, delataban su condición.

Pensé sólo esquivarlo, seguir hacia delante fingiendo distracción cuando sentí que una mano rugosa pero firme me tomaba por el antebrazo. Volteé a mirarlo y escondiendo mi terror creciente atiné a balbucear un ¿qué le pasa?, que se escuchó poco creíble y apenas audible que el anciano soltó una carcajada que sonó espectral en medio del silencio gélido que me rodeaba. Con una mirada que ahora notaba más inteligente y divertida, el desconocido me preguntó ¿Lo asusté Doctor?

Era, como ya dije, una persona de bastante edad pero indefinible a la hora de ubicarla en una década determinada. Vestía una especie de safari ajado, descolorido con un matiz pardo, la camisa de un vago color crema había tenido mejores momentos, tenía un rostro con una barba exigua, marchito, pero aún firme la quijada, ojos aindiados y pequeños. Me llamaron la atención sus manos, arrugadas, sí, pero delicadas en su conformación pese a los callos y asperezas que sentí al contacto de una de ellas.

Lo miré directamente a los ojos, ya recobrado del susto, y envalentonado, le contesté ¿Qué es lo que le pasa? ¿Quiere mi cartera, el

celular, o qué más? El hombre me miró con una expresión entre triste y burlona, contestó: Disculpe Doctor no quise asustarlo, porque usted lo que está es asustado, me perdona que se lo diga.

Yo quedé perplejo al oír la rápida contestación del hombre. Cuando pensé decir algo más, el desconocido me preguntó, noté preocupación en el timbre de su voz: ¿Está extraviado poeta? ¿Es primera vez que viene a este parque?

Algo se removió dentro de mí, esa expresión ya anacrónica en su uso, “poeta”, tenía tiempo desterrada de mi léxico. Cuando la escuché me llevó a días remotos y sensaciones olvidadas, largas tertulias e ideas compartidas con amigos que fui dejando atrás; a los amigos, cuando ellos, empeñados en darle un giro al mundo, quedaron atrapados en el vórtice de sueños inconclusos; artistas todos que no pudieron remontar el vuelo de lo inmediato. Me consideraba un sobreviviente victorioso de ese naufragio. Había logrado culminar una formación universitaria bien cimentada en calificaciones resaltantes y relaciones convenientes; ningún vicio me había enredado en su madeja autodestructiva; unos tragos ahora a lo sumo de vez en cuando, en los días fríos o en reuniones aburridas; el cigarrillo para la ansiedad y en horas de soledad; el sexo era un tópico subsanado hace tiempo con una pareja afín a mis gustos y necesidades. Ser poeta, o lo que yo pensaba que ese calificativo conllevaba de trasgresor y deconstruido, no era una palabra que yo podía aplicar a mi estado actual de cosas.

Salí de mis pensamientos. Más calmado le murmuré una débil disculpa al viejo, pidiendo el favor de que me indicara la salida más próxima de ese lugar. El anciano preguntó, percibí curiosidad en sus palabras: ¿Y tan pronto se va? ¿No le gustaría conocer mejor el parque?

Extrañado le comenté, todavía suspicaz, que era demasiado tarde, que tenía un compromiso y que no, que ese sitio no tenía nada que me llamase la atención, menos a esas horas.

Él, aparentemente no escucho mi respuesta y señalando un resplandor plateado que se veía en el próximo trecho de esa senda, dijo: Ese es el río Albarregas, es uno de los que cruza esta ciudad desde antes de que un extremeño extraviado la llamara con el nombre que tiene hoy. Este río es más viejo que esta ciudad, tan silencioso. Era

crystalino. No siempre estuvo tan sucio. Cuando niño jugué mucho en sus orillas. Era muy fuerte en sus crecidas, daba miedo y respeto oírlo rugir en invierno, era sabroso en verano meter los pies en sus aguas, se sentía como panela de hielo. Tuve un amigo que hacía competencias a ver quien lo atravesaba más rápido nadando. Una vez lo sacaron tieso, pálido, le dio un calambre y casi se ahoga.

Saqué una caja de cigarrillos, la leve llovizna había desaparecido hace rato, pero la temperatura seguía bajando, mis manos temblaban intentando encender el cigarro en mi boca. Le ofrecí uno a mi inesperado acompañante, que rechazó con un “no gracias, Dios le pague”, éste prosiguió en su remembranza: ¿Sabe Poeta?, pronto se olvidan con la edad muchas cosas que hacemos todos los benditos días, pero la memoria ve clarito los recuerdos que están más lejos, lo que nos pasó, bueno o malo, los olores de un sitio, el saborcito de un beso robado, el color de un sombrero, los nombres de gente que uno conoció o quiso, que ya no está, incluso eso se puede olvidar, los nombres, pero no lo que sentimos por ellas, el color de una mirada, el sonido de las risas en una tarde a las orillas de un río, esas risas, esas gentes, las miradas ni siquiera, mi amigo, existen ya, sólo queda el río, pero él me recuerda a los ausentes, por eso me gusta venir a mirarlo y saludarlo, como a un viejo amigo.

Tuve la sensación de haber vivido ese instante en otro momento de mi vida, una leve impresión pasajera, el frío me calaba, temblaba y el viejo lo había notado. De su estropeado saco extrajo una pequeña botella aplanada y me ofreció un trago que, primero con asco y luego con alivio, tomé de un solo tirón sintiendo su efecto benéfico y tibio. Recordé una madrugada en que, llevado por la exaltación que me produjo una bebida similar, unida al humo aspirado de un cigarro no tan inofensivo como este que acababa de fumar, sentí la fuerza de unos versos que leídos al calor de una charla entre poetas neonatos como yo creíamos que nada podía destruir la belleza de esas palabras y de la fraternal nocturnidad que nos unía.

¿Ve usted esos árboles? Con esta expresión interrumpió el extraño personaje mis cavilaciones. Prosiguió añadiendo, aquella es una acacia, ese es un roble, esos que están más cerca del río son unos eucaliptos, tiene cada uno su nombre de pila y el que le ponen los científicos,

pero yo si quiero puedo llamar a la acacia Aura, al Roble amigo, a los eucaliptos soñadores o compañeros, quien me dice a mí que no puedo llamarlos como me dé la gana, como yo siento que en verdad debo llamarlos. Esa piedra grandota que usted ve del otro lado del río podría ser un castillo en donde los cocuyos descansan, ellos serían los centinelas de esa casa de piedra y de todo el parque, que no sería parque sino un inmenso bosque donde esos guardianes con sus candiles se mueven alumbrando el camino de caminantes perdidos como usted o como yo en una noche de neblina.

Estas últimas frases rompieron algo dentro de mi interior. Reprimí unas palabras que venían a mi mente, que no había vuelto a decir desde aquella madrugada tan lejana e imprecisa. Aturdido por el caudal de imágenes que me arrojaban, no reparé en el silencio de mi acompañante, tomaba un trago largo de su botella, sonrió y musitó algo que no entendí, luego volvió a fijar sus ojos en mí.

Como ve compañero, esto que nos rodea, este río dormilón, estos árboles, incluso los pájaros que son como comadres chismosas que de noche se callan y dejan la cháchara para otro día, todos tienen sus historias, que hay que detenerse a escucharlas con los oídos bien abiertos. El río siempre está susurrando nombres, nos dice lo que quiere, y si uno anda distraído o apurado, lo más probable es que no lo oiga cantar. Y seguro no lo va a escuchar cuando le quiera contar lo que ha visto.

Después levantó la mano simulando un saludo de despedida, estrechando mi hombro con gesto paternal. Sólo añadió: deje que él le hable, y escríbalo, no deje de nombrar lo que aún no tiene nombre, y dígaselo a otros para que no se sientan tan solos.

Enmudecí, viendo cómo se alejaba con paso vacilante, cómo desaparecía detrás de la neblina. Una ráfaga de viento hizo oscilar esa cortina de agua, lo cual me permitió ver luces fuertes. Era un callejón largo. Corrí con la esperanza de alcanzarlo y lo único que conseguí fue encontrarme fuera del parque, a mitad de una solitaria avenida. A mi izquierda podía ver la enorme fachada iluminada del hotel en donde tenía que cumplir el compromiso al que estaba destinado.

Entré al cálido lobby tropezándome con algunos de mis colegas quienes me preguntaban el porqué de mi retraso. Tenía fama de pun-

tualidad inglesa, me disculpé con las excusas que siempre vienen al caso. Quien fungía como orador de orden se acercó al grupo donde me había detenido charlar, informándome que el bautizo de los libros estaba ya por concluir, el libro que me tocaba presentar ya había sido comentado por una de las autoridades de mi facultad que se tomó la libertad de apadrinarlo al notar mi ausencia, como suele ocurrir ante esas eventualidades.

No me importaron mucho las molestias que mi impuntualidad podía haber causado. Tomé de la bandeja que un mesonero me ofrecía un vaso de whisky que fui bebiendo a pequeños sorbos, pensativo por lo ocurrido esa noche. Luego conversé con conocidos de temas triviales. Apuré un segundo trago y, sin despedirme, salí del lujoso establecimiento y pedí en la recepción que me enviaran un taxi que no tardó en llegar.

Llegué a mi apartamento, entré con cuidado a la habitación, mi compañera dormía y apenas si se movió cuando le di un beso con el cual le anunciaba mi retorno. Me acosté pero el insomnio no me dejaba descansar. Daba vueltas en la cama, las sensaciones e inquietudes que las palabras del desconocido habían despertado me rondaban sin darme tregua.

Me levanté de la cama. No tenía sentido estar echado mirando el techo con la vista perdida. Encendí la lámpara de mi escritorio y el computador. Me quedé unos segundos extático viendo la blanca superficie de la pantalla, de repente comencé a escribir sin pausa, sin reparar en acentos. Lo que venía a mi mente era transformado en palabras que no cesaban de fluir. Fueron pasando las horas y aún continuaba como poseído, sin detenerme, casi sin respirar.

Pero el fuego que me había guiado a tejer esas frases, una tras otra, con una alegría llena de presentimientos, se fue apagando imperceptiblemente. Decidí ir a descansar, pues el nuevo día que comenzaba traía una carga de obligaciones que no podía evadir.

Cuando desperté ya estaba muy avanzada la mañana, iba a llegar tarde pero tampoco me importó. Me levanté, preparé un café, lo tomé lentamente, dejando que envolviera mis papilas gustativas. Salí a la calle y me detuve en el cafetín de siempre para tomar el desayuno. Coincidió con un compañero de cátedra que me refirió detalles insus-

tanciales de la universidad y del acto de la noche anterior. Mientras el colega hablaba, fijé la vista en el periódico local, me dirigí al quiosco y lo compré. Entre noticias de lluvias torrenciales, nuevos precios, enfrentamientos, estrenos de cine, detuve la mirada en una reseña de la parte cultural donde se mencionaba el bautizo de los libros.

Haciendo alabanzas de los nuevos títulos y nóveles autores, el artículo tenía en su parte inferior la foto del literato homenajeado durante el mismo acto, destacando que el personaje había sido objeto de un reconocimiento por su aporte a las letras, pero, agregaba la nota informativa cerrando la información, lamentaban el fallecimiento repentino del mismo personaje por una crisis cardiaca, dejando en el mundo de las letras y de las artes un espacio que nadie podría abarcar. Era él, el anciano del parque, el menesteroso que con sus palabras me había hecho reencontrarme con esa parte que había dejado olvidada entre claudicaciones y conveniencias. Conmocionado por esa singular cadena de coincidencias, regresé de inmediato a mi casa. Sentía vértigo, como si todo a mi alrededor recobraría un nuevo significado. Me acerqué a mi mesa de trabajo y miré las cuartillas escritas. Eran poesía, no era otra cosa sino versos que al releerlos me hicieron ver al joven que nunca había dejado de ser, los paisajes que nunca he logrado olvidar y los que nunca veré, los amores pasados que en mi cuerpo dejaron celajes que aún continúo buscando.

# CARMEN AMARALIS VEGA OLIVENCIA

cvegaolivencia@yahoo.com

Nació en Mayagüez, Puerto Rico, 1948. Doctora en Química-Física (Universidad de Florida). Obtuvo una Maestría en Química Nuclear en la Universidad de Puerto Rico, Recinto Universitario de Mayagüez (RUM). En la actualidad se desempeña como Catedrática de Química en el RUM. Actualmente dirige varias tesis de maestría en Termodinámica y en estudios electroquímicos de drogas anticáncer. Tiene en su haber numerosas investigaciones científicas publicadas. Su sensibilidad creadora, tanto en las ciencias como en las artes, la fue llevando a la poesía y a la narrativa breve. Es miembro de la Asociación de Escritores de Mérida, Venezuela. Pertenece al Equipo Editor de la revista digital palabrasdiversas [www.palabrasdiversas.com](http://www.palabrasdiversas.com) [www.carmen-amaralis.com](http://www.carmen-amaralis.com)

**OBRA LITERARIA:** Su obra ha sido editada por el Fondo Editorial La Escarcha azul, de Mérida, Venezuela. En Literatura infantil: *Comarca de sol y luna* (1996). En poesía: *Espectros en Caricaturas de mi alma* (1995), *Espejo místico* (1996) y *Ojos tatuados* (1998), *Añoranza en desconcierto y espectros de ojos místicos* (2004). En narrativa breve: *Vida y Magia: Entornos y Sortilegios* (2004). Textos de su autoría han sido publicados en la *IV, V y VI Antología Internacional Sensibilidades* (Madrid, Alternativa Editorial, 2003, 2004, 2005), también en *I Antología de Poesía y Narrativa*, de la Asociación de Escritores de Mérida (AEM/CONAC, 2004) y en la *II Antología de Narrativa "Relatos de humor sin extrema-unción"*, en la *II Antología de Poesía "Larghetto ma non troppo"* (Mérida, Asociación de Escritores de Mérida / CONAC, 2005), y en las *I Antologías para niñas y niños (Magia Literaria I)*; y para jóvenes (*Deleite Literario I*), Mérida-Venezuela (FUNDALEA /CONAC, 2005).

## DE MUERTE DELICIOSA

Te escojo a ti, espectador de la escena de mi muerte. Trágate el momento en que me visto de novia y bailo a cámara lenta el ritual del desgarrar, el momento de la caída y la entrega. Tus ojos captan los pedazos de mi cuerpo. La cámara enfoca mis pupilas suspendidas. Se difumina la intensidad de tus brazos sobre mis caderas y me arrastro para lamer tus pies.

No puedes ver el escenario. Acabo de vestirlo con lirios sublimes. Los códigos blancos empalidecen ante el ardor de tus manos, quedo ahí, observando cómo me desprendo con el ardor que poseen los deseos.



Terminan los espasmos y baja el telón. Te levantas pletórico, sin artificios, mientras yo sigo inerte en el suelo. Sin proponértelo, me has ayudado a morir en éxtasis.

## **DELICIAS EN SHANGAI**

Ummmmmmmmmm, aaaaaaaaahhhh, oooooohhhh,uummmm, y así por una hora y cuarenta minutos, ohhhhhhhh. ¡Qué delicia!, ohhhhhhhh. Debí llevarme una grabadora y colocarla en la camilla. ¡Qué deleite!

Los pies sumergidos en agua a cuarenta grados Fahrenheit, y unas manos muy fuertes, fuertes de verdad, de esas que no parecen pertenecer al cuerpo que las porta. Manos enormes que se deslizan por la nuuuuca, la espaaaaalda, las caderas, los glúteos, uuummmmmmmmm, ohhhhh. ¡Dios mío, qué gratificación! Las manos aprietan las piernas; confusión de placeres se despiertan por todo el cuerpo.

Poco a poco, sin prisa, veinte minutos aquí, veinte minutos allá, bajando, bajando, bajando, mientras el pecho se va erizando explícitamente. Una cosquilla invade la frente, un gemido se derrite en la boca, la vista se despeja con la niebla del placer. Abro y cierro los ojos, los entorno, se nublan, la saliva se acumula debajo de la lengua aflojando la resistencia, debilitando el miedo, suavizando el tronco en esperas. Algo inexplicable desea más fuerza, y el dolor y el ardor se confunden con el placer sobre la piel. Cada músculo implora reposo, pero un ardor impaciente exige un poco más de fuerza y presión.

Con un ojo entreabierto miro la hora. Ha pasado una hora y treinta minutos. El fin se acerca. Acordamos una hora y cuarenta minutos por veinte dólares. Ahora está apretándose las uñas del dedo gordo de los pies, pone toda la fuerza que aquellas manos son capaces de ejercer, me miran esos ojos chinos con la mayor incredulidad, ejerce más fuerza, yo me río a carcajadas, no siento nada. El chino entra en una confusión, mientras la sincronización en la camilla de al lado hace gritar a mi vecina de placeres, yo río a carcajada limpia, sí, limpia y nerviosa. Nada que haga el chino a mis pies me podrá doler. El chino desespera y pone mayor esfuerzo por arrancarme un grito, pero nada sale de mi

boca en éxtasis, sólo risa nerviosa confundida con arrebato lujurioso. Ningún amante en toda mi vida me había causado tanto delirio.

Creo que mi neuropatía habrá sido el desprestigio del masajista ante los ojos de su compañero, considerando éxito los gritos de dolor de la mujer en la camilla adyacente a la mía. Mis pies están muertos, pero a cambio el pecho se ha rehabilitado al punto de desear abrazar en ardores al chino.

Mejor no lo abrazo, si lo hago puedo matarlo, siempre he tenido pecho de luchadora Zumo, El chino es esquelético, frágil, pero tiene manos poderosas.

Termina el masaje y me quedo rendida, desatada, ardiente; renegando el no haber traído una grabadora de sonidos. De seguro hubiera hecho fortuna vendiendo los gemidos, para propósitos eróticos, en los moteles en mi pueblo.

Masajes chinos en Shangai... ilos recomiendo!

## **APOCALIPSIS I**

Se alzaron las aguas y me arrastraron hasta el lugar de la peste y el hambre. Negros esclavizando negros, abundancia asquerosa y miseria disfrutada en la ignorancia de los niños. Vi que no era bueno, dejé que el polvo cubriera mis ojos, una mezcla de sal y tristeza se apoderó de mi mente. Luego tres niños jugaban sobre vidrios rotos. Desnudos mostraban sus cuerpecitos sin vergüenza. Reían, uno de ellos cojeaba con los pies enfermos. La podredumbre les decoraba el cuerpo.

Aquella tierra fue bendecida por el Dios de la abundancia, de las frutas y las flores, de los peces y las ovejas.

Vi como se derrochaba el oro en canteras de lujuria y alcohol. El sexo expuesto al aire con miradas dilatadas de placer. Mármoles y plata decorando el bochorno, mientras las luces iluminan el rostro de la Virgen de Altagracia. Un hombre reza de rodillas, toca con el borde de sus dedos el rostro de la virgen, llora y se arrastra en penitencia y dice: Nadie en la tierra ni en el cielo es digno de romper los siete sellos del lugar sagrado de la esperanza.

## **PIEL DE LABIOS**

Me gustan sus besos, alucinantes, eléctricos, devoradores. De repente un túnel dulce y gelatinoso me arrastra por esa boca pegada a la mía. Y me nublo en el deseo de entender su esencia, el porqué de esta necesidad de fundirme, disolverme en su interior, perder la identidad, cocerme en sus sueños, ser parte de su historia antigua y cubrir de complacencias los dolores.

Me gustan sus besos, me acerco a sus ojos, de cristal lujurioso, reflejando las ganas de aguas claras, de brisa de mar sereno, de lluvia fresca sobre volcán enloquecido. Me quedo en reposo esperando esa cercanía de intimidades nuestras, rozando mi cuerpo a su cuerpo, tibio y húmedo, suave, de pétalos blancos, tierno, sin tristezas nuevas. Y sigo en su boca hasta quedar aletargada, serpiente enroscada en el delirio del amuleto de sus brazos fuertes.

No deseo desprenderme de esa boca. Mi albedrío me aferra a esas en imágenes desgarradas, torturas de recuerdos grises, desamparo insólito, dolores de muerte. De esa boca succiono la savia de eternidad pegada a su piel.

## **MISERICORDIA**

Sacó sus manos frágiles entre las rejas que nos separaban. Me vio con una mirada débil y profundamente oscura. Coloqué los dulces en la cavidad que sus manos juntas formaron para recibir el regalo que le llevaba.

Tuve tiempo para mirar dentro de la reja. Sobre una mesita tenía en perfecto orden muchos libros. Allí tenía todo el tiempo del mundo para leer. Sentada en el piso de la celda volvió a sacar aquellas manos de niña aún, delgadas y blancas, nácar de caracol tierno.

Bastó mirarla un segundo para sufrir un desdoble; me vi apuñalada, estrangulada, agonizante entre sus brazos. La sangre corría por mi cuello, mis piernas. Diez, veinte puñaladas, y ella enloquecida, con el diablo en la mirada endurecida, terminando su encomienda: asesinar-me, asesinar a su madre.

Así la encontró la policía, sentada sobre el charco de sangre al lado de la que le diera la vida. Nadie aún puede explicarse las razones que tuvo. No se arrepiente, no llora, no habla. Así, en total mutismo escuchó la sentencia: cadena perpetua.

Algunas de sus compañeras de colegio han insinuado una iniciación, un sacrificio humano, cumplir con la encomienda, entregar su prueba de afiliación con el diablo. Se habló de reuniones clandestinas, de iluminados por Satanás.

Llevo días pensando en ella, aún veo la sangre correr por mi pecho, aún guardo la imagen de sus pequeñas manos blancas y frágiles, extendidas para tocarme.

La guardia de custodia me asegura que cada noche la oye hablar con el diablo, quien aparece dándole una cuchilla con la que se corta heridas en los hombros y se succiona su propia sangre.

La tienen en una celda aislada, sumariada de cualquier contacto humano. Es necesario evitar que vuelva a asesinar, a otra compañera de celda.

Y ahora estoy aquí, con un penetrante olor a sangre en mi habitación. Sus manos reclamando consuelo me persiguen por todos lados. Llevo el recuerdo de la celda pegado a la conciencia y las náuseas me paralizan.

El espíritu de una madre me suplica misericordia.

# RICARDO WALLE

riwaa@cantv.net

Nació en Caracas, Venezuela, 1959. Narrador. Arquitecto egresado de la Universidad Central de Venezuela, con estudios de postgrado en la Universität Stuttgart y en The Kew Royal Botanic Gardens en Londres. Con *Doce relatos* obtuvo la mención de honor en la IV Biental “Alfredo Armas Alfonzo”, Caracas, 1997. Ha colaborado con varias revistas literarias.

**OBRA LITERARIA:** (cuentos y relatos): *Memorias en la laguna* (Caracas, Monte Ávila, 2003).

## SIMETRÍAS

QUIZÁ NO SEA lo mismo querer a un hada que querer a una Alba, pero cuando Alba aparece Rodrigo se confunde. Además, cuando la conoció en la Facultad le gustó al tiro, quizá porque olía rico, dulcito y placentero, igual que su madrina (él la pasó chévere en su bautizo con los olores de su madrina). Luego, cuando Alba aparece lo hace siempre así, mágica e inesperadamente.

Hoy, por ejemplo, lo encontró en pijamas, al mediodía. Traía un envase cubierto con papel aluminio. Se sentó en la silla de corduroy y él se acostó en la hamaca. Rodrigo le dijo que estaba estresado porque tenía mucho trabajo. Ella le pidió que se relajara y pensara en cosas lindas, entonces se relajó para complacerla y pensó en cosas lindas: en Alba cuando iban juntos a la piscina. Ya entonces se daban besitos y se acariciaban, y él tenía casi siempre que quedarse unos veinte minutos o media hora más en el agua, haciéndose el loco. Relajadísimo ya le dio un beso en la frente. Alba le dijo que tenía ganas de cantar la canción que habían aprendido de memoria la última vez que se vieron. Rodrigo se entonó la garganta presuntuosamente como quien tose para dentro, y cantaron tres veces la «Tarantella di Masaniello». Luego la tomó de la mano y se fueron al cuarto. Ella –quizá por ser más joven– confesó una vez más.

Mientras Alba se iba durmiendo le dio por decirle que la quería. Luego prendió un cigarrillo y se quedó pensando en lo fácil de hacer –y difícil de comenzar– una isometría pendiente para un proyecto que

estaba a punto de entregar. Cuando apagó la colilla, Alba lo estaba mirando, entonces él le preguntó si le gustaría ayudarlo con la isometría, pero ella movió la cabeza a los lados y balbuceó un «no» chiquito pero rotundo, luego le dio un beso en la boca y lo invitó a que volvieran a la terraza.

Rodrigo sacó una botella de sidra de la nevera y ella le quitó el papel de aluminio al envase. Era una gelatina verde, de limón, su preferida, bellamente decorada con cuatro guindas esmeralda por la mitad sobre puntos cardinales de chantilly, y con una ramita de yerbabuena en todo el centro. Se sirvieron y ella miraba su gelatina mientras comía con esa manera tan bonita que tiene Alba para morderse el labio inferior. Rodrigo miraba la ciudad a lo lejos, comiendo y bebiendo sidra.

Cuando repitieron gelatina se miraron y les dieron miniataques de risa. Rodrigo le preguntó que por qué será que es tan sabrosa la gelatina de limón. Ella le dijo que quizá por el citrato de sodio o por la fenilalanina. Rodrigo sopló una carcajada, de esas que se reprimen cuando se tiene la boca llena, sobre la gelatina, y se tragó un pedazo sin morderlo. Entonces Alba dijo de pronto con seriedad *que si su mamá*. Él le dijo que sí, que si él fuera su mamá también se preocuparía (lo que quedaba de la gelatina era para él, pero la sidra podían terminarla).

Se rieron mucho, la gente parecida siempre se ríe mucho; luego Rodrigo la acompañó a la puerta. Alba movió sus labios lindos para decirle dulcemente «Te quiero, *miamor*», y él le dijo «Bueno pues». Cuando se montó en el ascensor Alba pensó en lo fácil que es construir algo y lo difícil que es comenzarlo. Rodrigo volvió a la hamaca y se quedó pensando en cómo le gusta cuando Alba aparece así de pronto, siempre cariñosa y nunca con las manos vacías. La isometría podía irse al diablo, tanto más cuando Alba acababa de irse y aún se olía su perfume. Entonces geometrizar perspectivas para qué, sin un punto de fuga y con media gelatina de limón por delante.

## PLATAFORMA DOS

EN EL TIEMPO de la vida todo se olvida. Me consta (con gran indiferencia) que el suicidio que se llevó a cabo el pasado martes cuatro de febrero, a las 10:23 p.m. y en la plataforma dos de la estación Charlottenplatz del metro de la ciudad de Stuttgart, fue investigado sólo por un par de días: una cifra más para las estadísticas y el macabro consuelo de que tales casos suceden con mayor frecuencia, por ejemplo, en Berlín. Sin embargo, es natural que ese suceso permanezca todavía en mi memoria, básicamente por el misterio en que aún se encuentra la causa que lo motivó.

Sé que desde esa noche, en lo que a mí respecta, más nunca viviré el ir y venir en los trenes de las redes subterráneas. De hecho, ni siquiera entraré a una estación de metro. A pesar de que siempre me fascinó ese mundo turbio de catacumbas, lo arcano de su estructura de cavernas y la súbita oscuridad que nos impide descubrir la realidad de ciertas grutas que vemos, fugazmente, desde los vagones en movimiento.

Por demás, me llamaba poderosamente la atención lo sórdido de ciertas estaciones específicas con la atmósfera viciada, y lastimosamente tierna, que otorga la presencia de borrachos y vagabundos, así como la constante estadía de lunáticos que parecen huir de la luz del día para refugiarse en los andenes bajo mezzquinas luces de neón y las miradas despectivas de pasajeros comunes, la intermitencia de sus palabras insensatas, breves risas histéricas, tristeza y prolongados silencios. El fracaso de la violenta indumentaria de los *punks* que, a fin de cuentas, no parecía asustar a nadie. La máscara que asumen ciudadanos normales al entrar al metro y lo grotesco de sus miradas de vidrio, vigorosamente alertas en la inquietante espera del tren e indiferentemente perdidas al entrar en los vagones. El mutuo desprecio entre viejos y jóvenes. El descuidado y cansado semblante de los trabajadores. La coquetería osada de ciertas muchachas; y las eventuales palabras de excusa que dignifican un trayecto en medio de la sofocante concurrencia de las horas pico.

Además de lo axiomático de esas indiscutibles influencias extrañas que emanan de los metros, algunas tan sospechosas que aquellos sensibles a las vidas seculares invisibles atestiguan experimentar una

helada y angustiosa sensación de peligro. Sin embargo, a mí siempre me gustó viajar en metro; y si no lo hago más, repito, es a causa de ese fatal accidente en la plataforma dos de la Charlottenplatz.

He visto situaciones violentas en los metros, pero nunca el triunfo sobre la vida humana —eso que entonces entendía por muerte—, mucho menos un caso de suicidio. Recuerdo que, en un andén del metro de la estación ferroviaria Gare D'Austerlitz, observé en completo estado de catalepsia una sangrienta lucha entre dos iracundos marseleses de mediana edad. En Torre Arias vi rodar a una muchacha por las escaleras mientras una mujer mayor la insultaba con tremendas palabras en un español virulento que hasta entonces me era desconocido; y en New Cross Gate recibí una puñalada por inmiscuirme en una pelea entre un delincuente y un agente de Scotland Yard. Ahora, el metro de Stuttgart —comparándolo con otros— es un elogio al orden y la eficacia; e incluso, siempre comparando, a la decencia. Un metro muy ajeno, a mi manera de ver, de exasperar o intensificar trastornos previos. ¿Por qué, entonces, aquel suicidio que vino a perturbar la comfortable monotonía de la plataforma dos de la Charlottenplatz? Si me encuentro escribiendo este informe es por la parca esperanza que todavía me mueve de localizar el motivo que lo ocasionó, y que vino a alterar toda mi existencia.

Es mi anónima opinión que quizás no hubo motivo alguno. Sé que la línea amarilla que bordea el filo de los andenes tiene una cualidad funesta, que representa un límite entre la vida y su fin, y que sólo por esto previenen tan insistentemente en guardar distancia a través de los altoparlantes. Antes, cuando viajaba en metro, me asaltaba esporádicamente la loca idea de saltar la línea amarilla. Se presentaba como una idea fugaz que me divertía y llenaba de terror al mismo tiempo. Nunca le di importancia porque suponía que tal idea era común a cualquier usuario del metro, así como al viajar en avión consideramos la posibilidad de que se caiga o estrelle. Además, tales suposiciones me eran frecuentes (hasta aquella ineludible noche del cuatro de febrero) a causa de un inusual interés por el hecho concreto de lo que denominamos muerte; sin implicar, aclaro, una hostilidad hacia la vida. Ignoro cómo se puede medir la intensidad del amor por la vida, pero siempre me supuse un feliz enamorado de ella en toda su dimensión:



el maravilloso milagro pero también el sufrimiento implícito, en los mejores días y en los peores, en las buenas y en las malas... ¿No es esa actitud, acaso, la esencia última del amor? Pero ahora todo ya es tan inexplicablemente distinto.

Recuerdo que al tomar el metro en Staatsgalerie, alrededor de las 7:30 de la noche del accidente, me inundaban una alegría y un optimismo desconcertantes. Lo atribuí a que salí contento de una hermosa charla sobre Marc Chagall, una especie de poético rito entre admiradores genuinos y no una de esas absortas especulaciones de corte intelectual, tan frecuentes en los encuentros precedentes. Me bajé luego prematuramente en Rathaus para caminar por la Konrad Adenauer Straße hasta el Café Stella, y disfrutar así del frío de un invierno que hasta entonces había sido un fiasco.

En el Café Stella, por medio de un amigo, conocí a Sabine. Aunque su encuentro era con él, me pareció justa para mí. Siempre me han gustado las mujeres delgadas y rubias que se visten de negro. Nos caímos bien, y entonces –mientras nos dábamos informaciones dispersas– mi amigo decidió romper nuestra complicidad mostrándonos una hoja llena a la mitad con fórmulas físicas, y dijo con vanidad haber trabajado en eso, sólo en eso, cuatro horas. Sabine se sonrió y yo, por mi parte, le dije que con cuatro horas más podría, seguramente, terminar la página. Luego hablamos de la ciudad y su pobre repertorio de locales alternativos como el Café Stella, y de Freiburg que siendo una ciudad más pequeña era más generosa en este sentido. Pedimos cervezas y Sabine ordenó un Amaretto y una copa de *sekt*, así que nos burlamos de sus gustos tan refinados; fue entonces –a través de una despechada acotación de mi amigo– cuando supe que esta princesa encantada trabajaba como mesera en el Café St. Gils. Al principio no lo ubiqué, pero luego recordé una decadente situación que viví una mañana con unos arquitectos en ese local, la cual rememoraré en búsqueda de algún indicio.

Celebraban el fin de un seminario sobre Venecia: un verdadero alivio para mí porque algunos de mis amigos ya comenzaban a metamorfosearse en pedantes insectos de una repelencia insoportable; y si los acompañé en ese epílogo fue simplemente porque hay situaciones que la solidaridad nos impide evitar. Por lo tanto, tuve que soportar con

santa paciencia la pedante perorata de una tal Mona con una naricita antipática y respingada, lo que entonces me hizo pensar en la nefasta coincidencia que emparenta este tipo de nariz con familias adineradas. La Mona nos obligó a oír un sumario de citas de Shakespeare, Hemingway y Thomas Mann, para dejar así por sentado que ella, más que nadie, había leído mucho sobre Venecia. Entonces pensé en aquello de que mona es mona aunque la vistan de seda. Luego, los pavosos comentarios de un tal Stephan sobre el ritmo urbano de Venecia, fumando su pipa despóticamente en zafia imitación de un improbable Mies van der Rohe a destiempo. Me indignó que Sabine, con su hermoso rostro tipo Ingrid Bergmann, tuviera que servirle a gente tan necia. Ese día no estaba, de lo contrario lo recordaría. Mis amigos se portaron regio, y si abrieron la boca fue tan sólo para pedir las botellas de *sekt* para acompañar el desayuno. Esta excentricidad –desayunar con champaña– me recreó de alguna manera, quizá porque me hizo revivir situaciones análogas pero divertidas: un desayuno de carretera entre Londres y Southampton con mis amigos anticuarios Esther y Paul; o aquel cumpleaños mañanero (o *mayamero*, como decíamos) de una excéntrica dama que vivía por entonces en una falda del Ávila, adonde respetables personalidades llegaron en helicóptero mientras que mi hermana y yo a pie, llenos de barro, luego que se nos atascara el carro en un pantano. Tales recuerdos me ayudaron a sobrellevar esa mañana, pero nunca más volví al Café St. Gils, y prácticamente lo había olvidado.

—Sí —dijo Sabine—, efectivamente ese local es muy snob, pero de alguna forma hay que ganarse la vida...

Lo cierto es que por los favores de Sabine me estaba ganando la enemistad del otro. Me despedí:

—Claro, Sabine... ¡nos vemos en el St. Gils!

Al bajar a los andenes de la Österreichischer Platz me embargaba una alegría de enamorado. Prendí un cigarrillo que apagué inmediatamente al llegar el tren número catorce en dirección a Heschlach a las 10:15 p.m. Gocé el trayecto pensando en Sabine con ternura: me la imaginaba dentro de un fantástico juego de sirenas aladas, asnos flotando en el aire, gallos en los tejados y flores, muchas flores. Sabine y Chagall.

Me bajé en éxtasis a las 10:20 p.m. en la plataforma dos de la Charlottenplatz. Tres minutos más tarde haría trasbordo (de más está decir que no fue posible) al número cinco en dirección a Stammheim, para bajarme en la Türlenstraße, estación vecina a mi domicilio. Me alegraba volver a casa y siempre me divertía escuchando la grabación que anunciaba la estación, quizá porque cobraba insólitos matices de cortesía que me parecían casi festivos. Esas palabras las repetía de memoria al unísono en mis pensamientos cuando viajaba solo, y cuando venía acompañado en alto, muerto de la risa: *Türlenstraße - Bürgerhospital Richtung: Killesberg - Messegelände Bitte, Umsteigen!*

En casa me estaría esperando una amiga para compartir conmigo una fecha muy personal, aniversario de algo que sucedió en Londres hacía exactamente doce años, en las escaleras mecánicas de la estación Notting Hill Gate: yo bajando y ella subiendo. Nada del otro mundo, simplemente devolverse y seguir subiendo, pensar qué decir, cosas por el estilo. Total, a uno le pueden prender la lámpara en cualquier sitio, y a Paula le tocó hacerlo allí. Me divertí que esta amiga hubiese recordado la fecha y tuviese la gentileza de acompañarme en ese primer cuatro de febrero que no pasaría ya más nunca con Paula. Nunca se lo debí haber contado, pienso ahora. Sin embargo, he descartado la posible interferencia de esta indiscreción con lo que aquí trato de discernir.

De quienes nos bajamos en la Charlottenplatz nadie pudo transbordar. Luego del suicidio cerraron inmediatamente el ingreso a la estación y apuraron el egreso. Entre la muchedumbre alcancé a oír que ya era la segunda vez en lo que iba del año. Eso me sorprendió. Después de todo, tales accidentes suceden más, según las estadísticas, por ejemplo, en Berlín. Escuché también, mientras se especulaba sobre el dolor del cuerpo chocando con el tren, que había sido un golpe en seco y, por lo tanto, la persona habría muerto instantáneamente. Afirmaron testigos atentos (yo estaba tan distraído...) que el cuerpo con el impacto dio una vuelta en el aire cayendo luego sobre la plataforma.

Entonces sufrí un mareo. Luego me incorporé y pude, también, ver el cuerpo. Me asombró la posición, tan parecida a la de un niño en el vientre, y como no había heridas me pareció insólito que ese cuerpo estuviera muerto. Parecía más bien un hombre durmiendo, inoportunamente, en la plataforma dos. Entonces, mientras los policías rodea-

ban el cadáver, mis pensamientos me distrajeron nuevamente con un cuadro de Chagall, del Hermitage de San Petersburgo, en el que una serena muchacha saluda en un campo la silueta de un hombre que se pierde a lo lejos dentro de un fantástico juego de sirenas aladas, asnos flotando en el aire, gallos en los tejados y flores, muchas flores. Esto es todo lo que puedo recordar.

En el tiempo de la vida todo se olvida. Me consta (con gran indiferencia) que el suicidio que se llevó a cabo el pasado martes cuatro de febrero, a las 10:23 p.m. en la plataforma dos de la estación Charlottenplatz del metro de la ciudad de Stuttgart, fue investigado sólo por un par de días: una cifra más para las estadísticas y el macabro consuelo de que tales casos suceden con mayor frecuencia, por ejemplo, en Berlín. Sin embargo, es natural que ese suceso permanezca todavía en mi memoria, básicamente por el misterio en que aún se encuentra la causa que me motivó a cruzar la línea amarilla y lanzarme al vacío.

# LINA ZERÓN

linazeron@yahoo.com

Nació en México, DF, 1959. Estudió Relaciones Internacionales en la ENEP Acatlán, UNAM. Es periodista cultural de diversos diarios. Su poesía ha sido traducida al inglés, francés, alemán, italiano, portugués, serbio, esloveno, italiano, árabe y rumano. Cuenta con numerosos reconocimientos, entre ellos: Premio Ciudad de Barcelona, Ed. Mizares, certamen poesía de amor, 2003. Medalla de Oro a poeta extranjera, en Montevideo, Uruguay, 2003, otorgada por el Departamento de Pelotas, Brasil, 2do. Lugar de poesía Melilla, España, por su libro *Vino Rojo* en 2003. Finalista “*Relatos de Mujer*” La Lectora impaciente, España, 2005. Poeta de honor en los talleres de traducción de Claude Couffon, Bretaña, Francia, 2002. Obtuvo la preseña “Guerrero Águila” por el Círculo de oradores de México. Junio 2005. Finalista del Premio Víctor Varela Mora, Caracas, Venezuela, 2006. Segunda Mención Honorífica del Premio de Poesía Casa de las Américas, por el libro: *Ciudades donde te nombro*. La Habana, Cuba, 2006. Es parte del Comité organizador del Festival de Poesía de La Habana, Cuba, desde el 2000 y del Encuentro de Mujeres Poetas en el país de las Nubes y Coordinadora General del Festival “Poetas del Mundo, Voces para la Educación” Toluca México. Directora y editora de Linajes Editores. Página electrónica: [www.linazeron.com](http://www.linazeron.com)

**OBRA LITERARIA:** Poesía editada por Unión y UNEAC, La Habana Cuba: *Ciudades donde te nombro* (2005), *Nostalgia de Vida* (2005), *Vino Rojo* (2003), *Moradas Mariposas* (2002) y en Novela: *Posdata para Ana* (2003). *Un cielo crece en el fondo de tus ojos* (La Barbacane, Lyon, Francia, 2004). *Amoradas Borbolestas* (Ed. Pilar, Brasil, *Zweierlei Haut*, edición bilingüe, alemán-español, Ed. Flor y Piedra, Berlín, Alemania, 2001). *Rosas Negras para un Ataúd sin cuerpo* (Ed. Stel Blau, Barcelona, España, 2000). *Espiral de fuego* (L’Harmattan, París, 1999), *Luna en Abril Cartas* (Ed. CIEN, México, 1998), *Luna en Abril, sueños* (Ed. CIEN, México, 1997), *Luna en Abril, poemas* (Ed. CIEN, México, 1996).

## ENTRE ALMOHADAS

Anoche me asomé al calendario y conté los días que no has aparecido por casa. Cuatro, como las almohadas de la cama. Me dirigí a la cocina, hice un te de tila y valeriana para calmar los nervios y agregué un chorrito de ron para la tristeza, regresé al cuarto, quité las fundas a los almohadones y me dirigí al fregadero. Hice un menjurje de jabón con clarasol y comencé a lavarlos. La espuma pronto se hizo espesa y tomó un color grisáceo, era el recuerdo desdibujado de mi cabeza sobre tu

hombro derecho mientras charlábamos. Las burbujas comenzaron a reventarse, promesas rotas de dos años.

Hice más jabonadura y continué lavando. Las fundas se quejaban al frotarlas con vehemencia, dejando escapar tus susurros y gemidos. Las dos fundas donde descansaba tu cabeza prefirieron descocerse antes que revelar tus sueños.

Te seguiré esperando leyendo en el sofá donde te sentabas a ver la televisión cada noche. Prometo no lavar esos almohadones, no deseo conocer tus infidelidades.

## **MAQUILLAJE PERFECTO**

Escoger un vestido nuevo es como convencer a la gente que se disperse cuando alguien ha brincado del quinto piso para cometer suicidio. Limpiar el alma para volver a verte fue como perdonar a un viejo guerrillero que arrasó con tu casa. Encontrar el maquillaje perfecto para lucir más joven es como poner en orden los pensamientos y saber que el café en los párpados da sensación de profundidad a la mirada y el blanco la resplandece aunque no quite las líneas que merodean los ojos.

Lustré mi calzado, manicuré mis uñas, hice una trenza al cabello rizado. Bien delineados ojos y labios, pintados boca y párpados, aceite de almendras de cabeza a pies, un collar azul de cristal austriaco. Llegamos al cuarto de hotel.

Mi vestido revuelto con tus jeans. No reparaste en mis pantaletas de encaje ni el liguero rojo. El collar rodó por el suelo. Deshiciste mi trenza y desapareció el labial con tus besos...

Hoy huelo a ti. El espejo no devuelve mi silueta, estoy por completo borrada, sólo brillan mis ojos donde te reflejaste ayer.

## **LA LUNA EN SUBASTA**

Hoy compré una tremenda luna, aquí, en el jardín de la Torre Eiffel, esta noche se veía tan grande como la boca de la cueva donde vivo.

Bueno, no la compré realmente; la conseguí en una subasta. Una rusa la quería porque ha perdido todo ánimo por bailar y cree que sólo cuando la mira lo puede hacer; ofreció un trozo siberiano de espectaculares auroras boreales. También la deseaba un chico brasileño, dice que mezclada con coco y papaya es deliciosa y produce unas erecciones del tamaño de un cohete espacial, daba a cambio la receta completa, éste hombre casi se la lleva. También la quería un cholito de Piura, él está seguro que las limpias de los brujos son mucho más efectivas si te embarras primero la luna por todo el cuerpo, que desaparecen las malas vibraciones y nadie puede hacerte daño ya que la luz que deja colgando de la piel es tan fuerte que ahuyenta al más bravo de los espíritus, la canjearía por una lista de espantos de todo tipo.

Casi me ganan la Luna estos tres contrincantes pero hice alarde de mi experiencia, por eso me la llevé. Tuve que sobornar un poco al seboruco que dirige el remate, aquí entre nos, mi enamorado. Me pinté unas grandes ojeras azules que hacen contraste con un lunar violeta que tengo junto a la boca, debía persuadirlo de alguna manera porque es incorruptible; le conté al oído que sin la luna desaparecerían los caudales que ve en mis ojos cuando charlamos y si me la otorgaba hasta podría venir a besarla cuando quisiera. El no puede dormir sin darle un beso antes de irse a la cama. Le dije que la pondría ahí, justo donde estaba el lunar.

Mi oferta fue irresistible. Me la eché a la bolsa con esto. Sé que me costará una fortuna en besos pero lo que el brasileño daba a cambio no era nada despreciable. ¿Pero para qué quiere un seboruco una erección del tamaño de un cohete sino tiene con quien compartirla? ¿O un trozo de Siberia o un montón de hechizos? Así que he comprometido el lunar junto a mis labios durante 1560 lunas llenas.

Por fin visitaré al ermitaño que vive donde no existen lunas llenas, se las voy a vender de a poquitos, él necesita el brillo de la luna como tinta y sé que ya casi, casi se le acaba. Se las iré dando a cambio de las cartas de amor que escribe. Las quiero para conquistar a tanta piedrita que protege a ese gran ogro de Saturno a quien debo convencer que devuelva el color ámbar que le arrebató a mis ojos el día aquel que me sorprendió bramando con el seboruco habiéndole prometido mis suspiros a él.

# AYMER WALDIR ZULUAGA MIRANDA

puntoaparte@linuxmail.org

Nació en Medellín, Colombia, 1967. Integró durante siete años el grupo experimental de teatro del Politécnico Colombiano “Jaime Isaza Cadavid”. Es el representante del colectivo artístico *Sane Society* para los países de habla hispana e integrante del Taller de Poesía de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Viajó a España en el 2003, como ganador de la convocatoria “Toma la palabra” de la Casa Domecq. En 2005 obtuvo el Primer lugar del “Premio Nacional de Poesía” otorgado por la Universidad Metropolitana de Barranquilla. Ha sido finalista de varios certámenes literarios internacionales y sus columnas de opinión, agrupadas bajo el nombre de “La viga en mi ojo”, se publican en revistas de Colombia, España y Noruega (La Ventana, revista para hispanoparlantes (Oslo). Primer accésit en el Taller Literario 05 de Argentina, 2003, Finalista en el X Premio de Cuento Carmen Báez de México, 2003 y 2005. Segundo lugar en el concurso de poesía y prosa Azul, San José de Costa Rica, 2003. Finalista Concurso Memorial Mago Merlín, Editorial Ceyla, España, 2004. Finalista Concurso “Historias Mágicas Y Verdaderas”, Aldeas Infantiles SOS, España, 2005. Finalista “Concurso Literario Jorge Isaacs”, Museo Cementerio de San Pedro, Medellín, 2005. Segunda Mención “Cuento de Humor del cono sur de América”, Editorial Despeñadero, Argentina, 2005. Segundo mejor relato del año publicado por la Revista Oxigen, Zaragoza, España, 2005. Finalista en el III Concurso de relatos cortos “Luis del Val”, Ayuntamiento de Sallent, Huesca, España, 2006. Finalista en el I Certamen de Poesía Ábaco, Editorial Ábaco, Madrid, España, 2006. Finalista en el V Certamen Literario “Cartas de Dulcinea a Don Quijote”, Escuela de Escritores Alonso Quijano, Ciudad Real, España, 2006. [www.sanesociety.org](http://www.sanesociety.org)

**OBRA LITERARIA:** Algunos de sus cuentos fueron editados en el libro “Tríptico de un junta~letras profesional” (Medellín, Colombia, Editorial L. Vieco e Hijas, 2003. Cuentos y poesías han sido publicados en diversas revistas y suplementos literarios de varios países.

## EMBOSCADO

*“Pisa con suavidad porque estás pisando mis sueños”*

WILLIAM BURLER YEATS

Pronuncias el castigo antes de escuchar descargos, suena el látigo que me aquieta desde el temor de verme sorprendido en el silencio; me enlazas a traición y ajustas la mordaza del reproche. Apaciguado así, inauguras tus intentos de seducción para domarme. Traes motivos sobrados para vengar las múltiples infidelidades que otros han cometi-



do, pero dices atraparme por mi incontinencia. Posas de desdichada y viertes la materia de una nube frente a mí para confundirme. Bebo, sediento tras la captura y no percibo la diferencia entre el agua apete-cida y el brebaje ofrecido; se inunda mi voracidad con la calma que trae el hechizo. Me conduces del cabestro a tus antojos y me encierras en el establo del desprecio.

Preso allí, veo como ofreces banquetes en el Olimpo y no me in-vitas. El rastro de tus excesos se acumula en tu tono de voz, y en el oh de tus palabras, que proponen calma, escucho el arre no pronunciado de la revancha. No es conmigo el desquite, desamárrame. Déjame libre en el bosque. Permíteme salir al galope huyendo de tus obsesiones. Regrésame al sitio de donde me has sacado con la intención de calmar tu angustia. Desátame para esquivar la rudeza de esta costumbre que tienes de producir dolores, permite que la disciplina de mi linaje no obedezca ciega tu llamada de capataz.

No quiero sobrevivir a los lacerantes sufrimientos que produces con las flechas de tus celos, renuncio a la calidad de inmortal que tu misma me procuraste. Resigno mi cuero a ser marcado por tu fuego pasionario con la condición que sólo en mí te montes, propongo este convenio tras la huella de aquel paraíso que perdiste; allí también estuve y fueron tus manos las que me lo arrebataron. Libérame o vuélvete fiel como pregonas para equilibrar la balanza en que me subes.

O permíteme, entonces, salir desbocado a meter todas y cada una de mis seis extremidades entre las equivocaciones posibles del jardín laberíntico del placer. Que la lujuria también ascienda por estas cuatro patas equinas y estos dos brazos humanos. Que la lascivia arree este trasero del que surge la mitad posterior de un caballo. Suéltame para copular a mi antojo con yeguas magnesias. Déjame ser Quirón... regrésame al sitio de donde somos los centauros.

## **ANACORETA**

Despejo las cerraduras que me comprometen en la búsqueda de ser uno en uno. Oprimo hasta estrangular lo que de ti me excluye, sin atravesar los umbrales de tu oscuridad. Te tomo imaginada, recreada, te repre-

sento aterrizando con vigor sobre mi corteza; el resultado es tangible: se rebosan caudales de pasión y emprendo el vuelo del reencuentro.

No hay intrusos, te puedo diseñar en fantasías y hacerte delicia completa, sin ensueños; múltiples torbellinos derriban los pudores que cohíben. Se inician los jadeos, que persiguen la ruta fraguada donde rociar mis aflicciones. Propongo tregua, pero el clima de la ausencia no es propicio: esa perversa nostalgia de tu no-presencia que pende entre los lujuriosos hilos de la distancia.

Continúo mi camino hacia la intimidad plena, donde sé que te encontraré inspiradora y loca; entona mi taquicardia la asonancia del tum-tum desbocado. Definitivamente no estoy en solitario como lo definirían los diccionarios. Quiero ser fiesta y algarabía, motivo y resultado en esta reunión con todos los invitados conocidos; caricia habitada con la mente en ti.

Suplicante es la ebullición con que de nuevo te invento, de tanto repetir le doy alcance a tu fuga; manejo a discreción los códigos secretos de estos juegos especulativos, tu estampida que también será mía en movimientos expansivos y rítmicos o en la sacudida intermitente del desespero.

Es puñal penetrando en la cueva de mis manos, espada que trepida sólo por la delicia de verte cerca; punzante me agoto, pero no me extingo en tu piel lejana. El angelito flechador apunta de nuevo y llueve certero en el centro de la diana. Fértil es la tierra que recibirá las semillas del jardín, pero el vacío del olvido las tragará en su agujero. Celosa has de estar de tu propio eclipse, que trama mimos difíciles de imitar: apretuja, suelta, ciñe, apura, afloja, justo a tiempo y en el lugar adecuado. Y en esa palpitante convulsión evoco tu abandono mientras me detengo antes de verter savia sin finalidad alguna.

## **DESTINO**

*Ave Caesar, morituri te salutant*

De un gladiador romano

Detendrá su viaje mi fluida alfombra roja, para desdoblarse en calle de honor ante la muerte. Su quietud me llevará ante el destino que no

acepta regateos. Tanto que lo evito en zigzag y al fin me encontrará en plena fragilidad. Me pego al margen del tiempo para extraerle algunas gotas antes del desenlace. Uso y abuso del libre albedrío que no influye en él. Esgrimo la resignación para apaciguar lo inexorable, pero la entereza me abandona. En gesto valeroso empuño la suprema rebeldía: me entrego a la vida para perderme, provisionalmente, de la muerte. La fatalidad me cubre con su sombra y urge que acate el destino ineludible. Nadie puede deliberar ser inmortal, pero olvidar lo inevitable es suficiente motivo para retarlo.

## **DONACIÓN**

*Quien dona sangre regala vida*

CRUZ ROJA

Extiendo mi alfombra roja a tus pies. Lanzo mi piedra al estanque para borrar la sombra del pájaro con las ondas de mi marea. Convoco pulso y presión para insuflarte la dosis exacta que te proteja letra por letra. Me hermano con tu yacimiento desde la brevedad que puedo aportarte. Me escurro en gotas de llanto pretendiendo saciar tu sed. Vierto en tu esencia la mía y te hago mi pariente desde este parir nostalgias. Y en esta íntima transfusión de extracto me entrego pleno. Vivo ahora en ti, espero no me cobres alquiler.

## **TEMBLOR VOLCÁNICO**

Y un Drácula en el desierto nos perseguirá, pero detrás del oasis imaginario estaremos a salvo; guarecidos de su mordida que seca verbos y sustantivos. Y en el más bajo interés de nuestra deuda comenzaremos a pagarla con letras de gratitud, agazapados entre las palabras que nos ocultan. Y serás llamada pesimista porque dirás la verdad antes de tiempo, y yo: cínico, por no creer en la rectitud ni en la sinceridad. Y sanará la herida en la piel de la diosa, cicatriz cerrada tras la puerta del olvido. Y nos lanzaremos por el agujero negro, o lo que tengamos más a mano; intentando conjugar/conjurar las serpientes de las que

manan sangre, saliva, secreciones y sudor. Y mientras sigamos fieles al instinto, más que a la compañía, resistiremos las agresiones de la soledad tras las partidas. El poder que borra los efectos de un sentimiento: ¡La divina facultad del olvido!. Sólo quedarán leves indicios, mutará la estocada en pinchazo en tanto digamos no, pero caminemos hacia la cita. Y darás los pasos para la segunda transfusión, y dejaremos pendiente la tercera resignación para los que se unan. Vamos pues, contagia mi menguada luz a tu pabilo, transcríbela. Y circúlala como mecha detonante para que se vuelque en tu torrente. Y esa llama que desprenderemos será copiada a trasluz por quien quiera acompañarnos en el delirio de trasmigrar almas, de donar resina que fluye, de encender de nuevo este horno de fundición azul. Regresará la caldera a su esencia de cráter que hace erupción de roca fluida. Y emergerá de nuevo lava surgida de hemoglobina. Y al despertar mañana quedará todo relegado a pesadilla.

# ANDREA ZURLO

rzurlo@aliceposta.it

Nacida en Rosario (Argentina) en 1963. narradora, traductora literaria y técnico-científica de inglés, italiano, español. Desde 1990 vive en Italia donde ejerce su profesión. Es miembro de la Asociación Nacional Italiana de Traductores e Intérpretes (ANITI).

**OBRA LITERARIA:** Tiene inédita una novela que se encuentra en revisión. Textos de su autoría fueron publicados en la *Revista Literaria Sensibilidades* y en la Web *El Escribidor*. También participó en la publicación colectiva *Antología Internacional Sensibilidades Oro* (Madrid, Galicia, Alternativa editorial, 2005) y en la *II Antología de Narrativa "Relatos de humor sin extrema-unción"*, de la *Asociación de Escritores de Mérida*, Venezuela (AEM/CONAC, 2005).

## ABSTINENCIA

Sucede que, ciertas veces, a una le pasan nubes por la mente y, con la lluvia, se le lavan las ideas y los recuerdos. Así me siento. Como si de un baldazo se me hubieran ido las ideas, los recuerdos y las palabras, de esas sí, siempre tuve muchas reservadas. Cuando era pequeña mi abuela decía que yo era un pozo de palabras, pozo insondable lleno de palabras que esconden inmensos vacíos y soledades –de estas también– estoy abarrotada. Pero ahora me hace ver de nuevo esa foto, ahora, viéndola, es como si me retornara todo en una marea, como el vaivén de las olas; no, mejor aún, como una marejada enorme que me sofoca... ¿Por qué me la muestra?, ¿qué gana con hacérmela ver? Él está tan cerca de mí que una foto no cambia nada. Nada de nada. Sé que usted espera que me ponga a contar historias, doctor, que le diga lo que sentía entonces; me quiere recorrer la vida sin sacar billete, pero yo no quiero que me roben los recuerdos; no estoy aquí para andar regalando nada a nadie, y mucho menos mis recuerdos y mis palabras: me los tengo bien guardados. Pero, en cierto modo, reconozco que usted quiere hacer su trabajo y que, si no hablo, esos miserables seguirán hablando mal de nosotros, de él y de mí, quiero decir, de que estamos muy unidos, casi como si el amor fuera un trastorno, una forma de locura, y, si, así fuera, yo lo sigo amando locamente. Cuando me sentaba en su sillón de dentista me dejaba fascinar por sus dientes

perfectos, su nariz recta, sus ojos de agua marina, que se encendían aún más cuando se ponía la mascarilla. Lo sé, lo sé, él no se mostraba atraído igualmente y, por más que me pusiera minifaldas escandalosas y escotes provocadores, no había nada que hacer: su atención se concentraba exclusivamente en mi boca, en mis dientes, en mis encías rosadas y sanas, en mis muelas obturadas, en mis colmillos agudos, que no son las piezas más atractivas de mi rompecabezas. Le juro, doctor, que me hubiera roto los dientes y comido millones de caramelos tan solo por verle, para sentir el dolor de su torno, para sufrir en sus manos. Postergué hasta el infinito la última cita esperando su llamada telefónica, la voz anodina de su secretaria que clamara su desconcierto ante mi ausencia, pero nada de eso pasó. Me puse a hilvanar desesperaciones con hilo grueso, sentada adelante de la televisión, mientras esperaba el milagro de su voz al teléfono. Con resignación bordé su rostro en punto cruz y lo deshice por no soportar su presencia ausente; pero mi paciencia fue recompensada el día en que me lo encontré por casualidad cuando pasaba por enfrente de la puerta de casa. Es verdad que insistí demasiado para que entrara, y que él murmuró una excusa a media voz, pero, al final, aceptó con embarazo mi invitación y entró en casa aceptando ese café que le ofrecí, y yo, rebotando de felicidad, sabía bien que era mi única oportunidad...y triunfé, doctor. Sí, triunfé, doctor, y eso no me lo puede negar. Soy casi feliz; y perdóneme si lloro, pero es que esa foto me emociona aún hoy, no obstante vivamos en simbiosis perfecta, a pesar de que todo mi ser se nutra de él y mis pulmones respiren su aire, me sigo emocionando; y no me importa que sus amigos se lamenten porque no lo ven más, y que sus pacientes se dejen pudrir los dientes, y que su secretaria se desgarré las vestiduras por no poder fijar más las citas. Ahora es todo mío. Y deje de mirarme con esa cara, doctor, porque, si me mira así, me recuerda a ellos, a esos que no entienden que no soportaba la abstinencia de él, que no podía dejarlo ir... nada entienden esos idiotas que me acusan de canibalismo.

## HISTORIA DE UN HOMBRE Y EL DESCUARTIZAMIENTO DE SU AMANTE

La conoció en esa zona de la ciudad despreciada, casi prohibida para un señor como él. Se encontró allí por casualidad, y por casualidad entró en esa tienda a preguntar una dirección... al verla, repentinamente, lo invadió un deseo olvidado, ancestral. Quiso espantar esas ideas inadecuadas para un señor de su posición, todas esas ideas pecaminosas que recriminaba siempre el sacerdote, y que él mismo juzgaba con severidad cuando su cuñado le hablaba de esos argumentos casi innombrables. Pero, ¿por qué no dejarse tentar, al menos, una vez? Pagaría una sola vez, después la guardaría en el arcón de los recuerdos, abandonaría cualquier idea descabellada.

Era delgada lo justo. No, no se parecía en nada a esa masa informe en que se había convertido su mujer, a esa mujer ácida y frígida que le había asesinado el sexo hacía mucho tiempo, hasta que le sirvió sólo para orinar.

Aprovechó para llevarla a casa cuando su mujer partió por un par de días para visitar a su hermana. Nadie lo vería, nadie sospecharía.

Durante la noche, en la oscuridad, sintió por primera vez sus formas redondeadas y perfectas, su piel suave, sin vellos, sus labios a medio abrir, y esos suaves quejidos que escapaban de su boca, que no estaba hecha para discusiones, sino solamente para el placer.

Una erección lo sorprendió entre las piernas: ¡Estaba vivo! Era un hecho inaudito. Había casi olvidado ese placer, ese calor, esas ganas. La cabalgó enloquecido como si tuviera veinte años. Ahora que había vuelto a sentirse así, ¿cómo haría para aceptar que fuera el placer de una sola noche? ¿Era justo renunciar, olvidar, retornar al gris de sus noches, a la nada fría de sus sábanas? ¿Quién podía jurar que era pecado? ¿Quién podía acusarlo en la soledad de su alcoba? ¿Qué era el pecado de la carne frente a todos los demás?

No se saciaba.

A la noche de sexo, le siguió un día igualmente pleno. La oficina, los pleitos, el mundo, podían esperar mientras él se tomaba su justa revancha.

Ella yacía inmóvil, extenuada, cubierta apenas por las sábanas. ¡Era un placer mirarla! La dejaba reposar y disfrutaba con sus propias manos mientras la miraba. Se olvidó de comer y de fumar.

El tercer día, después de su resurrección, comenzó como el presagio de una pesadilla: esa noche retornaba su mujer.

Ella, aún sin nombre, simplemente ella, debía desaparecer, pero él no tuvo el coraje de desalojarla de su cama esa mañana. Volvería a la hora de la siesta y lo harían por última vez, lo juraba, por última vez.

—¡Sapo inmundo y degenerado! —le gritó su mujer por teléfono a mitad de la mañana.

Abandonó el trabajo desesperado.

Corrió por las calles, perdió el metro, perdió el autobús, y siguió corriendo. Llegó a la puerta de su casa sudado, extenuado, con el corazón cercano al infarto, esperando encontrarla aún por allí.

Su mujer contaba Rosarios en la sala con cara de llanto. No le interesó. Se precipitó a su dormitorio y allí estaba ella.

La mirada perdida, los ojos a medio abrir, la boca rota en mitad de un suspiro y todo su cuerpo perfecto de plástico cortado en tiras delgadas, y desparramado sobre las sábanas.

## **EL TIEMPO NEGADO**

En el mundo de abajo llovía a cántaros. Igual que siempre. Los charcos no llegaban nunca a secarse, los pájaros volaban bajito por el peso del agua sobre las plumas y, hartos de tanta agua, los árboles empezaban a crecer hacia abajo.

El niño de ojos grandes tenía la cabeza apoyada sobre sus dedos de líquenes y observaba, muy concentrado, la escalera que surgía en medio de un mar de azoteas mohosas.

—Es una cosa difícil —dijo junto a él de repente la rana interrumpiendo el tic-toc incesante de las gotas—, pero no debería ser imposible. Alguien fue a cerrarlo y alguien lo tiene que ir a abrir.

El niño suspiró sin decir nada, se acercó a la escalera desvencijada y colocó las manos sobre el primer peldaño, pero la madera podrida se deshizo en una pulpa pegajosa.



—Sí —dijo por fin— no debe ser imposible, sólo que nadie se recuerda de cómo se hace.

—¡Todas macanas! —replicó la rana— sucede que los adultos están muy ocupados para recordar, o tienen miedo de recordar, y prefieren seguir hechos sopa.

—Ellos dicen que es así que lo conocieron, que la escalera no lleva a ninguna parte, que es leyenda de niños...y del loco del Mago de Barba Larga.

—Sí, sí. Excusas —lo interrumpió la rana— mi abuela recordaba cuando le contaban que en una época no llovía siempre... pero, después de todo, a mí qué me importa, ¡si vivo en el agua!, para mí el sol es como una bicicleta para un pez.

El caballo que pastaba sin ganas en los alrededores intervino en la conversación:

—Ya les dije que con una coz les hago llegar hasta arriba.

—¡No me parece inteligente llegar con los huesos rotos! —replicó la rana—, creo que sería más sensato aceptar la propuesta de las hormigas de hacer una montaña. Un enorme hormiguero que se escala como una montaña, pero pensándolo bien no confío en las hormigas, se podrían comer nuestro pequeño mundo.

—No confío, no confío... ese es el eterno problema —suspiró el grillo posándose sobre los dedos del niño— yo tampoco confío en la rana, me estoy siempre arriesgando mucho cuando ando por aquí, pero sin confiar el uno en el otro no se va a ningún lado. De todas maneras, la propuesta de las hormigas no tiene futuro. Recuerdo en pasado cuando el Buen Señor del Bosque hizo un pacto con las hormigas para hacer la montaña, pero, con la tierra tan mojada, se desmoronó enseguida.

—¡Es todo tan ensopadamente acuoso, tan mojadamente gris! —exclamó el niño. No conozco otro mundo menos húmedo, ni personas menos tristes, pero si lo hubiera quisiera estar allí, quisiera poder conocer el sol —suspiró y todos los animales asintieron con nostalgia, incluso la rana— si bien muchos ya consideraban el sol como una quimera.

Una de las habituales mañanas grises y lluviosas, los martillazos resonaron junto a la escalera desvencijada. El niño de dedos de liquen finalmente había convencido al Mago de la Barba Larga, que con su

barba ensopada se puso a fatigar cortando tablas de madera seca que sus martillos mágicos clavaban, mientras se esforzaba en recordar cómo se hacía para subir la escalera, porque la lluvia, como bien es sabido, borra los recuerdos.

La noticia produjo un gran revuelo entre las personas y también entre los animales. Por todas partes se discutía sobre la conveniencia de la obra: ¿y si descubrían que no había nada que hacer, que la escalera no conducía a ningún lado, que estaban condenados a la lluvia eterna? ¿Acaso no era mejor conservar la esperanza de un mundo ilusorio en lugar de descubrir una realidad, quizá triste?

Cuando el Mago concluyó su obra, todos los remojados habitantes se reunieron alrededor de él. Después de mucho meditar, el Mago se acercó a la escalera y, tras diversos intentos, encontró el método para subirla. Entre fervorosos aplausos y comentarios de desaprobación, el niño de los dedos de líquen emprendió su viaje. Antes de perderse entre las nubes bajas, miró hacia la ensopada tierra, desde donde todos los habitantes lo miraban con la nariz hacia el cielo. Pasó muchos pedaños subiendo entre nubes grises y aguachentas, durmiendo atado a la escalera y comiendo pan mojado; hasta que, por fin, se golpeó la cabeza contra el techo del cielo. Movi6 las manos para disipar las nubes y descubrió una pequeña puerta de metal con un cerrojo herrumbrado. Trat6 de abrirla, pero no lo consigui6; di6 de puños, pero nada.

—¡Oh si sólo tuviera alguien que me diera una mano! —sollozó—, ¡si esta maldita puerta se abriera!

Mágicamente, la puerta se abrió.

La luz intensa lo encegueció. Cuando pudo abrir los ojos, amparándose con la mano, lo recibió una tersa superficie azul y una vasta llanura de algodones blancos.

—¡Pide y te será dado! —exclamó un viejo lleno de relojes— sentado junto a la puerta.

—¡El Relojero de la leyenda! —dijo el niño—, ¡el que daba el día y la noche!

—El mismo que viste y calza —respondió el viejo rascándose la cabeza casi calva, coronada por una aureola de cabellos blancos. Tardaron mucho en venir, demasiado. Exactamente trescientos veinte años,

1 mes, cuatro días, 8 horas, 6 minutos y 59 segundos... no, 7 minutos –se corrigió– consultando otro de sus relojes.

—¿Por qué cerraste la puerta? –preguntó el niño sentándose sobre un cúmulo blanco y suave.

— ¿Por qué? –exclamó el viejo. ¡¡¡Fue el rey Fulgencio del mundo de abajo que no quiso ver más el pasar del tiempo, y pensó que sin día ni noche todo sería eterno!!!

—¿Y la gente?

—¡Oh, la gente, la gente! –repitió lustrando con la manga uno de sus relojes– La gente se acostumbra a todo, la gente no protesta y prefiere vivir en remojo en lugar de tener el coraje de subir y el coraje de cambiar y también, por qué no, de ver el tiempo que pasa.

Desde entonces en el mundo de abajo hubo día y noche y tiempo, y los pájaros volvieron a volar y la gente perdió los líquenes que les cubrían y los árboles florecieron, y ya nadie volvió a negar el tiempo.

Este libro se elaboró en los  
talleres gráficos de Edikapas C.A. Mérida-Venezuela  
300 ejemplares. Diciembre 2006